



A La Sombra De La Swástica

Arturo Alejandro Muñoz

¡Cómo quisiera borrarlo todo con la pluma de la inconsciencia! O retroceder a tiempos personales que soportaban reacciones oportunas. Pero las hojas de mi calendario vital se agotan y nada es posible a estas alturas.

Lo hecho, hecho está y no hay cura para el arrepentimiento.

Soy un hombre viejo... ¡qué duda cabe!

En esta etapa de mi vida siento que las noches superan en duración a la luminosidad diurna, otorgando características de catástrofe a la existencia personal, inundando de oscuridad los pensamientos y llamando de regreso a mil recuerdos que en otras épocas, más jóvenes, servían sólo de acicate.

Mis 83 años de edad despiertan cada amanecer preguntándome por qué sigo vivo, ya que en toda jornada fallece un tramo de mi última ruta. Esa es la interrogante del por qué.

En cambio, el “para qué” sigo existiendo es mi –quizás- mejor pregunta.

Entendí que el Todopoderoso había dispuesto un último trabajo, una postrera responsabilidad, para este cuerpo cansado y decepcionado que en casi un siglo de existencia desgastó sus capacidades en beneficio del placer ajeno.

Fue la madrugada de anteayer cuando al enfrentar el espejo que cuelga sobre el lavamanos de mi baño, mientras trataba infructuosamente de afeitar mis barbas tanto como mis arrugas, el vaho del agua caliente empañó el vidrio y una palabra pareció dibujarse frente a

mis ojos. La visión desapareció prontamente, pero el significado de la misma quedó prendido en mis retinas y adosado a mi mente.

“Escribe”....sí, “escribe”... esa fue la solitaria palabra.

¿Pero, escribir qué... o sobre qué?

Ese mismo día recibí la visita de mi amigo Antonio –menos vetusto que yo, pero con mejor información puesto que en sus años productivos se desempeñó exitosamente en la gerencia de una revista que él llamaba ‘semanario’- a quien relaté la experiencia matinal convencido ya que una orden divina me impelía a cumplir lo exigido.

- Has sido un viajero impenitente –me dijo- Eres el último testigo presencial de los grandes cambios experimentados por la humanidad. ¿Cuántas veces me has encandilado con los relatos de tus aventuras y experiencias? Escribe sobre ello.
- Sería reiterativo –creo que respondí- La televisión, el cine y los periódicos han hablado de ello una y mil veces.
- Así es, pero siempre ha faltado el olor, el aroma. Sólo una novela escrita con sencillez por quien estuvo en esos sitios de cuerpo “partícipe-presente”, puede adobar el cuento con las sabrosuras que todo plato requiere.
- ¿Pero, me creerán los lectores? A veces, yo mismo dudo haber estado allí.
- ¿Duda alguien de lo escrito por Tucídides? ¿O de aquello que relató Cicerón?

Mucha razón tenía Antonio, pues la duda está en aquel que lee, no así en quien escribe. Este último intenta sólo transcribir al papel sus experiencias, y si lo hace con la verdad que su mente permite, es un acto honesto que bien puede servir de guía o de orientación a su propia objetividad para efectuar el recuento de su paso por esta tierra de vivencias agridulces.

Aquella noche fui desvelado por la urgencia de los resúmenes y ordenamientos que impetraban los innumerables papeles, cartas, recortes de periódicos y anotaciones que vengo guardando en un viejo baúl desde que tengo uso de razón.

Mi soporte escritural está dado por esos pequeños e íntimos tesoros, que ahora pongo a la vista y opinión de quienes deseen –o se interesen por cualquier razón- conocer aristas diferentes de sucesos que, seguramente, escucharon, leyeron o supusieron.

Todo recuento –en especial el de un viajero impenitente, como aseguró Antonio- debe comenzar por lo que es obvio.

MIS INICIOS

En un lluvioso y frío día de diciembre del año 1911, con el viento barriendo las calles de Uberlingen, en la costa norte del Lago Constanza, mi madre me trajo al mundo en el segundo piso de la mansión familiar, una estructura sólida que simulaba ser pequeño castillo destacado con luces propias entre las construcciones aledañas ocupadas por antiguos miembros de una nobleza ya extinta.

Alzada sobre una verde colina de baja altura, la mole de piedras y cemento fingía ser un castillo de los años de Federico el Grande, aunque en realidad fue construido por mi abuelo paterno luego que se enriqueciera con el tráfico de utensilios domésticos de variados orígenes que exponía en su inmenso comercio de exportaciones en la entrada norte de Uberlingen.

La riqueza obtenida le proporcionó poder social y político en la región, permitiéndole desposar a la hija menor de los Von Platen, nobles de vieja alcurnia aunque ya venidos a menos económicamente, por lo que tiempo después esa familia marchó a Suecia para rehacer su fortuna gracias a uno de sus vástagos menores, el científico Baltazar von Platen, dedicado a la química y la física.

Mi padre, Jürgen von Hayek, único hijo del enriquecido comerciante, contó con enormes posibilidades para construir una nueva fortuna, posibilidades que supo aprovechar adecuadamente convirtiéndose en el principal vecino de la localidad, a la vez que gastó esa misma fortuna en embellecer el castillo y sus extensos prados y caballerizas, con lo que nuestra mansión pasó a ser referente obligado para toda autoridad del sur alemán, especialmente para el ejército dado que el castillo mojaba sus pies en la ribera del lago Constanza y desde la sala de estudio de mi padre podía divisarse, en día claro, parte del territorio suizo.

Decía mi madre que al nacer yo, una multitud de soldados y oficiales de los ejércitos del Kaiser se encontraba apostada en las inmediaciones de nuestra mansión, vigilando la frontera suiza, a la espera de acontecimientos que tres años después explotarían en la lejana ciudad de Sarajevo iniciando la Primera Guerra Mundial.

Fui bautizado con algazara por los miembros de mi clan y desde la segunda semana de vida llevé para siempre el nombre que alguna vez hube de negar a objeto de salvar mi integridad.

Soy Rudolf von Hayek, hijo del doctor Jürgen von Hayek y de la condesa Frida Innseghel von Brümh. Mi querida madre falleció en mis brazos cuando mi padre había abandonado también este mundo en los años de la Primera Guerra Mundial defendiendo al Kaiser en los campos de Francia.

Crecí entre lienzos perfumados y sábanas de encaje, atendido por una servidumbre cuyo número alguna vez me pareció excesivo. Me acostumbré a las reuniones sociales, a utilizar modales y lenguajes apropiados para desenvolverse en las capas altas de la sociedad, y me destacué entre los jóvenes nobles de la región por mi imperecedera afición a investigar las raíces de la historia y tradición alemanas.

Mi amado padre esperaba que conmigo se produjese la continuidad de la profesión médica; para lograr ese objetivo gastaba horas y días en enseñarme los secretos del cuerpo humano, me obligaba a acompañarle a su consulta privada y a la pequeña clínica que había montado en Uberlingen donde, antes, el abuelo armó la fortuna de la familia con el negocio de las exportaciones.

Sin embargo, yo prefería montar a caballo y recorrer las extensiones de la propiedad, allegarme a las orillas del lago y abordar un bote en el cual remaba unos metros, pensando siempre en la posibilidad –excelsa maravilla- de alcanzar alguna vez la orilla de Suiza.

Una tarde (recuerdo que llovía con furia sobre la comarca), tres ingenieros arribaron al castillo solicitando a mi padre atención médica para uno de sus obreros que había sufrido una fea caída desde la altura de un andamio. Los tipos eran suizos italianos, dominaban perfectamente el idioma alemán pero conservaban la alegría y gesticulación tan propias de los latinos. Fui encandilado por su simpatía y me convencieron con facilidad para derivar mi vida hacia la mineralogía, ya que en esa profesión predominaba la libertad absoluta de movimientos, la existencia alejada del mundanal ruido y, lo más importante para mí, el constante viajar de un país a otro en busca de mejores metales.

Las luces de mi alegría infantil se apagaron bruscamente con la muerte de mis padres en corto tiempo. Noble, rico y solitario, pero de escasa edad, me vi acosado por la orfandad y los amigos de mi padre recurrieron al único familiar que me restaba en Alemania para hacerse cargo de mi instrucción y salvaguardar mis bienes.

Tenía solamente once años de edad cuando quedé huérfano absoluto de todo apoyo y cariño paternal, siendo amparado por un primo de mi madre, Hermann Wilhelm Göring, un joven piloto de la fuerza aérea alemana que había participado en la Gran Guerra y que, luego de terminado el conflicto bélico, ingresó de lleno a la política siendo conocido –hasta el día de su trágica muerte- como Hermann Goering.

Poco tiempo duró ese amparo, ya que mi tío tuvo la mal sana idea de participar en un intento de golpe de estado junto a quien llegaría a ser el gran líder de una enloquecida Alemania, Adolf Hitler. A mediados del año 1923, formó parte del grupo nacionalsocialista que fracasó estruendosamente en el *putsch* de Bürgerbräu, viéndose obligado a buscar refugio en Suecia, país al que arribó, herido y derrotado, mascullando venganza.

Volví a quedar solo, pero dado que el tío Hermann me había matriculado en el Internado de los Padres Carolinos, en Stuttgart, pude sobrellevar esos duros años sin mayores contratiempos, salvo aquellos provocados por ciertos condiscípulos –hijos de familias acomodadas- que gustaban burlarse de las tendencias políticas de mi único pariente, amenazándome con palizas a diestra y siniestra si el Partido Nazi volvía a intentar tomarse las calles. En esos meses, debo reconocerlo, fue el Padre Giovanni mi mejor defensa y genial maestro. Gracias a sus consejos e informaciones mi proceso de aprendizaje derivó hacia las orillas de la aventura, enquistándose en mi alma la necesidad de viajar y conocer lugares que la mayoría de los alemanes ni siquiera imaginaba. De sus labios salían nombres y lugares de maravillas, historias de antiguos expedicionarios que fueron adelantados en las épocas de descubrimientos y conquistas, como el legendario Preste Juan, o el audaz Marco Polo, y los bravos españoles de apellidos Cortéz, Pizarro, Orellana; nombres portugueses de lustrosa fama ocuparon mis gustos y mis intereses tales como Díaz, Vasco da Gama, Albuquerque, Magallanes; e italianos de la talla de un Vespucio y un Colón iluminaban la faz del Padre Giovanni. Aunque nunca tanto como la luz que le envolvía el ánimo cuando se refería al nuevo líder de Italia, *il Duce* Benito Mussolini, como “el salvador de la patria”, o “el más grande de los romanos”.

- Hitler podría llegar a ser vital para Alemania sólo si aprende del mejor de los maestros –aspiraba profundo y lanzaba el nombre que atesoraba su alma- Benito Mussolini. Tu tío Hermann será también un líder importante... no echés en saco roto lo que te digo, muchacho, porque un futuro luminoso te aguarda si los dirigentes del NSDAP (*Partido Nacionalsocialista de Trabajadores Alemanes) obtienen suficientes escaños en el *Reichstag* (*Parlamento) para poner en marcha el ambicioso programa que este gran país necesita.

El tío Hermann regresó tempranamente a Alemania merced a una amnistía promulgada por las autoridades berlinesas, retomando sus funciones en el Partido ya que Hitler le encomendó reestructurar las Tropas de Asalto (SS) y responsabilizarse por la propaganda nazi. Los esfuerzos de mi pariente fueron coronados finalmente con el éxito al ser elegido

el año 1928 diputado del *Reichstag*, cargo desde el cual maximizó sus labores en orden a dotar a Hitler de una imagen pública suficientemente acerada para que el pueblo alemán creyese a pie juntillas en sus mensajes e ideas. En 1930, mi tío era ya el Presidente del *Reichstag* y el Partido Nazi contaba con trece millones de electores.

Mientras ello ocurría en las calles del país, yo dedicaba mi tiempo a leer cuanto libro caía en mis manos y a estudiar Mineralogía en la Universidad de Berlín, con estupendos resultados puesto que antes de terminar el tercer año de esa carrera había sido nombrado profesor ayudante del catedrático Johannes Hindenburg –primo del Canciller Paul von Hindenburg, a la sazón el principal escollo de los nazis y majestuoso dolor de cabeza para Hitler, quien lo odiaba sin ambages- que, no obstante, declinaba participar en política pues se consideraba un amante abierto de la ciencia y la tecnología.

- Si ves que tu vida es un fracaso en las ciencias, las artes y el comercio –me decía sonriendo entre miles de papeles y planos en su oficina universitaria- dedica entonces tu tiempo a la política. En ella tienen cabida todos los fracasados y miserables. Ya ves el ejemplo de Hitler y sus esbirros. Fanáticos, desquiciados, pederastas, homosexuales, parias de la sociedad, pero con la verborrea precisa para convencer a un pueblo hundido en el marasmo de la derrota. Te juro, Rudolf, que aún no comprendo qué vio tu tío en esa pandilla de insanos.
- El poder –contestaba yo- el poder y la gloria. He asistido varias veces a las cenas de los dirigentes nazis en casa de mi tío, y esas son las expresiones que se repiten... tanto para Alemania como para ellos.
- ¡El poder y la gloria! Bonita frase, pero vacía. ¿No hubo un conquistador español que las usó mucho antes que los nazis? Hernán Cortéz, me parece que fue.
- Cortéz jamás habló de ello. Fue Valdivia, el conquistador de Chile quien dijo: “fama y gloria tras de mí”. Desgraciadamente, murió a manos de un jefe indígena.
- Ahí tienes la respuesta a mis interrogantes. ¿En manos de quién morirá Hitler? Te aseguro que será, precisamente, el enemigo que él desprecie por débil e inferior quien actuará como verdugo.

Tuve la mala ocurrencia de relatar este episodio al tío Hermann la noche de Navidad del año 1933, cuando cenábamos junto a treinta dirigentes del Partido y sus esposas en el amplio comedor del que aún era mi castillo en Uberlingen. Goering me tomó de los hombros invitándome a dar un paseo por las orillas del lago, bajo un cielo cargado de nubes amenazadoras, en la más helada noche de aquel año. Conversó animadamente respecto de mi futuro como ingeniero en minas, recomendándome obtener pronto una

especialización en la universidad de Berlín bajo la promesa de enviarme a España o Portugal en calidad de agregado diplomático del futuro gobierno nazi no bien contase yo con el título respectivo. Daba por descontado que mis ideas iban a la par con las suyas y que mi visión del mundo colindaba con los pertinaces objetivos que Hitler había plasmado. Habló luego de las mujeres alemanas, tan distinguidas e inteligentes frente a las meretrices francesas e inglesas, según su particular criterio, considerando apropiado distinguirme con un consejo de “hombre sabio en materias femeninas”, orientándome a meterme esa misma noche en la cama de *fräü* Georgette Schmidt, casada con (así lo calificó mi tío) el pelmazo de Peter Fronzen, un vejete adinerado, carente de inteligencia y clase, pero buen patrocinador económico de los periódicos que manejaba el Partido y que esa noche, terminada la cena, viajaría a Warzburg encabezando la delegación nazi que se encargaría, por orden directa de Hitler, de preparar ánimos y escenarios para la próxima llegada del *Führer* a esa localidad.

- No tengas reparos, sobrino. Georgette me confidenció cuánto le gustas y estará esperándote en su dormitorio. Ella no quería asistir a esta cena, pero no bien supo que se realizaría en tu castillo y que estarías presente, cambió de opinión. Aún más; fue ella quien me insinuó la idea de enviar al zoquete de su marido a Warzburg. Como ves, el caldo está servido. La dama tiene solamente 35 años, y debe llevar a lo menos cuatro calendarios esperando que alguien la enloquezca en la cama.

Fumamos un par de cigarrillos, evento que Hermann gozó particularmente ya que frente al *Führer* estaba prohibido hacerlo, recordamos anécdotas de mi padre y finalmente iniciamos el regreso a la mansión donde los comensales nos esperaban para la cena de Navidad, al mismo tiempo que las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el lago. Antes de ingresar al amplio salón del primer piso, mi tío hizo una breve y perentoria referencia a mi profesor Hindenburg y sus opiniones.

- En Berlín conversaré con Schwartz, el asistente del rector, para que seas trasladado a otra cátedra como ayudante. Johannes Hindenburg no es una buena amistad y su futuro es tan corto como un estornudo. Aléjate de él... y hazlo pronto. Más que un consejo, toma esto como una orden. Es por tu bien.

Para todos (excepto para mí) la cena fue grandiosa, festiva e inolvidable. Mi tío se había preocupado de los detalles más ínfimos transformando ese encuentro en una especie de pequeño carnaval donde el ron, el vodka y la cerveza hicieron estragos fácilmente en la débil estructura moral de los partidarios de Hitler, pues luego de cuatro o cinco interpretaciones del grupo musical contratado por Hermann (músicos nazis, por supuesto)

muchas de las damiselas presentes se dejaron abrazar y manosear por los varones, formando parejas que se perdían en los cuartos contiguos entre risas y grititos.

Mi tío actuaba de director de escena, asintiendo o negando con su cabeza las peticiones silenciosas emanadas de los ojos de sus subalternos que deseaban llevar a una mujer hacia los dormitorios del segundo piso.

A las dos de la madrugada, Hermann llamó a su lado a Peter Fronzen y le ordenó marchar a Warzburg de inmediato, encabezando el cortejo de cinco automóviles que transportaban miembros de las Tropas de Asalto y periodistas del Partido. Peter se despidió de su esposa con un frío y soso beso en la mejilla, saliendo presto hacia las cocheras, enfundado en un grueso abrigo con cuello de piel. El grupo musical atacó con una nueva pieza y Georgette, sin miramientos ni escrúpulos propios de dama de la alta sociedad, abandonó el sillón donde había estado bebiendo con la vista ausente junto a otras dos mujeres y se allegó a mi lado para invitarme a bailar. Era una hembra atractiva, mas no hermosa, algo vulgar pese a su fortuna, de mirada incendiaria y gesto autoritario. Habíase casado con Fronzen cuando el hombre era ya un vejete de 67 años, enriquecido gracias a Hitler quien dejó en sus manos las transacciones comerciales de los periódicos berlineses. Al momento de su matrimonio, la dama contaba con sólo 29 años y era poseedora de una ambición sin límites, comparable únicamente con su inagotable sed sexual que Peter Fronzen era incapaz de saciar.

Durante una hora estuvimos bailando y charlando. Cada minuto que pasaba nos acercaba a la intimidad, ya que ella aprisionaba mis manos entre las suyas y las llevaba hasta su pecho para que yo acariciara los senos que me ofrecía libremente. No me percaté que los invitados fueron abandonando el castillo rumbo a sus automóviles por orden de mi tío, y cuando quise reaccionar ya era tarde. En la inmensa mansión sólo estábamos Georgette y yo. Incluso Hermann se había marchado al pueblo junto a sus guardaespaldas.

- Todos se han ido –dijo ella con voz melosa- No querrás que yo viaje hasta Uberlingen, a pie, en esta madrugada lluviosa, ¿verdad?
- Por supuesto que no –retuqué, nervioso- Usted puede quedarse en mi casa y ocupar el segundo dormitorio del piso superior. Mañana, yo mismo la iré a dejar a Uberlingen.
- ¿Y tú dormirás en otro cuarto?
- Sí, en el primer dormitorio, al lado del suyo.

Georgette sonrió misteriosamente y dándome un beso en la comisura de mis labios me deseó buenas noches. Subió la amplia escala con paso felino, contoneando las caderas, mirándome de soslayo con socarrona intención.

Quedé solo en el salón, bebiendo la última copa de vodka mientras Fritz, el mayordomo que servía a mis órdenes desde la época de mi padre, emitía instrucciones a sus subordinados para limpiar y ordenar los estragos de la cena. Tenía miedo de subir a mi cuarto y enfrentar la decisión a tomar, pues si bien en el fondo de mi corazón llameaba la fogata del deseo, en algún lugar del alma y de la mente una voz me susurraba que la prudencia debía imponerse y evitar un idilio pasajero con la ardiente damisela, ya que la furia asesina de Peter Fronzen era cosa conocida y no estaba yo dispuesto a arriesgar mi pellejo por una noche de lujuria.

Por otra parte, también merecía mi atención la posible reacción del tío Hermann cuando este supiera que su sobrino favorito había rehuido cobardemente el combate cuerpo a cuerpo con una mujer que estaba dispuesta a entregar sus misiones.

Pero, si algo hacía fuerza contraria en mi espíritu aquella noche, era la frase final de Hermann Goering respecto de las opiniones emitidas por el académico Johannes Hindenburg. El brazo derecho de Hitler, el hombre que manejaba a su amano las Tropas de Asalto, había condenado a muerte a mi querido profesor y yo nada podía hacer para evitarlo.

Con tales pensamientos aferrados a mi consciente, subí a mi dormitorio decidido a encerrarme en él y olvidar las promesas de Georgette.

Grande fue mi sorpresa al encontrar a la dama metida en mi cama, fumando un cigarrillo, con los hombros desnudos y la mirada chispeante. Sin escapatoria, ya que huir de aquella situación habría originado el peor de los comentarios sobre mi persona entre los hombres de las SS que rodeaban a mi tío y su obvia vergüenza posterior, cerré la puerta y pasé el cerrojo causando una mueca de satisfacción en Georgette que, de inmediato, abrió sus brazos para darme la bienvenida. Las sábanas se deslizaron por su cuerpo dejando a la vista los senos redondos y prometedores.

He de confesar que esa noche aprendí más del sexo que en todas las conversaciones sostenidas sobre el tema con mis compañeros de universidad.

La hembra estaba desesperadamente deseosa de amor juvenil y no tuvo reparos en confesarlo mediante estertores y gemidos que alucinaron mi pasión, la que no se agotó durante el resto de la madrugada y continuó cuando el día ya estaba presente sobre la comarca.

Luego de desayunar, Georgette se marchó conminándome a recibirla nuevamente en el castillo esa misma noche ya que su esposo permanecería una semana en Warzburg y no quería desaprovechar la oportunidad de saciar completamente sus ansias.

- Tenemos cuatro días para nosotros, querido –dijo al abandonar el castillo y abordar mi automóvil que ella conduciría hasta Uberlingen donde se reuniría con las esposas de los oficiales acantonados en el pueblo- No te pido amor eterno ni compromisos serios. Sólo quiero que disfrutemos hasta agotarnos y en los años venideros recordemos las jornadas apasionadas que vivimos en esta Navidad.

Pasé el día encerrado en el cuarto de estudio de mi padre pensando la forma y el método para informar a mi profesor el calado del peligro que se cernía sobre su cabeza, sin encontrar el cauce apropiado pues Berlín distaba cientos de kilómetros de mi casa y el telégrafo no era una vía segura, dado que los nazis controlaban ya las comunicaciones a lo ancho del país. La única solución era viajar por vía férrea hasta la capital e informar personalmente a Johannes Hindenburg sobre la amenaza, corriendo por cierto el riesgo de ser sorprendido en tal tarea por los esbirros de mi tío y pagar las consecuencias.

Al atardecer regresó Georgette. Venía espléndida, con un peinado obtenido en Uberlingen y dispuesta a transformarme en su amante el resto de la semana. Durante la cena conversó animadamente respecto de las últimas novedades políticas, enfatizando que Hitler sería nominado *Führer* en el *Reichstag* en los próximos meses. El control del Partido Nazi sobre Alemania era completo.

- Tu tío, el mariscal Goering, será nombrado jefe del gobierno de Prusia y se encuentra atareado en la formación de una moderna y efectiva policía política que él llamará *Gestapo*.
- Sólo eso faltaba –susurré apesadumbrado- Una policía política para terminar con la oposición.
- ¡La grandeza de Alemania exige exterminar a los vagabundos fracasados! –explotó airadamente la mujer- Construiremos una nueva patria, un imperio que merecemos y que debemos a nuestra Historia. Sólo la brillantez de Adolf Hitler puede lograrlo, pero todos debemos ponernos bajo su mando. Hay que encerrar a comunistas, sindicalistas y extranjeros explotadores.
- ¿Y qué haremos con los millones de judíos que viven aquí? ¿Expulsarlos del país?
- La Banca está en manos de esos perros –murmuró con enojo Georgette- El futuro económico de Alemania pasará ahora a sus verdaderos dueños. Enseñaremos al mundo cómo tratar a esas clases inferiores que han explotado brutalmente a los pueblos trabajadores y dignos.

Supuse que la discusión recorrería sendas inconvenientes para mi seguridad, ya que la dama podría dudar de mi lealtad al nazismo y considerarme sospechoso, por lo que tomé la

única decisión que aseguraba terminar esa charla. Me puse de pie y acerqué mis labios a la oreja de Georgette, susurrándole una invitación a mi dormitorio. La trepa surtió efecto, pues la hembra atrapó mis manos entre las suyas aproximando su cara para recibir el beso que deseaba. “Eres un tesoro”, dijo con voz ardiente.

Esa segunda noche me comporté intencionadamente como un bruto, dando a la mujer un trato propio de prostituta y efectuando con ella las más obscenas artimañas sexuales esperando su repulsa y abandono del castillo. Pero, la idea funcionó al revés ya que Georgette se mostró encantada con aquellas nuevas formas de amar y profundizó su interés en mí, al grado que poco antes de levantarnos a desayunar confesó que se había enamorado perdidamente. Paseamos por la orilla del lago durante la mañana, y debí escuchar, anonadado, los planes que ella trazaba para divorciarse de Peter Fronzen y construir a mi lado una nueva y esplendorosa vida que se desarrollaría junto al crecimiento del joven *Tercer Reich*. Quería viajar a Berlín y conversar con mi tío para obtener el visto bueno del brazo derecho de Hitler. En ese punto de la verborrea de Georgette, encontré el camino para trasladarme a la capital y prevenir a Johannes Hindenburg de su negro futuro. Eso era lo principal. El “asunto Georgette” podría dilucidarlo más tarde en la oficina de mi pariente, a solas, y mediante un diálogo de hombre a hombre o, más bien, de tío a sobrino. ¿Qué nazi iba a desconfiar de mí al verme abordar un tren junto a la amante que Goering había dispuesto para mi entretención?

Al día siguiente arribamos a Berlín y Georgette exigió que nos registráramos en un hotel céntrico, cercano a la Puerta de Brandeburgo, como el matrimonio Von Hayek-Schmidt. Ya que era entrada la tarde, los trámites que nos interesaban quedaron postergados para la mañana siguiente, por lo que decidimos asistir al festival de las juventudes hitlerianas que realizarían una presentación gimnástica en el Estadio Olímpico. Afortunadamente para mí (una desgracia para Georgette), en las cercanías del palco de honor nos topamos con Peter Fronzen y sus secuaces, quienes habían regresado a la capital por órdenes superiores habida consideración que el Partido requería la presencia de sus dirigentes en el congreso nacional que se efectuaría esa misma semana, por lo que la dama debió desistir de sus intenciones amoratorias, pues aquella noche tendría que pasarla junto a su esposo. Fronzen se deshizo en agradecimientos y calurosas palabras, que me hicieron ruborizar, por haber permitido a su esposa pernoctar en el castillo de Uberlingen, lo que era un verdadero honor para muchos dirigentes nazis ya que se trataba de la mansión preferida de Goering... y eso bastaba para la genuflexión pública.

Libre de mi cancerbera, dejé el Estadio tan pronto me fue posible desembarazarme de los aduladores habituales y apunté mis pasos hacia el domicilio del profesor Johannes, con poco éxito, pues la empleada que atendía las labores domésticas me informó que el profesor posiblemente se encontraba aún en la universidad. “No es habitual que regrese a casa tan tarde. Quizás esté aún en el laboratorio. Él ama ese trabajo”, dijo la mujer restregando sus manos en el delantal, sin que su rostro denotara emociones. No obstante, percibí en sus labios un leve rictus y la nerviosa duda acicateó mis sentidos.

Mis aprensiones se disolvieron pronto.

Encontré al profesor saliendo del edificio de ingeniería. Se asombró al verme, pues suponía que yo estaba aún en Uberlingen disfrutando del lago Constanza y de la Selva Negra durante el largo feriado navideño. No perdí tiempo en explicaciones banales y fui directamente al asunto que motivó mi viaje a Berlín. Caminábamos por Wilhelmstrasse rumbo a ninguna parte, confundidos entre el público que hacía las últimas compras en las tiendas preparándose para festejar en familia la llegada del nuevo año. Johannes Hindenburg escuchó atentamente mi relato y en su cara no se dibujó gesto alguno de temor. Se asió a mi brazo e insistió en tomar una taza de café en el restaurante más cercano. Al caminar enfundado en su grueso abrigo de piel negra, el porte distinguido del viejo Hindenburg adquiría mayor majestuosidad y la gente le observaba con respeto al cruzarse en nuestro camino. Me pareció que toda la grandeza de Alemania, de la verdadera y culta Alemania, se resumía en su andar y regalaba sabiduría cuando su pensamiento salía a flote en ambientes de personas bien informadas.

Frente a la taza de café, saboreando un panecillo dulce, hizo la pregunta que me dejó absolutamente confundido.

- ¿Conoces Suiza? Es un país hermoso, tranquilo, democrático. Quisiera poder enseñar en alguna de sus universidades.
- Profesor, ¡por favor, escúcheme! –protesté alterado- Cometí un estúpido error al comentarle a mi tío su opinión respecto al nuevo régimen, y le reitero mi sentida solicitud de disculpa. ¿Qué importa Suiza en este momento que su vida pende de un hilo? Venga conmigo a Uberlingen, ahora, hoy mismo. Le daré protección en mi castillo. Allí nadie se atreverá a atentar contra usted. Hablaré con mi tío y le obligaré a olvidar este desgraciado incidente provocado por mi bocota. Por último, si es necesario, negaré lo dicho y afirmaré que fue todo una invención torpe de mi parte.

El viejo profesor pasó su mano por la cabeza encanecida y luego ajustó sus gafas que descansaban sobre la nariz prominente. Estaba tranquilo. Demasiado calmo si se considera que la muerte acechaba en su derredor. Me miró con ojos sonrientes.

- ¿Conoces o no conoces Suiza? –insistió.
- Nunca he salido de Alemania –respondí abatido, puesto que me pareció ver en su ánimo la decisión de enfrentar voluntariamente su último destino.
- Muchacho, eres un digno hijo de los von Hayek. Tu padre estaría orgulloso de tu lealtad y tu amor a los ciudadanos libres de este país. No es responsabilidad tuya tener el tío que tienes. Las cosas empeorarán dramáticamente los meses próximos, y no me equivoco si pronostico años negros por venir. Este nuevo régimen no merece contar con hombres como tú o como yo. ¿Sabías que el *Reichstag* se apresta para designar a Hitler como *Führer*? El pueblo alemán se ha enloquecido. Agradezco tu deferencia y preocupación por haber recorrido cientos de kilómetros, desafiando valientemente las órdenes de Goering para prevenirme de algo que ya sabía, y de manera muy especial te doy las gracias por el ofrecimiento de acompañarte a Uberlingen.
- ¿Entonces, viajamos esta misma noche? –pregunté aliviado.
- Me he preparado para este momento –apuntó con voz cansina- Mi primo, el Canciller, carece de fuerza y poder para evitar los asesinatos políticos cometidos por la gente de Goering, de Göebbels y de Himmler; por ello nada saco con recurrir a sus, ahora, ineficaces oficios. Iré contigo al castillo de Uberlingen, pero hay una condición que no transaré.
- ¿Y es....?
- Al llegar al lago Constanza, conseguirás para mí una embarcación con su patrón respectivo. Alguien de tu absoluta confianza, por supuesto. En ese transporte cruzaré hasta la frontera suiza en medio de la noche. ¿Está claro?
- Como las aguas del Constanza –respondí.

Johannes Hindenburg atravesó la superficie líquida una madrugada de enero. Desde la orilla del lago vi a la embarcación perderse en las penumbras rumbo a la seguridad que prometía el territorio suizo. Recién entonces mi corazón descansó. Sin embargo, semanas después, estando de regreso en la universidad y atendiendo mi nueva labor en la cátedra de Física, Hermann Goering llegó sorpresivamente al establecimiento –acompañado como siempre por cinco tipos con uniformes oscuros y revólveres al cinto- para conversar conmigo sobre “un asunto extremadamente delicado”. Soporté el momento tenso

hinchando el pecho y caminé con paso firme hacia la oficina que el rector había ofrecido, dispuesto a enfrentarme con mi tío y defender a ultranza mis decisiones.

La entrevista –o el interrogatorio- fue una experiencia difícil de olvidar. Goering no se comportó como un pariente, ni siquiera como un amigo. Me increpó con dureza, llegó al insulto con suma facilidad y golpeó la cubierta del escritorio repetidas veces mientras alzaba la voz destempladamente. Se avergonzaba de tener un familiar traidor, estúpido y antipatriota. Estaba perfectamente enterado de la huida de Johannes a Suiza y de la forma en que se realizó. A partir de ahora el castillo de la familia von Hayek quedaría en manos de la *Gestapo* y de las *SS*. En otras palabras, el Estado confiscaba mi propiedad por motivos de “seguridad nacional”, ya que constituía un punto estratégico al estar situado en plena frontera con Suiza. Yo debería radicarme definitivamente en Berlín, en un pequeño departamento entregado por las autoridades del Ministerio de Asuntos Interiores como compensación por “mi aporte voluntario al *Tercer Reich*”, trámite que él mismo había realizado para salvarme la vida. “Favor que te hago por primera y última vez”, me gritó encolerizado. Luego, me cruzó la cara con fuertes golpes dados con sus guantes y me obligó a tomar asiento.

- He convenido con el rector de la universidad respecto de tu futuro. El profesor Schwartz, su asistente, está también de acuerdo en lo que hemos decidido. No requieres más estudios para tu formación. Mañana recibirás el diploma que te califica como Ingeniero en Minas, se suspenderá de inmediato tu contrato como profesor ayudante e integrarás el grupo de notables profesionales que serán entrenados en la Cancillería para servir como agregados diplomáticos en países adversos a nuestra causa –echaba espuma por su boca y el rostro se había enrojecido- Tu destino será España. Madrid, para ser más específico. Esa nación, estúpidamente, se apronta a cambiar de régimen y es un hecho cierto que los “rojos” tomarán el poder mediante elecciones, plebiscitos o acuerdos de otra índole, terminando con una monarquía de siglos.

Sentí que unas lágrimas frías y salobres se deslizaban por mis mejillas. Impotente ante tamañas decisiones, atiné sólo a bajar la cabeza y pensar en mi padre. El dolor era inmenso, tan grande como la desazón y la furia, pero menor que la cobardía. Estaba claro que la propiedad familiar en Uberlingen la había perdido irremediablemente. Nunca más volvería a disfrutar de paseos por las orillas del Constanza, como difícilmente podría considerar a Hermann Goering un pariente cercano. El fanático líder de las Tropas de Asalto adivinó mis pesares en ese instante de miedos y fracasos. Se paró frente a mí, con las piernas abiertas, manos en caderas, voz fuerte y gesto autoritario.

- Mis hombres te conducirán de inmediato a tu nuevo domicilio. No te despidas de nadie en la universidad. En tu departamento encontrarás el mobiliario indispensable y la ropa que desde hoy deberás llevar. Se trata de uniformes de las SS, con grado de capitán. Es el favor final de quien fue, alguna vez, tu mejor familiar. No tendrás autoridad sobre nadie; sólo te entrego ese rango oficial para impedir que te envíen a trabajos que no serías capaz de soportar y, además, para que cuentes con un nivel adecuado a las enseñanzas que recibirás en la Cancillería.

ESPAÑA, LA BELLA

Estuve ocho meses en la Cancillería alemana en calidad de interno junto a quince “distinguidos profesionales” jóvenes que se preparaban para esparcir las ideologías nazis por Europa. En esas treinta y dos semanas conocí a los principales líderes del Partido, quienes actuaron brevemente como charlistas en el curso, entre otros: Goebbels, Himmler, Hess, el mismo Goering, Bormann y... Hitler. ¡Sí, Adolf en persona!

La capacidad de trabajo que caracterizaba al *Führer* difícilmente podía ser igualada por otro líder mundial. Le vi cien veces en la Cancillería, a toda hora, incluso los fines de semana, ocupado en asuntos de estado, con paso rápido y cabeza gacha (como si quisiera evitar a los demás). Es un hombre de mediana estatura, más bien delgado, posee un físico difícil de describir, ya que no es atlético, gordo ni famélico. Su sola presencia provoca emociones y temblores.

¡Cómo no provocar convulsiones y dolores de estómago si un mes antes, la noche del 30 de junio de 1934, por órdenes o autorizaciones explícitas de ese frustrado pintor austríaco, los esbirros de las SS asesinaron a decenas de dirigentes nazis que resultaban molestos para los planes mesiánicos del Partido!

El hecho fue registrado por la Historia como “la noche de los cuchillos largos”, gracias a la cual Hitler quedó con las manos libres para implementar su avance dictatorial. A partir de aquel desgraciado evento, mi país quedó limpio de oposición al nuevo régimen. ¿Quién podría atreverse a contrariar los dictámenes del *Führer* luego de enterarse la nación que cientos de sus propios partidarios fueron sacados de este mundo sin que nadie osara siquiera preguntar las razones ni, menos aún, el nombre de los victimarios?

Ese era el hombre que dominaba sin contrapeso la realidad alemana en 1934. Una especie de Mefisto político que contaba con el apoyo de miles y miles de asesinos, además de la servil obediencia de las fuerzas armadas.

Estuvo dos veces en nuestro curso, brevemente, para indicarnos qué esperaba el *Tercer Reich* de nosotros. Su método de alocución era único. Comenzaba a hablar en voz muy baja, era casi un murmullo que iba aumentando el tono en la medida que tocaba temas trascendentes, para terminar en un discurso altivo con enérgicos movimientos de manos y cabeza.

Yo no lo sabía; me enteré de ello sólo cuando me correspondió entrevistarme con Hitler en su oficina de trabajo. El *Führer* había dispuesto conversar a solas con todos y cada uno de los alumnos del curso, asunto que se mantenía en estricta reserva y los interesados recibían la información sólo cuando les tocaba el turno. Para muchos de mis condiscípulos fue como hablar con Cristo. Se sentían privilegiados, honrados y maravillados. Yo, en cambio, sólo sentí pavor. Suponía que Hitler estaba perfectamente enterado de mi audaz apoyo a Johannes Hindenburg, por lo que no esperaba cosas buenas en esa entrevista. El Jefe de Alemania sabía que yo estaba unido por lazos de familia a Goering y que había “donado” mi castillo de Uberlingen al Estado, cuestión que le agradaba en exceso y que permitió una espantosa felicitación de su parte. Me saludó con gesto militar y me invitó a tomar asiento en uno de los sillones frente a su escritorio.

- ¿Sabe usted hablar español? –preguntó sin levantar la cabeza.
- Sí, *mein Führer*. Aprendí ese idioma con los padres Carolinos en Stuttgart y lo he perfeccionado en la Sección Hispana, en la Universidad de Berlín.
- ¿El matrimonio está entre sus planes próximos, capitán von Hayek? –inquirió abruptamente, con voz firme.
- No, *mein Führer* –respondí extrañado.
- Es una suerte para muchas personalidades dirigentes que no se hayan casado. Eso sería una catástrofe. Hay un punto en el que la mujer nunca comprende al hombre. Es cuando en un matrimonio el marido no saca el tiempo que la mujer cree que tiene el derecho a reclamarle. De ahí el tormento que se echa uno encima cuando se quiere complacer a la mujer. Para mí habría tenido siempre sólo un rostro enfadado o preocupado o habría tenido que renunciar a mi deber. Por eso es mejor no casarse. Lo peor del matrimonio es esto: crea pretensiones legales. Es mucho más acertado tener una amante. La carga desaparece y todo queda reducido a un regalo. Naturalmente, esto es sólo para hombres relevantes. ¿Usted tiene una amante?

Quedé en la encrucijada, pues aquella pregunta era la única que no había anotado en mi cabeza. Las dos noches vividas junto a Gerogette Schmidt no eran suficientes para proclamarla como mi amante. No había vuelto a verla desde que la abandoné esa tarde en el Estadio Olímpico. Respondí negativamente a la consulta del líder alemán. Los ojos acusos del *Führer* penetraron mi alma, y su sonrisa irónica despabiló mi secreto idilio.

- ¡Bien! No sabe cuánto me alegra escuchar eso. El lugar al que usted será enviado no resulta buen territorio para una mujer aria. Menos aún para la caprichosa *fräulein* Gerogette. ¿Qué sabe usted de España, amigo von Hayek?

Temblaba mi alma al descubrir que Hitler conocía de mi apasionada aventura con la mujer de Peter Fronzen, pero deduje que no era un asunto que le molestara. Menos aún si él mismo propiciaba como mejor posibilidad contar con una amante y no una esposa. Me enfraqué entonces en la pregunta. ¿Qué sabía yo de España? Una vez más agradecí las enseñanzas y conversaciones del padre Giovanni en el Internado de los Carolinos en Stuttgart, que me derivaron posteriormente, ya en la universidad, a leer cuanto libro se cruzó en mi camino. Hice una larga –aunque nerviosa– exposición de la rica historia hispánica, desde la llegada de los romanos hasta el descubrimiento y conquista de América. No era más lo que conocía de aquel país. Hitler mostró un ceño fruncido y gesto desagradado al escucharme hablar del aporte que los árabes hicieron a España durante siete siglos de permanencia en la península. Levantó su mano indicándome silencio. Quería intervenir para enseñarme el camino correcto.

- Lo primero que usted debe entender, capitán, es que España jamás podrá ser un país fascista... tampoco socialista. Allí, la Iglesia Católica posee demasiado poder. Con la Iglesia Católica española pasa lo mismo que con la Iglesia Católica alemana y en general con la mayoría de las Iglesias en muchos países. Una Iglesia quiere fundamentalmente, cuando se le permite tener influencia en el régimen estatal, apoyar o tolerar solamente a un régimen que no conozca otra organización del pueblo ni reconozca otra que a la Iglesia y por eso, en lo que se refiere a la dirección del pueblo, sólo la Iglesia sea la organización rectora. A mi juicio, por la postura totalmente mundana de la Iglesia y sus intereses políticos que ello lleva aparejado, los choques de la Iglesia Católica de España contra cualquier sistema son inevitables, y con ellos el peligro de una revolución cae totalmente en el campo de lo posible. Al final, España tendrá que pagar muy pronto con su sangre el hecho de haber reconocido, durante siglos, a la Iglesia como un poder dentro del Estado y que, al contrario de Italia y

Alemania, no haya conseguido desgraciadamente una revolución nacionalista auténticamente amplia.

El flamante Canciller alemán deseaba – y sus deseos eran claras órdenes- que durante mi estadía diplomática en España tomara contacto con los grupos fascistas de la península, en especial con los uniformados, para orientarles y ayudarles a una próxima ascensión al poder, comprometiendo sutilmente el apoyo alemán. En estos avatares, el embajador llevaba la batuta, pero dado su cargo de alto vuelo, que imposibilitaba su acción en descubierto, era imperioso que alguien de menor rango operara en terreno. Y ese alguien era yo.

Hitler, magistralmente, había observado una voluminosa actividad revolucionaria en España para los años venideros, y no se equivocaba, pero nunca pensó que serían los fascistas y los “rojos” (como él se refería a comunistas y socialistas), y no la Iglesia Católica, quienes abrirían las puertas a la más sangrienta guerra civil que esa hermosa nación debería soportar en el curso de su Historia.

Por cierto, ya que Hermann me había indicado oportunamente cuál era mi seguro destino diplomático, tuve la precaución de nutrir mi bagaje cultural con informaciones y noticias provenientes del país de los toreros. Así, al terminar exitosamente el curso en la Cancillería y ser informado de manera oficial que debía trasladarme a Madrid, respiré tranquilo pues la marea política a enfrentar me era conocida y no se produjeron cambios en las decisiones de los nazis, algo que por lo demás era de común ocurrencia esos años.

Enterada de mi traslado, Georgette visitó mi departamento aprovechando que Hitler ordenó a su marido viajar a Nüremberg para investigar ciertos desvíos de dinero que se estaban produciendo en diarios y radios controladas por el Partido. La argumentación del *Führer* para sacar a Fronzen de Berlín, me sonó a treta urdida por Georgette y Goering con el propósito de permitir a la dama una noche de lujuria con su amante favorito, ya que en Nüremberg, desde hacía dos semanas, Rudolf Hess, obedeciendo órdenes de Göebbels, se encontraba en idéntica misión.

Georgette lloró por mi partida. Entre lágrimas y besos reiteró su amor intenso, exigiéndome enviarle pasajes a Madrid no bien yo estuviese instalado en algún pisito en la capital hispana. Su marido no representaba problema alguno, pues un cáncer prostático aquejaba seriamente su salud, deprimiendo su escasa capacidad sexual a nivel cero. El terrible flagelo que acosaba su existencia le hizo autorizar a Georgette a procurarse un amante para “dar paso a la natural exigencia de una mujer joven”, pero le rogó que no hiciese pública su conquista y mantuviese el decoro necesario. Ni siquiera le interesaba a

Fronzen conocer el nombre del amante. Sólo pretendía que el resto de sus hombres tampoco lo supiese.

Más calmado –el saber que Fronzen autorizaba de hecho mi participación en ese drama shakesperiano apaciguaba mis temores- di vía libre a mis pasiones y me entregué a Georgette con intensa alegría, sabiendo que en ella encontraría el último sabor de la Alemania que muy pronto me sería esquiva y ajena. Disponía de una semana para preparar el viaje, pero dilapidé tres días en retozar con la hembra que me había hecho hombre. Ella se ocupó también en decorar el departamento, tal como si fuésemos a vivir definitivamente en él. Se lo hice saber. Me contestó con un simple ruego: “déjame ser feliz, amor, aunque sea sólo por cinco días”. La madrugada de mi viaje a España, ella me acompañó al aeropuerto militar en las afueras de Berlín, y besó mis labios con la misma fruición y encanto dolorido que distingue a toda esposa de militar cuando este marcha al campo de batalla.

El 14 de marzo del año 1935 arribé a Madrid. La ciudad era un perfecto caos. La monarquía se encontraba en el filo de la navaja y las facciones en pugna –republicanos y derechistas monárquicos- disputaban el poder de las calles. Nuestra embajada había sido asaltada por una turba de malolientes vagabundos que usaron pinturas y piedras para ensuciar los muros de la delegación. “Malditos comunistas de mierda”, dijo el embajador al ser consultado por las razones del ataque. Con sumo placer él habría salido a darles una batida a tiros, pero las instrucciones desde Berlín eran claras. Tenía que esperar mi arribo y cumplir exactamente las órdenes que yo portaba en el maletín entregado personalmente por el general Jodl, asistente de Hitler y cabeza principal de los nazis en el ejército alemán.

- ¿Usted sabía algo de esto? –preguntó el embajador luego de leer el extenso documento una vez que los técnicos de la embajada hubieron descifrado los mensajes en clave- Debo dedicar mi tiempo exclusivamente –repitió el término enfatizando su importancia con palabras entrecortadas... ex -clu-si-va-men-te... a la vez que me regalaba miradas incendiarias- a las actividades sociales y diplomáticas con las autoridades españolas y los representantes de las naciones aquí acreditadas. Mientras usted, capitán von Hayek, se encargará de las labores de zapa, mezclándose con la oficialidad española y con la intelectualidad nativa, sin importar a qué bando ellas pertenezcan. ¿Se considera preparado para esa misión?
- El *Führer* lo dispuso así. Además, el mariscal Goering recomendó personalmente mi nombramiento para este trabajo –respondí con evidente sorna- La misión exige conocimientos, información respecto de la Historia y del carácter de los españoles; más

que pistolas y cuchillas se requiere una amplia cultura. Sí, señor embajador, para ello estoy preparado.

El trabajo asignado me agradaba y lo realizaba sin contratiempos, a pesar de la escasa ayuda otorgada por el embajador, un hombre de mediana edad que obtuvo el cargo merced a ser el autor de un folleto en el que destrozaba intelectualmente a los judíos, además de contar como respaldo importante el siempre efectivo apoyo de la Sociedad Germanófila Española que desde Madrid pujó por su designación.

Con incomprensible celeridad logré ser aceptado por grupos de escritores madrileños pertenecientes a la nueva hornada de literatos, todos ellos con ideas izquierdizantes y republicanas, mas, poseedores de mentes abiertas y modernas. Creo que gané su confianza la tarde en que dicté una charla sobre la mancomunidad de objetivos hispano-germanos expresada en el reinado de Carlos I de España, o Carlos V de Alemania, cuya obra permitió transculturizar los avances de la Europa del siglo XVI a los nuevos territorios coloniales de América. Recibí congratulaciones por doquier y fui invitado a formar parte de una cofradía poético-literaria establecida en un suburbio de la capital española. Sin embargo, la Sociedad de Historia no se mostró interesada en mis palabras, hecho que por cierto me produjo desazón, pero uno de los principales representantes de la pequeña cofradía, el novelista Miguel de Unamuno, tomándome del brazo me espetó con suavidad el pensamiento que logró calmar momentáneamente mis angustias.

- La Historia debería ser escrita por filósofos, y no por investigadores. Toda persona inteligente se ve impelida a sentirse gratificada si los historiadores desconfían de ella. Vea usted el actual trabajo de nuestros principales doctores en historiografía. Es una pena tanto desperdicio. No logran entender por qué ni para qué ocurren los cambios en las sociedades, y optan por un inmovilismo que permitirá la explosión final de las estructuras que dicen defender. Nuestros historiadores no interpretan los hechos, escriben para satisfacer a la Iglesia únicamente.

En alguna medida, Unamuno tenía un pensamiento cercano al de Hitler en materias eclesiásticas, pero se diferenciaba del líder alemán en la ideología principal. El escritor era abiertamente progresista, republicano y demócrata. Meses después descubrí serios rasgos de misoginia en el célebre literato lo que, también, le aproximaba al *Führer* en esa materia. ¡Cómo podía hallarse rasgos de similitud tan significativos en personas de tendencias políticas absolutamente opuestas! Era una materia a estudiar y decidí investigar esa veta ya que me pareció podría ser de interés para los analistas berlineses que revoloteaban obsecuentemente en torno a la Cancillería.

No tendrría tiempo para descubrir el carácter inconforme, violento y vehemente del gran escritor que había dirigido la valiosa Universidad de Salamanca, desde la cual impregnó a sus contemporáneos con un inconmensurable amor a su querida España, de la que sólo gustaba rescatar el espíritu de grandeza literaria que la había caracterizado en los siglos anteriores. Al momento de abandonar la sala posó su mano en mi hombro y dejó en mi ánimo una premonición agorera.

- Agradezco su deferencia. Especialmente, su silencio, bien escaso entre mis connacionales, ya que la patria merece que sus hijos cierren las bocas y abran las mentes para repensarla. Creo que el tiempo para ello lo hemos dilapidado en modorra y panfletos. Transitamos por el momento de las estupideces y las iras. La hora de las masacres está por venir. Guarde sin celo este consejo gratuito de un hombre que ya nada espera de sus iguales y regrese a Alemania, pues allí es donde de verdad se le requiere. Aquí encontrará, amén de desilusiones, sólo sangre y odiosidad. Eso es España hoy día. Sangre del pueblo y odio de los maturrangos. Alemania, en cambio, aún siendo tarde, todavía tiene esperanzas si gente como usted logra imponer el buen criterio que alguna vez se domicilió aquí, pero ya levantó el vuelo.

Guardé silencio, pues su pensamiento requería de análisis. Se percató de mis dudas y esbozó una sonrisa que se dibujó tenue entre sus barbas canosas. Movié ligeramente su cabeza e inició la despedida. Antes, me regaló la última frase.

- Al igual que en la medicina, es sano procurar una segunda opinión. No se contente con las aprehensiones de un anciano desencantado. Espero poder encontrarle mañana en el recital.

Le vi alejarse afirmado en su bastón, caminando con cierta dificultad, ajeno a la atmósfera de festiva revolución que empapaba el entorno.

Al día siguiente recibí una cordial invitación para asistir al estreno de la obra de un poeta afamado. Se trataba de Federico García Lorca, quien presentaba la reposición de su último trabajo, “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, una elegía dedicada a un torero muerto en plena faena.

En la amplia sala del teatro, Unamuno me presentó a los amigos de García Lorca y pude conocer a verdaderos genios del arte y las letras, como Salvador Dalí, Manuel de Falla y Luis Buñuel, con quienes compartí el palco y gocé de la obra reestrenada, pues se trató de una de las más bellas creaciones poéticas de las que tenga memoria.

Esa noche cenamos junto al joven autor en un discreto restaurante y presencié la calidez con que los contertulios hablaban de asuntos culturales y del desarrollo intelectual de

España, en un momento socialmente difícil ya que los republicanos estaban prontos a tomar el poder y provocar gigantescos cambios en esa nación. La velada se extendió hasta que las luces del alba inundaron la Plaza de la Giralda, pero yo sentí que la jornada había sido exigua para mi necesario conocimiento de la situación de gravedad que aquejaba a la política local.

García Lorca y Luis Buñuel insistieron en que les acompañara a la Residencia de Estudiantes del Instituto de la Libre Enseñanza, lugar que había servido a ambos de refugio domiciliario cuando eran jóvenes universitarios construyendo camino y futuro con sus uñas y capacidades. Aquel lugar, sin duda ninguna, era el centro de la resistencia juvenil contra la monarquía y el fascismo. Decenas de muchachos y chicas se reunieron en torno a García Lorca, mirándole y escuchándole embobados cuando este relataba el éxito de la función del día anterior. Una hermosa estudiante, con ojos morunos y sonrisa franca, le solicitó al poeta que recitara algunos versos para ellos. García Lorca sonrió, y moviendo la cabeza con fuerza para despeinar sus cabellos, extendió su brazo derecho, hasta tocar los labios de la chiquilla con su dedo índice. Entonces, con voz profunda y serena, le dedicó lo que parecía un pensamiento de enamorado.

Me gustas cuando callas, porque estás como ausente.

Y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.

Parece que los ojos se te hubieran volado,

Y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma,

Emerges de las cosas, llena del alma mía.

Mariposa de sueño, te pareces a mi alma

Y te pareces a la palabra melancolía

Un murmullo de sorpresa y gratificación circuló por la sala poco antes que esta explotara en aplausos, mientras la chiquilla sentía arder sus mejillas, ruborizada por el magnífico piropo de amor regalado por el famoso escritor granadino.

- ¡Bello, maestro! ¡Absolutamente incomparable! –gritó un entusiasmado estudiante frente a sus ojos de carbón.

Federico García esbozó una amplia sonrisa. Tocó la cara del muchacho en un gesto que me pareció demasiado femenino, y levantó su testa para informar a la muchachada cuál era la procedencia de esos versos.

- Por supuesto que son bellas palabras –dijo, emocionado- Bellas y distantes, ya que fueron escritas en las laderas de la Cordillera de los Andes, en Chile, por mi amigo Pablo Neruda.
- ¿Neruda? –preguntaron varios a coro.
- Ya le conoceréis mejor, y amaréis su trabajo tanto como yo lo disfruto ahora –respondió García Lorca- Él es el más grande poeta latinoamericano, mejor quizás que el propio Huidobro –otro murmullo general recorrió la sala- Pertenece al Partido Comunista chileno y estuvo en España comprometiendo su apoyo a nuestra causa libertaria.

Un aplauso cerrado siguió a las palabras del vate y algunos “Viva la República” culminaron la reunión, provocándome inquietud ante la posible arremetida de grupos monarquistas dispuestos a apalear “rojos”. En Alemania habría sucedido. Mas, en España los bandos en pugna dejaban sus fuerzas para una contienda final y sangrienta. Muy latino. El todo o nada en una guerra sin cuartel. Abandoné el Instituto de la Libre Enseñanza con los versos de Neruda repiqueteando en mi cerebro y galopando en el corazón. Fue la primera ocasión que tuve para saber de la existencia de ese poeta chileno, al que conocería personalmente años más tarde en circunstancias aún peores.

En los días siguientes se produjo un hecho lamentable, en doble sentido. La embajada recibió la información del fallecimiento del Canciller Paul Von Hindenburg, lo que dejaba a Hitler con las manos libres para iniciar su ataque global a los restos de oposición existentes en Alemania y nuestro embajador decidió realizar una cena de gala para celebrar la muerte del noble Hindenburg. Decliné la invitación del embajador, sabiendo que ello me reportaría nuevas reprimendas de mi tío y quizás mi salida del mundo diplomático. Aún así, me resté de la celebración yendo a parar en un “colmao” andaluz cercano al popular barrio madrileño de Vallecas. Esa noche, por primera vez en mi vida, me embriagué completamente y regresé a mi pequeño departamento cuando el alba amenazaba llegar.

Pensé en Johannes exiliado en Suiza. Lo imaginé llorando como el buen solitario que siempre había sido, con la cabeza cana hundida entre sus manos finas, dejando caer lágrimas de sincera emoción sobre la multitud de planos y papeles que acostumbraba tener por compañía. ¿Qué otra cosa podía hacer aquel venerado profesor, salvo expresar en llanto su inmenso dolor? ¿Estaría integrado a alguna universidad? ¿Qué sería de su existencia?

Me preparé para enfrentar las consecuencias de mi accionar, y en un raptó de irresponsabilidad acudí al Instituto de la Libre Enseñanza esperanzado en poder

encontrarme con García Lorca o con Buñuel. El poeta había marchado a Sevilla para privilegiar a sus habitantes con la presentación de algunas de sus obras inmortales, pero Buñuel estaba en el Instituto preparando libretos para teatro. Se alegró de verme, y lo expresó con un abrazo que sentí sincero. Entregó sus condolencias por la muerte del viejo Canciller Hindenburg, afirmando que Alemania correría ahora una loca maratón política por los bordes del barranco. Coincidí con su opinión notando que de inmediato una interrogante se posó en su rostro. Le tranquilicé confesándole que yo no era nazi, ni socialista, ni monárquico.

-¿Social demócrata, entonces? –preguntó con voz festiva.

Conversamos el resto de la tarde sobre mi historia personal, la que fascinó al joven dramaturgo que encontró en ella un tema interesante para ser trabajado como guión de cine. Yo me deshacía en explicaciones a objeto de convencerle respecto de mi neutralidad en el conflicto severo que vivía mi país bajo la férula nazi y él, en cambio, desechaba mis argumentos optando por construir en su mente una historia digna de ser transcrita a un libro de aventuras. El amor por el arte superaba en Buñuel toda lógica coyuntural. Al menos eso fue lo que me pareció observar en aquel momento, cuando la decepción absorbía por completo mi presente. Al despedirme, hizo una pregunta –por fin- con el rostro serio.

- ¿Unirías tus esfuerzos a los nuestros para dar a España un sistema republicano?
- Tendría que renunciar a mi cargo diplomático –contesté- Pero, sí... lo haría.
- No renuncies a tu actual responsabilidad, Rudolf. Eres un hombre inteligente y sabrás cómo mantenerte en la embajada alemana cumpliendo estrictamente el rol que te asignaron, pues desde allí nos serías de mayor utilidad que fuera de la legación.
- ¿Trabajar como espía? –inquirí alarmado- ¿Espía contra mi propia gente?
- Es un feo nombre. Hablemos mejor de colaboración con un pueblo de gente amable que lucha por alcanzar un sistema de vida más justo, ¿te parece?
- No conoces a los nazis, Luis. Son admirables en su maldad, tanto como en la elocuencia de sus atributos para enterarse de todo lo que ocurre en el entorno de lo que les interesa o les amenaza. Incluso el simple hecho de estar hoy visitándote constituye un peligro concreto para mí.
- ¿Entonces, no es un rechazo tuyo a nuestra causa, sino más bien el temor, el temor lógico y real a un castigo, lo que impide tu apoyo?

Pensé brevemente en la respuesta, ya que estaba cierto que de ella dependería mi futuro. Había abierto voluntariamente una de las puertas menos convenientes en el momento que España decidía el camino a seguir, y no podía borrar lo escrito en esas semanas con propia

mano. Los intelectuales hispanos no fueron quienes procuraron mi presencia, sino yo mismo, con la consciencia activa, desbrocé caminos para acercarme a ellos. Era el momento crucial. No había cupo para los indecisos. Republicano o fascista. Esas eran las únicas alternativas reales. Los independientes, los “aguas tibias” como decían en Madrid, serían las primeras víctimas en el conflicto pronto a explotar. Yo detestaba al embajador, al que consideraba un representante típico de los políticos que ahora administraban Alemania. Lo detestaba tanto como odiaba a Hermann Goering, responsable de mis peores pesadillas y único culpable de la pérdida dolorosa de mi herencia y de mi tranquila vida en la patria de Goethe. Antes de responder la consulta hecha por Buñuel creí oportuno hacer la pregunta que consumía mi alma.

- ¿Los republicanos lograrán el gobierno?
- ¡Joder! Si toda España desea terminar con una monarquía inútil manejada por los cuervos negros de la Iglesia –respondió con seguridad asombrosa- El gobierno no es la meta.
- ¿Y cuál es entonces vuestro objetivo final?
- ¡El poder, coño! ¡El poder total para que el pueblo pueda imponer sus términos! No pienses en la reacción del mundo civilizado ante nuestra acción, ya que Occidente es consciente que somos la última barrera contra los deseos expansionistas de Hitler y Mussolini en el territorio continental europeo.
- Olvidas a Francia –repliqué.
- ¿Francia? –Buñuel esbozó una sonrisa despectiva- Los gabachos confían mucho en su Historia y creen que París jamás podrá ser ocupado por tropas extranjeras, pero Hitler sabe cuán fácil será invadirlo. Amigo von Hayek, es aquí en España donde se decidirá la suerte del mundo libre. Eso lo tienen claro ingleses, soviéticos y americanos.

Esa misma opinión fue la parte medular de mi comunicado a Berlín que envié en la noche desde la embajada, enfatizando con una seguridad que hoy considero pasmosa cuán adverso sería para Alemania un gobierno español en manos de los republicanos, quienes mostraban acercamientos claros con la Unión Soviética e Inglaterra a través de anarquistas y comunistas locales. En una de las líneas intermedias del comunicado aseguré que “la Derecha hispánica carece de presencia en asuntos culturales, por lo que difícilmente podrá ganar adeptos a su causa más allá de la frontera peninsular”.

En pocas horas, con una rapidez que debió haber llamado mi atención si yo no hubiese sido tan ignorante en materias políticas, recibí la respuesta berlinesa a mi informe. Martin Bormann, el “hombre trueno” de la Cancillería, desconfió de mis aportes y decidió

preguntarme cómo obtuve la información y por qué no hice referencia alguna a mis contactos con oficiales del ejército y líderes fascistas, tal como *“el Führer le indicó en entrevista sostenida poco antes de viajar usted a Madrid”*. Bormann terminaba su comunicado con una frase que echaba luz sobre las ideas que los nazis tenían respecto de la conducción global en un país. *“Nos interesa saber de las capacidades militares de los bandos existentes en España. Los asuntos culturales déjeselos a los vagos e intelectualoides. Recuerde usted que las armas conquistan pueblos, no las poesías”*.

Esa misma noche recibí una carta enviada por Georgette desde Munich. Avisaba visita y me solicitaba que dispusiese de tres días libres para pasear junto a ella por Madrid. Viajaría con una de sus cuñadas, Katherine, hermana menor de Peter Fronzen, la cual debería ejecutar ciertas diligencias con representantes del fascismo hispano cumpliendo instrucciones de Heinrich Himmler, el temible nuevo jefe de la *Gestapo*.

Pregunté al embajador si estaba enterado de la visita oficial de Katherine Fronzen a España, barruntando que se trataría tan sólo de una cuestión burocrática que interesaba a Himmler y que, por tanto, no existiría preocupación oficial de mi parte.

Me equivoqué una vez más.

En la embajada nadie tenía noticias sobre el viaje de las dos damas, por lo que mi información al respecto se constituyó en la orden del día. Todo el personal de la sede diplomática debería estar dedicada a las atenciones que las mujeres merecían. El acontecimiento era –según algunos funcionarios menores- tan trascendente como si el propio Adolf Hitler fuese el invitado. Algunos dirigentes intermedios del Partido, provenientes de Berlín, antecedieron dos días más tarde la llegada de *fräü* Katherine y comenzaron a impartir órdenes y contra órdenes para disponer lo necesario que la hermana de Fronzen pudiese requerir. El único que no entendía nada de lo que estaba sucediendo era yo, pobre pájaro solitario e ingenuo, ignorante absoluto de las verdaderas formas en que el nazismo actuaba donde su presencia lograba instalarse. Había destinado mi tiempo útil a entretenerme con los magníficos eventos culturales de la intelectualidad hispana, construyendo lazos de amistad con algunos de sus principales representantes, pero dejando de lado el asunto prioritario de mi misión en Madrid, lo que gatilló la molestia de los asistentes de Hitler que optaron por enviar a la embajada alemana en la capital española a una dama conocida en Hamburgo con el seudónimo de “la muerte rubia que sonríe”.

Fräü Katherine era una mujer soltera, de edad indefinida -bordeaba quizás los 40 años, llevados con gracia juvenil- de un enorme atractivo merced a una capacidad intelectual superior al resto de las representantes de su género y dueña de gran manejo en entrevistas

que, la verdad sea dicha, eran verdaderos interrogatorios realizados siempre con sonrisa tierna y actitud casi melosa. Sus opiniones constituían dictámenes finales para Himmler que, enamorado tiernamente de la mujer (pero rechazado por ella con sutileza y coquetería), pretendía conquistarla dando curso concreto, en hechos sanguinarios como “la noche de los cuchillos largos”, a las disquisiciones que fraguaba aquella mente enfermiza escondida bajo una cabellera rubia y facciones agradables. Con Georgette mantenía una amistad estrecha, rayana en la intimidad absoluta pues se confiaban secretos y deseos como si fuesen hermanas o socias en una empresa de vida o muerte. El rumor que una vez escuché en Berlín hablaba de posibles ilícitos cometidos por Peter Fronzen en la administración financiera de los periódicos y radioemisoras pertenecientes al Partido, pero esas mismas habladurías sindicaban a Khatherine como gestora no sólo de las maniobras oscuras de su hermano sino, también, informante –o soplona- de Himmler, ya que desearía ser ella quien dirigiese la Oficina de Comunicaciones y Cultura del Tercer Reich, aunque para tales efectos su propio hermano fuese la víctima principal.

La recepción en la embajada fue del mejor nivel posible. Una doble fila compuesta por funcionarios vestidos con uniformes oscuros, y otros (yo entre ellos) ataviados con ropas de civil, abrió un pasillo para que las dos mujeres ingresaran al interior de la sede diplomática en medio de aplausos tímidos y sonrisas forzadas. El edificio estaba engalanado con enormes fotografías del *Führer* y de las masivas concentraciones efectuadas en Berlín ese verano. Quince banderas nazis con la *swástica* en el centro opacaban dramáticamente al solitario pabellón patrio alemán, que parecía dormitar en el costado izquierdo del gran salón iluminado por lámparas italianas.

Finalizados los sosos discursos del embajador y del agregado militar, hizo aparición la figura de un tipo que yo no conocía, aunque había escuchado hablar de su irrefrenable odio hacia las “razas inferiores” que vivían en Alemania. Se trataba de Hewel, designado por Hitler como “embajador permanente de la Oficina de Asuntos Extranjeros” y, además, uno de los ‘privilegiados’ del régimen ya que constituía parte del pequeño grupo que acompañaba al *Führer* en las cenas diarias en la Cancillería. Muchos años después, una vez que se iniciara la campaña bélica contra la Unión Soviética, este mismo sujeto integraría la pandilla de asesinos que viviría en la “Guarida del Lobo”, refugio del líder nazi en Rastenburg, Prusia Oriental y, luego, en Winniza, Ucrania.

Hewel saludó espartanamente a los miembros de la legación y leyó el mensaje que Hitler nos había enviado. En ese documento, el jefe de Alemania indicaba que España resultaba importante como territorio amigo –“aliado”, fue el término exacto- en la gesta histórica del

pueblo germano. Nuestra patriótica tarea, en ese sentido, debería enfrascarse en estructurar lazos sólidos con la oficialidad superior de las fuerzas armadas y, a la vez, obtener la mayor información posible sobre la capacidad bélica y disciplina combativa de los “rojos republicanos”, desestimando cualquier contacto que fuese más allá de lo meramente oficial con miembros de esa facción “de vagabundos”. Mi embajador sonrió burlonamente, regalándome una mirada llena de reproche y odio que antecedió a la fulgurante ojeada que echó sobre mí la inefable Katherine.

Aún percatándome de las demostraciones de desprecio, yo no caía completamente en la cuenta que los recién llegados traían instrucciones precisas y claras para derrumbar lo que con tanta pasión había construido en mis primeros nueve meses españoles.

Después de la cena, Georgette se acercó procurando un cigarrillo español. Al aproximar su rostro a mis manos mientras encendía el tabaco, susurró una invitación que me resultó imposible de rechazar.

- Estás en graves problemas, querido. Katherine y yo queremos conversar contigo, a solas en tu apartamento, esta misma noche.

Esperé el término de las ceremoniosas actividades que siguieron a la cena, aislándome en un rincón de la sala para aprovechar el momento ideal que permitiera mi salida de la legación sin provocar la alerta de algún funcionario, y luego de cruzar un par de miradas con Georgette me escabullí a la calle. Caminé hasta la esquina cercana y bajo un débil farol que señalaba el ingreso a un edificio de oficinas fiscales –desocupado a esa hora- aguardé la aparición de mi amante y su cuñada. Desde ese lugar vi a los invitados hacer abandono de la sede para dirigirse a los hoteles que habían contratado desde Berlín. Las últimas en salir de la embajada fueron las dos mujeres, pero estaban acompañadas por tres miembros de las SS que viajaron con ellas desde Alemania. Sin embargo, no sé con qué argumento fueron convencidos, los sujetos regresaron al interior de la legación y las hembras caminaron tomadas del brazo rumbo a la mal iluminada plaza que regalaba placidez a dos calles de distancia. Llegué a la vera de las cuñadas que no se sorprendieron por mi súbita aparición. Georgette, sin ambages, me abrazó y besó apasionadamente, mientras Katherine sonrió con actitud de complicidad.

Mi apartamento les pareció de una pobreza franciscana, indigno para un representante oficial del Tercer Reich, pero se sintieron cómodas en él y distendieron sus músculos en el único sofá existente. La hermana de Peter Fronzen manifestó extrañeza por la gran cantidad de libros en lengua castellana que yo tenía en una alacena. Ojeó desinteresadamente la obra *“La dama errante”*, de Pío Baroja, y rogué a Dios porque la

agraciada hermana de Fronzen no tuviese la malhadada idea de preguntar por el contenido de la novela, ya que ella trata de las dificultades y problemas que surgen al intentar diferenciar las razas. Ello me habría sido letal.

- ¿Tan interesante es la literatura de este país? –preguntó, manteniendo la sonrisa.
- Nosotros tenemos a Goethe, ellos a Cervantes, Calderón, Samaniego, y muchos más –respondí con estudiada calma.
- ¿Hay algo de García Lorca en este apartamento? –inquirió Katherine desabridamente- Me han dicho que es un poeta muy conocido, y apreciado por el bajo pueblo.

Una vez más la educación primigenia recibida de mi padre en Uberlingen me sirvió eficazmente para salir del paso. “Nunca olvides, hijo, que ante una pregunta mordaz lo mejor es una respuesta inesperada recubierta por digna cultura”. Era el momento de aplicar la enseñanza. Apoyé mi mentón en la palma de la mano y esboqué una irónica sonrisa al tiempo que regalaba miel con mi mirada.

- ¿García Lorca? ¿Federico García Lorca? Es un buen poeta, aunque no mejor que los chilenos Vicente Huidobro y Pablo Neruda. Es extraño, pero los tres muestran tendencias de izquierda. Aún más, los chilenos pertenecen al partido comunista. Poco puedo decirle respecto de su pregunta, *fräü* Katherine, pues no acostumbro a codearme con gente de esa calaña, pero si a usted le interesa García Lorca puedo tramitar una entrevista con él. Soy amigo de Miguel de Unamuno, quien conoce de cerca al poeta.

Katherine acusó el golpe y durante un breve segundo pareció perder su habitual compostura, pero se rehizo con celeridad y contraatacó velozmente.

- Estaban equivocados en Berlín. No era García Lorca sino Unamuno. Es innegable que usted tiene estrechos vínculos con una parte de la intelectualidad local, precisamente con aquella que se alinea a los republicanos.
- La cultura no tiene color político ni es propiedad exclusiva de una raza. El arte se encuentra incluso en tribus aborígenes de Malasia o de Brasil. Sobre este punto ya informé a nuestra Cancillería. Oficialmente dije que la derecha española no posee representantes de alcurnia, al menos en este momento. Ello es importante, muy importante, pues el pueblo también puede ser conquistado a través de las letras y la música.

La mujer titubeó confundida, sin saber a ciencia cierta cuál era la reacción que debía utilizar. Pestañeó coquetamente un par de veces y volvió a la carga.

- No logro entenderle bien, capitán von Hayek –dijo con voz suave- ¿Por qué insiste en asuntos culturales contra viento y marea si tiene claro cuál es el interés específico del *Führer* en el caso español?
- Hitler se considera a sí mismo un artista, un experto en materias de arte. Adora la arquitectura y sobre ella tiene buenas ideas –repliqué, convencido de estar ganando la partida- En una de las charlas que dio el *Führer* a los alumnos de la Escuela Diplomática en la cancillería, recuerdo que se refirió con particular entusiasmo a asuntos culturales, asegurando que de los países vecinos era necesario extraer la enseñanza de que a los artistas que realizan una buena labor hay que ofrecerles oportunamente el reconocimiento que les corresponde. Esas fueron sus palabras, escuchadas, recogidas e internalizadas por todos quienes estábamos en ese curso, incluyendo a los asistentes del Canciller y algunos generales, como Jodl. Además, nos inculcó que en naciones como Austria, Italia, Francia y España, el arte era superior precisamente porque en esos territorios los gobiernos y el estado docente supieron valorar lo bello. Él deseaba que nosotros –los futuros diplomáticos- pudiéramos investigar sobre este punto, ya que Alemania requería poner en práctica, en materias de arte y belleza, los parámetros utilizados en aquellos países donde los artistas son considerados ciudadanos de excepción. Y eso es lo que estoy realizando, *fräulein* Katherine. Cumpló con presta eficiencia la voluntad de nuestro líder. ¿Usted desea que este agregado cultural traicione las órdenes del *Führer*? Eso es, precisamente, lo que parece querer nuestro embajador.

Georgette había seguido la conversación sentada en el borde del sofá, nerviosa y expectante pues conocía de cerca los resultados de los enojos de su poderosa cuñada, manifestando tranquilidad sólo cuando terminé mi exposición, expresando su satisfacción con un leve guiño de ojo. Katherine inclinó la cabeza y me miró por primera vez con curiosidad e interés. Dejó su asiento y se paseó en torno a la mesa del comedor moviendo la punta de su chal. Era una mujer inescrutable que sabía jugar con su mirada, ora tierna y coqueta, ora fría y penetrante. Un rictus duro y voluntarioso se dibujó en sus labios, marcando el cambio de actitud que la desnudó psicológicamente ante mi sorprendida visión.

- Dejémonos de bravuconadas pueriles y de probar cuán hábiles somos, capitán. Vayamos directamente al asunto que interesa. Usted no es hombre confiable para Himmler ni para Goebbels. Menos aún para mi agónico hermano. Las razones que tiene Peter para odiarle no le son desconocidas supongo. Si aún está disfrutando de sus veladas intelectuales aquí en España, se debe a que su tío Goering le sigue protegiendo.

Pero ello no será eterno. En algún momento el *Führer* cederá a las presiones y entonces, amigo mío, su suerte estará echada. El asunto “Johannes Hindenburg” le sigue penando en la *Gestapo*.

- ¿Y usted, señora, qué me recomienda? –pregunté con agilidad latina.
- Que gane puntos ante los ojos inquisidores de la Cancillería y del Partido. Abandone la embajada y olvídense de los artistas locales. Nuestro servicio de inteligencia está seguro que los republicanos tomarán muy pronto el poder en este país y entonces.... entonces... –hizo un alto, arrepintiéndose tal vez de hablar libremente- entonces, nuestro gobierno cortaría relaciones con España.
- ¿Me sugiere que deje este país?
- Lo que estoy tratando de aconsejarle es que se convierta en asiduo visitante de dos generales que interesan al Tercer Reich. Me refiero a los generales Franco y Mola, aliados en nuestra propia causa y reconocidos enemigos de los “rojos”. A mi regreso a Berlín informaré que usted concluyó su labor de espionaje en las filas republicanas y ahora comenzará su trabajo de información a los generales mencionados. Y eso es lo que realmente tendrá que hacer. No me agradezca este favor, lo hago por expresa petición de Georgette.

Dicho esto, se aproximó a la ventana y observó la calle desde aquel segundo piso. Volteó el cuerpo con un movimiento brusco y se dirigió a la puerta de salida. Lanzó un beso a Georgette y bajó las escalas con parsimonia. En la acera solitaria los tres matones de las SS le esperaban en un vehículo con el motor encendido.

- ¿Nos siguieron? –pregunté sorprendido.
- Ven... ven aquí, amorcito –dijo Georgette abriendo los brazos para recibirme con un abrazo que auguraba pasión- Después hablaremos de ello. En mi corazón tengo diez meses de espera por tus besos.

Mi amante permaneció dos días en el apartamento, obligándome a acompañarle y dejar de lado mis responsabilidades diplomáticas. Tampoco hubo paseos por Madrid, asistencia a teatros, “colmaos” ni plazas de toros. Esas cuarenta y ocho horas las vivimos en el lecho y desnudos, levantándonos sólo para preparar alimentos o darnos un baño de agua tibia. Tampoco fuimos interrumpidos con órdenes provenientes de la embajada, lo que hacía suponer que Katherine había puesto en práctica sus excelentes oficios ante el propio embajador.

En uno de los escasos momentos de conversación, Georgette me informó cuán cerca estuve de ser condenado a muerte por la *Gestapo*. El embajador me odiaba y creía que los “rojos”

habían conquistado mi mente. Sólo una persona podía intervenir en mi favor, y ella era Katherine Fronzen, secreto brazo derecho de Bormann y asistente oficial de Himmler. Mi tío ya no dirigía tropas de asalto ni encabezaba pandillas para eliminar opositores molestos o judíos enriquecidos. Era ahora, ni más ni menos, el segundo hombre del Reich, luego de Hitler, y su labor consistía en encargarse de asuntos de mayor volumen. ¿Cómo pudo Georgette convencer a su cuñada para viajar a Madrid e ir en mi ayuda? Katherine nunca prometía nada, por ello quiso primero conocer de cerca mi capacidad, no sólo porque desease saber cuán hábil podía ser yo en asuntos de estado sino, además, para cerciorarse de lo asegurado por Georgette que insistía en mi enorme calidad de amante.

- ¿Tú crees que ella se marchó de este apartamento con la certeza de no haber cometido un error? –pregunté con absoluta inocencia.
- Pierde cuidado, Katherine confirmó todo lo que yo le había dicho acerca de ti.
- ¿La conoces tan profundamente que puedes asegurarlo con absoluta certeza?
- La conozco muy bien, amorcito –respondió Georgette algo inquieta- Katherine no gusta de los hombres... en ningún sentido. No sé si me entiendes.
- ¿En ningún sentido? –tartajeé confuso.
- Es lesbiana. Una dolencia que me permitió salvarte. Te ruego que me comprendas, cariño, pero no había otra alternativa. A ella no le incomoda que nosotros seamos amantes, pero exige que me meta en su cama cuando necesita algo de pasión.

Años más tarde me enteraría que la relación lésbica entre ellas tenía una edad mayor a la reconocida esa noche por mi amante, ya que comenzaron su flirteo a los pocos meses de haberse casado Georgette con Peter Fronzen. Para esconder el pecado, mi tío Hermann recomendó a su sobrino como cortina de ocultamiento, evitándole a las damas pasar por la vergüenza pública y al mismo tiempo tenerme en su mano gracias a las informaciones que Georgette pudiese entregarle respecto de mi comportamiento político. Hubo sólo una falla en aquel plan. La mujer se enamoró.

El día 23 de diciembre del año 1935, las dos mujeres abordaron el avión militar rumbo a Berlín y yo quedé a solas con mis llagas intelectuales, puesto que tendría que traicionar mis propios sentimientos e informar a los generales Franco y Mola todo lo que había recabado en mis reuniones y tertulias con García Lorca, Unamuno, Buñuel y Manuel de Falla.

Sin escapatoria, cumplí estrictamente lo prometido a Katherine y logré insertarme en el grupo de “consejeros internacionales” que rodeaban a Franco, quien mordía sus nudillos por la rabia que le significaba tener que aceptar un gobierno en manos de los odiados republicanos. Impelido por las circunstancias construidas por mi propia cobardía, informé

a la Cancillería alemana de las necesidades logísticas de Franco, asegurando que la presencia de batallones alemanes –especialmente de la Fuerza Aérea- inclinarían la balanza en caso de producirse el conflicto.

Esta vez, lamentablemente, no me equivoqué.

El año 1936 trajo dos graves y trágicos acontecimientos. La señora Muerte se llevó a Miguel de Unamuno en la grupa de su negro corcel, y el general Francisco Franco se alzó en armas desde las Canarias.

La guerra civil había estallado y yo me encontraba en medio de las facciones en combate. Mi responsabilidad laboral estaba junto a quienes mi corazón rechazaba, y mi alma se hallaba separada a viva fuerza de aquellos que endulzaban mi ánimo.

El día del alzamiento en Canarias visité a Buñuel, pero este no quiso recibirme. “En el trágico momento que vive España, no hay sitio para los indecisos –respondió en un papel escrito a la rápida- Fascista o demócrata. Elige, hazlo rápido...o vuelve a Alemania”.

LA GUERRA CIVIL

La embajada cerró sus puertas al tercer día de rebelión, ya que corría el riesgo de ser atacada por grupos de republicanos armados que veían en los alemanes un enemigo necesario de eliminar. El gobierno madrileño declaró rotas las relaciones con Berlín y gran parte del personal de la legación viajó a Francia por vía terrestre y con medios propios, sin resguardo policial alguno. El embajador fue el último en abandonar la capital española. Dejé en mis manos las cartas credenciales que me nominaban “representante del Tercer Reich en España”, cargo que por supuesto no me hacía gracia, conminándome a cumplir las órdenes emitidas por Hitler, lo que me llevaría a instalar una oficina en la primera ciudad que cayese en manos de las tropas franquistas.

El adiós a Madrid me fue doloroso, más por vergüenza que por nostalgia.

Viajé a Córdoba tras los pasos de Buñuel y de García Lorca, decidido a poner fin abrupto a mis devaneos con los nazis. Estaba dispuesto a luchar contra Hitler aún a costo de mi ciudadanía. Por primera vez en mi existencia cómoda e inconsciente había determinado

seguir un camino por propia voluntad. Pero el destino es quien reparte las cartas del naipe de la vida, y en una guerra abierta los combatientes marcan esas cartas.

Córdoba estaba en pie de guerra. Grupos de milicianos por doquier, portando armas y gritando instrucciones a voz en cuello, sin disciplina ni plan de combate, estaban apostados en cada esquina de la ciudad instalando barricadas compuestas por sacos rellenos de arena y maderas varias. El comercio tenía las cortinas cerradas

Los estudiantes evaden las aulas porque sus profesores se unieron a las milicias convencidos de que España reclamaba su sangre para tejer un mejor destino. Alumnos y docentes marchan ahora por las calles cordobesas, armas al hombro, acompañando a grupos de obreros que muestran orgullosos las banderas republicanas flameando sobre ametralladoras y revólveres. Incluso la brisa que mece los espíritus parece cargada de oscuros presagios. Veo carreras presurosas, rostros ateridos por el frío próximo de la muerte que llegará desde el sur instalada en puntas de bayonetas manejadas por ejércitos profesionales. Sin embargo, también noto alegría feroz en muchas caras de esos muchachos que manifiestan fervores socialistas y desean una patria menos injusta. Los republicanos de mayor edad aprietan puños y hacen chirriar sus dientes, dispuestos a luchar hasta morir o vencer, pero son conscientes que la situación es desmedrada para sus intereses, aunque confían en que la razón de sus ideales recibirá correspondencia internacional traducida en apoyo logístico, dinero y presencia de millares de combatientes que vendrán en ayuda de la “más justa de las causas, la causa del pueblo”.

Me entero que en las cercanías de la ciudad se han producido los primeros enfrentamientos. Cazalla de la Sierra se llama el lugar desde el que llegan informaciones que preocupan a los cordobeses y les hacen afinar detalles en trincheras y plazas.

Cerca de la estación de ferrocarril encuentro el único comercio de comidas y vino abierto al público en las inmediaciones. Un tipo enorme, grueso y sudoroso, atiende las mesas y sirve los pedidos de los escasos parroquianos que se atreven a detenerse en el lugar mientras toda Córdoba corre de aquí para allá con un frenesí propio sólo de los prolegómenos de la desgracia.

El posadero atiende mi solicitud y sirve una jarra de vino tinto, espumoso, refrescante, junto a un plato de jamón serrano y queso manchego cortado en trozos, que acompaña con media libra de pan negro.

- Siempre hay tiempo para el estómago, aunque al lado explote la revolución –manifiesta con voz cascada.

Pregunto por las novedades del día y obtengo respuestas tan vagas como el rumor creciente que circula por las calles. “Franco se alzó en armas y el ejército se ha dividido –apunta el gordo- Madrid sigue fiel al gobierno porque allí está el gobierno”... y una risa torpe sigue a su pretendido chiste. Adivino que el tipo no quiere a los republicanos y declino averiguar el paradero de Lorca o de Buñuel. Las cosas no están para errores.

- ¿Y cómo va el asunto aquí en Córdoba? Recién he llegado a esta ciudad y me parece que todo huele a pólvora –señalo como paso previo a nuevas preguntas.

- ¡Pólvora es la que vamos a darle a estos rojos cabrones! –responde el posadero- Aproveche su plato, señor, que de aquí en más, España no tendrá un pan que repartir.

Come y calla, Rudolf, come y calla. Esa máxima era imperiosa. Tragué con prisa, pagué y salí a la calle. Buena suerte la mía, ya que diez segundos más tarde cinco individuos ataviados con boinas negras y premunidos de armas largas ingresaron a la cantina con paso fiero. Gritos, dos o tres groserías de grueso calibre y, luego, una seguidilla de disparos culmina la incursión de los desconocidos. El gordo posadero quedó tendido sobre su propia sangre, con la cabeza destrozada por los tiros.

- ¡¡Muerte a los fascistas!! –gritó el último de los asesinos al abandonar el local comercial, pasando por mi lado con el cañón del fusil rozando mi brazo.

- ¡¡Hala...todos a la iglesia... a cazar cuervos!! – voceó otro sujeto que esperaba a sus compañeros en la vereda contraria.

El arrepentimiento por viajar hasta esa ciudad era tardío. Mis premoniciones insistían en el arribo de nuevos líos. Debí permanecer en Madrid y reinstalar allí la oficina consular, aún a riesgo de asaltos y ataques republicanos, pues en la capital hispana aún existía algo de orden y la policía funcionaba medianamente. ¿Qué diablos estaba yo haciendo en Córdoba? ¿Buscando a Lorca o a Buñuel? ¿Para qué? ¿Para unirme a las vanguardias literarias sin haber escrito jamás una estrofa ni una línea? Pensé en regresar a Alemania desatendiendo las órdenes de la Cancillería, pero ello me habría significado perder algo más valioso que mi ya descolorido honor de noble. En España tenía aún posibilidades de sobrevivir; en mi tierra, en cambio, podría aguardarme la venganza feroz de la gente de Hitler.

Un batallón de soldados leales a la II República pasó desfilando rumbo a la salida norte de la ciudad acompañado por cientos de milicianos que alzaban sus fusiles mostrando la decisión de morir por sus ideales. Sin dudarlo, me uní a ellos porque consideré que la seguridad personal de un extranjero aumentaba al participar voluntariamente en las demostraciones populares.

Las noticias corrían como agua entre los milicianos, incrementando la furia tanto como las expectativas. Franco y sus tropas estaban ya en el continente español. Había enfrentamientos en muchos lugares del país y los muertos se contaban por docenas. La nación se fracturaba en dos enormes territorios, siendo el norte de España el más fiero defensor de la II República. Y yo estaba en el sur. Córdoba sería la próxima estación de los fascistas de Franco. En cosa de horas, la ciudad se envolvería en las mortajas de la muerte.

Sentí miedo. Miedo de verdad, tangible y helado. Una bola de angustia depositó sus crías en mi estómago a la vez que la boca secaba sus paredes negando el ingreso de aire a mis pulmones. Seguí marchando junto a la columna mientras me devanaba los sesos en busca de una salida a la deteriorada situación creada por mi estupidez. Un griterío ensordecedor y disparos en ráfagas sacudieron mis arrepentimientos e hicieron erizar mi piel. Los milicianos atacaban una iglesia balaceando desordenadamente el frontispicio de la construcción. Alguien contestaba desde la torre del campanario con tiros certeros que tumbaban atacantes. El enfrentamiento duró pocos minutos, pues un grupo de civiles logró ingresar al interior del templo luego de derribar las puertas a golpes y empujones. Se produjo el caos. La iglesia fue saqueada, los muebles quemados en plena calle y tres sacerdotes fusilados por la turba frente a la muralla lateral. Apareció luego un muchacho arrastrado a puntapiés por los milicianos hasta la esquina. Era el que disparaba desde el campanario. No tenía más de 20 años. Sangraba profusamente y su rostro mostraba las huellas de la paliza. Lo ahorcaron colgándole del poste más cercano, entre gritos y hurras. Algunos hombres se ensañaron con el joven, disparándole desde escasos metros. Otros lanzaban escupitajos al cuerpo inerte que pendía de la soga.

Era tanto y tan profundo el odio hacia esa persona que no pude evitar inquirir al respecto.

- Es Javier —exclamó una mujer vestida de negro- el hijo de Ramón Valverde y Puente.
- ¿Quién es Valverde y Puente? —pregunté movido por una obscena curiosidad.
- Pues sí que es usted forastero —contestó la miliciana- Valverde y Puente es... mejor dicho, era, el fascista más destacado en esta ciudad. Anoche el pueblo hizo justicia al asaltar la propiedad de ese cabrón. Murió en su ley. Su hijo Javier se nos había escapado, pero lo encontramos aquí defendiendo a los cuervos.

Me alejé del lugar en procura de tranquilidad. “Soy una bestia”, murmuré abatido. Las escenas de sangre y locura no habían provocado mayores estragos en mi ánimo, lo que me hacía pensar cuánta maldad puede albergar un ser humano en su corazón al estallar

conflictos severos. Las palabras de Buñuel repiqueteaban en mi cerebro como voces desde el más allá: “fascista o demócrata...no hay otra elección; los indecisos no tienen cupo en España”.

Una ventana de esperanza se abrió por fin. El consulado de Portugal surgió de la nada, casualmente, y mi ingreso al edificio fue providencial ya que la turba que circulaba por las calles me arrastró a la puerta de ingreso. Dos tipos vigilaban celosamente la entrada. Me miraron con caras de pocos amigos, pero al mostrar las credenciales diplomáticas franquearon el paso permitiéndome escapar de la locura reinante en el exterior. Uno de los celadores me acompañó al segundo piso dejándome en la pequeña oficina donde otro tipo golpeaba con frenesí una máquina de escribir. “O senhor é cônsul d’Alemanha”. El escribiente levantó la cabeza y saltó de la silla para ofrecerme su mano diestra en gesto de bienvenida protocolar.

Contesté su saludo utilizando el castellano, pues no sabía nada de portugués e imaginé que todos los funcionarios de ese consulado manejaban adecuadamente el idioma español. Mi impresión era acertada.

El cónsul de Portugal, don Vasco Saraiva de Almeida, me recibió inmediatamente en su despacho. Leyó mis credenciales y me invitó a beber una taza de té.

- Fuimos informados por su gobierno respecto del cierre de la embajada en Madrid –hablaba en excelente castellano- Su nombre también lo conocíamos desde anteayer... oficialmente, me refiero. ¿Qué hace usted en Córdoba, señor embajador? Vuestro consulado en esta ciudad fue la primera legación diplomática saqueada e incendiada por los milicianos. Luego les correspondió el turno a los colegas de Italia, eso fue hace cuatro días. Los funcionarios, alemanes e italianos, huyeron anteayer a Portugal protegidos por mi gobierno. Viajaron por tierra en ocho automóviles y cruzaron la frontera por Barrancos. Ya están en el pueblo portugués de Serpa, a salvo.

- Debo instalar una oficina del Tercer Reich en algún lugar de España –respondí mecánicamente, pues mi cerebro no estaba para disquisiciones mayores.

- ¿Reabrir el consulado alemán aquí en Córdoba? –don Vasco Saraiva manoteó groseramente- ¡Es una locura! Estoy preparando el retiro de mi gente, pues esperamos una batalla feroz para los próximos días. El ejército del general Francisco Franco avanza a paso rápido hacia esta zona. Me imagino que con él desea usted contactarse. Es vox populi que Berlín apoya a los rebeldes. Además, sus credenciales de diplomático alemán no tienen ningún valor para los republicanos.

- Sí...con el general Franco deseo retomar contacto –contesté abatido.

- En ello puedo ayudarle. Hay avanzadas franquistas en Nerva. Al parecer tomaron el control de la ciudad. Puedo enviarle en un coche con bandera portuguesa hasta ese lugar. Allí le será fácil comunicarse con alguno de los generales que acompañan a Franco.

- Se lo agradezco sinceramente, señor cónsul. Permítame abusar de su deferencia. ¿Es posible dar apuro a su ofrecimiento? Quisiera salir de inmediato de la ciudad. He presenciado cómo se desata la irracionalidad y no deseo ser testigo de otros actos de vileza.

- Esta guerra civil recién ha comenzado –contestó el cónsul- y parece que será larga... larga y cruenta. Seremos involuntarios observadores de muchas aberraciones. No quiero sentirme responsable por su futuro aquí en Córdoba, por lo tanto dispondré las órdenes necesarias para que sea usted trasladado a Nerva.

A medianoche viajé hacia el oeste premunido de la protección que brindaba la bandera portuguesa. Cruzamos tres barreras en manos milicianas, pero pasamos sin contratiempos. Había en esos campos una tranquilidad mentirosa; las estrellas brillaban como nunca antes lo habían hecho y la luna pendía quieta en un manto oscuro. Pasada una colina de baja altura el coche encontró la última barrera de milicianos. Los hombres dormitaban junto a una fogata descansando al lado de sus fusiles. Algunos bebían vino y los más vigilaban la ruta. Conversaron brevemente con el conductor del automóvil y abrieron la barrera, no sin antes advertirnos que a la mañana siguiente nos sería muy difícil regresar a Córdoba ya que fuerzas republicanas avanzarían hacia Nerva para recapturarla.

El conductor, que era también mi salvoconducto, hesitó nerviosamente decidiendo no continuar el viaje pues debía regresar al consulado para ayudar a los funcionarios en la retirada que don Vasco Saraiva había dispuesto.

- Usted debe determinar qué hacer, señor –dijo con voz trémula- Nerva se encuentra a cinco kilómetros de aquí. Puede caminar hasta allá o regresar conmigo a Córdoba.

Caminé. Imposible retornar a una ciudad en la que mi vida estaría en juego. Aquellos cinco kilómetros fueron los peores que transité en mi vida, pero también fueron los más solitarios y quietos. El aire olía a azahares y algunos ladridos de perros lejanos sirvieron de contertulios. Dos horas más tarde, la primera patrulla de soldados franquistas me rodeó armas en ristre. Mostré las benditas credenciales y solicité ser llevado ante el general Francisco Franco. Los uniformados estallaron en carcajadas. Franco no estaba en Nerva, ni en Badajoz, ni en Sevilla. Posiblemente en Huelva, posiblemente. Además, no era asunto de pedir ser transportado así como así ante el “generalísimo”. No pues, ni por muy embajador alemán que yo fuese.

- Le recibirá el capitán Antonio Casarejos –decidió un sargento- Él sabrá si le conduce o no al campamento del general.

Ese amanecer desayuné con la oficialidad franquista en los portalones del municipio. Comenzaba mi aventura en el ejército rebelde.

* * *

Los meses transcurrieron con vertiginoso afán y España dejó fluir la sangre de sus hijos por calles, ríos y hondonadas. Los muertos se contaban por miles y, a decir verdad, llegó un momento en que ni siquiera se contaban, sólo se enterraban o incineraban. Una tras otra, las ciudades del sur fueron cayendo en manos de Franco pero la guerra estancó su avance al momento que los fascistas se percataron que carecían de armas suficientes para arrinconar a las fuerzas republicanas, las que adolecían del mismo problema.

Europa y el mundo asistían a la tragedia desde lejos, sin interesarse en detener la matanza pues sus ojos, los ojos de todos los estadistas, miraban hacia Alemania preocupados por el desarrollo del nazismo en los territorios aledaños y la implementación bélica de las fuerzas armadas germanas, que rompieron las normas establecidas por la Sociedad de las Naciones que obligaba a Alemania no superar ciertos números de naves, aviones y contingente militar.

Luego de deambular por muchos pueblos, siguiendo a las tropas franquistas que constituían mi único seguro de vida como representante de Hitler en España, logré finalmente instalar una oficina medianamente digna en la ciudad de Granada. Por supuesto, no conté con apoyo de secretarios ni tampoco de personal de aseo, debiendo ser yo mismo quien se encargara de limpiar la sede, atender los asuntos propios de una legación y ocuparme del telégrafo que las autoridades locales me permitieron incorporar en mi propio despacho.

Al finalizar el año 1936 retomé contacto con la Cancillería berlinesa mediante el envío de múltiples informes en clave detallando los acontecimientos suscitados en las provincias por las que transitaba.

La primera respuesta de Berlín fue socorrerme con recursos humanos. Tres funcionarios nazis arribaron a Granada con órdenes específicas y material pertinente. Entre otras múltiples informaciones oficiales, la extensa documentación traía una noticia que me

afectaba en lo personal. Peter Fronzen había fallecido en un hospital muniqués el mes anterior. Georgette quedaba libre y dueña de una fortuna nada desdeñable. Imaginé que encontraría consuelo en brazos de su cuñada.

En pocos días la oficina del nuevo consulado retomó el ritmo de trabajo que amerita una sede diplomática. Con los nuevos asistentes, Hewel tuvo la delicadeza de enviar mi salario de ocho meses, sabedor quizás de cuántas penurias había soportado en ese tiempo. También me informaba que un nuevo embajador llegaría a Granada en las semanas siguientes, ordenándome mantener informado de estos asuntos al cuartel general de Franco.

En medio de la vorágine de esos trámites, me enteré que mi amigo Federico García Lorca había sido fusilado en Viznar, muy cerca de Granada, luego de ser sorprendido refugiándose en casa de amigos. Geográficamente, España tiene la forma de un puño. Ese puño debió apretarse al grado de sangrar ante la irreparable pérdida del magnífico poeta que entregó su vida en aras de los ideales que fueron asesinados junto con su cuerpo.

Por otra parte, Luis Buñuel había logrado escapar de España radicándose en los Estados Unidos, mientras que Manuel de Falla, el insigne compositor musical, buscó asilo en la vecina Francia.

Mientras, en Alemania, Hitler afinaba magistralmente su planificación sin que el mundo occidental cayera en la cuenta de cuánta maldad y horror provendría de las acciones nazis que muy pronto se extenderían a los países que su odio reclamaba.

Al arribar el nuevo embajador tuve un respiro de seis semanas, que utilicé para viajar a Uberlingen en la esperanza de poder utilizar al menos un dormitorio del que fuera mi antigua propiedad.

Treinta horas después de arribar al castillo en las orillas del lago Constanza, recibí la intempestiva visita de mi tío Hermann Goering quien fue alertado de mi viaje por nuestro embajador en Granada. Venía radiante, satisfecho, orgulloso y soberbio. Me felicitó por la calidad de los informes derivados a la Cancillería y consideró que mi experiencia en la guerra civil española permitía tratarme como “soldado”.

Uno de mis informes, que envié desde Madrid antes del inicio de la rebelión de Franco, era el depositario de su máxima satisfacción. Yo había insinuado la necesidad de apoyo a los fascistas hispanos, particularmente aviones pilotados por oficiales alemanes. El *Führer* estimó indispensable inmiscuirse en la guerra civil como forma de probar en el terreno los avances tecnológicos de la *Luftwaffe*, desatando la alegría de Goering ya que él era Ministro de Aviación y principal impulsor del apoyo a Franco con escuadrones aéreos.

España se presentaba como sitio ideal para comprobar los logros de Alemania en materias bélicas.

- Mis pilotos certificarán ante los ojos del *Führer* la importancia de la aviación en las guerras modernas. Demostraré que Alemania está preparada para reordenar el mapa europeo y poner en su lugar a los países ladrones que nos robaron el alma en la Primera Guerra.

Era tal su alegría que se permitió chocar frontalmente con Bormann y Göebbels en defensa de su único sobrino, obteniendo aplausos del propio Hitler y su autorización para reasignarme como diplomático, esta vez en París, en calidad de asistente del agregado militar en nuestra embajada frente a la Tour Eiffel. Al *Führer* le había complacido plenamente mi informe respecto del papel que jugaba la cultura y el arte en la conquista del corazón de los pueblos. Solicitó a Goering hacerme llegar sus personales felicitaciones, acallando de ese modo cualquier intentona de Göebbels. Mi tío irradiaba felicidad, “pero –dijo- este castillo seguirá durante largo tiempo en manos del Estado; no todo puede ser perfecto”.

Debí acompañarle a Berlín para ordenar mis nuevas credenciales, y participar en una cena de reconocimiento que se había preparado en mi honor. Llamó mi atención no ver a Georgette en ese evento, ni tener noticia alguna de la viuda de Fronzen desde hacía largos meses. En cambio, *fräu* Katherine destacaba con luz propia en medio de las esposas de oficiales y dirigentes. No fue ella quien acaparó mi interés, sino la hermosa muchacha que le acompañaba. Norma Ludendorff era estudiante de arte en la Universidad de Berlín, cursando el último año para recibir el título correspondiente. La joven conquistó mis suspiros no bien la vi. Su tez blanca contrastaba con la hermosa melena de cabello oscuro que acrecentaba el brillo de los ojos verdes. Elegantemente vestida con un traje negro muy ceñido a su cuerpo juvenil, las exquisitas formas redondeadas de sus nalgas y senos me birlaron las palabras al momento de las presentaciones. Era hija –ya huérfana absoluta- del otrora insigne Ludendorff, amigo personal de Hitler quien intentó vanamente obtener el visto bueno de la viuda para trasladar el cuerpo de su difunto esposo a los pies del monumento al Soldado Alemán. Al fallecer también la señora, el *Führer* tenía la esperanza de convencer a la muchacha respecto de su intención. Para ello instruyó a Katherine preocuparse personalmente del bienestar de la joven y atenderla en lo que le resultara necesario.

En un arranque de valentía, me acerqué a Hermann para indagar si el homenajado contaba con autoridad para disponer la ubicación de los comensales en la cena.

- Existe un protocolo rígido –farfulló molesto- ¿A quién quieres lejos de tu lugar?

- ¿Lejos? Al contrario. Me encantaría que la señorita Norma Ludendorff pudiese estar a mi lado.

- Eso es diferente –dijo el Ministro de Aviación sonriendo- Había pensado que Katherine era la persona indicada para acompañarte esta noche en la velada bailable, pero si pusiste los ojos en la hermosa hija de *herr* Ludendorff no tengo inconvenientes en torcer un milímetro el protocolo.

- Ya que estamos en el tema femenino, ¿has sabido algo de Georgette?

Göering enarcó las cejas en un gesto divertido. Lanzó una carcajada y golpeó mi brazo con su mano.

- La viudita cambió de estado civil nuevamente –tosió producto de su risa y carraspeó para lograr bajar el tono de voz- Sigue viuda, pero encontró sábanas cálidas en el dormitorio de Adolf Eichmann.

- ¿Eichmann? ¿El comandante de las SS en Nüremberg?

- El mismo. Anda por ahí, revoloteando cerca de su alter ego.... Bormann. Obviamente, está enterado de tu aventura amorosa con su actual amante. Por ello le prohibió venir a la cena. Supongo que ello no te romperá el corazón.

- Creo que el único corazón roto debe ser el de Katherine –respondí mordaz- Quizás ella colocó sus dardos en la bella Norma. Eso es lo que deseo evitar.

La cena fue una fiesta para mi orgullo. Hermann se había hecho cargo de las atenciones, los discursos y las condecoraciones. Fui homenajeado aparatosamente y el “hombre trueno” de la Cancillería, Martin Bormann, a nombre de Hitler, me gratificó con el pomposo e injusto título de “héroe alemán en el extranjero”. La mañana siguiente fue orlada por nuevas sorpresas, ya que los periódicos nazis mostraban mi fotografía en las portadas dando cuenta de una misión efectuada en España que distaba de la realidad. No me cabe duda que el lector alemán supo de la guerra civil española merced a ese desatino de mi tío.

Cuarenta y ocho horas después entendí cuál era el objetivo real de los nazis al elevarme públicamente al nivel de héroe.

Toda la prensa del país informaba que Hitler y Goering, luego de analizar los exhaustivos informes enviados desde España por el conde Von Hayek, determinaron dar apoyo a las tropas del general Francisco Franco, adalid del fascismo y nacionalsocialismo más allá de las fronteras de Italia y Alemania. ¡Yo había sido la excusa que usaron los nazis para intervenir en la guerra civil española!

Encontré sanación en la sonrisa de Norma, a quien invité a cuanta obra teatral hubo en Berlín esas semanas. Paseamos por las calles de la ciudad, contemplamos sus construcciones y visitamos los museos y galerías de arte sin coacción del tiempo o del clima. Ella era mi guía en aquellas visitas. Todo se resumía a enseñarme los aspectos técnicos de este o aquel escultor, los trazos y escuelas de los pintores que exponían en tal o cual galería, mientras yo insertaba cada obra en su respectivo marco histórico dando cuenta de los aspectos políticos y económicos que caracterizaban la época en que el artista había vivido.

La poesía española de García Lorca maravilló a Norma, pese a que muchas veces realicé traducciones libres ya que incorporé textos de Antonio Machado, Pablo Neruda, Rubén Darío y Rabrindanath Tagore, como si se tratara de una obra única.

Norma mostraba admiración por mi cultura mientras yo adoraba su belleza e inteligencia.

Fuimos conociéndonos con la rapidez que exigían los tiempos hostiles de un país que se preparaba para la guerra, y nuestras historias familiares salieron prontamente a flote. Ella manifestó interés en visitar Uberlingen, el castillo y el lago, pero carecíamos de tiempo, pues tanto sus responsabilidades en la universidad como mi pronto traslado a París nos impedía llevar a buen término un paseo que ambos deseábamos.

Yo pernoctaba en el Hotel Westfalia, punto de reunión para la oficialidad nazi, lo que obstaculizaba concertar cenas íntimas con la profesora de arte. Debido a ello, hube de gastar gran parte de mis ahorros en restaurantes, cines y teatros. Dos semanas demoré en besar a Norma. Ocurrió un anochecer frente a la Puerta de Brandenburgo, luego de abandonar el teatro que nos acogió para presenciar una presentación de “Los Nibelungos”. Fue un beso suave, una caricia exquisita que no pasó más allá del roce de los labios, pero suficiente para encadenar mi corazón.

- Tengo una prima que está casada con un industrial francés y vive en París –me dijo aquella noche- No te sorprendas si me ves llegar un día a la embajada.

Me restaban tres días para partir a Francia y había descuidado mis quehaceres diplomáticos por lo que dediqué gran tiempo a esos menesteres durante las jornadas siguientes, aunque siempre procuré espacio para visitar a Norma en casa de sus abuelos maternos. La última noche junto a ella, sentados en la sala de estar frente a la chimenea, dimos curso libre a nuestro amor con besos apasionados y promesas de fidelidad que yo sentía muy ciertamente. En el momento de mayor frenesí, introduje mi mano bajo su

vestido buscando los senos aromáticos y prometedores. Ella se dejó acariciar, pero detuvo mi pasión cuando quise recorrer sus muslos.

- No, Rudolf –susurró- Permíteme regalarte ese tesoro cuando estemos casados.

Aquejado por la única fiebre que no requiere medicina, la miré con ansias de enamorado y le confesé que deseaba casarme con ella lo más pronto posible. Los ojos verdes brillaron en la penumbra y su sonrisa fue la mejor respuesta antes de iniciar un llanto quedo de alegría. Ella dejó el lugar y corrió hacia la escala subiendo raudamente al segundo piso. Regresó con sus abuelos para que yo formalizara la petición. Bebimos champaña y celebramos el acontecimiento. Nos casaríamos el mes entrante y viviríamos en la ciudad luz mientras durase mi comisión diplomática. Yo me encargaría de encontrar un apartamento o una casa en París para formar nuestro nido, mientras ella y sus abuelos se harían responsables de los preparativos para la boda, la que por cierto se realizaría en Berlín. Nuestra luna de miel debería ser en el castillo de Uberlingen.

Norma me acompañó al aeropuerto militar para despedirme; esta vez el beso correspondió al de una futura esposa y las lágrimas corrieron por nuestras mejillas con emotiva sinceridad. Sentado en la aeronave miré el paisaje verde de Mainz que recorría un asombroso Rhin cinco mil metros abajo y todo me recordaba a la bella Norma Ludendorff.

FRANCIA, GESTAPO Y JUDÍOS

Conocer París, y morir.

La frase no es una poética referencia a la ciudad luz. Es una verdad tangible.

No existe nada en esa ciudad que llame a la crítica, ni siquiera sus barrios bajos o las riberas del Sena que reciben vagabundos en las noches estivales. Todo es hermoso, pletórico de historia romántica y episodios sociales dignos de imitarse.

Nuestra embajada estaba alzada en un edificio cuya construcción rememoraba la arquitectura del siglo XVII, con arcadas interiores por las que yo esperaba ver surgir a los mosqueteros de la reina con el mítico D'Artagnan a la cabeza, empuñando su espada y reflejando el arcoiris de la leyenda creada por Dumas. Uno para todos, todos para uno.

Pero no eran mosqueteros los que surgían de sus dependencias, sino adustos funcionarios del régimen nazi y muchos informantes de la *Gestapo* que ocupaban cargos menores en la pirámide laboral de la sede diplomática, desde los cuales podían infiltrarse

en oficinas y archivadores con la excusa de mantener el aseo y la pulcritud que toda legación requiere.

Desde mi lugar en la oficina mayor –trabajábamos allí siete personas, dos de las cuales eran mujeres- fui siguiendo la tragedia que vivía España. Alemania envió a Franco la Legión Cóndor y pronto el mundo se enteró de su capacidad de aniquilamiento. Los aviones de la *Luftwaffe* aterrorizaron pueblos, ciudades y campiñas con bombardeos indiscriminados que segaron la vida a miles de personas. La destrucción de una ciudad inocente, Guernica, constató que el horror no era suficiente para remover conciencias en el mundo libre.

Los republicanos no iban en zaga, ya que las “Brigadas Internacionales” provenientes de Moscú realizaban acciones similares. Fascistas, nazis y comunistas ponían a prueba sus aptitudes bélicas en un país que no les pertenecía ni interesaba, como tampoco importaba el sufrimiento hispánico a ingleses, franceses y americanos que declinaban intervenir pues esperaban que Hitler –la mano ajena- derrumbase en la Península Ibérica el creciente poderío de la Unión Soviética administrada por José Stalin. Londres creía que el nazismo era un asunto controlable en el mediano plazo, no así el comunismo, al que suponían dueño de una terrible maldad inherente a todo movimiento político que cuestiona las bases de la estructura capitalista.

Desde esa perspectiva, el pueblo español quedó sujeto a su propia suerte, al destino que se deriva de una contienda fratricida que no reconoce en su odio parentescos ni lazos sanguíneos.

Por mi escritorio desfilaban documentos hablando del “apoyo” brindado por Hitler y Mussolini a los ejércitos franquistas, enfatizando siempre en verborreas insulsas destacando la “valentía y capacidad” de los cuadros uniformados que el Tercer Reich puso a disposición de los líderes rebeldes españoles.

Conseguí arrendar un hermoso apartamento al pie de la colina donde se levanta la basílica del Sagrado Corazón y el Barrio Latino. El inmueble estaba en el tercer piso y poseía suficiente amplitud para un matrimonio joven y sin hijos. Desde sus dos ventanas podía observarse el movimiento de artistas, intelectuales y paseantes que circulaban por las calles aledañas dando colorido internacional a una ciudad que, amén de hermosa, acuñaba lo mejor de la cultura occidental.

Escribí a Norma, con el entusiasmo propio de quien espera abrazar pronto a la persona que ama, describiéndole las bondades de París y adjuntando una fotografía del edificio donde viviríamos nuestro romance.

Transcurrieron tres semanas y no obtuve respuesta de mi prometida, lo que me hizo enviar otra carta expresándole mi desazón por su silencio.

En la embajada muchos altos funcionarios parecían saber algo que me era desconocido, mas, nadie quiso informarme al respecto, aumentando mi decepción y alterando notoriamente la calidad de mi trabajo pues me costaba concentrarme en los asuntos que eran de mi responsabilidad.

Pasé noches enteras redactando esquelas pletóricas de amor que enviaba cada tres días a Berlín, sin recibir siquiera acuso de las mismas.

Una tarde de domingo, almorzando junto a los hijos menores del embajador –los dos mayores eran oficiales del ejército y estaban acantonados en Bremen- tuve oportunidad de conversar, por primera vez a solas, con Bárbara Höpfer, la secretaria privada del agregado militar. Ella era una mujer excepcionalmente cauta, silenciosa y eficiente. Su marido trabajaba en la industria del acero en el norte de Alemania y no lo veía desde un año o más. Tenía enorme nostalgia de él y de las dos pequeñas hijas que vivían con los abuelos en Leipzig. Los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar a los suyos y no pudiendo contener la pena explotó finalmente en llanto. Recompuso su postura digna prontamente, pero le fue imposible retener la frase que abrió a mi alma las puertas del infierno.

- Qué débil e infantil debo parecerle, conde von Hayek. Lloro por mi familia ausente, aunque sé que ella se encuentra bien, y no reparé que la suya es una desgracia mayor que la mía y, sin embargo, usted tiene control perfecto de sus emociones.

Mi cuerpo fue sacudido por una corriente eléctrica que paralizó el entorno. Apreté las mandíbulas con fuerza tratando de no demostrar sorpresa ni nerviosismo. Estaba al borde de la verdadera razón del silencio de Norma y sus abuelos, la que ahora suponía grave, por lo que bajé la cabeza en signo de dolor y mantuve unos segundos mi vista fija en el piso. Si quería conocer las causas del mutismo de Norma era imprescindible convencer a Bárbara que ellas no eran asunto nuevo para mí. Puse en movimiento la escasa sapiencia diplomática adquirida en esos dos años y jugué las cartas precisas.

- Tiene razón, señora Höpfer, el mío ha sido un negro trance en toda su extensión y no puede ser comparado con un distanciamiento parcial, como es su caso –levanté la vista y limpié mis ojos con el dorso de la mano- No tengo palabras para agradecer a mis colegas, y al propio señor embajador, por evitarme llantos y angustias al no referirse frente a mí de tamaña desgracia.

Bárbara tomó mis manos y habló con emotiva sinceridad, intentando transmitirme afecto y comprensión.

- Perdone mi insensatez, conde. Por supuesto que mi dolor no se compara con el que usted ha sabido llevar dignamente. Mi esposo y mis hijas están bien, vivos y felices. He sido una desconsiderada al manifestarle mi pena por asuntos menores.

Con eso bastaba. Nada más lograría sonsacar a la muy cauta señora Höpfer ni era mi objetivo despertar sospechas de mi desconocimiento, amén que la gentuza de la *Gestapo* podría hacerle la vida imposible a la inocente secretaria si llegara a enterarse que obtuve la información gracias a su desliz.

¿No dijo Norma que tenía una prima viviendo en París? ¿Casada con un industrial francés? Esa era la hebra que debía encontrar.

Revisé el listado de ciudadanos alemanes que vivían en la ciudad y lo comparé con la nómina de industriales franceses casados con damas germanas. Reduje las posibilidades a un número exiguo. Sólo tres casos resultaron posibles de investigar. Dos de ellos pertenecían a matrimonios antiguos que moraban en París desde hacía más de veinte años. El otro, el tercero, tenía residencia fresca. Dos años solamente. El hombre era dueño de una industria de lápices y artículos para el dibujo técnico. Se llamaba Raoul Ezquerra, casado con Olga Schmider. ¡Schmider! ¡Claro que sí! Era el apellido materno de Norma, cuya madre procedía de una familia checoeslovaca.

Visité a *monsieur* Ezquerra en su oficina de la industria y me presenté sin reticencias como novio de Norma Ludendorff. El empresario era un hombre mayor, quizás superaba los 55 años, de porte distinguido, vestido elegantemente y dueño de gran amabilidad. Al escuchar mi nombre, enarcó levemente las espesas cejas sin manifestar actitudes mayores de sorpresa. Mostró complacencia por mi visita y me invitó a cenar esa noche en su casa, ya que su mujer estaba deseosa de conocer al hombre que conquistó el corazón de Normita. No hicimos referencias al asunto principal que motivó mi llegada a ese lugar, pero se interesó en conocer mi labor en la embajada y consultó mi opinión respecto de la guerra civil española pues a través de la prensa alemana, que recibía tardíamente, estaba enterado de la odisea que yo había sufrido en el país de los poetas y toreros.

Premunido de un hermoso ramo de rosas y algunas revistas berlinesas, me presenté aquella tarde en casa de los Ezquerra-Schmider, ubicada en pleno sector de los Inválidos, un barrio antiguo, bellísimo, donde las viviendas eran verdaderas obras de arte. Fui recibido en la puerta de ingreso, luego de cruzar un amplio jardín finamente cuidado, por un mozo con esmoquin oscuro que me saludó protocolarmente con la frase “*monsieur* Raoul y *madame* Olga esperan al señor en la biblioteca”.

Olga Schmider era una mujer joven, mucho más que su esposo, algo desabrida merced a su cabello rubio aguado que caía ordenadamente sobre su cuello, y los ojos de color café no lograban destacar en el conjunto de unas facciones que hacían recordar a las mujeres de las estepas siberianas. La noté nerviosa, sin capacidad de disimular su tensión, algo parlanchina y titubeante. Vestía un traje de noche, o de fiesta, que no se condecía particularmente con la ocasión. Deduje que procedía de familia obrera y el azar le permitió atrapar a un sujeto como Ezquerria en Hamburgo, cambiando de vida, de sociedad y de mundo.

Raoul era la otra cara de la moneda. Fino, inteligente, culto e informado cabalmente de lo que estaba sucediendo en Europa. Y millonario además.

Demoraría muchos años en descubrir las razones verdaderas que motivaron un matrimonio entre dos personas tan opuestas, pues en ese momento mi objetivo era solamente enterarme del paradero de Norma y el por qué de su repentino silencio.

Hablamos de arte, literatura y teatro, eventos que en Francia constituían el pan de cada día para personas pertenecientes a las clases acomodadas. Raoul recomendaba a todos los extranjeros asistir a la ópera parisina si se quería conocer a fondo el espíritu francés. Bebimos coñac y disfrutamos de unos enormes cigarros que el marido de Olga encargaba a su socio en Centro América.

Nuestra conversación derivó después a los trágicos acontecimientos que acaecían en España. Conocía la poesía de García Lorca y las obras dramáticas de Luis Buñuel, aunque reconoció que sus autores españoles favoritos eran Antonio Machado y Miguel de Unamuno. Poco y nada sabía de autores latinoamericanos, a excepción de Rubén Darío y José Martí. Yo respondí mencionando a grandes escritores franceses, como Dumas y Verne, pero su predilección estaba puesta en un filósofo apellidado Sartre que había publicado días atrás un libro magnífico –“La nausée” (“La náusea”)- que se constituiría seguramente en una obra de culto para quienes mostraran interés en indagar las causalidades que aherrojan al ser humano.

Olga asistía a nuestra conversación sin intervenir, mirándonos con cara bobalicona, extasiada por los conocimientos de su marido aún sin entenderlos.

Pasamos luego al comedor y quedé maravillado por la calidad de los muebles y lámparas de la sala. Cenamos en medio de alegres recuerdos de Alemania y Raoul me hizo prometer que el año entrante yo les invitaría a conocer el castillo de Uberlingen. Dicho ello, el esposo de Olga guardó repentino silencio y su vista se perdió en lontananza. Notó mi expresión interrogante y recobró la amabilidad habitual.

- Dibujo el futuro tal como si fuese dueño del destino europeo –manifestó calmadamente- La idea de una nueva guerra entre Francia y Alemania me sofoca, pero es tema de discusión aquí en París. Adolf Hitler ha insistido hasta la saciedad que desea recuperar los Sudetes, el corredor de Danzing y asegura que Austria es parte del derecho germano histórico. ¿Cómo saber si la paz seguirá existiendo en este continente?

- ¿Tú crees que Hitler busca la confrontación bélica con sus vecinos? –preguntó Olga.

- La guerra no es un objetivo en sí misma. Las pretensiones territoriales sí lo son.

- No te entiendo, querido –insistió la dama.

- ¿Para qué intervenir en la guerra civil española si no es para probar la capacidad tecnológica del aparataje bélico? ¿Y qué motiva probar aquello? El líder alemán juega sus cartas basándose en la incredulidad de los jefes de estado occidentales y en la pasividad de los mismos –movió las manos sacudiendo una inexistente niebla- Pero dejemos este tema que a nada conduce pues no está en nuestras manos dilucidarlo. Además, ofendemos gratuitamente a nuestro invitado.

Hubo un largo y espeso silencio roto sólo por el ruido de un automóvil cuyo motor roncaba a la distancia en el exterior. Olga limpió sus labios con la servilleta, Raoul escanció vino en su copa y yo me lancé en picada con la pregunta que obsesionaba mi alma.

- ¿Han sabido ustedes algo de Norma? Hace meses que no tengo noticias de ella –les vi inquietarse y noté la incomodidad en sus semblantes, pero apreté el acelerador de mis dudas- No respondió mis cartas, sus abuelos tampoco han dado señales de vida y en la embajada todos parecen saber algo que me es vedado conocer.

Olga soltó el llanto impensadamente, y Raoul aspiró con largueza buscando aire fresco para enfrentar mi requerimiento. Alargó su brazo y acarició con ternura la mano de su esposa. Sostuvo mi mirada y movió la cabeza en gesto afirmativo.

- Nunca he sido bueno para dar malas noticias, *herr* Rudolf, y esta no es ocasión para cambiar una norma de mi vida.

- Pierda cuidado, señor, la verdad es la única mentira que no tiene abrigo –respondí.

- Norma falleció al día siguiente de su partida a este país. La muerte no obedeció a causas naturales, aunque las autoridades nazis han hecho esfuerzos por convencer a la familia que su novia sufrió un infarto cardíaco.

Esperaba cualquier explicación, cualquier verdad, mas nunca la muerte, menos aún la duda respecto de un accidente. Me costó asumir la noticia entregada por Raoul, pero había

prometido aceptar la razón del silencio de mi novia y no podía renegar de mi compromiso frente a la única persona que fue honesta conmigo en ese triste acontecimiento.

- Normita era una mujer joven, bella y sana –mi voz parecía extraída de ultratumba- Además, participaba en el equipo femenino de gimnasia representando a la universidad. ¿Cuál es la real causa de su muerte?

En ese instante, Olga abandonó el comedor y se perdió llorosa en los cuartos interiores. No quería volver a escuchar la forma en que Norma falleció. *Monsieur* Ezquerro acercó su silla hasta la mía y habló en voz baja con la solemnidad que se permite quien sabe poseer la verdad.

- Los abuelos de Norma nos informaron del fallecimiento y viajamos a Berlín. El sepelio fue escandalosamente íntimo. Ninguna autoridad alemana se hizo presente en las exequias, a pesar que muchos generales y líderes nazis la conocían y respetaban. El único dirigente que optó por confesarnos la verdad fue Rudolf Hess. ¿Conoce usted a Katherine Fronzen? Es el brazo secreto de Himmler y Bormann.

- ¿Qué tiene que ver Katherine en este asunto? –pregunté temblando por una respuesta que no deseaba escuchar.

- Ella era la protectora de Norma... por órdenes del mismo Hitler.

- Lo sabía –afirmé trémulo.

- Estaba enamorada de la chiquilla –Raoul parecía hipar producto de su furia- Era lesbiana... me refiero a la Fronzen. Cuando supo que Normita se casaría con usted, habló con su cuñada, la viuda Georgette, y le confesó que no aceptaría el matrimonio pues nadie podría robarle el corazón de la muchacha. En la tarde de aquel día, la invitó a una de las bodegas donde se guardan los ejemplares de periódicos antiguos y allí la asesinó envenenando la bebida que le sirvió en una copa.

Pero eso no era todo. Los nazis iniciaron una investigación que encabezó el jefe de la policía berlinesa. Los cargos de asesinato apuntaban a Katherine; pero esta mujer contaba con un testigo indelible, Georgette, que aseguró bajo juramento que esa tarde –y hasta muy entrada la noche- la Fronzen había estado con ella en casa de Bormann. Este, a su vez, declaró que su propia esposa avalaba la declaración. Él se encontraba en la Cancillería aquel día, y en la noche asistió a la cena ofrecida por la embajada italiana. Los médicos del Partido, instruidos por Bormann, diagnosticaron como causa de la muerte un paro cardíaco.

Había algo más. Georgette vivía atemorizada por la brutal maldad de su amante, Eichmann, el que se consideraba “socio” de Himmler y Bormann, por lo que resultaba

obvio entender que la viuda de Peter Fronzen se vio compelida a jurar en falso en defensa de una mujer que, paradójicamente, era también su pareja sexual. Por órdenes de Goering yo no debía ser informado del suceso, pues mi labor en París requería de todos mis sentidos y máxima concentración. “Mi sobrino es un hombre joven –habría expresado Hermann- Pronto encontrará nuevas sábanas femeninas para olvidar a la Ludendorff. Para todo soldado, primero está Alemania, después las vaginas”.

Los abuelos de Norma fueron “reinstalados” en otra ciudad, en Colonia, recibiendo de manos de Bormann una casita completamente amoblada y una pensión mensual de por vida.

Georgette trabajaba ahora como secretaria de un tal Heydrich –un monstruo joven, según opinó Raoul- que tiene a su cargo “la cuestión judía” en el norte alemán. Y Katherine fue enviada a Viena, en calidad de ‘asesora ideológica’ del Partido Nazi austríaco.

Esa era la forma que utilizaba la gente de Hitler para borrar huellas de los crímenes cometidos contra su propio pueblo.

Permanecí cabizbajo el resto de la tarde, sin ánimos para entablar otras conversaciones a pesar de los esfuerzos desplegados por Raoul que intentó sacarme del ostracismo en el cual se sumergió mi consciente. Al caer sobre París las sombras del crepúsculo me despedí de Olga en la sala de estar y abracé a *monsieur* Ezquerria sabiendo que había contraído con él una deuda de gratitud difícil de saldar.

Los meses siguientes –el año entero- viví enfrascado en mis quehaceres diplomáticos trabajando dieciocho horas cada día, sin importar los feriados ni fines de semana. Mantuve una relación distante, fría y estrictamente profesional con los funcionarios de la embajada, pero a la vez mi labor alcanzó grados de perfección dada la fineza y oportunidad que utilicé para cada uno de los trámites solicitados por el agregado militar.

En las noches llegaba a mi apartamento dispuesto a engullir media botella de licor y dormir como lirón hasta el amanecer. Con el paso de los meses fui adquiriendo una cualidad extraordinaria. Podía resistir altas dosis de ingesta alcohólica sin que mi mente sufriera los efectos del embotamiento. Al finalizar el año era un bebedor experto.

La figura de Norma sonriéndome frente a la puerta de Brandenburgo, competía con la imagen de la muchacha ronroneando en el sofá de su casa mientras yo acariciaba sus senos. Poco a poco, esas visiones fueron dejando paso a otras escenas en las que seres despreciables ocupaban el primer plano. Los fantasmas de mis errores e ingenuidades

lograron equiparar el nivel de mi asumida cobardía, hasta que el despertar de la voluntad superó al sueño de la complacencia.

En el mes de marzo de 1938, fui ascendido al cargo de agregado cultural y entonces París abrió sus piernas para recibir mi cópula gozosa. La situación internacional de Alemania transitaba las fronteras de la guerra. Hitler estaba oficialmente dispuesto a anexionar Austria a sus dominios y el “asunto judío” pasó a ser cuestión de estado para el Partido.

Recibí una carta de Georgette –el sello postal era austríaco, lo que significaba que había regresado a los brazos de Katherine- en la que me solicitaba respuesta y me invitaba a visitarla en Uberlingen ese verano. No contesté la misiva. Meses después fue la propia Katherine quien me escribió ‘recomendándome’ viajar al lago Constanza para preocuparme de la salud de Georgette. La viuda de Peter Fronzen se encontraba aquejada de una extraña enfermedad adquirida en las frías noches vienesas, seguramente en los cuarteles nazis de la ciudad del vals. Como tampoco contesté esa carta, al terminar diciembre apareció por la embajada un sujeto de aspecto atlético que dijo haber viajado desde Munich para entregarme personalmente una petición de su jefa, *fräulein* Katherine Fronzen. La lesbiana insistía en mi viaje a Uberlingen, para lo cual ella se había hecho cargo de conseguir en la Cancillería los permisos pertinentes y la autorización para el uso del castillo durante dos semanas. “El mariscal Goering también le solicita a usted tenga la bondad de consentir en lo expresado por mi jefa”, dijo el mastodonte entregándome una carta de mi tío en la que se reiteraba la petición.

Manifesté al emisario que respondería ambas misivas al día siguiente.

La señora Höpfer, siempre eficaz y solícita, rompiendo un hábito personal, se permitió aconsejarme.

- Haga de tripas corazón, conde, y avance ese mal trance con paso rápido. Las cosas en Alemania no están para bollos, se lo aseguro. Si cumple con lo solicitado, dejarán de molestarle.

El mastodonte atlético apareció a la mañana siguiente acompañado por un individuo que ya había visto merodear por nuestras oficinas y muchos de mis colegas sostenían que era miembro de los equipos especiales de inteligencia militar alemana. Detrás de ellos, el agregado militar mostraba cara circunspecta.

- El señor embajador tiene en sus manos la autorización de nuestra Cancillería para su viaje a Uberlingen –dijo el tipo de hombros anchos- Mañana habrá un avión

esperándonos en el aeropuerto de París para dirigirnos a Stuttgart. Allí abordaremos el tren al lago Constanza.

Supe entonces que la *Gestapo* estaba enterada de mi visita a la industria de Ezquerra y mi vida no valía un mísero centavo. Iban a asesinar me en el castillo y, para no variar en el tema, Georgette y Katherine actuaban de cebo. Mi cerebro trabajaba a toda velocidad, recogiendo datos, frases, hechos y líneas de mil documentos leídos en mi oficina, para armar ese rompecabezas mortal. Adolf Eichmann debía ser parte del complot, pero indudablemente mi tío resultaba ser el principal gestor.

Si yo moría, el castillo y la extensa propiedad aledaña pasarían legalmente a sus manos una vez que el Partido estimara innecesario conservarles bajo su administración. Esa había sido la idea perenne del actual Ministro de Aviación y futuro Mariscal de Campo, pero la planificación fue puesta en riesgo severo cuando decidí casarme con Norma. En ese caso, el castillo sería heredado por ella, y a Norma nadie podía tocarla sin consentimiento de Hitler.

Ahora estaba prístino el verdadero plan de los líderes amigos de Goering. Asesinaron a Norma logrando que los médicos nazis –los mismos galenos que atendían al *Führer* y contaban con su absoluta confianza- emitieran un diagnóstico falso, hablando de ataque cardíaco y muerte natural. ¡Incluso el médico personal de Hitler temía a Goering y a Bormann!

- Pasaremos por usted a las seis y media de la mañana –apuntó el mastodonte.

Soy un convencido que Dios es el juguetón que ordena las piezas del ajedrez humano. Debe parecerle divertido. Esa tarde, cuando el año se agotaba, yo fallecía espiritualmente junto a la última hoja del calendario, consciente que mi destino estaba trazado y no contaba con escapatoria para evadir mi propio martirio. Pero, ya lo dije, Dios es juguetón y travieso. A última hora puso en mi camino la mayor de las sorpresas y la única posibilidad de salir airoso de aquel delicado entuerto.

A medianoche, estando aún desvelado y medroso, unos suaves golpes en la puerta del apartamento lograron estremecer mi pavor. Era Olga Schmider. Entró a mi domicilio sin esperar invitación y comenzó a apagar las luces con celeridad. Era una mujer distinta a la que conocí en la cena de la verdad. Ágil, de paso firme y actitud autoritaria. Había perdido la imagen bobalicona e incluso su cabello rubio parecía rejuvenecido. Su voz fuerte y segura señalaba que yo comenzaba a conocer otra mujer.

- No haga preguntas estúpidas ni dude de lo que escuchará a continuación –dijo secamente- Sabemos qué desea Goering y para qué lo llevan a Uberlingen. No puede

evadir ese compromiso. Si decidiera huir le cazarían en pocas horas. Existe, sin embargo, una alternativa. Una y nada más que una. Para ello, debe confiar en nosotros.

- ¿Qué pueden hacer usted y su marido por mí? –titubeé nerviosamente- Agradezco su preocupación al venir hasta mi domicilio a estas horas de la noche, pero....

- ¡No entiende nada de nada, ¿verdad?! –murmuró Olga clavándome su mirada- Norma no fue asesinada por los celos de una lesbiana. La mataron porque descubrieron su participación en nuestra organización y el casamiento era la mejor ruta para alejarse de Alemania. Nunca le informaron a Hitler de estos asuntos, pues el pintor austriaco habría montado en cólera despotricando contra las fallas en la seguridad y algunos de sus asistentes estarían hoy muertos. Las materias de seguridad son prioritarias para el dueño de Alemania. Su tío, Goering, ya limpió el camino y las huellas, pero le resta sólo un obstáculo: usted. El trabajo de Katherine Fronzen era vigilar estrechamente a mi prima hasta descubrir el hilo conductor que la condujera a nuestra organización. Con el posible matrimonio, se les escapaba la víctima. Lamento tener que confesarle esto, pero Norma se valió de usted para salir indemne de un asunto mayor.

- ¿Organización? ¿Norma era miembro de ella? ¿Quiénes son ustedes realmente? –barboté confundido.

- Estamos completamente al tanto de su historia, conde von Hayek. Sabemos en detalles cuáles y cómo fueron sus pasos por España. Conocemos de primera mano sus conversaciones con intelectuales hispanos y tenemos claro que perdió su heredad por no comulgar con las ideas nazis. Los tiempos se agotan; para todos, tanto para ellos como para nosotros. Nuestros análisis indican que Alemania invadirá territorios de países vecinos, específicamente orientales como Checoslovaquia y Polonia. Los nazis están cerrando el círculo y nuestros aliados, franceses e ingleses, aún dudan de las verdaderas intenciones de Hitler.

-¿Norma era adversaria de...?

- La madre de Norma, al igual que yo, era judía, conde Von Hayek. Una judía checa conversa al catolicismo, de la que Hitler se había prendado gracias a su esposo, *herr* Ludendorff, quien resultó ser un ario nazi auténtico.

- ¡Una judía en medio de las fiestas oficiales del Partido! –exclamé asombrado- ¿Por qué la *Gestapo* no la detuvo antes?

- Porque deseaban llegar a nosotros, a nuestra organización. Somos hijos de Sión. Judíos. Estamos trabajando para la inteligencia francesa ayudando en lo que podemos. Hoy, usted es nuestro asunto principal.

- ¿Y su esposo, Raoul, trabaja con ustedes? –pregunté, cada vez más alorado.
- Si le digo en qué o para quién trabaja mi esposo, tendría que asesinarle de inmediato, conde –respondió Olga con acento árido.
- Entiendo su cautela así como los deseos de vengar la muerte de Norma, pero no logro comprender por qué me ayudan, si yo no pertenezco a vuestra organización y, por el contrario, soy alemán... diplomático, representante del Tercer Reich en el exterior.
- Usted posee caminos que nos están vedados. Nosotros sembramos para cosechar. Algún día, y ese día será pronto, solicitaremos su ayuda. Pero no perdamos la hebra de lo fundamental. Le insisto en confiar en nosotros. Viaje a Uberlingen y no les dé problemas a sus acompañantes. El plan que hemos concebido puede ser exitoso sólo si cuenta con su apoyo y participación. Escuche bien, que ya no queda tiempo.....

LA SANGRE SEÑALA EL CAMINO

La carencia de amigos íntimos es una característica del pueblo alemán y yo no escapaba a ella. Mis compatriotas se distinguen por el individualismo, no así los latinos que hacen de la amistad una forma de vida. En España tuve mis mejores experiencias en estos asuntos de las relaciones amistosas, comprobando que para sus cultores no interesa mayormente la procedencia ni el origen social, sino sólo importa compartir ciertas cuestiones que sirven para cohesionarlos. Pero, al entrometerse la política y las ideologías todo se viene abajo. En esas circunstancias, la posición partidista de los contertulios marcará el nivel de amistad o el grado del enfrentamiento.

Yo no tenía ningún amigo –en la concepción latina- en Alemania ni en Francia. Olga y Raoul tampoco lo eran. Recién les había conocido, lo que motivaba el incremento de mis dudas, pero puesto ante una situación de peligro inminente cualquier ayuda era bienvenida.

El plan expuesto por la organización judía en la que participaba la Schmider era atrevido, peligroso y posible. Él estamparía mi fuga definitiva de Alemania, si resultaba. O mi muerte en el país que me vio nacer, si fracasaba.

El mastodonte atlético –se llamaba Walter- me acompañó hasta el castillo luego de un viaje aéreo sin novedades que continuó con una agotadora travesía férrea, ya que el tren hubo de soportar varios controles en su recorrido hasta Uberlingen. Alemania era un país ocupado. Ocupado por la insania nazi. Nunca tuve tiempo para guardar mis credenciales en

el maletín, pues cada cinco minutos el convoy era detenido ante barreras custodiadas por soldados y funcionarios de la *Gestapo* que inspeccionaba los carros solicitando documentos.

Mi antigua propiedad era ahora un verdadero cuartel militar. Los dos pequeños pontones donde otrora amarrábamos botes en los que paseábamos felices durante las tardes estivales, habían sido transformados en espigones que servían de molos de atraque a rápidas naves de patrulla acuática, implementadas con ametralladoras y cañones de corto alcance.

Frente al castillo, ocultando parcialmente a sus moradores la hermosa vista del Constanza, el Tercer Reich levantó una construcción similar a una fortaleza mirando hacia la frontera suiza. Enormes focos eran encendidos en las noches para iluminar el contorno, especialmente el área del lago propiamente tal, indicando con ello que nadie podría evadirse de las manos nazis.

Al ingresar a mi antiguo hogar fui recibido por el ajetreo de oficiales y funcionarios del ejército teutón. Había mucha actividad. Los salones fueron divididos burdamente con separadores de ambiente para dar paso a múltiples oficinas ocupadas por personal de confianza; las puertas –que eran varias- poseían custodios armados, y los esbirros de las *SS* y de la *Gestapo* pululaban como Pedro por su casa.

El segundo piso, completo, estaba ocupado por el coronel Schultz y sus asistentes, incluyendo los dormitorios. Sólo la parte superior del castillo, que mi padre ocupara como lugar de bodegaje para sus muebles viejos, había sido habilitado con nuevas dependencias que servían de alojamiento, comedor y sala de estar a las visitas ocasionales autorizadas por Berlín.

No fue difícil suponer que los sótanos eran utilizados como celdas y cuartos de interrogatorios. Eran tan profundos y aislados que ningún grito o alarido podía ser escuchado en los pisos superiores. En uno de esos sótanos, siendo aún niño, acostumbraba esconderme para cantar a todo pulmón imitando a los barítonos operáticos que constituyeron mi primer –y único- intento por alcanzar el mundo de la música.

El coronel Schultz me recibió en su despacho sin manifestar animadversión ni afabilidad. La entrevista fue corta, áspera y concreta. “La *gauleiter* Katherine Fronzen le está esperando desde ayer en el tercer piso. Espero que su viaje haya sido placentero, al igual que su estadía en este puesto de observación y control que hemos bautizado como *Reichsfestung* (“Fortaleza del Reich”). Ojalá no le incomoden las medidas de seguridad,

pero no debe olvidar que estamos en la frontera y muchos conspiradores y enemigos de Alemania han intentado eludir la justicia cruzando hacia Suiza por este lado”.

- ¿Desde cuándo es usted *gauleiter*, *fräulein* Katherine? –pregunté a la mujer inmediatamente después de saludarla en un pequeño recibidor del tercer piso.

- Ese cargo me fue conferido junto con el traslado a Viena, como forma de enseñar a los austriacos que pronto tendrán patrones germanos a lo ancho y largo de su territorio –estaba sentada en una silla, mirando por la ventana hacia la fortaleza situada frente al lago- Quizás deberíamos instaurar el mismo cargo entre nuestros diplomáticos, para que entiendan de una vez por todas que Alemania está primero.

El cargo *Gauleiter* había sido creado oficialmente por los nazis el año 1933 y trataba de una responsabilidad política que tomaba las riendas de la conducción del Partido en una comuna, región o ciudad. Obviamente, recibían esta designación sólo aquellas personas que mostraban una indiscutible y férrea adhesión a la organización de Hitler, a sus ideas y programa, sin sentir arcadas ni remilgos por el método que pudiese utilizarse para llevarlas a efecto. Con el andar del tiempo, el *Gauleiter* se transformó en una autoridad que competía con generales y coroneles.

En Austria, Katherine logró imponer su voluntad –que era la del *Führer*- en las organizaciones satélites que circundaban al partido nazi vienés. En condiciones normales, esas organizaciones políticas quizás hubiesen logrado detener la locura de la Fronzen, pero ya que las tropas de asalto alemanas se encontraban operando abiertamente al interior de las ciudades austriacas y las golpizas a opositores –cuando no eran asesinados- constituían el pan de cada día, nadie pudo poner un alto al recorrido de la impresionante maquinaria nazi, y Katherine se alzó ante los ojos de Hitler como arma magnífica para concretar las aspiraciones demenciales del dueño de Alemania.

Los antiguos jefes de la mujer –Himmler y Bormann- eran ahora sus iguales. El amplio ámbito sobre el que ejercía poder abrió paso franco a sus desequilibrios. Un séquito de mujeres hermosas estaba siempre en una de sus propiedades, y aquellas que eran favoritas de sus propias sábanas acompañaban a la Fronzen a cualquier lugar del naciente “imperio” germano.

Yo tenía que tomar contacto con Ángela Ranke, jovencita que debía estar en Uberlingen, según aseguró la inefable Olga Schmider en París. Ella era mi contacto.... y mi vía de escape.

La información entregada por Olga en Francia, señalaba que Ángela era una joven de 27 años, separada de un marido tan joven como ella por causa y gracia de la *Gestapo* en un

sector de la antigua Bohemia –hoy Checoslovaquia- fronteriza con Alemania. Katherine la descubrió en una convención femenina del Partido en Dresden y sintió el llamado enfermizo del amor por la figura grácil y tierna de la muchacha. Impartió órdenes perentorias cumplidas a rajatabla por sus matones. El hombre fue detenido en su trabajo y enviado a un campo de concentración acusado de “colaborar” con los comunistas bohemios. Sola, indefensa y asustada, Ángela aceptó el ofrecimiento de Katherine creyendo que la aceptación de los requerimientos amorosos de la *Gauleiter* salvaguardaría la vida de su esposo.

En la noche fui llevado a visitar el dormitorio de Georgette. Mi antigua amante se encontraba seriamente enferma y por prescripción de los médicos debía guardar cama durante un mes, siéndole permitido dar un corto paseo diario por las orillas del lago antes del mediodía. Su aspecto me conmovió, pues estaba enflaquecida y su rostro demacrado. Parecía una mujer vieja, estragada por los años; sus cuencas ojeras y hundidas mostraban el efecto de los latigazos del mal que la aquejaba.

- Cáncer uterino –me murmuró al estrecharle la mano- No es contagioso, querido, así que no debes preguntarte si aquellas noches de amor que vivimos apasionadamente podrían haberte contaminado.

- Supe que estabas trabajando con Heydrich –no se me ocurrió otra idea en ese instante doloroso.

- Ahora trabajo para mantenerme viva –respondió tímidamente- Katherine ha sido una excelente amiga. Ella se ocupa de mi bienestar y mi salud... que no es mucha, como puedes ver.

- Tu última carta parecía estremecida por la urgencia. ¿Para qué deseabas encontrarte conmigo en este lugar que me trae tan tristes recuerdos?

- Sé que moriré pronto. No quería irme de este mundo sin verte por última vez. ¿No te parece razón suficiente para comprender a una persona que aún te ama intensamente?

Ella era también un títere más en esa obra mesiánica, y no lo sabía. La utilizaron como excusa para lograr llevarme allí. Las piezas de aquel ajedrez mortal estaban correctamente dispuestas en el tablero de mi tío, y Katherine sería el jugador con el que tendría que enfrentarme. Disponía sólo de 24 horas para salvar el pellejo, ya que resultaba obvio que mi eliminación difícilmente se llevaría a cabo en el interior del castillo, pues había demasiados observadores y el coronel Schultz no aceptaría crímenes políticos en sus dominios.

Un joven teniente se apersonó en mi dormitorio extendiéndome la invitación del coronel para acompañarle en la cena de esa noche, a la que concurrí disfrazando mi rostro con la mejor máscara de diplomático ingenuo. La mesa estaba ocupada por diez comensales, la mayoría militares, además de Katherine y yo. Sarcásticamente, pensé en los apóstoles que acompañaron a Jesús durante la Última Cena. Mi Judas era una mujer, qué duda cabía. Pero en esos años Cristo había abandonado a los alemanes, y los Judas deambulaban libres por las márgenes del Rhin.

Al momento de los postres fuimos interrumpidos por la presencia de una mujer joven, de aspecto agraciado y distinguido. Era Ángela Ranke. Me agradó su continente jovial en el que destacaba la boca insinuante que mostraba su dentadura alba y pareja. Saludó a los presentes con cierto nerviosismo reflejado en una sonrisa forzada y se aproximó al lugar donde se ubicaba Katherine, inclinando el tronco para susurrarle algo al oído.

- Georgette está sufriendo una nueva crisis –dijo la Fronzen abandonando rápidamente la sala.

- Ella también desea ver a *herr* von Hayek –agregó Ángela, mirando directamente al coronel Schultz en espera de su autorización.

- Vaya de inmediato, conde, por favor. La petición de una mujer moribunda no debe ser desatendida por un caballero –respondió el militar.

Ángela me siguió escalas arriba. Al llegar al tercer piso, la mujer tomó mi brazo desviándome hacia una oficina semi oculta entre bastidores que separaban los dormitorios. Se notaba alterada, aunque en los ojos había una chispa de decisión que no podía ocultar.

- Al momento del bajativo, beba solamente vodka –murmuró- No olvide, sólo vodka –y desapareció en un cuarto contiguo.

Georgette se encontraba sumida en un profundo sopor y respiraba dificultosamente. Su cabeza tumbada en la almohada brillaba por el sudor. El cabello hirsuto, humedecido por el dolor de la transpiración, adhería sus hilos en los profundos surcos de la cara. La mujer agonizaba. Era imperioso trasladarla al hospital de Uberlingen, puesto que en el castillo no había condiciones ni elementos para atenderla. Ángela le hizo saber a Katherine la premura del momento. Esta le solicitó informar al coronel la urgencia de disponer un automóvil para derivar a la enferma al establecimiento de salud. Schultz, impulsado por la típica falsa caballerosidad nazi, ordenó a su chofer ocuparse de lo necesario. Un teniente y dos motoristas uniformados servirían de escolta abriendo paso hasta el pueblo. En el coche viajaría también el médico personal del militar, abandonando la mesa y la cena. Katherine insinuó participar en el grupo de viajeros, pero el coronel la detuvo secamente.

- ¿Usted es médico? Su presencia sólo serviría para complicar las cosas. Mañana podrá ir a Uberlingen y visitar a *fräü Georgette*.

Nos reunimos nuevamente en el comedor para terminar la cena. Pasamos luego a una salita de estar donde un par de soldados oficiaban de mozos. Schultz tomó asiento frente a la chimenea y con un gesto les instruyó que sirvieran los tragos. Un primoroso carrito metálico contenía botellas y copas, permitiendo a los asistentes elegir el licor de su agrado que era escanciado por un militar en la copa pertinente. Siete personas escogieron *cognac*. Katherine y yo optamos por el vodka.

Tras los cortinajes, en el cuarto posterior, Ángela se encargó subrepticamente de distribuir *cognac*, *cinzano* y *wisky* a todos los soldados que se apostaban al interior del castillo y a aquellos que cumplían guardia en sus cuatro puertas. Los militares aceptaron gustosos el ofrecimiento, toda vez que el frío era cosa dura y, además, el coronel y sus asistentes nunca salían al exterior luego de la cena. Sin embargo, los dos soldados que servían el licor, y que seguían presentes en un rincón de la sala de estar, no recibieron copas ni bebidas de ningún tipo.

Schultz, como todo oficial de la *wehrmacht* hitleriana, gustaba hablar fuerte y mucho para escucharse a sí mismo, amparado en la imposibilidad que encontraban sus auditores para evitar su verborrea ególatra.

Katherine, sin saberlo, ayudaba voluntariamente en la representación de la tragedia que pronto se haría carne en muchos de los presentes, ya que me incitaba a beber más y más vodka junto a ella, pensando tal vez que la embriaguez me haría perder la conciencia haciendo más fácil conducirme fuera del castillo y asesinarme impunemente. La mujer confiaba en su capacidad de ingesta, pero desconocía mi propia experiencia al respecto. Los largos meses parisinos ingiriendo licor, me habían transformado en un verdadero barril. Bebimos indisimuladamente más y más vodka, provocando satisfacción en el coronel que miraba esos continuos brindis como un excelente prolegómeno para mi propia muerte. Fingiendo una embriaguez incipiente, me encargué de destapar una nueva botella y vertí licor en la copa de la hembra, que comenzaba a exteriorizar los efectos del alcohol, solicitando un brindis general por el *Führer* y el Tercer Reich. Schultz y el resto de los militares bebieron la segunda dosis de *cognac*.

Al agotarse la segunda botella de vodka, Katherine estaba definitivamente ebria, y cuatro oficiales yacían adormilados en sus sillones. Al coronel le costaba hilar palabras. Sonreía estúpidamente y sus párpados se negaban a abrirse. Minutos más tarde, todos, a excepción mía, dormían profundamente. Abrí otra botella –me parece que fue *cinzano*- que

ofrecí a los dos soldados asistentes, quienes la aceptaron de buenas ganas y se refugiaron en la cocina para beberla a placer.

- Terminen rápido esa botella, muchachos –les dije con voz estudiadamente estropajosa- pues deben regresar a limpiar esta sala antes de irse a dormir.

Ángela apareció entonces en escena, y la persona que le acompañaba me provocó un brinco en el corazón. El viejo y casi olvidado Fritz, jefe de los empleados caseros de la familia Von Hayek, regresó desde mi pasado para echarme una mano en el momento más grave. Vestía el conocido abrigo de cuero negro que solían usar los miembros de la *Gestapo* cuando se encontraban de servicio. Con un dedo puesto sobre sus labios me indicó silencio. Katherine, ebria, mas no dormida del todo, intentó levantarse de su asiento, pero Ángela, con una ira que me habría sido imposible detectar en situaciones normales, cogió el atizador de la chimenea y asestó un golpe feroz en la cabeza de la *gauleiter* que cayó al piso exhalando un quejido corto. La muchacha, casi fuera de sí, repitió varias veces la operación hasta que la sangre manó abundantemente de la Fronzen.

- ¡Perra maldita! –vociferaba Ángela- ¡Te odio, te odio! –y seguía golpeando con saña el cuerpo inerte.

Fritz, dueño de sus acciones, desnudó al coronel despojándole del uniforme y botas. Con la sagacidad de un entendido, revisó el mecanismo del revólver que el oficial portaba en el cinto, regresándolo a la cartuchera.

- Pronto, conde, vístase –exclamó, lanzándome las ropas del militar.
- ¿Y los soldados que beben en la cocina? –pregunté alarmado.
- Olvídense de ellos –tartajeó Ángela- Duermen en paz.

Con la premura que el caso ameritaba, logré disfrazarme de coronel y sonreí admirado –a pesar de la angustia que apretaba mi estómago- al observar que Fritz también estaba vestido con otro de los uniformes que obtuvo de uno de los oficiales desmayados en los sillones. Recién entonces me percaté que Ángela estaba usando ropa perteneciente a Katherine, muy particularmente la capa de color lila que acostumbraba portar la *gauleiter* cuando salía a pasear por las orillas del lago Constanza junto a Georgette.

La muchacha me ayudó a mejorar mi falsa imagen de oficial alemán subiendo el cuello de la capa gris y bajándome un tanto la gorra, a objeto que ambas, capa y gorra, cubrieran mi rostro ayudando a la oscuridad de la noche en perfeccionar la charada.

Fritz arrastró los cuerpos de los militares hasta una bodega aledaña a la cocina, donde les encerró y echó llave. Apagó las luces del comedor y de la sala de estar, cogió una linterna e ingresó al amplio patio de luz que se encontraba en medio del primer piso.

Apareció con la compañía de un hermoso can. Un pastor alemán de ojos vivaces y pelo oscuro.

- Se llama “Kitten” –susurró- Es mi perro. Pero el coronel lo tomó a su cargo y gustaba recorrer con él los alrededores. No habrá problemas en pasear nuevamente. Vamos, rápido.

Salimos a los jardines amparados por las penumbras. Los centinelas de las puertas parecían ebrios durmiendo la resaca pero, en verdad, ellos y los otros que estaban al interior del castillo, expiraban lánguidamente gracias al veneno depositado por Ángela y Fritz en las botellas de licor que bebieron con inocencia, ignorantes de su destino final.

Nos aproximamos a uno de los espigones del lago, siendo saludados en el camino por los escasos uniformados que vigilaban el sector. Fritz escogió una lancha. Era la que perteneció a Schultz. Subimos a bordo –“Kitten” también- y enfilamos hacia el centro del lago donde la oscuridad era absoluta. Uno de los focos de la fortaleza iluminó nuestro andar, pero al observar los vigías que se trataba de la embarcación de Schultz, con el coronel y *fräü* Katherine a bordo, dirigieron la luz hacia otro sector.

No tengo conciencia del tiempo que estuvimos navegando en medio de la penumbra y el frío, pero recuerdo que una embarcación del ejército alemán surcó frente a nuestra popa apuntándonos con sus focos. Instintivamente, hice un movimiento brusco con mi brazo, el que fue entendido por el capitán de la nave como una orden y la luz desapareció, al igual que la nave, pues el oficial a cargo creyó entender que el coronel Schultz se encontraba de paseo –o de inspección- en medio del lago.

Fritz enfiló luego hacia la costa suiza y apagó el motor.

En medio de las sombras fue dibujándose la estructura de una embarcación. Era suiza. Y en su proa alguien nos saludaba cruzando sus brazos por sobre la cabeza. Ya cerca nuestro, reconocí al sujeto.

- ¡¡Johannes Hindenburg!! – exclamé, al tiempo que la emoción erizaba mi piel.
- ¡¡Rudolf... Rudolf von Hayek!! ¡¡Bienvenido a Suiza!! ¡¡Bienvenido a la libertad!!
- La libertad... por fin. Gracias, Dios Todopoderoso, gracias –suspiró Ángela echándose a llorar en un hombro del fiel Fritz.

Al desembarcar en la orilla suiza, me fundí en fuerte abrazo con el viejo Johannes que derramaba lágrimas de felicidad más libres que las mías, pues yo aún no era capaz de olvidar la pérdida de Norma.

Superadas las circunstancias que amenazaban nuestras vidas y una vez que las autoridades helvéticas dieron autorización oficial a nuestro ingreso en calidad de

refugiados, Ángela no tuvo inconveniente en relatarme las causas de su desertión y el odio inequívoco que sentía por Katherine. Siempre fue consciente que su esposo estaba condenado a morir en un campo de concentración alemán, tanto como sabía perfectamente que él se encontraba en esa situación desgraciada debido al amor que la *gauleiter* sentía por ella. En Viena, una noche estival de junio, mientras sollozaba su mala estrella en la butaca de un cine, fue contactada por un individuo joven cuya simpatía y gracejo le cautivó. Del flirteo al romance hubo breves pasos. Se veían en encuentros furtivos a espaldas de la Fronzen, protagonizando encendidas jornadas pasionales con las que ella pretendía esconder la tragedia que llevaba en su interior. Un día, el joven le confesó que pertenecía a una organización secreta que luchaba clandestinamente contra Hitler y sus seguidores. Le aseguraba que sólo el enfrentamiento bélico podría echar abajo la tiranía nazi, y afirmó que su organización se estaba preparando para ese momento. Por intermedio de su nuevo amante, Ángela conoció a algunos miembros de la secreta tribu de opositores al nacionalsocialismo, pero declinó la invitación a regresar a la casa donde se reunían los dirigentes. Sin embargo, el destino cambió su parecer. Katherine descubrió el amorío de su favorita e hizo que sus esbirros siguieran una noche al muchacho. Le asesinaron a mansalva en la salida del callejón donde estaba el domicilio del joven. La *gauleiter*, con el encono a flor de piel, arrastró a Ángela en la madrugada hasta el lugar del crimen y le obligó a mirar el cadáver del que fuera su romántico amorío. No obstante, la dirigente nazi desconocía las actividades de la víctima, suponiendo que se trataba sólo de un estudiante o un trabajador cualquiera. Eso decidió a la chica de Bohemia a unirse al grupo del muchacho. Regresó una tarde a la casa de los dirigentes y les relató lo acontecido. A partir de ese instante, era también parte activa de la confidencial comunidad operativa de judíos que unían sus esfuerzos para derribar a Hitler y, lo más relevante, salvar sus vidas.

- Hace tres días, se me encomendó la misión que usted ya conoce –terminó diciendo la graciosa chica- El asesinato de Katherine no estaba considerado en la programación, ni tampoco el envenenamiento de Georgette que sirvió de inicio al plan, pero fue mi regalo a la causa de la libertad.

- ¿Qué vas a hacer ahora? –le pregunté.
- Me han ofrecido un trabajo de enfermera en Jerusalén. Creo que lo tomaré.
- ¿Eres judía?
- Soy checoeslovaca, de Bohemia. No puedo regresar a mi patria, ya que los ejércitos de Hitler, tarde o temprano, entrarán en Praga. Mi futuro se encuentra en el Medio Oriente. Llegaré allí vía África.

Ángela viajó a través del Mediterráneo en busca de su seguridad y de una vida menos difícil. Supe que se había instalado en el Hospital Palestina sirviendo de enfermera en los pabellones de niños. Creo que después de la guerra se unió en matrimonio con un sargento del ejército inglés trasladándose a Liverpool, donde vivió sin sobresaltos. Su primer esposo, el joven checo atrapado por las garras germanas para satisfacer los desequilibrios sexuales de Katherine, murió tempranamente en Dachau, uno de los muchos campos de concentración que Alemania poseía para eliminar adversarios y “razas inferiores”.

El viejo y leal Fritz fue contratado por el profesor Hindenburg en calidad de mayordomo para asistirle en su casa de Berna, ciudad donde el académico trabajaba para una universidad.

¿Y yo? ¿Qué pasó con mi deteriorada existencia?

Tras de mí, un rastro de sangre corriendo desde el castillo Uberlingen hacia la playa del Constanza, marcó definitivamente mi devenir.

Adiós Alemania... adiós verdes colinas y tranquilas aguas de los ríos de mi infancia, que ahora se habían convertido en torrentes tumultuosos bajando veloces hacia el mar de las confrontaciones.

* * *

Una vez más estaba solo.

Georgette falleció en el hospital militar de Uberlingen pocas horas después de haber sido trasladada a ese centro asistencial. Fue inhumada en el cementerio local junto a la tumba de Katherine. Las amantes recorrerían juntas el camino al Juicio Divino.

El *Oberkommandos* de la *wehrmacht* alemana inició una estricta investigación de los hechos acaecidos en el castillo apoyado por los siempre temibles miembros de la *Gestapo*. Hubo severas sanciones para algunos oficiales del ejército acantonados en el lugar, y el personal de menor jerarquía sufrió las penas del infierno. No hubo referencias de los asesinatos en la prensa nazi, pero sí se informó con grandes crónicas la construcción de edificios militares en Uberlingen, incluyendo una pista de aterrizaje y un moderno astillero para atender las necesidades de naves bélicas llevadas al Constanza.

El gobierno suizo declinó ofrecerme estadía permanente, recomendándome solicitar a Inglaterra una visa temporal. Los hijos de Albión son conocidos en Europa por el amor absoluto a la libertad y al libre albedrío, eventos que ya les habían provocado dolores de cabeza en otras situaciones. Si bien los ingleses confiaban ciegamente en sus servicios de seguridad que consideraban los mejores del planeta, mi condición de ex agente diplomático

del Tercer Reich impedía cualquier apoyo, además de abrir las desconfianzas, pues existía el temor de equivocarse conmigo y colaborar con un espía que ya había ejecutado dolorosas labores en España.

Solo y sin amigos en otra parte del mundo, viviendo de allegado en casa de Johannes Hindenburg, escribí a Raoul Ezquerra relatándole mi drama junto con expresar a Olga mis emotivos agradecimientos por haberme salvado de una muerte cierta.

El dinero se me había agotado y no contaba con esperanzas de obtener un empleo para sobrevivir dignamente. El viejo Fritz, solidario como nadie, me entregó la mitad de su primer salario, que yo prometí devolvérselo con creces no bien mi situación económica mejorara. Era una promesa incierta, puesto que nadie daría trabajo a un ex diplomático alemán que ni siquiera sabía enderezar un clavo.

Llevaba tres meses en casa de Hindenburg haciendo nada, leyendo y escribiendo, seleccionando apuntes y archivándolos como si alguna vez fuese a escribir mis memorias. Las memorias de un don nadie.

El 02 de abril de 1939 los diarios de Berna me sorprendieron con un titular que removió mis nostalgias. “Madrid cayó en manos de Franco”. El día anterior, las calles y plazas madrileñas habían recibido las columnas triunfadoras del fascismo hispánico. Hitler debía estar henchido de alegría. Tenía un nuevo socio en su aventura, junto a Musolinni e Hirohito, quien estaba próximo a firmar un tratado de alianza con el *Führer*. El eje Roma-Berlín-Tokio afilaba sus garras para atacar al mundo.

A fines de ese mes –mi visa expiraba en junio- Olga Schmider envió pasajes aéreos para mi viaje a Paris. Francia extendió una visa permanente merced a los esfuerzos y trámites de Raoul Ezquerra, quien oficializó ante las autoridades galas un contrato de trabajo a mi nombre. Yo sería el encargado de las relaciones comerciales internacionales de su fábrica de lápices. Agradecí a Dios por su mágica intervención. Semanas más tarde, retiraría esos agradecimientos.

¿QUÉ HICISTE EN LA GUERRA, CONDE?

Raoul habilitó un cuarto en la parte alta de la fábrica para utilizarlo como dormitorio, condenándome a vivir las 24 horas de cada día en las instalaciones de la empresa. Algo era algo, y poco es siempre mejor que nada.

Demoré menos de un mes para enterarme perfectamente del rodaje administrativo y financiero de la fábrica, lo cual me permitió proponer a Raoul ciertos cambios en beneficio del rédito económico. El afable esposo de Olga aceptó muchas de mis insinuaciones comerciales, sin embargo puso drástico reparo a mi proposición de rebajar costos mediante el despido de un porcentaje de trabajadores que, a mi juicio y según los estudios que había realizado, sobraban en la cadena de producción.

El resultado de tal divergencia fue mi designación inmediata como encargado de las relaciones comerciales fuera de la ciudad luz.

Viajé por distintas provincias francesas y conocí a extraños personajes que no me parecieron particularmente ligados al negocio de estilográficas, mesas de dibujo y demases. Los nombres de los posibles clientes me eran entregados por Raoul o por Olga, y mi trabajo consistía en construir con ellos una especie de puente amical que abriera las posibilidades para futuras transacciones. Nada de ventas ni de compromisos comerciales inmediatos. “Primero, estructurar un cuerpo de simpatía mutua y de mucha confianza”, decía Ezquerra insistentemente.

En uno de los tantos viajes a Rouen –utilizaba siempre lo servicios ferroviarios- hice amistad con una buenamoza funcionaria del Servicio de Correos francés. Ella trabajaba en Paris, en la agencia de la Sorbonne, siendo la encargada de supervisar las oficinas provinciales del norte del país, labor que le exigía constantes traslados a diversas ciudades y pueblos situados en las orillas del Canal de la Mancha. En ocasiones anteriores habíamos descubierto nuestras mutuas presencias, pero nunca hicimos intentos por acercarnos y entablar conversación. Finalmente, una mañana de mayo, con el tren corriendo suavemente bajo una pertinaz llovizna, el azar quiso que nuestras reservaciones de asientos estuvieran juntas. Poco y nada costó iniciar el diálogo, ya que reconocíamos distinguir al otro desde tiempo antes.

Ella era soltera. Se llamaba Françoise Blanchart y tenía un singular parecido a Norma, aunque su cabello castaño y los ojos pardos marcaban la diferencia. Por cierto, era también de mayor edad ya que cifraba los treinta y dos años cuando la conocí.

En Rouen pasamos veladas exquisitas cenando en un restaurante familiar cuyos ventanales miraban al centro de la ciudad. Envueltos por jardines hermosos –que sólo los franceses saben construir- paseábamos del brazo contándonos nuestros fracasos amorosos a la espera de resarcir pérdidas sentimentales.

Con Françoise conocí la ópera parisina y supe del encanto que Montmartre y el Barrio Latino podían otorgar al paseante, siempre que este contase con la compañía de la persona indicada. Y Françoise lo era.

Europa estaba a punto de arder bajo la hoguera nazi, pues Hitler sorprendió al mundo con su audacia y conquistó Checoslovaquia sin disparar un tiro ni movilizar batallones. Las potencias occidentales –Francia e Inglaterra- atemorizadas por un posible conflicto bélico, ya que aún no olvidaban los estragos espantosos de la Primera Guerra, determinaron sacrificar la paz de un pequeño país entregándolo atado de pies y manos a la inacabable hambruna de los nacionalsocialistas. Recordé las últimas palabras de Ángela. Si ella hubiese regresado a Bohemia, estaría ya condenada a morir en un campo de concentración.

Europa enfrentaba las llamas de la *wehrmacht* y nosotros –Françoise y yo- comenzábamos a engolosinarnos con el inicio de un romance que nos hacía escapar del mundo y olvidar las realidades, como si fuéramos un par de adolescentes irresponsables. Gran parte del verano la pasamos recorriendo teatros y restaurantes, terminando siempre cobijados por las mismas sábanas en algún discreto hotel.

El 31 de agosto de 1939, luego de haber terminado una ‘misión’ encargada por el partido comunista, trasladé mis escasas pertenencias al departamento de Françoise y comenzamos una vida en pareja.

Raoul nada dijo ante mi decisión. Olga, por su parte, consideró que ella me serviría para aquietar el espíritu y estar mejor dispuesto para acometer “el delicado trabajo que pronto me correspondería realizar”.

* * *

Dos meses antes de mi decisión sentimental que unió la vida de Françoise a la mía, Radio Francia había conmocionado al país con la información menos deseada por los cultos habitantes de esa magnífica nación.

“Ayer, primero de septiembre, tropas alemanas junto a escuadrillas de aviones bombarderos y divisiones blindadas, iniciaron un ataque frontal a la desvalida Polonia por la frontera sur occidental. El gobierno francés ha conminado hoy día al señor Adolf Hitler a retirar sus efectivos militares del territorio polaco, pues en caso contrario nuestro país declarará a Alemania el estado de guerra”.

Pero Hitler tenía otros planes y la *wehrmacht* demoró tan sólo cuarenta horas para ingresar a Varsovia y ocupar la nación sin contrapeso.

La segunda guerra mundial había comenzado.

Olga me citó de urgencia a una reunión ‘secreta’ en las bodegas de la fábrica. Era día sábado y la hora me pareció infrecuente, pues la medianoche nunca ha sido buen momento para citas laborales. Las calles se encontraban lúgubrementemente vacías, como si los alegres habitantes de la gran ciudad tuviesen la certeza que un largo y tenebroso marasmo se aproximaba a sus vidas. La soledad del momento me permitió distinguir en una esquina, cubierto por las sombras y atisbando monstruos aún inexistentes, a un grupo de muchachos portando armas e investigando los alrededores como si fuesen guardianes de la tranquilidad general. La población civil –siempre más sabia que sus autoridades- adelantaba la próxima realidad. Apresuré mi paso y las últimas cuadras las crucé casi corriendo hasta detener mi nerviosismo sólo al ingresar a la fábrica.

En la oficina más alejada de la calle, Raoul y Olga dirigían una extraña reunión. Dos hombres y una mujer les acompañaban. Ninguno de ellos me era conocido; bastó echarles una ojeada para entender que no se trataba del equipo de ventas. Todas las miradas, todos los gestos e incluso las formas que utilizaban para sentarse, me indicaron que estaba frente a personas inteligentes, acostumbradas al peligro e intrínsecamente impermeables a cuestiones sentimentales. Resumiendo mi impresión en una sola idea, eran sujetos peligrosos.

Raoul se encargó de las presentaciones de rigor omitiendo los nombres verdaderos, refiriéndose a mí como “el viajero”, tilde con el cual quedé bautizado para siempre en la organización. Los otros componentes del grupo eran “Shark” –que parecía ser el más duro-, “Carioca” (un tipo moreno de aspecto patibulario) y “Menta”, la hembra menos incitante que he conocido en mi vida.

- “Viajero” trae consigo una amplia experiencia en asuntos nazis –apuntó Ezquerra- Conoce perfectamente las cualidades y defectos de los líderes alemanes, pues ha compartido con ellos días de miel y ajeno. Su apoyo y recorrido nos será de utilidad cuando la guerra alcance a Francia. Sin embargo, en aquello que nos interesa hoy, también posee vasta experiencia en España y su guerra civil. Además, en lo principal, hizo buenas migas con algunos intelectuales republicanos. Creo que es la persona indicada para responder las órdenes recibidas. ¿Opiniones o preguntas?.....

“Menta” enderezó su cuerpo alzando el mentón voluntarioso. Me miró una vez más y dirigió a Olga una pregunta cuya respuesta, al menos en lo que a mí respectaba, no tenía altibajos.

- Sólo una... quiero saber si “Viajero” ha tenido que enfrentar peligros verdaderos. Más claramente, si alguna vez se vio en la imperiosa necesidad de dar muerte a un adversario.

- Un coronel de la *wehrmacht* y doce soldados alemanes murieron envenados por su mano en Uberlingen, junto a la hermana y a la viuda del despreciable Peter Fronzen –contestó la esposa de Ezquerra mintiendo sin mayor aspaviento.

- Bienvenido al club –apuntó secamente “Carioca”.

- ¿Aprobado? –preguntó Raoul.

- No veo inconvenientes –terció “Shark”, a la vez que “Menta” asentía con un leve movimiento de cabeza.

¿Bienvenido al ‘club’? ¿De qué se trataba aquella reunión y quiénes eran realmente esos tres personajes? ¡¡Ingenuo Rudolf!! ¿Creíste que la gente ayudaba a un semejante sólo por amor y caridad?

Me habían aceptado como miembro activo de una brigada operativa del partido comunista francés. No de cualquier brigada, sino que del más secreto y peligroso grupo que los comunistas galos tenían actuando en terreno. Raoul Ezquerra era el jefe absoluto de las decisiones “superiores” de aquella organización política y, además, se encargaba de coordinar, evaluar y autorizar los pasos a seguir en materias ‘confidenciales’. Olga, en tanto, tenía bajo su mando la implementación de las instrucciones y órdenes emanadas de los labios de su esposo, lo cual me señalaba que el exitoso plan aplicado en Uberlingen para sacarme del atolladero fue ideado y propuesto por el empresario.

Aquel grupo confiaba en mis conocimientos diplomáticos, aunque la mayor fuerza en sus certezas se basaba en la red de contactos que logré construir en corto tiempo, tanto en Alemania como en España. Además, mi conocimiento del idioma español venía a ser fundamental en la misión encomendada.

El Partido Comunista francés, por instrucciones recibidas desde Moscú, se haría responsable de la evacuación de españoles republicanos refugiados en territorio de Francia, donde las autoridades locales –y una parte significativa de los habitantes- veían con mala cara la presencia de asilados abiertamente izquierdistas.

Raoul tenía la mitad del camino solucionado pues, merced a sus esfuerzos e influencia, consiguió en las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores en París una acreditación a mi nombre, mediante la cual se abrirían las puertas necesarias en mi trabajo de asesor a las autoridades francesas.

Informé de mi viaje a Françoise utilizando un engaño, pues le dije que la fábrica me enviaba a las provincias para atender un importante negocio con posibles compradores. Terminé afirmándole que esta vez mi labor requeriría un par de semanas o más de trabajo en terreno.

Llegué a las costas del sur francés ocho días antes que un viejo vapor llamado “Winnipeg” zarpara rumbo a la América del Sur llevando a bordo cientos de refugiados hispanos que el representante chileno, Pablo Neruda, en un trabajo arduo y fructífero que le permitió recaudar dinero de mil formas y procedencias para adquirir la nave, fue eligiendo personalmente. El barco debería atracar en el lejano y legendario puerto chileno de Valparaíso, una especie de salvaguarda ubicada en la costa sur del enorme Océano Pacífico, mas para ello era necesario cruzar un Atlántico infestado de naves y submarinos nazis dispuestos a hundir cuanto mercante zarpara o intentara arribar a Francia. En esos meses, la “guerra en el océano” auguraba convertirse en un asunto de máxima preocupación para Paris y Londres, ya que Berlín desplegó su máximo poderío naval en orden a impedir el avituallamiento de sus potenciales enemigos que trataban, infructuosa y tardíamente, de evitar la invasión nazi a Polonia.

Algunas naves bélicas de Inglaterra trabajaban tibiamente sobre las aguas atlánticas persiguiendo submarinos del Tercer Reich, labor ímproba debido a la escasez de recursos que en ese primer momento del conflicto, aún no declarado oficialmente, mostraba la Armada británica.

Monsieur Jacques Laplace, una especie de regidor local perteneciente al partido comunista regional, me llevó ante la presencia de Neruda prestigiándome con el título de “diplomático especial enviado por Paris” para coadyuvar en la tarea de salvamento. El poeta chileno, algo obeso y con calvicie manifiesta, me miró desganadamente, tal si mi llegada no le aportara un gramo de solución al problema que ardía en sus manos. No obstante, sus palabras reflejaron un magnífico manejo de la situación.

- ¿Usted posee cartas de presentación diplomáticas? –preguntó con voz engolada y profunda.

- Efectivamente –respondí con cierta extrañeza- Pero ellas son antiguas y no pertenecen a la Cancillería francesa –hice un alto, preocupado por la innegable verdad que no podía ocultar en ese instante- Son acreditaciones alemanas, algo antiguas pero sirven a ciertos propósitos.

- ¿Alemanas? –gruñó el chileno- ¿Otorgadas por la gentuza de Hitler?

- ¿Le sirven o no? –contesté molesto.

- Ello depende –sonrió el chileno por vez primera- ¿Qué dicen esas acreditaciones?
- Que soy el Agregado Cultural del Tercer Reich en Francia.
- ¡Estupendo! ¡Sirven, y mucho!

Neruda estaba angustiado por posibles ataques de barcos alemanes al “Winnipeg”, y mis cartas diplomáticas podrían ser de utilidad ante la aparición de una nave bélica en medio de la soledad oceánica. Chile esperaba ansioso la llegada de aquellos refugiados que Neruda había escogido, ya que entre sus filas se encontraban escritores, novelistas, poetas, historiadores y artistas del mejor nivel, todos milagrosamente escapados del infierno fascista que Franco prometía a muchos de ellos. Pregunté si Buñuel estaba en la nómina. Hube de explicar al chileno el por qué de mi interés por el cineasta. “Se encuentra en Estados Unidos”, gruñó el poeta con voz nasal. Manifesté mi desacuerdo en el zarpe del “Winnipeg”, recomendando aguardar unos días a la espera de recibir informaciones inglesas respecto de la ubicación de naves alemanas en el Atlántico.

- No puedo permitirme una espera prolongada –dijo Neruda- Además, no me abato por problemas menores.

¡Problemas menores! ¿Así se refería a la efectividad de los barcos nazis? Se lo hice saber, y la respuesta me dejó helado.

- Para evitar estropicios viajará usted también con los refugiados. Sus cartas de acreditación alemana pueden detener intentos de cañonazos y torpedos.

- ¿Quiere que yo acompañe a los españoles hasta Chile? –pregunté asombrado- Mis menguados oficios no serán suficientes para revertir una orden de Berlín.

- Soy un hombre de suerte, señor von Hayek –apuntó el poeta sonriendo misteriosamente- Tenga por seguro que nada grave acontecerá al “Winnipeg”.

- ¿Entonces, para qué viajar con los hispanos?
- Usted es nuestro seguro de vida -contestó, poniendo fin a la conversación.

Monsieur Laplace trabajó arduamente para protocolizar mis documentos y lograr mi salida de Francia sin trabas burocráticas. Informó de ello a Raoul recibiendo respuesta rápida desde la fábrica parisina: “*très bien*”. Intenté un último trámite para evitar mi salida. Protesté ante Laplace porque mi querida Françoise quedaría sola en Paris. Fui desmentido desde la fábrica de lápices, ya que Olga se encargaría de su seguridad; además, la agraciada funcionaria de Correos había sido informada respecto de mi trabajo con Neruda y me enviaba sus emocionados saludos junto a una admiración que le hacía amarme aún más.

Mi futuro estaba asignado. Viajaría al lejano y misterioso Chile a bordo de una cáscara de nuez que cargaba cientos de desesperados, entre ellos, un simpático intelectual joven que me cautivó con sus conocimientos de Historia y literatura. Se llamaba Leopoldo Castedo, nombre que resultaba quizás muy grueso para un físico juvenil desgarbado y tembloroso. Con él tuve mis mejores conversaciones de arte y cultura durante los días anteriores al zarpe, empapándome del espíritu latino que me sería indispensable años después.

- Desde que vislumbré la posibilidad de refugiarme en Chile –dijo Castedo- he desgastado mis ojos leyendo cuanto libro y documento se refiere a esa lejana nación.

- ¿Ha obtenido una opinión certera?

- Una impresión favorable, más que una opinión basada en hechos indesmentibles –respondió el joven intelectual- Se trata de un país aún en pañales, pero con carácter de grande. Destaca entre sus vecinos sudamericanos por el amor a la cultura y a la política.

No pude dejar de recordar las palabras del *Führer* en la Cancillería al ser consultado por Goering respecto de las naciones de la América del Sur. Su opinión era no sólo negativa, sino, además, despectiva y racista. *“Los Estados Unidos consiguen de esos países todo lo que quieren gracias a sobornos grandiosos, los que se explican por la inferioridad racial de la población de los Estados sudamericanos que, además, son hostiles a Alemania. La inferioridad se muestra también en el comportamiento contra los alemanes allí residentes, ya que, por lo visto, es innato en los bajos instintos de toda la vulgaridad de esos pueblos ‘escupir’ a los seres superiores. En realidad, deberíamos desembarcar allí alguna vez para poner nuestro puño bajo las narices de semejantes ‘pueblos de estiércol’”*.

A veces es malo recordar. Mi capacidad de memoria servía para acobardarme. Imaginé que ningún capitán de navío alemán se detendría ante un barco que informase viaje hacia los países que Hitler consideraba “pueblos de estiércol”. Menos aún si se enteraba que a bordo iban centenares de izquierdistas españoles, enemigos de Franco y del fascismo.

Hitler tenía, por cierto, preocupaciones mayores, pues sus miras las había puesto en la concreción de su ataque a la indefensa Polonia. Muy pronto, Varsovia quedaría en manos germanas y los judíos comenzarían a sentir en carne propia las ideas del *Führer*. Mientras, Francia creía estar a salvo de cualquier ulterioridad, ya que confiaba ciegamente en una línea defensiva que bautizaron con el nombre de *Maginot*, la cual pretendía contener un posible ataque alemán por la frontera oriental. En cambio, Raoul, Olga y los comunistas parisinos aseguraban que la *wermacht* germana invadiría Francia sin mayor tropiezo, y se

habían preparado para ese momento estructurando una organización secreta –armada hasta los dientes- que lucharía calle a calle desde las clandestinas sombras. Ezquerria la llamaba “*Resistance*”, afirmando que de sus líneas y de su acción surgiría después de la guerra el futuro gobierno francés.

Cincuenta minutos antes del zarpe del “Winnipeg”, Neruda me desembarcó impensadamente. Había recibido un comunicado desde París que le recomendaba utilizar mis buenos oficios diplomáticos en tareas de niveles superiores. Jacques Laplace se reunió con nosotros en la oficina que el poeta chileno tenía implementada cerca del puerto, mostrando las instrucciones del partido comunista que el vate sudamericano aceptó sin dilaciones una vez las hubo leído.

- La libertad del mundo le necesita vestido de Abelardo Núñez, compañero von Hayek –dijo Neruda con ojos sonrientes.
- No le entiendo, Pablo –respondí con sinceridad.
- ¿Leopoldo Castedo nada le contó de ese personaje chileno tan querido por muchos de mis compatriotas, y tan repudiado por los hermanos peruanos y bolivianos?
- No, Castedo nunca me ha hablado de Abelardo Núñez.
- Fue el gestor y fundador del servicio de inteligencia militar durante una sangrienta guerra sostenida por Chile contra Perú y Bolivia hace sesenta años.
- Lo siento, nada sé de él.
- Para desarrollar bien su nueva misión, creo que le sería de utilidad leer algo respecto de Núñez, a quien se le conocía como “El Profesor”.
- Lo ocurrido en Sudamérica hace más de medio siglo, no contiene mucha validez en la Europa actual –contesté amoscado.
- Las guerras son iguales en todas partes y en todas las épocas -replicó Neruda, siempre irónico- Abelardo Núñez tuvo éxito en su trabajo y, además, sobrevivió al conflicto bélico. Esas son razones suficientes para aprender sus métodos.

Al día siguiente, cuando el “Winnipeg” se había alejado de la costa francesa, retorné a París deseando a Neruda buena suerte en sus futuras misiones. “La poesía es mi mejor arma”, contestó el chileno, extendiéndome su mano antes de alejarse en busca de nuevos desafíos.

* * *

Al regresar a la ciudad luz, abracé emocionadamente a Françoise y le confesé mi sincero deseo de trasladar mis bártulos a su apartamento para hacer una vida en común.

El 31 de agosto de 1939 cenamos, por fin, en su cama.

Al día siguiente –01 de septiembre- Radio Francia conmovió el corazón de los parisinos al informar que el ejército y la aviación alemanas habían invadido Polonia. La voz del locutor, entrecortada por la trascendencia de la noticia, leyó engoladamente la última comunicación oficial del gobierno galo. “Si Berlín no retira sus tropas del territorio polaco antes de 48 horas, Francia e Inglaterra declararán la guerra a Alemania”.

Tardía e inútil amenaza, ya que los nazis ingresaron a Varsovia tres semanas después.

La Segunda Guerra Mundial había comenzado.

Meses más tarde me enteré que el añoso “Winnipeg” había arribado a Valparaíso la mañana del 3 de septiembre de 1939 sin novedades, salvo la apoteósica recepción que los chilenos le brindaron en el muelle de aquel legendario puerto.

Para ese entonces, yo me encontraba metido de lleno en las labores de zapa al interior de Paris, ordenadas por los comunistas franceses que dirigía desde las penumbras Raoul Ezquerro. Mientras, Hitler y sus generales avanzaban sin pausas hacia Francia. La “línea Maginot” se derrumbó en pocas horas, pues una sola noche requirieron las tropas alemanas para cruzar la frontera y dirigirse triunfantes a las campiñas del país del arte y las letras. El ejército francés huyó en desbandada dejando Paris desolado, en manos de un vejete, Petain, preso de sus temores y contradicciones que optó por entregar a Hitler la ciudad luz sin disparar un tiro, ya que le aterraba pensar cuántos estragos a sus monumentos, museos, parques y calles, podría causar el ataque combinado de la *Luftwaffe* y la *wehrmacht*.

A partir de ese instante, “*la Resistence*” se constituyó en el solitario y exclusivo referente de defensa para millones de franceses. Una seguidilla de atentados a convoyes alemanes, asesinatos a mansalva de oficiales germanos y voladura de puentes, inició la feroz saga de batallas callejeras y contra inteligencia que el país de Montesquieu hubo de experimentar durante los cinco años de ocupación nazi, pagando precio muy elevado por una lucha desigual con la que pretendían zafarse del yugo extranjero al que le habían sometido la incapacidad y ceguera de sus propios líderes.

Raoul ordenó quemar mis papeles de identificación y a cambio preparó otros nuevos, en los que mi nombre era tan francés como estrambótico: Bernard D’Ivry, alias “el viajero”. Hube de permitir que mi barba creciera para que los comunistas la tiñeran de color oscuro, al igual que mis cabellos, escondiendo los rasgos arios de los Von Hayek,

eficaz forma de ocultamiento para transitar por las calles parisinas entre la soldadesca alemana.

El plan fraguado por Ezquerria y la Schmider terminó con una orden que no me disgustó, aunque presentí cuánto peligro podría significar a quien yo amaba.

En el mes de octubre de 1940, Françoise Blanchardt y yo, Bernard D'Ivry, contrajimos matrimonio en una austera e íntima ceremonia civil. Desde su escritorio en la oficina de Correos, Françoise ayudaba también a la resistencia, pero lo hacía desde otra vertiente, la católica, sin sospechar siquiera que su flamante esposo pertenecía a la “*Resistance*” que dirigían los comunistas.

Hitler y sus ejércitos dominaban gran parte de Europa, aterrorizando a los habitantes en los países ‘conquistados’ y efectuando la más horrorosa cacería de judíos, gitanos y opositores que la Historia hubiese conocido. Treblinka, Dachau, Sobibor, Auchwitz, son algunos de los nombres que el mundo jamás olvidará. En esos campos de concentración, los nazis llevaban a cabo matanzas espantosas, masivas y permanentes, de miles y miles de inocentes criaturas humanas que sentían la total indefensión de sus existencias sirviendo de experimentos para saciar la sed racista de la barbarie.

Mi tío Hermann gozaba de enorme poder en Alemania gracias a los triunfos de la *Luftwaffe* en los cielos europeos, pero su indiscutido influjo sobre las decisiones del *Führer* permitieron errores que costarían muy caro a Alemania.

Uno de ellos fue lo ocurrido en la playa francesa de Dunkerque.

Decenas de miles eran los soldados de Inglaterra y Francia derrotados por las fuerzas de la *wehrmacht*, huyendo hacia un destino imposible: refugiarse en una extensa playa a la espera que naves de Gran Bretaña les recogiesen y transportasen a las costas inglesas. Para los alemanes era asunto simple. Echar a rodar los temibles *panzers* playa abajo y masacrar a los millares de combatientes que no contaban con ánimo, fuerzas ni armas para detener la carnicería. Pero los tanques germanos nunca aparecieron, pese a que el propio mariscal Rommel solicitó a Hitler la orden de avance, pues Goering intervino bruscamente para lograr que sus aviones fueran quienes terminaran el asunto. Mi tío deseaba y necesitaba un triunfo esplendoroso como plataforma para consolidar su posicionamiento en el gobierno nacionalsocialista. Durante días las máquinas voladoras alemanas barrieron la playa de Dunkerque con sus ametralladoras, pero no pudieron impedir que decenas de naves inglesas apareciesen en el Canal de la Mancha para salvar los últimos restos de los ejércitos aliados.

Hoy, sesenta años más tarde, puedo afirmar que en esa playa Alemania perdió la oportunidad de lograr la rendición absoluta de Londres, con la que por cierto la guerra habría terminado en aquel instante y otra sería la historia.

LAS NOCHES DE PARIS DURANTE LA RESISTENCIA

En París, el toque de queda impuesto por los alemanes comenzaba a las nueve de la noche. A esa misma hora se iniciaba el trabajo más peligroso de la Resistencia.

Escondidos en sótanos y bodegas, algunos de sus miembros se reunían para coordinar ataques a convoyes, distribuir armas o, simplemente, evacuar de la ciudad a personas cuyas vidas pendían de un hilo.

Poco a poco, gracias al trabajo de inteligencia de la *Gestapo* –que contaba con la acción de colaboracionistas franceses- esos sitios fueron descubiertos y dejaron de ser útiles. Entonces, los patriotas parisinos recurrieron a lugares de esparcimiento donde cada noche había un espectáculo al que asistían los alemanes y algunos franceses autorizados por la burocracia nazi. En medio de jarras de cerveza, vinos aromáticos y canciones interpretadas por los escasos artistas permitidos por los servicios de inteligencia alemanes, circulaban también instrucciones, noticias y órdenes en clave emanadas del cuartel central de la *Resistance*, con las que se ponía en operación un nuevo atentado explosivo, un ataque sorpresa o la evacuación vertiginosa de algún sitio en el que hubiese estado trabajando o escondiéndose una célula del movimiento clandestino.

Todos esos tensos meses mi labor debí hacerla a la luz del día, yendo de un lugar a otro transportando en mi memoria cifras, datos, nombres y eventos que se coordinaban desde la fábrica. Según Raoul, el partido comunista estaba preparándose una nueva responsabilidad, más acorde con mis capacidades y experiencias, sacándome de las calles y de la misión inefable que consistía en actuar como mensajero, como “viajero”. Si tenía que soportar el peligro, los comunistas preferían que lo hiciese desde trincheras que yo conociese mejor. Después de todo, no era un ‘peleador’ ni sabía usar armas de fuego. Mi lado fuerte estaba en otras acciones. En aquellas que los comunistas necesitarían los años venideros. Para eso, ellos no se aproblemaban por asuntos tan domésticos como los plazos y los tiempos.

- Comenzarás tu nueva labor una vez que el Partido haya afinado los documentos necesarios –manifestó Ezquerria, con la parquedad habitual.

Yo sabía que estaba jugando en los linderos donde la muerte celaba oculta a los que gustaban arriesgarse frente a sus zarpas, lo sabía y sin embargo no me preocupaba mayormente. Tenía una inexplicable confianza en mi buena estrella, puesto que había salido indemne de situaciones tanto o más conflictivas que las actuales. Creía, inocentemente, que ningún agente de la inteligencia germana se interesaría en un oscuro vendedor de lápices y mesas para dibujo cuya responsabilidad laboral le hacía recorrer París de un extremo a otro cada día. Varias veces fui detenido en plena calle por patrullas uniformadas exigiéndome la documentación. Y esas mismas veces sorteé sin tropiezos las inspecciones luego de soportar exhaustivas revisiones de mi maletín, en el que portaba muestras de los productos, boletas de venta y artículos propios de mi actividad.

Pero, ese año 1941 trastocó mis confianzas acelerando la práctica del *modus vivendi* que el Partido exigía a sus miembros más connotados.

Dos hechos de enorme significación remecieron las salas de prensa de todo el orbe.

En un acto sin parangón en la Historia, Hitler atacó a la Unión Soviética rompiendo el pacto de no agresión que había firmado con José Stalin. La URSS, hasta entonces algo ajena al conflicto bélico, fue arrastrada a la guerra por la mesiánica decisión del *Führer* que deseaba expandir los dominios alemanes hacia el este europeo, amén de terminar con el peligro comunista, al que miraba como potencial y único adversario una vez que Alemania hubiese obtenido el triunfo total sobre los ingleses, a la sazón, su exclusivo enemigo desde el punto de vista meramente militar.

El otro acontecimiento, una traición sin nombre ni excusa, metió de golpe y porrazo a los Estados Unidos en la conflagración. Los aviones de la Armada japonesa bajo el mando del almirante Yamamoto, sin aviso previo ni declaración de guerra, bombardearon la bahía hawaiana de Pearl Harbour la madrugada del domingo 7 de diciembre. El gobierno de Franklin Delano Roosevelt, en Washington, horas más tarde, declaró la guerra al Eje conformado por Alemania, Italia y Japón.

Raoul nos citó a una reunión en las oficinas posteriores de la fábrica para analizar el nuevo escenario, convencido que al abominar Hitler del acuerdo con la URSS y convertirse esta en un miembro más de los aliados occidentales, el sector católico de la Resistencia francesa –que poseía gran fuerza y versatilidad en la lucha- aceptaría unir esfuerzos para mancomunar intereses y coordinar acciones con el grupo comunista. Los días siguientes fueron de tratativas, reuniones, conversaciones y acercamientos, hasta que en pocas

semanas el acuerdo fue logrado. Lucharíamos juntos, aunque manteniendo nuestras respectivas orgánicas internas. Habría una especie de “Comando Central” integrado por tres representantes de cada sector, los que no podrían actuar sin el beneplácito de sus correspondientes bases.

Era necesario administrar cuidadosamente la mecánica de la información, ya que ahora no se trataba de grupos pequeños independientes que actuaban según sus posibilidades, sino que era una verdadera empresa de liberación que impetraba inteligencia, pragmatismo, valor y audacia en cada uno de los pasos que debía dar. La oficialidad alemana, por supuesto enterada de lo que se le vendría encima, incrementó los cuidados apretando aún más el puño sobre la población, con lo que aumentaron los guarismos de civiles fusilados y el número de ciudadanos aherrojados en los sótanos de la *Gestapo* alcanzó volúmenes cuantiosos. Entonces, el sólo hecho de caminar por las calles de París y saludar a un conocido podía despertar las sospechas de los esbirros nazis y ser apresado sin contemplaciones ni excusas. Cuando era un comunista quien caía en sus garras, luego de inenarrables torturas e interrogatorios el último suspiro lo exhalaba de espaldas a un paredón o colgando de una soga.

* * *

La excesiva confianza en mi buena estrella terminó un cálido atardecer de junio el año 1942, aunque la mañana fue próspera en buenas noticias pues Françoise apareció en mi oficina de la fábrica –fue casi un milagro que yo estuviese allí y no deambulando por París como era costumbre- con una sonrisa que no lograba ocultar el rubor de sus mejillas, informándome que el médico le había confirmado en el Hospital un embarazo de dos meses.

Íbamos a ser padres y eso era todo un acontecimiento. Nos abrazamos emocionados y lloramos sinceras lágrimas de felicidad. Ella no regresaría a su trabajo y se tomaría un descanso el resto del día. Deseaba que yo la acompañase a almorzar en algún discreto restaurante a las orillas del Sena para celebrar aquel magnífico evento. Olga no puso objeciones y autorizó mi salida una vez que hubo felicitado a Françoise por su futuro de madre. Al abandonar la fábrica, aprovechando que mi esposa se encontraba ya en la puerta de salida, la Schmider, con voz calma reflejando serenidad y certeza, me señaló al oído que los nuevos documentos preparados por el Partido para el inicio de mis actividades “especiales y trascendentes” ya estaban en sus manos.

- Lo siento, amigo querido –terminó diciendo Olga- pero tendrás que sacar a tu esposa de Francia, pues tus próximas responsabilidades exigen dedicación total. Mañana hablaremos de esto contigo.

El almuerzo en el restaurante elegido por mi esposa se caracterizó por mi silencio, lo que por cierto no pasó desapercibido para Françoise que intuyó más de un problema en mi actitud. Me tomó la mano y acercando su hermosa faz a mi congestionada cara indagó la razón de mi comportamiento.

- ¿La noticia de mi embarazo te ha causado desazón? Si lo que te preocupa es el asunto económico, puedo asegurarte que estamos en condiciones de alimentar y vestir a un hijo.

- No me cabe duda que sí podemos hacerlo –contesté con la angustia anudada en mi garganta- Me llena de felicidad y orgullo saber que seremos padres....

- ¿Entonces, qué te molesta?

- Me parece que ha llegado la hora de abrir nuestros baúles íntimos –respondí.

- ¿A qué te refieres? –preguntó ella con los ojos humedecidos por lágrimas furtivas.

- Françoise, amor mío, hay algo muy, pero muy importante que yo no te he dicho y es hoy el momento de hacerlo. Nada tiene que ver con nuestro amor ni con el hijo que traes en tu vientre. No directamente al menos, pero sí existe una dolorosa relación. Ven, paseemos por las orillas del río y busquemos un escaño donde podamos conversar sin la presencia de extraños.

Nunca he podido expresar en pocas palabras lo esencial de una historia o de un asunto, por lo que demoré horas en relatar a mi esposa los pasajes y detalles de mi vida, sin dejar ningún intersticio falto de explicación, aún aquellos relacionados con Georgette, Norma y Katherine, confesándole finalmente cuál era mi verdadera labor en la fábrica de Ezquerria así como mi secreta participación en la *Resistencia* manejada por los comunistas.

Ella echó la cabeza hacia atrás, sacudiendo su cabellera trigueña, y lanzó una carcajada corta y suave. Fijó sus ojos pardos en los míos bajando deliciosamente su mirada y arrugando el ceño en forma divertida.

- ¿Tú pensabas que yo no lo sabía? Tontuelo, olvidas que pertenezco a un movimiento muy similar al tuyo y que ahora ha formado un todo único con vosotros. Mis contactos en la Resistencia Católica ya me habían indicado... que eres miembro del equipo que dirige el feroz Raoul Ezquerria.

- ¿Feroz? –retuqué asombrado- ¿Raoul, “feroz”?

- Sí, feroz él y “terrible” su esposa Olga. No te alarmes, los alemanes aún nada saben de ellos, pero lo sospecharán muy luego. Pronto tu fábrica será vigilada por la *Gestapo* y ustedes deberán disolverse, si es que Raoul no desea batirse a tiros inútilmente con las tropas nazis. *Monsieur* Ezquerra tiene tanta sangre en sus manos como el propio Göebbels. Es el cerebro comunista en Francia y obedece órdenes de un tirano como Stalin, pero a nosotros, los católicos, ello nos sirve en la lucha por la liberación. El problema vendrá después, cuando Francia haya expulsado a los invasores y recupere su libertad.

- ¿Y si ya sabías esto, por qué lloraste en el restaurante?

- Pensé que no me amabas y querías abandonarme. Eso no tenía solución. En cambio esto, lo que estamos hablando, sí la tiene.

- La tiene, claro. Pero no me agrada.

Relaté a Françoise la información recibida de labios de Olga, sin poder explicar adecuadamente cuáles serían “mis labores especiales y trascendentes”, puesto que recién me serían comunicadas en las próximas veinticuatro horas y sospechaba que me vería envuelto en mayores riesgos, defendiendo a un país que no era el mío de los ataques de una nación que sí me pertenecía.

Me abrazó con amorosa delicadeza y besó mis labios repetidamente. Entendía mi estado de ánimo y mis aprensiones por traicionar a mis ancestros, pero tenía un argumento inatacable. Luchábamos no sólo por la libertad de Francia, sino por el destino de una Europa y un planeta que queríamos en democracia. “Los nazis –dijo- no representan a Alemania, sino que son depositarios de las peores maldades que el género humano es capaz de realizar”.

- Respecto a lo que te informó Olga Schmider, no puedo manifestar sorpresa puesto que es un asunto necesario de analizar –agregó con tranquilidad- Mi embarazo me impedirá continuar trabajando para la Resistencia Católica y, por cierto, será un grave estorbo para el cumplimiento de tus nuevas órdenes. Además, es un hecho cierto que mi grupo me retirará de Correos no bien sepa de mi embarazo y me suplirán con otra persona. La Resistencia necesita que su gente desarrolle las labores encomendadas sin titubeos. Y tú, *mon chérie*, no puedes abandonar Francia. Los comunistas jamás te dejarán partir y negarán apoyo en documentación y dinero para que huyas de aquí. Fueron ellos quienes te salvaron en Uberlingen y te trajeron a París cumpliendo un plan minuciosamente estudiado. Les eres de utilidad, y les serás imprescindible a partir de mañana, te lo aseguro. Soy yo, entonces, quien debe marchar fuera de nuestras fronteras. En eso estoy de acuerdo con tus jefes.

Exploté en quedo llanto, desconsolado por la posibilidad de perderla y sabedor que nada podíamos hacer para evitar la concreción de aquello que estaba ya decidido por quienes manejaban los asuntos internos de nuestras respectivas organizaciones. Tampoco podía renunciar a la *Resistance* como si se tratara de un empleo cualquiera. Abandonar la organización era similar a entregarse en las manos alemanas. ¡Jaque mate! Françoise estaba en lo cierto. ¿Por qué siempre mi vida era acompañada por mujeres inteligentes, asertivas y decididas? ¿Me estaba quejando o era una expresión de orgullo? ¡Orgullo y amor! Descubrí en esa conversación cuánto amaba a Françoise y, también, que el episodio de Norma había pasado al arcón de mis recuerdos.

El astro rey comenzaba a bajar lentamente en el horizonte y una brisa suave, refrescante, remolineaba juguetona por las plazas llamando a los parisinos a recogerse en sus domicilios ya que el toque de queda se aproximaba.

Caminábamos abrazados hacia el paradero de buses cuando algo inusual, indescifrable, pareció golpear mis alertas. Como siempre, grupos de soldados alemanes estacionados en algunas esquinas vigilaban el tránsito de los peatones y escudriñaban con ojos avizores la circulación de vehículos. No constituían en sí mismos un problema a la seguridad de los paseantes, pero uno de ellos, un sargento de aspecto hosco, no dejaba de mirarme con insistencia. Algo comunicó a los dos militares que le acompañaban, pero a la distancia no logré distinguir si se refería a mí o a otra situación.

El sargento cruzó la calle con claras intenciones de abordarme, ya que sus ojos indicaban sorpresa por toparse en París con un antiguo conocido. ¿Pero, quién era ese hombre que parecía saber de mí? Traté de reencontrarme con situaciones del pasado en las que esa cara hosca hubiese estado presente, pero mi capacidad de memoria –que no era desdeñable en aquella época- no pudo localizar el momento ni el lugar... y tampoco el nombre del dueño de aquel rostro agrio.

Apreté con fuerza el brazo de Françoise para que mi esposa se percatara de lo que estaba a punto de suceder. Ella se detuvo bruscamente y sentí que su cuerpo temblaba. El soldado estaba ya frente a nosotros y me señalaba con su dedo. La gente alrededor nuestro, que esperaba también un ómnibus de frente a la patrulla militar, abrió paso franco al sargento para no entorpecer su camino y verse envuelta en líos inimaginables. Contrariamente a lo que yo esperaba, el uniformado me encaró con una sonrisa abierta.

- No puedo estar tan equivocado –dijo en alemán- ¿Usted es el conde von Hayek, sobrino del Mariscal Goering? No creo que me recuerde, pues yo era entonces un simple

cabo, pero le ví cien veces en la Cancillería, cuando me correspondió cumplir labores de guardia en el segundo piso. ¿Qué está haciendo en esta ciudad?

El teñido oscuro de mi cabello y el largo de la barba no fueron disfraz suficiente para esconder mi identidad frente a alguien que tuvo sobrado tiempo y ocasión para aprender de memoria cada una de mis facciones. El año 1934, al igual que en 1941, para cualquier soldado de rango menor era una satisfacción y orgullo ser asignado a la guardia de seguridad de la Cancillería berlinesa, por lo que inflaban aún más su ego codeándose con los dirigentes superiores del partido nacionalsocialista, a quienes consideraban similares a dioses bajados del Olimpo. Ese inefable honor comprometía ahora mi seguridad y la de mi esposa. Decidí manifestarme extrañado desconociendo qué trataba de decirme, por lo que respondí en francés y me afirmé en esa posición.

- Lo siento, señor –dije con afabilidad- No hablo alemán y por lo mismo no entiendo qué me está preguntando.

El sargento cambió bruscamente la expresión de su rostro; con las cejas hirsutas bajando por su frente, dio un paso atrás y refugió su equivocación en un tono de voz áspero.

- Papeles –gruño- Sus papeles....

Revisó mis documentos deteniendo su mirada en la fotografía pertinente, mirándome de reojo para comprobar que el hombre frente a él correspondía a la figura que mostraba el papel. Con un movimiento de su fusil me obligó a levantar los brazos para revisar mis bolsillos y mi cuerpo. Repitió la operación con Françoise –a quien no le exigió documentación- y con gesto autoritario nos dejó avanzar hasta el paradero de buses donde otras personas observaban con pavor lo que acontecía.

- ¿Bernard D'Ivry, no? Bien... puede retirarse.

Afortunadamente el vehículo de transporte surgió prontamente y lo abordamos con estudiada calma. Un par de calles después, Françoise suspiró aliviada.

- Te reconoció –dijo en susurro- Quedó en la duda, pero estoy segura que...

- Ya, ya... deja eso –murmuré- Enfrasquémonos en la forma que deberás utilizar para irte de Francia.

- Y buscar un país donde los nazis no puedan llegar jamás –agregó mi esposa.

Ambos sabíamos que nuestra seguridad se encontraba definitivamente en peligro luego de aquel episodio. Deberíamos cambiar de domicilio lo más pronto posible y mi esposa tendría que abandonar Francia, quedando yo, una vez más y como era ya habitual, solo. Esa noche la pasé velando a oscuras desde la ventana del apartamento, atendiendo a

cualquier ruido vehicular que se acercara al edificio, dispuesto a arrastrar a Françoise por las escalas que conducían a la azotea y desde allí trepar a techos vecinos para huir sin destino ni certeza.

Temprano esa mañana, llegamos a la fábrica portando algunas pertenencias personales y solicitamos a Raoul cobijo en su empresa luego de relatarle la experiencia vivida el día anterior. Ezquerria estuvo de acuerdo en sacar a mi esposa del país a la brevedad y reafirmó mi solicitud de traslado al antiguo dormitorio de la parte alta. “Shark” y “Menta” se encargaron de traer el resto de mis cosas, mientras “Carioca”, viajando en una motocicleta a escasos metros del coche que ellos utilizaban, les sirvió de guardaespaldas.

Françoise permaneció en el dormitorio de la fábrica ordenando ropas y otros artículos, mientras yo participaba en la reunión a que me había citado Olga la mañana anterior. Dos tipos de aspecto agradable llegaron a la empresa horas después. Pertenecían a la Resistencia Católica y, llamados por el propio Raoul, venían a prestar su ayuda a mi esposa. Dijeron que las jefaturas de su organización concordaban con los comunistas en cuanto a que Françoise debía abandonar, al menos, París. El soldado alemán que estuvo a punto de reconocermé podría poner en peligro no sólo la vida de mi cónyuge sino también la estabilidad de la organización clandestina.

- Algo similar podría suceder conmigo –retruqué intentando obtener autorización para abandonar la ciudad junto a mi esposa.

- Ello no ocurrirá –afirmó Raoul- Tus nuevas responsabilidades te llevarán lejos de aquí.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo en que el destino de Françoise debía ser un territorio extranjero, pues era cosa cierta que yo intentaría visitarla sin importar en qué lugar de Francia estuviese refugiada. Ese acuerdo era una orden. Ezquerria me otorgó la posibilidad de elegir el país al que ella marcharía. Pensé en Europa inundada por las tropas nazis y sus ciudades ardiendo por los cuatro costados, con lo que deseché lugares como Londres, Ámsterdam o Lieja. España e Italia eran aliadas de Hitler, y la seguridad que ofrecían resultaba mínima. Debía ser un país al que el *Führer* y sus aliados jamás pudiesen llegar con tropas, aviones, naves y tanques. La imagen de Leopoldo Castedo, el joven refugiado español enamorado de las ciencias y las artes, surgió mágicamente en mi memoria.

- Chile, en Sudamérica –contesté seguro.
- ¿Chile? –repitió uno de los tipos de la Resistencia Católica- Eso queda al otro lado del planeta.

- En el fin del mundo –aprobé –Pero tiene un gobierno democrático que se opone a los nazis y recibió a miles de españoles que huían de Franco. Conozco a uno de ellos, se llama Castedo. El poeta chileno Pablo Neruda tiene el actual domicilio de ese joven –miré fijamente a Raoul- Supongo que el Partido puede contactarse con él.

La primera parte de la reunión terminó de inmediato y los jóvenes católicos se retiraron de la fábrica satisfechos con la decisión alcanzada por consenso.

Françoise abandonó Francia la primera semana de agosto a bordo de un mercante con bandera uruguaya que zarpó desde Marsella. La nave era segura, ya que Uruguay, país sudamericano ubicado en la costa atlántica, había manifestado oficialmente su neutralidad en el conflicto bélico europeo. Por supuesto, no acompañé a mi esposa en su viaje a Marsella y tampoco tuve ocasión de llorar al verle alejarse mar afuera. “Carioca” y “Menta” le sirvieron de acompañantes junto a los mismos dos jóvenes católicos que conocí en la fábrica. En esos cuarenta días que mi esposa estuvo conmigo en el dormitorio de la empresa, descubrí cuán eficiente y poderoso era el partido comunista francés ya que Raoul y Olga, con trabas e impedimentos mínimos, lograron contacto con Pablo Neruda, obtuvieron el domicilio de Leopoldo Castedo en Santiago de Chile y, con ello, la autorización del gobierno andino para el ingreso de Françoise a ese país.

- Ahora, a preparar tus misiones –concluyó Ezquerra, tomándome del hombro.

Y mis “misiones” eran desafíos permanentes a la capacidad de juego mortal que mi corazón podía soportar. Los dados estaban echados y nada ni nadie podría cambiar el curso de las cosas que otros decidieron por mí.

Bernard D’Ivry era el impecable nuevo representante del gobierno francés en el exilio, y mi destino se hallaba en la gélida ciudad de Moscú. El último acuerdo católico-comunista facultó el trabajo conjunto de diplomáticos de ambas organizaciones. Yo representaba a la *Resistance* parisina, y los países enemigos del Eje fascista no pusieron obstáculos a las designaciones, reconociendo nuestra calidad diplomática.

En Moscú aprendería las labores del espionaje y conocería a los individuos que años más tarde calentarían la “guerra fría”.

* * *

UN “TOVARICH” GERMANO PARA AYUDAR A LA LIBERTAD

Afirmo solemnemente que no soy comunista ni nunca lo fui. Carezco de sensibilidades políticas y no poseo tendencia partidista de ninguna clase. Incluso, ahora, que soy ya un hombre senescente, no me inclino por ideologías, partidos ni movimientos políticos. Siempre fui un escéptico en tales materias, por lo que me daba prácticamente igual trabajar para uno u otro bando. Seguramente, de no haber mediado las desgraciadas circunstancias personales vividas en la Alemania de la década de 1930, habría terminado trabajando para el gobierno nazi en asuntos mineralógicos. No habría conocido la calidad humana y artística de García Lorca, Unamuno y Buñuel, como tampoco me habría encandilado con la vehemencia literaria de Castedo ni la prosa fantástica de Neruda.

Uno es hijo de las circunstancias más que de sus padres. Y parafraseando al filósofo español Julián Marías, la nacionalidad se lleva en la suela de los zapatos.

Ello lo constaté en Moscú, ciudad a la que arribé por vía aérea en una nave de la Cruz Roja Internacional en el ya frío mes de octubre, en plena celebración (modesta y sencilla por motivos obvios) de un aniversario más de la revolución bolchevique que sacó a los zares del palacio imperial. En esos días, las tropas de la *wehrmacht* se aprestaban a cercar Stalingrado, la ciudad heroica, en un vano intento de apropiarse por la fuerza de las armas de los campos petrolíferos situados al oriente de esa metrópolis. Sin aquellos pozos de oro negro, la maquinaria bélica nazi podría detenerse por inanición.

Los diplomáticos franceses y belgas fuimos instalados en un edificio de tres pisos cercano al Kremlin, a dos cuerdas de la Plaza Roja. A veinte metros de ese domicilio se hallaba el ingreso a un refugio subterráneo para capear posibles bombardeos de la *Luftwaffe* alemana. Nuestra “instrucción” diplomática, así como las coordinaciones con colegas de otras nacionalidades, se efectuarían en una especie de *bunker* que Stalin ordenó construir bajo el mismo Kremlin.

En esas atractivas sesiones pedagógicas compartí banco con dos soviéticos, miembros importantes del partido comunista en Moscú y futuros dirigentes del *Kommintern* ruso. Uno de ellos, Nikita Sergeievich Krushev, nos abandonaría pronto ya que Stalin le nombraría jefe de la resistencia de Stalingrado. El otro, Andrei Marolovski, se transformó en uno de los pocos amigos verdaderos que he tenido en mi azarosa existencia. Con él conocí los recovecos moscovitas, sus tabernas, museos y prostíbulos, pero también aprendí artilugios, claves y mecánica de la mortal labor del espionaje diplomático.

Logré destacar nítidamente de mis colegas en esas clases “especiales” dictadas por severos dirigentes soviéticos, ya que poseía un bagaje cultural mayor al del resto y dominaba perfectamente varios idiomas –alemán, español y francés- además de la lengua rusa que se nos enseñaba tres horas cada día. Por otra parte, la experiencia vivida en la Alemania nazi y en la guerra civil española, así como el trabajo realizado con la *Resistance* parisina, me otorgaba un plus definitivo sobre mis condiscípulos y llamaban la atención de los instructores.

Poco a poco, clase tras clase, fui distanciándome positivamente del grupo e integrándome a una nueva comunidad, a aquella que estaba conformada por los principales agentes de la *KGB* soviética, el servicio de inteligencia más importante de Europa oriental... y el menos pacífico.

Andrei Marolovski fue pieza fundamental para mi inserción en la “oficina de asuntos alemanes”, donde colaboré en la traducción de mensajes cifrados que los nazis enviaban desde Berlín a sus generales en el frente ruso. Krushev, días antes de partir a Stalingrado, me solicitó redactar el perfil psicológico de Hermann Goering basándose en mis capacidades profesionales tanto como en el conocimiento que tenía de él gracias a la cercanía que permiten los lazos sanguíneos. “Hazlo tan bien como puedas”, me sugirió Marolovski. Los rusos poseían un acertado conocimiento del cuadro mental de mi tío, y yo lo sabía. Por eso me preocupé de agregar en mi informe algunas situaciones y opiniones que la *KGB* ignoraba. Demoré tres días en redactar el documento y lo entregué –sin copias- directamente a Krushev. Obtuve un amplio y satisfactorio reconocimiento por mi trabajo, pero no hubo felicitaciones porque los soviéticos optan por evitar tales “demostraciones infantiles” que sólo logran aportes innecesarios a un personalismo que ellos dicen detestar, pero que en la cruda realidad practican casi con religiosa fe.

Sorpresivamente, cuatro meses después de haber arribado a Moscú desde París, recibí una orden directa de Raoul Ezquerra mediante la cual quedaba yo a disposición de la Inteligencia Soviética. El responsable de esta medida fue Marolovski, pues le comunicó al empresario francés cuáles eran mis éxitos, posibilidades y futuro. Sin titubear, Raoul me puso en manos de la *KGB* y fui sorprendido por emociones encontradas al presentarme a la entrevista con el subdirector de esa central en una amplia y custodiada oficina del Kremlin. Apenas traspuse la gruesa puerta para pisar la muelle alfombra color sangre que engalanaba el despacho, los brazos de Andrei Marolovski me estrecharon con fuerza viril dándome la bienvenida al Servicio de Contraespionaje que él dirigía.

-¡Mi querido “*tovarich*” (*camarada), Ruddy Bernard! –con ese apelativo me conocían en Moscú, ya que Krushev, festivamente, juntó mi nombre de pila con el mote clandestino que usé en la *Resistance*- ¿Es tu primera visita a las oficinas de nuestra ‘central’? ¿Sí? Te aseguro que no será la última.

Mi compañero de instrucción diplomática era alguien distinto al que diariamente me acompañaba en las aulas; su mirada y su porte mostraban un cambio ostensible, pues ahora poseía seguridad, confianza y autoridad en cada movimiento. Su nivel de información también había aumentado misteriosamente. Conocía todo lo necesario respecto de mi situación e historia personal, confundiéndome de inmediato con sus primeras palabras.

- ¿Extrañado? ¿Sorprendido? –fue la última vez que observé una sonrisa en sus labios- Llevas muchos años en este trabajo y nada de lo que ocurra en él debería asombrarte. Cuando un agente tiene a su familia lejos del terreno conflictivo, a salvo de cualquier incidente, significa que ha hecho lo correcto y posee tranquilidad para operar. Tu esposa, ¿se llama Françoise Blanchart, no?, vive felizmente en Sudamérica, donde espera dar a luz tu primer hijo el mes próximo. Eres un tipo inteligente, Ruddy. Supiste estructurar un excelente camino para el momento que los tiempos te sean difíciles y, además, escogiste con acierto el país que te podrá servir de escondrijo. Chile está al lado de la Antártica, lejos de las matanzas y asaltos nazis.

Fue aquella la solitaria mención a mi vida privada que escuché durante los largos años de mi estadía en la *KGB*. Mi amigo Andrei trasladó a un departamento de propiedad de esa ‘central’ las pertenencias que traje desde París, ubicado en el tercer piso de un edificio que alzaba su mole grisácea en un barrio obrero de las afueras de Moscú. Mi instrucción en la “academia” soviética había terminado.

Mi oficina de trabajo era un pequeño despacho sito entre otros muchos cuartos del edificio principal de la *KGB*, el que compartí con un mastodonte ucraniano de nombre Marto Grasgonar –falso, por cierto- y de una atractiva rubia conocida simplemente como Analyne. Ambos hablaban inglés a la perfección, pero desconocían los idiomas que eran mi fuerte.

Sentado en ese incómodo escritorio trabajé durante un año y medio, traduciendo documentos, escribiéndolos en tres idiomas, realizando estudios de perfiles psicológicos de diversos personajes –tanto alemanes como rusos e ingleses- e indagando las historias personales de líderes occidentales que de acuerdo a la ‘central’ podrían transformarse en dirigentes esenciales en sus respectivas naciones.

En esos afanes me encontraba el año 1943 cuando se nos informó que la heroica ciudad de Stalingrado había triunfado en la increíble lucha sostenida contra las tropas alemanas. La derrota de la *wermacht* en los helados campos del río Volga dejó a Hitler sin el petróleo de Asia y abrió el apetito de Stalin para avanzar con su Ejército Rojo hasta Berlín, conquistando a su paso los países vecinos. Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumania serían integradas a viva fuerza a los dominios comunistas soviéticos. Era el comienzo de la agonía para el *Führer* y el inicio de una nueva época de tensiones político-militares entre el Este y el Oeste, conocido como “la guerra fría”.

El histórico desembarco aliado en las playas de Normandía coincidió con el triunfo de las divisiones de tanques soviéticos en las llanuras polacas. Los ejércitos del *Führer* se retiraban en franca derrota, desorganizadamente y con los ojos puestos en su propia patria donde darían la batalla final.

A fines del año 1944, los aliados occidentales –Estados Unidos, Inglaterra y Francia– empujaron a las tropas nazis hacia el centro de Europa, mientras desde el costado oriental los rusos trepaban exitosamente hacia los campos berlineses. Era una carrera trascendente, ya que el primero en apoderarse de la capital germana tendría mejores derechos para reclamar la administración de los territorios liberados.

Fue entonces que la diplomacia alcanzó el máximo nivel de importancia en las tratativas.

Analynne y yo fuimos enviados por el gobierno soviético a la ciudad belga de Bruselas, donde se efectuarían las primeras reuniones de los representantes aliados para definir los límites del acuerdo que deberían alcanzar en Yalta, situada en la península de Crimea, los jefes de estado Roosevelt, Stalin y Churchill el año entrante.

Mis credenciales me señalaban como “diplomático del gobierno francés en el exilio”, con el nombre de Ruddy Bernard D’Ivry. En tanto, mi rubia acompañante viajaba con documentos que la nominaban “Directora del Servicio Jurídico Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS”, lo que por supuesto era una simple máscara que pretendía ocultar su verdadera misión: espiar e informar. Tan obvia era su labor, que no encontró ambages para recordármela en el vuelo a Bélgica.

- No olvides, camarada, que tu verdadera lealtad está anclada en la Unión Soviética.
- ¿Y qué pretendes que haga con los millones de franceses a los que represento?
- ¿Millones de franceses? –la rubia sonrió con peligrosa hermosura– No sabía que el partido comunista galo tuviera tantos militantes. Bueno, de todos modos ellos son solamente un brazo más del PCUS (*Partido Comunista de la Unión Soviética).

¡Fuerte y claro! Ya lo sospechaba. Trabajaría para la URSS y para los comunistas de Raoul Ezquerria, lo que a fin de cuentas significaba tener un único amo: Moscú.

Las sesiones de trabajo en Bruselas fueron múltiples, elegantes y latosas. Se avanzaba con lentitud en cada artículo, en cada párrafo, con elevadas discusiones que demoraban tanto como el avance de los aliados hacia el centro de Alemania.

Largos y fríos meses estuve atareado con las labores que me solicitaban desde la *KGB*, cual de ellas menos sofisticada, aunque debo reconocer que mi trabajo fue espléndido ya que Andrei me ordenó asesorar a los líderes comunistas franceses que estaban en tratativas con los ayudantes del general De Gaulle en París para estructurar un gobierno transitorio.

Analynne, cual perro cancerbero, viajó conmigo a la ciudad luz, encantada –según expresó- de poder conocer personalmente “el corazón de la burguesía”. En la Estación Central parisina fuimos recibidos por una contentísima Olga Schmider que se había encargado de llevar a una docena de agentes comunistas para tributarnos una bienvenida cálida y agradecida.

- ¿Tuvieron buen viaje? –preguntó la esposa de Ezquerria.
- Cambiamos seis veces de tren y ocho veces de línea –farfullé.
- Estamos trabajando en la reparación de los rieles destrozados por bombardeos, pero al menos está la posibilidad de trasladarse sin peligro –concluyó Olga.

Fuimos alojados en el Hotel Splendid, temporalmente, ya que Raoul se encontraba a cargo de la refacción completa del antiguo apartamento de Françoise, que había sido utilizado por la *Resistance* como albergue de comunistas perseguidos por los alemanes durante la ocupación.

- ¿Te acuerdas de aquel soldado nazi que te reconoció junto al paradero de buses? –preguntó Olga- “Menta” lo eliminó dos meses más tarde. Lo siguió hasta un bar y en la madrugada, una vez que el sargento dejó el local, se ofreció como compañía sexual. En la cama le rebanó la garganta con un bisturí.

- ¿Dónde están ahora esos tres amigos?
- Shark regresó con sus antiguos jefes en Marsella; “Menta” trabaja ahora en el Ministerio del Interior, y “Carioca” se marchó a su país natal, Brasil. Creo que instaló una librería en Porto Alegre, aunque no estoy segura.

Esa respuesta importaba un indicio claro del abandono de armas de los comunistas franceses y su intento de insertarse en la nueva legalidad política, amparados por el enorme prestigio que lograron durante la ocupación nazi luchando desde las sombras contra los detestados invasores. Mis análisis anteriores estaban errados, pues creí que la gente de

Raoul Ezquerro, organizada eficientemente en una estructura envidiada por cualquier movimiento político, exigiría –armas en mano- encabezar el gobierno galo. Y nadie se habría extrañado en Francia. Cuando el triunfante general De Gaulle, instalado en el Elíseo, llamó a sus compatriotas a unir cohesiones en honor a la inmortal tierra de Voltaire, explicitó también la conveniencia de contar con fuerzas armadas dueñas absolutas de todo el arsenal de armas existente en la nación. Los comunistas fueron los primeros en dar cumplimiento al deseo del general. ¿Órdenes de Stalin que no quería obstáculos ‘menores’ enturbiando su ambición territorial, manifestada después en el dominio absoluto sobre los países aledaños a la Unión Soviética? La reunión en Yalta de los jefes de estado ganadores de la guerra reafirmaría mi sospecha.

* * *

UN ESPÍA QUE TIEMBLA

El 30 de abril de 1945, Adolf Hitler se suicidó en su *bunker* de la Cancillería junto a su flamante esposa Eva Braun mientras las tropas soviéticas rodeaban Berlín.

Cuarenta y ocho horas después, el 02 de mayo, los soldados del Ejército Rojo se apoderaron de la capital alemana, adelantándose en breves días a la llegada de las fuerzas estadounidenses e inglesas.

La Segunda Guerra Mundial, en territorios europeo y africano, había terminado. Japón se rendiría incondicionalmente a los norteamericanos el 2 de septiembre, una vez que las ciudades de Hiroshima y Nagasaki desaparecieron del mapa con el estallido de las bombas atómicas lanzadas por el “Tío Sam”. El emperador Hirohito renunciaría a su carácter divino y Japón adquiriría un régimen basado en la monarquía democrática al estilo occidental, rompiendo el rígido código *bushido* causando consternación en la ciudadanía y, más horror aún, provocando suicidios en masa.

En la extensión de esa terrible conflagración bélica que fue la Segunda Guerra Mundial, murieron dieciséis millones de militares y treinta millones de civiles inocentes. A ellos se sumaba el millón de muertos de la guerra civil española.

¡El mundo y yo estábamos hartos de asesinatos y masacres!

Por ello consideré que la planificación de la *KGB* representaba en gran medida un serio intento por equilibrar de tal manera las fuerzas de las naciones vencedoras, que ninguna de ellas lograría un desarrollo bélico desmesurado en comparación al de otros países industrializados, con lo que sería altamente improbable repetir las idioteces cometidas –y aceptadas, según fuese el caso- por los líderes de las naciones poderosas que permitieron el crecimiento de un tirano enloquecido como Hitler.

Estaba convencido que el mundo se mecía en el fiel de una enorme balanza y así debería seguir siempre, pues si una nación lograba desequilibrar esa igualdad el planeta sufriría el aherrojamiento a manos de un solo país, de una raza, de una ideología.

Afiné un largo análisis sobre estos puntos y lo envié en clave a Marolovski recibiendo de vuelta una misión que erizó mi piel. Formaría parte de los equipos profesionales que asesorarían a los abogados acusadores, los fiscales, que con la legislación internacional de su parte lucharían por juzgar y condenar a los criminales nazis. En breves palabras, tuve que viajar a Nüremberg. Regresaba a mi patria, pero esta vez lo hacía como representante de Francia... ¿o de Moscú?

En el vertiginoso trajín de esos días una carta me devolvió a la realidad personal. Analyne me la entregó en el apartamento como si se tratara de un premio a mi actuación de ‘agente diplomático’ soviético. Estaba fechada en Santiago de Chile y había sido escrita cuatro meses atrás. En ella, Françoise se quejaba por mi largo silencio y describía la hermosura de nuestra hija, que bautizó con el nombre de Marianne D’Ivry Blanchart, omitiendo el apellido von Hayek para evitarme posibles desaguisados. Se sentía feliz por avanzar rápidamente en el conocimiento de la lengua castellana. Me reiteraba su amor e informaba además que Leopoldo Castedo le había conseguido empleo con remuneración digna en una importante tienda de vestuario, propiedad de un matrimonio belga, donde trabajaba como secretaria contable. Parte importante de su sueldo lo gastaba en el arriendo de una casita sencilla y en el pago de la nana que se ocupaba de nuestra hijita. “¿Crees que puedas venir a vernos?” y “¿existe alguna forma mediante la cual me envíes dinero?”, eran las preguntas ansiosas del final de la esquila. Una vez más, Raoul me ayudó en la solución de uno de esos problemas. A través de la buena disposición de un banquero marsellés, amigo de Olga, mi esposa pudo recibir una considerable suma de dinero que, para ser sincero, no me pertenecía, pues fueron los comunistas quienes colocaron billetes americanos en una encomienda que también contenía vestuario de bebé y que enviaron a la Embajada de Francia en Santiago de Chile.

Desahogado de mis responsabilidades con Françoise y mi hija, regresé a Alemania con escolta militar norteamericana, luego de cuatro años de involuntaria ausencia. Conmigo, como siempre, viajaron Analynne y Marto Grasgonar –el mastodonte ucraniano de la *KGB*- con el encargo de “proteger” mi trabajo. Encapsulado en medio de las exigencias soviéticas, las instrucciones comunistas de Francia, la vigilancia militar norteamericana, el celoso cuidado de mis cancerberos y los requiebros de mis propias debilidades, arribé por fin a Nüremberg en las orillas del río Pegnitz, ciudad devastada por los bombardeos aliados. Allí me esperaba una nueva y desagradable sorpresa.

Hermann Goering, uno de los principales cabecillas de la pandilla nazi, permanecía recluido en calabozos especiales a la espera de un juicio internacional. Estaba acusado de una multiplicidad de crímenes, cuya autoría negaba sistemáticamente adosando la responsabilidad de lo acaecido en Europa durante la guerra –y antes de ella- únicamente a la furiosa negativa de Inglaterra y Francia por suspender los pagos de una deuda que países vencedores en la Primera Guerra exigían a Alemania.. Sus abogados defensores se enteraron de mi presencia en Nüremberg e insinuaron a mi tío que solicitase una audiencia conmigo. Me negué violentamente, ya que si algo no deseaba era enfrentarme con él una vez más. Le temía, y mucho. Pero, los fiscales americanos presionaron para que esa audiencia se realizara ya que, quizás, a través de ella podrían obtener ciertos datos y confirmaciones que durante las sesiones del juicio les habían sido esquivos.

Nos entrevistamos finalmente en un cuarto exageradamente protegido. La sala era estrecha e insinuaba estar dentro de un habitáculo de tanque. Las paredes mostraban gruesos acolchados y no existía instalación de enchufes. Sin ventanas, el cuarto asfixiaba. En la puerta, cuatro soldados franceses vigilaban con las armas dispuestas a ser usadas si el caso lo requería. Una mesa metálica empotrada al piso servía para la conversación, aunque faltaba lo esencial para cualquier diálogo: privacidad. “Habla en alemán, dijo Hermann, estos franceses no lo practican ni entienden”. ¿En qué otro idioma íbamos a conversar si yo no sabía inglés, ni él tampoco?

Le noté enflaquecido y con algunas canas poblándole las sienes. Conservaba su tradicional uniforme de Mariscal de Campo, impecablemente planchado y con la Cruz de Hierro abrochada a su pechera. Mantenía el carácter altivo, soberbio y autoritario que le distinguió durante más de un decenio.

- El 9 de mayo me entregué a las tropas inglesas porque nada tengo que temer. He actuado en nombre del más alto honor de mi país, y ello merecería la admiración de mis enemigos. ¿Vienes tú como uno de ellos, o como mi único sobrino?

- Vengo porque lo solicitaste. No se me ocurre de qué manera podría serte útil mi comparecencia.

- Tengo entendido que trabajas ahora para los soviéticos bajo el ridículo nombre de D'Ivry –dijo Goering con parsimonia, sonriendo al notar la expresión de asombro en mi rostro- Te has convertido en un diplomático que espía para los comunistas, ¿verdad? No devanes tus sesos intentando averiguar cómo y por qué lo sé. El Partido sigue vivo, Rudolf. Y continuará existiendo más allá de los siglos. El ejemplo de mi *Führer* y de quienes hicieron de Alemania una nación respetada y temida, seguirá brillando por mucho tiempo. Nuestra gente no ha terminado su labor, sigue trabajando en lo que es necesario, ya sea aquí en Europa o en cualquier otro continente. Nadie ha encontrado la fórmula mágica para fusilar ideas.

- No es el momento ni el lugar para debatir esos asuntos –apunté.

- Voy a morir, sobrino. Me colgarán de una soga para deleitar a los millones de judíos que esperan ver en nuestros cadáveres la muerte de Alemania. Pero no es eso lo que me interesa hoy.

Desvarió luego por senderos nostálgicos recordando las ocasiones memorables vividas junto a Hitler desde el *putsch* de la cervecería en Munich, hasta la aciaga tarde que debió entregarse a las tropas aliadas. Le enorgullecía haber dirigido la *Luftwaffe* y ser el responsable de los bombardeos a Londres. Habló de la grandeza que Alemania pudo haber alcanzado si no existiesen mercenarios que vendieron la patria al dinero *yanqui*, lo cual era igual a decir “cochino dinero judío”. Mencionó los notables avances tecnológicos y científicos alcanzados durante el Tercer Reich, especialmente aquellos referidos a las bombas V1 y V2 fabricadas en Peenemunde bajo la dirección de Werner Von Braun. Recién, en ese punto, hizo un alto. Clavó sus pupilas en mis ojos y mostró los dedos de su mano. Ellos, prestamente, señalaban una especie de clave. Un número que se repetía. Primero el cuatro, luego el nueve... y así sucesivamente. Lo hizo cinco veces, hasta enterarse que yo entendía que me estaba entregando un número telefónico. Pestañeeé nervioso e incliné la cabeza levemente indicándole que había memorizado los guarismos. Entonces, se puso de pie alertando a los soldados que dieron algunos pasos al interior del cuarto. Me abrazó en emocionada despedida, y junto a mi oído susurró un nombre. Elke. Sólo eso...y se marchó acompañado de sus celadores.

En el amplio despacho de la fiscalía, dos abogados ingleses me invitaron a beber té, pero nada preguntaron respecto de la entrevista con Goering. No era necesario. La habían escuchado a través de micrófonos instalados en las esquinas del cuartucho donde me reuní

con mi tío. Sin embargo, nada sabían del número telefónico ni tampoco lograron oír el susurro final. Lo comprobé leyendo las notas que tomaron durante la entrevista, ya que me permitieron revisarlas para tener la certeza que nada se les había escapado, salvo el no haber filmado aquel encuentro.

Esa misma noche, a escondidas de mis cancerberos rusos, me uní a un grupo de abogados franco-canadienses y les acompañé a visitar uno de los escasos lugares de entretención permitidos por las tropas aliadas. Era un antro, pese a los esfuerzos realizados por su administrador que se esmeraba en darle al local cierto aire de boîte parisina. Como en todo lugar de Nüremberg, soldados americanos, franceses e ingleses custodiaban la tranquilidad de los fiscales tanto como la de su propia gente.

Al llegar la madrugada y mientras las copas de licor empezaban a escasear en las mesas de los ilustres parroquianos, me allegué al único teléfono público que se hallaba en el rincón cercano a la barra. Disqué el número entregado secretamente por Goering e inspiré una bocanada de aire a la espera de recibir contestación. Una voz soñolienta contestó con desgano al otro lado de la línea. Era Elke. Casi susurrando le conté de mi entrevista con el Mariscal de Campo en la cárcel que los ingleses tenían implementada para los jerarcas nazis. Ella hizo sólo una pregunta.

- ¿Cómo se apellidaban los padres de la vecina que encandiló a tu abuelo?
- Von Platten –respondí.
- Pasado mañana, a la hora del almuerzo, concurre al restaurante de la calle Frederickstrasse, frente a la plaza de las dos fuentes. Ocupa la cuarta mesa de izquierda a derecha. Alguien te preguntará por un plato de comida española. Ese es el contacto. Buenas noches.

No había duda que los nazis seguían operando aún luego de la derrota. Los quince años en el poder les permitieron hilar una estupenda red de contactos y protecciones que era útil a la hora del peligro. Goering era consciente que mi principal debilidad la constituía el carácter pusilánime y cobarde que él conoció desde siempre en mí. Estaba seguro de poder utilizarme en el momento adecuado, pues sabía de mi intransable temor a la autoridad, más aún si esta provenía de alguien cercano a mi sangre y a mi país.

Yo conocía la maldad nazi más de cerca que cualquiera. La había experimentado en carne propia y estaba enterado de cuán sanguinaria podía ser. Las tropas aliadas occidentales eran ahora las dueñas del territorio, pero no de las ideas ni del espíritu alemán. Muchos jerarcas del Partido Nacionalsocialista, como también miles de sus

partidarios más férreos, habían logrado escapar de las garras enemigas y deambulaban por múltiples sitios de Europa o de otro continente. Uno de los asistentes del general Eisenhower -cabeza principal de las tropas aliadas- había comentado días antes que preocupaba al alto mando norteamericano detectar rápidamente la ubicación, o el destino, del “tesoro nazi” que sólo Hitler y algunos pocos de sus principales colaboradores administraban. Ese mentado ‘tesoro’ nunca fue hallado. Se sabía de su existencia, y se calculaba en miles de millones de dólares, pero se esfumó con la velocidad y el secreto que sólo los nazis sabían imprimir a decisiones de alta importancia.

Los soviéticos, en cambio, mostraban interés en un tesoro diferente. Querían atrapar a los más conspicuos científicos germanos, aquellos que tomaron parte en la fabricación de tecnologías bélicas, para trasladarlos a Rusia e insertarlos en programas específicamente audaces. Moscú necesitaba la inteligencia científica nazi para su propio desarrollo nuclear, más aún al enterarse que los Estados Unidos ya había conseguido el aporte –casi voluntario- de uno de los jefes de Peenemunde, el doctor Werner Von Braun, creador del sistema de propulsión de las bombas V1 y V2, que se entregó a las fuerzas norteamericanas a las pocas horas de la llegada del general Bradley a territorio alemán. Von Braun, junto a distinguidos científicos italianos capturados meses antes por las tropas americanas, fue trasladado en alas del sigilo a un estado del medio oeste norteamericano, donde le esperaba una fructífera labor científica que redundaría en éxitos sin precedentes para Washington, años más tarde, en la carrera espacial.

Los jerarcas nazis, tanto los que se encontraban tras las rejas como aquellos que seguían circulando libremente por el mundo, consideraban un acto de extrema traición a la causa del Eje el aporte que antiguos fascistas y miembros del nacionalsocialismo efectuaban en beneficio de los odiados sajones. La suma de sus análisis les indicaba que era imperioso equilibrar la balanza para impedir que el judaísmo internacional –instalado en la costa este norteamericana- se adueñase del planeta.

Hermann Goering, aún encarcelado, seguía siendo el máximo representante del nazismo, y desde el cómodo calabozo donde lo habían encerrado los ingleses y americanos, continuaba dictando órdenes e impartiendo instrucciones que ningún alemán seguidor de Hitler osaría discutir.

Mi temor a la ‘inteligencia’ aliada era menor que el terror a los nazis. Concurrí al restaurante que me señaló la desconocida Elke y me instalé en la cuarta mesa. Un sujeto, de edad indefinida, se aproximó a mi lugar e hizo la pregunta acordada.

- ¿Usted sabe si en este lugar el menú ofrece gazpacho?
- Lo dudo –contesté nerviosamente- el gazpacho es un plato típico de España.

El hombre dejó caer un papelillo sobre la mesa y se marchó. Lo leí con premura. Estaba escrito en castellano, lo que de por sí era una sorpresa.

La iglesia de la Divina Asunción tiene misa y confesionarios abiertos esta tarde. Un buen católico puede confesarse en el primero de ellos, hoy día a las 19:30 horas. Queme este papel y disfrute su almuerzo.

Regresé a la oficina empapado en mis propios miedos. Sentía la cuchilla nazi posada en mi cuello una vez más. Me arrepentí de haber declinado la oferta de Pablo Neruda para viajar en el “Winnipeg” acompañando a los exiliados españoles. Ahora estaría disfrutando de la paz y la tranquilidad junto a mi adorada Françoise en el lejano y misterioso Santiago de Chile, ausente de los melodramas que se desglosaban de la lucha aún incompleta por la férula del mundo.

Los temores cobraron formas intangibles al enterarme que Hermann Goering se había suicidado en su celda ese día. ¡Suicidarse en un lugar donde cientos de ojos y de armas vigilaban cada paso y cada suspiro! Obviamente, alguien debió entregar a Goering la información precisa, la noticia última que le hizo tomar tan drástica decisión, aunque el juicio al que estaba sometido iba a terminar, seguramente, en una condena a muerte. Ello significaba que otros jerarcas nazis y muchos de sus cuadros operativos se encontraban fuera de peligro, instalados Dios sabe dónde, dispuestos a recomenzar la lucha, lo que hacía innecesaria la defensa judicial de Goering y, por el contrario, peligrosas sus futuras declaraciones cuando el tiempo transcurriera y sus ánimos de soberbia decayesen.

La muerte de Goering por propia mano terminaba con las posibles aprensiones de los jerarcas fugitivos. ¿Cuáles podrían ser esos temores? ¿Qué delicado asunto era imprescindible esconder? Debía tratarse de algo grande, por cierto, para que mi tío hubiese tomado la trágica decisión de autoeliminarse evitando futuros interrogatorios que pusiesen en jaque el secreto nazi más importante. Ilusamente, pensé que mi participación en el cumplimiento de los deseos de Goering bien podía ser el toque final de esta inacabable sinfonía aria iniciada el año 1930.

Analynne interrumpió mis devaneos con una información que ahondó las preocupaciones.

Andrei quería que ella y Marto regresasen a Moscú tan pronto como hubiese un par de asientos vacantes en el vuelo de alguno de los aviones militares rusos que hacían la travesía Moscú-Berlín. La orden era contundente. La rubia y el mastodonte ucraniano debían procurar no llamar la atención con exigencias de plazas en esos vuelos utilizando las credenciales diplomáticas. Se exigía silencio, cautela y humildad.

- Me parece poco atinado –manifesté- Es extraño que dos diplomáticos soviéticos viajen en aviones del Ejército Rojo escondiendo su calidad de tales. ¿Tienes alguna idea del por qué?
- Nada claro, salvo sospechas –musitó ella bajando la vista y suspirando en forma entrecortada; alzó la cara y fijó sus ojos en los míos solicitando la solidaridad de un compañero de aventuras- Al parecer, y sólo al parecer, el camarada Stalin enfrenta dificultades serias en el Kremlin y en el ejército. Con Marto hemos indagado ciertos movimientos contrarrevolucionarios en algunas unidades militares soviéticas acantonadas en Berlín, las que se hacen eco de proclamas antipatriotas emanadas de soldados y oficialidad soviética instaladas en Yugoslavia. Todos ellos se oponen tenazmente a que Moscú se apodere de países aledaños, pues en esa acción creen observar un próximo enfrentamiento con Occidente.
- ¿Y qué es lo que tú temes, Analynne?
- Una nueva purga al interior del Partido –musitó con convicción- Una feroz faena de ‘limpieza’ que hará rodar cabezas importantes. ¿Te acuerdas del camarada Krushev? Se le considera un héroe en Rusia luego de su apoteósica acción en la defensa de Stalingrado. Mi información lo sindicaba como uno de los posibles cabecillas de la contrarrevolución, pero...
- ¿Pero, qué?
- Ha sido designado por Stalin para llevar a cabo la purga que eliminará a decenas, quizás cientos, de camaradas. Temo que Krushev haya sido precisamente el causante de las protestas con el único objetivo de desenmascarar potenciales adversarios en su camino al poder, una vez que Stalin muera.
- Sigo sin entender qué es lo que en realidad te preocupa.
- Andrei se encuentra entre los contrarrevolucionarios –Analynne largó por fin el lastre de sus aprensiones- Me llama a su lado para que yo cambie, allá en Moscú, el tenor y el fondo de mis investigaciones. Si viajo a la patria, soy mujer muerta. La

sección de la *KGB* que maneja Marolovski intentará eliminarme junto con mi informe -la rubia mostró sus ojos llorosos suplicándome ayuda- y si lo hago, es decir, si cambio mi documento, será la *KGB* de Krushev quien me asesine. Estoy en medio de una lucha despiadada por el poder, y fui yo misma quien la desencadenó. Cabizbajo, guardé silencio durante unos segundos. Quería ayudarla; deseaba hacerlo, no tanto por asuntos ideológicos como por la posibilidad de meterme en su cama. Llevaba semanas mirándole el cuerpo esbelto y la sonrisa atrayente. Era un imán que atrapaba mis deseos contenidos. No en vano despertaba cada madrugada con el demonio del sexo llamando a mi puerta. Eran muchos meses sin una mujer al lado y aquello no sólo molestaba, sino que dolía en el alma, en la carne y en la psiquis. Decidí jugarle el todo o nada.

- No tienes escapatoria, rubia. La única alternativa es la fuga. ¿Estarías dispuesta a desertar para salvar tu vida? –me observó sin asombro, parecía haberlo pensado antes- Si esa es tu decisión, creo que puedo ayudarte.
- ¿Con los americanos? –preguntó inquieta.
- Con los nazis –contesté- Ellos aún mantienen estructuras operativas funcionando en Europa y en otros continentes.

La atractiva mujer aceptó a regañadientes mi consejo y ayuda, pero manifestó que Marto Grasgonar –esbirro de Andrei Marolovski- no la dejaría libre ni a sol ni sombra. Podía ser una trampa para mí, mas eso me tenía sin cuidado ya que confiaba en la capacidad de la gente que secundó a mi fallecido tío Hermann, con la que esa misma noche tomaría contacto en una iglesia. Estaba jugando al doble espía y no manifestaba temores.

Horas más tarde, llegué al templo católico sorprendiéndome por la actividad humana existente en su interior. Decenas de fieles participaban en la misa de las 19:30 y la normalidad parecía ser el escenario habitual. El primer confesionario, cercano a la enorme puerta de ingreso, se hallaba sin pecadores. Con paso calmo, me allegué hasta el reclinatorio hincándome con actitud piadosa para recibir el sacramento. Una puertecilla fue corrida desde el interior y surgió una figura difusa cuya voz sonaba exactamente igual a la de miles de sacerdotes en situaciones similares.

- Ave María Purísima...
- Sin pecado concebida –respondí en sordina.
- ¿Qué te trae por la casa de Dios, hijo mío?

- Un amigo me aconsejó venir –contesté con recelo- Estaba almorzando y me orientó a llegar a este templo. Mis pecados son muchos....
- Y serán más, no lo dudes, pero la patria siempre está primero. ¿Ese amigo tuyo solicitó algo más?
- Quería saber si en aquel restaurante vendían gazpacho, un plato español...
- Tus pecados han sido perdonados, hijo –la voz subió levemente de tono- No abandones aún esta iglesia. Espera a que el sacerdote ofrezca la hostia y aprovechando el barullo que se arma entre los fieles deseosos de recibir la comunión, camina hacia la puerta lateral que mira a la figura del Sagrado Corazón. Al atravesarla, encontrarás un cuarto con dos pasillos. Toma el de tu derecha e ingresa a la habitación contigua. Espera allí. Elke hablará contigo.

¡Elke! La imaginaba hermosa y decidida, sin embargo topé con una dama entrada en años y en carne, aunque conservaba ciertos rasgos aristocráticos y una serenidad pasmosa. Me analizó de arriba abajo con mirada perspicaz, algo burlona pero manteniendo la mano derecha dentro de su bolso. Terminada la inspección, obviando los saludos de rigor, me interrogó sobre mi pasado, mis familiares y mis actividades en España, Alemania, Francia y Rusia con frases cortas, punzantes. Satisfecha con mis respuestas, me invitó a tomar asiento. Dos tipos surgieron de la nada colocándose uno de ellos a mis espaldas y otro frente a mi vista. “Antiguos miembros de la *Gestapo*”, pensé. Entonces, Elke atacó el tema que le interesaba.

- La lucha no ha terminado. Sólo cambia de escenario. Rusos y americanos se disputan ahora el dominio del mundo. Les ayudaremos a enfrentarse en un conflicto terminal. Se están disputando lo que ellos creen despojos del *Tercer Reich*, sin saber aún que esta situación ya estaba contemplada por nuestro insigne *Führer* que dejó claras instrucciones al respecto. Tu tío, el Mariscal de Campo Hermann Goering, ha sido un ejemplo de lucha para todos los alemanes bien nacidos. Espero que tú no le vayas en zaga. Deberás desertar de los *rojos* y pasar al bando americano, o al inglés, eso tú lo decidirás. Pero deberás hacerlo pronto, ojalá mañana mismo. Tu jefe francés, Raoul Ezquerra, puede ser el principal escollo, pero nosotros nos encargaremos de él. Tienes a tu esposa viviendo en Sudamérica, en un país que nos da ciertas mínimas garantías. Deberás radicarte allá junto a ella, pues tu misión específica es ayudar a algunos de nuestros líderes a rearmar el Partido en el austro del mundo. Muchos de los nuestros se hallan ya en Paraguay, Brasil y Argentina, pero esas naciones no ofrecen estabilidad política para hacer lo que debemos hacer.

En cambio, Chile, ya cuenta con una importante colonia alemana instalada allí desde fines del siglo pasado. Eso es todo. El resto de las instrucciones las recibirás cuando estés en Santiago.

- Pensé que esas repúblicas eran “pueblos de estiércol”- argumenté con debilidad.
- Son naciones pequeñas, aún débiles, pero tienen futuro para nosotros.

Comenté la conversación sostenida con Analyne, y Elke manifestó súbito interés en ella. Atrapar para sus inconfesables propósitos una agente soviética era mucho más de lo que había soñado. Se produjo una conversación entre la mujer alemana y los dos hombres, con voces bajas y cabezas unidas, hasta que la dama abandonó la habitación dejándome con los agentes de la *Gestapo* celando mis movimientos. Regresó media hora después. Se le notaba satisfecha. Confirmó la decisión nazi de convertirme en desertor –ojalá con los ingleses- y la gente del Partido ayudaría a la asustada Analyne en su fuga a occidente. “La llevaremos a Portugal”, afirmó Elke frotándose las manos. Esa misma madrugada los nazis sacarían a la rubia del apartamento que los soviéticos tenían habilitado para nosotros.

- ¿Qué harán con el problema llamado Marto Grasgonar? –pregunté casi inocentemente.
- ¿Grasgonar, el ucraniano de Morolovski? Es *kapput*....al igual que Ezquerria en París.

Regresé al calorillo del apartamento a las nueve de la noche, dispuesto a convencer a Analyne que se preparase para su huida temprana, aunque con enorme recelo respecto de su respuesta pues imaginaba que el pavor o el arrepentimiento podrían causar estragos en su ánimo. Obviamente, se amedrentó manifestando balbuceos y zigzagados que aumentaron violentamente a medianoche, cuando dos soldados de la Policía Militar americana golpearon a nuestra puerta para informarnos que el atlético Marto Grasgonar se encontraba mortalmente herido en una cama del hospital de campaña de los ingleses. Al parecer había sido víctima de un trágico asalto cometido por delincuentes que le birlaron sus documentos, dinero, abrigo y reloj. Le dispararon en medio del plexo solar y según el parte médico la muerte era inminente. Una patrulla canadiense le encontró tirado sobre su propia sangre en la esquina cercana a la iglesia donde asistí a ‘confesarme’. ¿Estaba siguiéndome y espionando mis movimientos? En fin, ya no tenía importancia. Si así fue, careció de tiempo para informar sobre mis actividades y el campo, para la rubia, se encontraba libre de amenazas. A los policías militares les dejamos tranquilos asegurándoles que iríamos temprano en la mañana a

visitar a Grasgonar e indagar mayores antecedentes respecto del asalto para comunicar a Paris y Moscú lo sucedido.

Analynne no durmió esa noche. Tampoco yo. Le ayudé a empacar sus cosas y propuse una despedida cálida, habida consideración que nunca más volveríamos a encontrarnos. Llenamos un par de copas con el vodka que nos quedaba y brindamos por tiempos mejores. La besé ansiosamente y ella respondió con nerviosa vehemencia. Hicimos el amor con los corazones palpitando por la angustia del instante y saciamos nuestra sed de compañía en escasas horas de placer.

A las cinco y media de la madrugada los nazis golpearon a nuestra puerta con sigilo. Elke y otro individuo de aspecto feroz esperaron el levantamiento del toque de queda con nosotros. Con las primeras claridades del día se marcharon llevando a Analynne en medio, protegiéndola de sus propias vacilaciones. No supe de la hermosa rubia hasta muchos años después, cuando tuve la sorpresa de toparme con ella una calurosa mañana en Río de Janeiro.

Al momento de abandonar el departamento, Elke insistió en que yo debía desertar a la brevedad, pues mi labor de espionaje en las filas soviéticas era innecesaria ya que Analynne les proporcionaría mayor información que aquella posible de ser conocida por mí.

- Nos interesa la actual actividad inglesa –reiteró- Pero de mayor importancia es tu trabajo en Chile, eso ya lo deberías tener prístinamente claro.
- ¿Han pensado en todo, verdad? –ironicé- Sin embargo, no me has dado un nombre, una dirección, para establecer contacto en Chile. Por si lo has olvidado, si bien mi esposa lleva años viviendo en esa nación, ella no es miembro del partido y ni siquiera es alemana, por lo que mal podría tener relaciones amistosas con nuestros compatriotas.
- Hans Horowitz –respondió la mujer- Es odontólogo en una ciudad llamada Temuco. Él ya sabe de tu existencia y estará esperando tu llamado o tu visita.

Las sombras de la tarde caían sobre Nüremberg cuando abordé el tren con destino a Bonn dejando inconclusas mis labores de asesoría en el tribunal internacional. Allí, en la zona administrada por la Real Fuerza Aérea de Inglaterra, me enteré una semana después que Raoul Ezquerra y Olga Schmider habían sido asesinados a tiros en una emboscada cuando abandonaban su casa para dirigirse a la fábrica.

Ello me señaló que las SS continuaban vivas y activas, cobrando venganza tardíamente.

EL ‘VIAJERO’ ESPÍA EN CHILE PARA LOS INGLESES

Ocho meses estuve detenido en las instalaciones británicas en Bonn. Durante ese tiempo conocí todos los métodos de entrevista e interrogación posibles. Desde la conversación amena junto a tazas de té, hasta golpes y aplicaciones de corriente eléctrica en mis muñecas, pasando por la ingesta de píldoras y brebajes que supuestamente inducen a responder sólo con la verdad.

No creo necesario decir que mi cobardía permitió a los ingleses disponer rápidamente de la historia personal de von Hayek, hasta el último detalle, pues nunca pude ni supe enfrentar el dolor físico.

Sin embargo, ya que el miedo a las represalias nazis que tan bien conocía era superior al terror de las torturas inglesas, omití siempre la información entregada por Elke y nada dije respecto de los intentos nacionalsocialistas por sentar nuevas bases en algunos pobres y olvidados países sudamericanos.

Fue ese el único secreto que logré guardar durante mi aciaga estadía en Bonn con motivo de mi fuga desertora.

No bien me presenté ante uno de los oficiales del Servicio de Inteligencia Militar de Su Majestad y manifesté mi deseo de desertar de los aparatajes franceses dominados por Moscú, fui aislado en una casona de los suburbios de Bonn y encerrado en el sótano del inmueble, donde soporté cien interrogatorios efectuados por agentes cuyos rostros cambiaban cada tres días.

Por fin, una tarde de noviembre del año 1946, se presentó en mi habitación el representante del Ministerio de Defensa inglés trayéndome una buena noticia. Mis antecedentes y mi historia habían sido confirmadas positivamente. El nuevo gobierno alemán –me refiero a la Alemania en manos occidentales, ya que la ‘otra’ se encontraba bajo jurisdicción soviética- reconocía que el castillo de Uberlingen y la extensa propiedad anexa habían pertenecido a mi familia, pero existía un documento oficial, firmado por mí ante el Mariscal de Campo Hermann Goering y el Fiscal del Ministerio de Justicia, que acreditaba el traspaso legal del inmueble al estado alemán.

- El gobierno alemán actual –dijo el inglés- no se caracteriza por métodos reñidos con la justicia ni la moral. Entendemos que usted cedió su heredad a los nazis presionado por su tío. Aún más, acicateado por defender lo único válido en aquella época, vale decir, mantenerse vivo. El comando de las fuerzas americanas e

inglesas ha recomendado al Ministerio de Justicia en Berlín Occidental efectuar un pago mínimo por esa donación obligada. Sin embargo, hay una condición inexcusable. Usted deberá abandonar territorio alemán.

- Me expulsan de mi propia patria –musité acongojado- ¿Dónde haré descansar mis huesos?
- No en Inglaterra, puede estar seguro de ello -respondió el *gentleman* sin emoción- Pero los americanos sienten menos asco por los ex –espías comunistas. De hecho, el coronel Cristopher Lewis, subjefe de la ‘inteligencia’ americana en Bonn, está interesado en su caso. ¿Aceptaría entrevistarse con él antes de abandonar Alemania? Yo recomendaría un gesto positivo de su parte, ya que su situación es extremadamente feble, ¿no le parece?

Sentí que las brumas de una vida maldecida por el azar y bautizada en el fuego de las odiosidades se cernían definitivamente sobre mis exiguas esperanzas, las que se extinguían al otear los años venideros. Una maleta, un puñado de dólares americanos conseguidos por la ‘amabilidad’ inglesa luego de la menguada venta de mi propiedad, un título universitario que de nada servía en Europa, un decenio de experiencia en el mundo diplomático de un continente en guerra y, por último, dominar cuatro idiomas, eran mis inútiles pertenencias para enfrentar la vida cuando me acercaba a los 36 años de existencia. En contra de tales virtudes, jugaban el fracaso, la cobardía y el escepticismo indolente, de la mano del rechazo explícito manifestado por los líderes de las naciones triunfadoras en el conflicto bélico.

Pero más fuerte y más dolorosa era mi propia conciencia que reconocía la incapacidad perenne por tomar decisiones y enfrentar la maldita vida con los dientes apretados, ajeno a los efectos nocivos que ella pudiese acarrear, o a los estragos que otros hubiesen de experimentar por mis acciones. Siempre traté de no herir a nadie ni enturbiar los planes de mi prójimo, pero ello jamás me consiguió logros ni tranquilidad, ni siquiera reconocimiento a mi gestión. Había entregado lo mejor de mis capacidades en beneficio de la felicidad ajena, sin que nadie hubiese dedicado un minuto de su día laboral para agradecer mis desvelos. Era el momento de cambiar, de girar el timón y enfrentar el vendaval con la certeza que más allá de los nubarrones un premio al esfuerzo y a la valentía esperaba al osado. Mirando fijamente los azules ojos del petimetre inglés que hundía su saña en mis cicatrices, tomé la decisión de izar el velamen y enfilarse la nave de mi vida hacia donde se me antojase, utilizando los métodos que me parecieran adecuados.

- Dígame al coronel Lewis que le espero en este sótano hoy día, antes que anochezca. Estoy cierto que ese militar americano, mucho más inteligente que los torpes agentes enviados por el gobierno de Churchill, aquilatará debidamente la proposición que haré a Washington.

Fue tan enfática mi afirmación que el británico quedó perplejo, confundido. No permití su recuperación, por lo que atacué nuevamente con voz burlesca y actitud segura.

- No soy imbécil, *mister*; sus jefaturas, al igual que el gobierno alemán, me han dejado oficialmente en libertad con la única condición de abandonar el país a la brevedad. Nada más tengo que informar a los ingleses, no así a los americanos. Con ellos haré un trato conveniente para todos, incluso para Londres. Cumpla con sus responsabilidades y avísele al coronel que estoy dispuesto a entrevistarme con él... pero ello tiene que ser hoy y aquí mismo. Esas son mis condiciones. Si ellas no se cumplen, me marcharé de Alemania mañana a primera hora y le aseguro que en pocas semanas usted será llamado de regreso a Londres para explicar un desaguizado que no podrá contar con ninguna argumentación.

¡Éxito absoluto! El inglés se marchó raudo hacia la zona donde se encontraban sus jefaturas, impartiendo órdenes precisas a mis guardianes a objeto que me permitieran bañarme, rasurarme y cambiar ropa, pues entendía que personas más importantes que él querrían escuchar de mis labios la declaración reciente. Luego de ocho meses de encierro y presiones, el trato varió y pude disfrutar de un baño largo y una comida decente. Incluso recibí un cigarrillo de manos del sargento Wilson, que deleité con parsimonia de *gourmet*.

A medianoche, tres soldados ingleses me subieron con amabilidad al vehículo militar en el que me transportaron al sector americano. Frente a la barrera custodiada por varios uniformados y un par de tanques, los británicos me hicieron descender del vehículo y caminar hacia la caseta de la guardia donde un oficial estadounidense me extendió su mano para darme la bienvenida.

- El coronel Cristopher Lewis le espera en la sala de oficiales –dijo en perfecto alemán- Tenga la bondad de acompañarme, capitán Von Hayek.

Lewis era un hombre extremadamente alto, con su cara orlada de pecas que brillaban bajo las luces de las lámparas. Poseía manos toscas, gruesas, de leñador o minero. Vestía el uniforme caqui de los americanos y de su cintura colgaba un grueso revólver que me hizo pensar en las películas de *cow boys* que alguna vez presencié en cines parisinos junto a Françoise. Le acompañaba un individuo vestido de civil, de gafas con

marco metálico y calvicie incipiente. Al presentarme les observé ojear expedientes sin mostrar mayor interés por mi llegada. Luego de minutos largos y silentes, el coronel levantó la vista y decidió romper la incómoda atmósfera de tensión.

- Intrigante vida es la suya, señor von Hayek –poseía una voz sonora y autoritaria, que sonaba cómica gracias al rudimentario alemán que manejaba- Nació en cuna de oro, en medio de la mejor aristocracia de la Selva Negra alemana, quedó huérfano a temprana edad y fue acogido por un pariente que ni el mismísimo demonio hubiese querido de familiar. Desafió a Hitler salvándole la vida a un profesor anti nazi, se transformó en diplomático del *Reich*, viajó a España en medio de la guerra civil, lo premiaron enviándole a Francia donde tomó contacto con el principal grupo operativo comunista que encabezó la resistencia a la ocupación alemana. Volvió a su tierra natal para asesinar a una docena de soldados de la *wehrmacht* y regresó a París para convertirse finalmente en espía soviético luego de haber participado como estudiante en la ‘academia’ de Marolovski y la *KGB*. Llega a Alemania, a Nüremberg específicamente, representando al ilegal gobierno comunista francés, se entrevista con su tío Hermann Goering poco antes que este se suicide, y de inmediato huye hacia Bonn para entregarse a los ingleses. Allí afirma que desea conversar conmigo pues tiene una información que interesaría a mi país. ¿Quién diablos es realmente usted, conde von Hayek, o Bernard D’Ivry, o capitán Hayek, o *tovarich* Ruddy Bernard? O mejor aún, ¿para quién trabaja? Londres, Madrid, París, Berlín y Moscú son territorios prohibidos para usted. Supongo que entiende por qué su presencia no me merece ninguna confianza ni compasión. ¿Cómo confiar en alguien que ha traicionado a cuatro naciones?
- No soy el ogro ni el traidor que pintan sus informes, coronel -traté de usar un vocabulario simple a objeto que el americano pudiese seguir la ilación de mi relato- Para quien, como usted, no vivió los aciagos años del nazismo dentro de Alemania, resulta incomprensible entender mi comportamiento.
- Ilumíneme usted, se lo ruego –apuntó el militar con una sonrisa irónica.

El *pizzicato* del clarín tocando la diana nos sorprendió enfrascados en profunda conversación. La noche se fue en rápida sucesión de preguntas e informaciones respecto de cómo se desarrollaba la vida de los ciudadanos alemanes durante el gobierno de Hitler. El coronel quiso desglosar algunos hechos puntuales, afortunadamente yo conocí muchos de ellos, e hizo énfasis en saber cómo era la verdadera estructura de la alta dirigencia nazi. En cambio, al hombre vestido de civil

que tomaba notas, le interesó la información relativa a los servicios de seguridad soviéticos. Por primera vez en muchos años relaté mi vida entera, incluyendo mi matrimonio y el interés de radicarme en Chile junto a mi esposa. Sin que nadie lo hubiese preguntado, hice referencias al interés nazi por establecerse en esas latitudes implementando una red de apoyo a algunos jefes del nacionalsocialismo que aún vagaban escondidos por otros territorios. El civil calvo dio un brinco y se quitó las gafas. Pidió que repitiera la información y escarbó en ella con múltiples interrogantes, las que por cierto no tenían respuestas ya que estaban fuera de mi alcance.

- Eso podría saberlo sólo si estuviese en Chile y me contactara con el tal Hans Horowitz –respondí asertivamente- Y es ello precisamente lo que ofrezco a los Estados Unidos.
- ¿Trabajar para nosotros en Sudamérica? –preguntó el calvo.
- Ocasionalmente, por supuesto, ya que el sustento de mi familia debería obtenerlo mediante otro tipo de empleo.
- *No way* (“por ningún motivo”) –respondió con vehemencia el civil esbozando un gesto de rechazo que obligó al coronel a mover su cabeza en señal de acuerdo.

Sin otra explicación ni respuesta, los americanos dieron por terminada la entrevista y fui conducido a un vehículo, con la custodia de tres soldados, que se dirigió al lado norte del campamento donde me esperaba un *jeep*. Esposado a mi asiento, luego de un largo trayecto de cinco horas, arribé a un pequeño poblado cuyo nombre desconozco aún. Ese lugar estaba bajo la jurisdicción del ejército inglés, pero la autoridad principal era un individuo viejo de aspecto agradable llamado simpáticamente “Khartoum” por sus subordinados. Al parecer, un par de decenios atrás él había protagonizado alguna batalla en esa lejana ciudad africana a nombre de la Corona británica. Pronto supe que su nombre verdadero era *Sir Francis Gladstone* y su trabajo consistía en coordinar los esfuerzos del ejército inglés con las labores de los servicios de inteligencia aliados.

Sir Francis era un hombre de enorme cultura y talante tranquilo. Antes de la guerra trabajó como académico en la universidad de Oxford en la cátedra de Antropología Cultural, siendo enganchado por el Ministerio de Defensa a comienzos de 1940 para efectuar análisis y coordinaciones al interior de las redes de inteligencia londinense. Otra de sus virtudes era el dominio de varios idiomas, entre ellos el español y el alemán, por lo que logré establecer con él una fluida amistad merced a nuestros gustos artísticos que compartíamos como si por siempre hubiésemos estado juntos.

- ¿Qué pueblo es este? –le pregunté un día, cuando ya teníamos cierta confianza en nuestras reales capacidades.
- Los soldados le llaman *Gospel Town*, porque según ellos aquí llegan los que requieren conocer el “Evangelio según San Francis”, vale decir, aquellos que deben ser ‘catequizados’ en la doctrina inglesa. Le aseguro que no lo encontrará en ningún mapa, ya que lo hemos creado nosotros para fines específicos... y es algo que usted debería haber intuido.
- ¿Soy uno de esos que requieren ser catequizados? –inquirí divertido.
- Absolutamente.

Una vez más habían jugado con mi perenne ingenuidad aprovechando mi eterna condición de estúpido. Los ingleses, zorros viejos en estas lides del espionaje, permitieron mi entrevista con el coronel americano en el entendido que este podría extraerme alguna información posterior que la tortura no logró obtener. Británicos y yanquis comprobaron que mi lengua había lanzado todo lo que mi mente conocía, por lo que correspondía ahora “evangelizarme” en beneficio del espionaje inglés. Esa era la labor específica de Francis Gladstone y sus subordinados. Para tal efecto habían levantado ese pequeño poblado en Alemania, ya que algunas veces logré distinguir a personas de ambos sexos transitando de un lugar a otro, aunque siempre acompañados por militares de Su Majestad. Se trataba de alemanes, austríacos e italianos capturados por las fuerzas aliadas luego de intensas investigaciones que les llevaron a determinar con exactitud la calidad de informantes o espías de cada uno de ellos.

En los diecinueve meses que estuve bajo la instrucción de Francis Gladstone no sólo aprendí formas y mecanismos utilizados por el naciente MI5 británico, sino también logré dominar el idioma de las islas británicas y fui capaz de leer y entender a Shakespeare, lo que era suficiente para sentirse satisfecho. Por fin, en el mes de septiembre de 1948, *sir* Francis me informó cuál era mi destino luego de tanto tiempo de interdicción y aprendizaje.

- He recibido el visto bueno de Londres para su nueva asignación. En absoluto ha sido fácil oficializar los documentos necesarios, pero ellos ya están dispuestos –aspiró la pipa que le acompañaba siempre e insinuó una sonrisa que no fue capaz de esconder la seriedad de su rostro- Su labor no constituirá riesgos ni peligros evidentes, para usted o para nosotros, ya que actuará con plena libertad de movimiento y nos informará sólo cuando usted lo considere imprescindible. Por

cierto, no recibirá salario por ese trabajo, así que deberá conseguir un empleo tradicional para subsistir, como casi todos los mortales.

- No sabe cuánto me alegra escucharle, *sir* Francis –la emoción de la libertad próxima hacía pie en mis sentimientos erizándose la piel- Soy consciente que esa labor no podré desempeñarla en ciertos países de este maltratado continente, por lo que rogaría a usted me señalara el lugar donde tendré que ejecutar lo aprendido aquí.

Su respuesta fue abrir uno de los cajones del escritorio y entregarme un manojo de cartas atado con elásticos. Los sobres estaban abiertos, signo inequívoco de la revisión a fondo realizada a los contenidos de las epístolas por el servicio de inteligencia inglés. Las cartas tenían fechas antiguas, todas eran de los años 1947 y 1948, dirigidas a mi antiguo domicilio parisino y firmadas por mi añorada Françoise.

Mi hija Marianne tenía ya cinco años de edad y comenzaba a preguntar por su padre. Françoise se encontraba trabajando como secretaria en la embajada francesa en Santiago y no había quejas por dinero. Leopoldo Castedo se había integrado a labores académicas en la Universidad de Chile, distinguiéndose entre sus pares por la capacidad de investigación histórica que le había convertido en uno de los principales profesionales del área.

En la última carta, fechada un mes antes, Françoise confesaba que existía un pretendiente en su vida y ella creía no poder resistir mucho tiempo el acoso sentimental de un “joven empresario del rubro textil” que conoció en el ágape ofrecido por la legación gala el pasado 14 de julio. “La soledad es asunto serio, Rudolf –decía en líneas llenas de asombro- Este es un país tranquilo, pero aburrido. Las noches invernales son extremadamente solitarias y carentes. Ni hablar de los largos fines de semana. En ellos comienza una comezón que atrapa mis sentidos y trastorna mis valores”. No había más referencias al pretendiente ni tampoco a posibles encuentros furtivos, asunto que di por cierto.

Alcé la vista para observar el semblante de Francis Gladstone. Él comprendía mi situación y así lo expresó en un simple “era obvio que tenía que suceder”. Dejó pasar un instante de silencio antes de condenarme a la inefabilidad del futuro.

- Este martes viajará usted a Chile, a Valparaíso, por vía marítima. Desgraciadamente, sus problemas familiares no nos competen ni interesan, por lo que tendrá que ubicar un empleo y un domicilio en esa nación. Le exigimos un informe bimensual que usted deberá entregar a nuestra embajada en Santiago por la

vía que considere necesaria. Ese informe tiene que estar constituido por tres partes gruesas, a saber: análisis de la situación política del país, detalles del comportamiento, avance y realidad de la colonia alemana y, por último, situación global y particular de los movimientos políticos marxistas. Si hubiese algún punto novedoso que fuere de nuestra conveniencia, se lo haríamos saber por el mismo medio, es decir, a través de la legación británica en Santiago.

Inicié entonces un largo periplo europeo a bordo de vehículos militares y trenes administrados por tropas de ocupación de habla inglesa, ora británicos, ora americanos, ora canadienses. Koblenz, Stuttgart, Offenburg, Grenoble, Toulon...en este puerto embarqué en navío británico hacia el puerto de Gibraltar, donde fui subido a un naviero comercial con bandera griega pero que, ninguna sorpresa ya luego de tantas experiencias, pertenecía a la marina de los Estados Unidos. El capitán del navío –seguramente un oficial activo de la marina americana- recibió órdenes respecto de ese pasajero que no podía desembarcar en ningún puerto, excepto Valparaíso, su lugar de destino.

La travesía fue un soberano aburrimiento para mí, ya que en la práctica viví pegado a una de las barandas de la borda, desde donde logré otear lugares paradisíacos como las Islas Canarias y Port-Antonio en Jamaica, lugar en el que recaló el navío durante un par de días. Zarpamos hacia Barranquilla en Colombia y remontamos nuevamente al norte, en busca del Canal de Panamá. Tres días perdidos en esa zona de calor pegajoso e intenso ahondaron mi desesperación al grado que el capitán autorizó a dos marineros para acompañarme en un paseo de escasas horas por la zona del canal, aunque no encontré muchas variaciones respecto de lo experimentado en Europa, pues aquel lugar estaba infestado de militares americanos tal cual si se tratara de una base naval californiana. No obstante, ese corto paseo sirvió para aquietar mi espíritu y otorgarme nuevos bríos en el resto del viaje.

Ya en el Océano Pacífico un aire distinto comenzó a acariciar mi cara y abrazar mi alma. La brisa parecía más pura, reconfortante, intocada y virgen, cual debió ser en la época de la conquista española cuando los oficiales de la corona ibérica navegaban en sus naos tras la búsqueda del tesoro inconmensurable que la leyenda fijó en un sitio que nunca fue hallado: El Dorado. Yo esperaba encontrarlo en Chile, más allá de no descubrir metales preciosos pero sí la paz y tranquilidad que mi alma reclamaba a mi historia.

Los puertos fueron quedando atrás en una larga letanía de olas y lunas, mancillados por la presencia de gentes que traían en sus bagajes la sangre derramada en un continente viejo y estúpido. Buenaventura, Guayaquil y Callao mostraron bondades que aprecié desde cubierta sin hollar sus prados. El barco descargaba mercaderías en cada punto de recalada sin nutrir sus bodegas con productos de esos lugares. Liviana y veloz, la nave cruzó frente a los primeros puertos chilenos: Arica, Iquique y Antofagasta, que distinguí desde la distancia cuando el oleaje lo permitía. En Coquimbo se produjo un alto de cuatro jornadas, ya que hubo intenso trabajo para llenar las bodegas con toneladas de metales destinados a los mercados de la costa oeste norteamericana.

Así, con la línea de flotación tocando las olas, arribamos por fin al puerto de Valparaíso cuando amanecía el primer día del mes de marzo en el año 1949.

El propio capitán me acompañó a tierra para dejarme libre sólo al momento que ingresé a la Aduana Portuaria con mis maletas y documentos. Entre estos últimos, junto a las cartas de Françoise, llevaba un bolso que contenía el pago alemán por mi ‘patriótica decisión’ de donar al estado germano la propiedad familiar en Uberlingen.

Al abandonar el sector de la Aduana, caminé hacia las primeras calles de ese puerto mágico en el que sus viviendas parecen colgar de cerros y hondonadas. Recién entonces aspiré el aire verdadero de la libertad y pensé en Leopoldo Castedo, imaginando que una similar sensación debió sacudir su ánimo cuando descendió del “Winnipeg” después de haber escapado indemne de las garras fascistas de Franco y los cañones nazis de la armada alemana.

Lo primero que aprendí de Chile, fueron las estrofas de su Canción Nacional, particularmente aquellas que me interpretaban fielmente en ese instante, y que rezan: *“... que o la tumba será de los libres, o el asilo contra la opresión”*.

CHILE, ¿QUÉ PAÍS ES ESTE?

Yo estaba seguro de hablar español y manejar exitosamente una conversación con un habitante de tierras castellanas, hasta que tuve la amarga experiencia de entablar un diálogo con dos sujetos de aspecto pobre en las puertas de la estación de ferrocarriles. Seguramente ellos entendieron lo que pregunté, pero quedé en las nubes con sus respuestas ya que me pareció, más que un idioma, un lenguaje casi indígena, lleno de

modismos, palabras sin terminar, abreviadas y cargadas de un sonsonete parecido a una canción ornitológica. Ahora que llevo más de medio siglo en esta hermosa tierra, recuerdo aquel incidente y me parece, por fin, entender lo que esos dos hombres me contestaron en la estación porteña.

- ¿Ustedes podrían informarme si desde esta estación puedo llegar a Santiago?
—pregunté con mi mejor español.
- Chis...clarímbamelo poh gancho...pero el pata'e fierro se las endilga pa'la capital altiro —contestó uno de ellos.
- Y si no apura las gambas, compadre, se quea picao porque la gallá ya se montó y el gil del pito ya avisó la partía.

Ese fue el recibimiento que me brindó el pueblo de Chile a mi llegada al país. Un lenguaje ininteligible que se acompañaba con una simpatía especial, característica de su gente, al menos en los primeros decenios de mi estadía, pues ello sufriría drásticos cambios con la llegada del progreso tecnológico y el crecimiento económico. Entonces, sería otro el Chile que esperaría a los extranjeros.

Como fue otra la Françoise que me recibió en Santiago esa noche.

Estaba hermosa, radiante, juvenil. Pero su corazón ya no me pertenecía. Confesó haberse enamorado de un joven ingeniero, hijo del principal industrial textil del país, de origen árabe. No tuvo reparos en decirme que había intimado con él un par de veces y sentíase feliz de contar con la certeza que era amada y cuidada por su novel conquista. Estaba enterada de mi viaje y esperaba conversar conmigo para terminar nuestra relación amistosamente (usó el término “civilizadamente”), en beneficio de nuestra salud mental y de la tranquilidad de Marianne que dormía plácida en el cuarto contiguo.

- Puedes quedarte aquí por un tiempo —agregó Françoise en español, ya que nunca se dirigió a mí en su idioma natal- Pero sólo por un tiempo corto...hasta que encuentres una casa o un departamento al que puedas mudarte.

Un automóvil detuvo su motor frente a la puerta y su conductor hizo sonar el claxon, insistente, molesto, apurado. Ella se inquietó sin lograr dominar el nerviosismo que le provocaba mi presencia.

- Llegó Enrique —dijo en susurro- Le invité a cenar en casa, pero ya que tú estás aquí creo que lo mejor es que yo salga con él y cenemos fuera. Así tienes tiempo para estar a solas con tu hija. Puedes ocupar la cama que está junto a la de Marianne. Yo regresaré después de medianoche.

Mi hija no despertó a pesar de mis caricias y besos tiernos. Françoise regresó tarde, muy tarde, prácticamente en la madrugada. Parecía que recién se había duchado y su rostro estaba más terso y mejor maquillado que al momento de encontrarla la tarde anterior. Había perdido la actitud nerviosa e indisimuladamente reflejaba en sus ojos una alegría imponderable. Comprendí las razones de inmediato.

- Enrique vendrá mañana con un camión de mudanzas. Me iré a vivir con él a su casa de Macul. Puedes quedarte aquí para siempre, si gustas. Yo hablaré con el dueño de este inmueble y le informaré que tú firmarás un nuevo contrato de arriendo. Es barato, no te angusties. Además, queda cerca del centro comercial de la ciudad y no es un mal barrio.
- ¿Esto significa un adiós, Françoise? -pregunté conteniendo la emoción a duras penas.
- El adiós lo diste tú en Francia cuando aceptaste dejarme partir sola y embarazada a este país lejano –contestó ella con rabia, pero cambió su tono al agregar -: lejano, pero bello y fantástico.
- Si te hubieras quedado en París ya estarías muerta. ¿No puedes entender eso o lo olvidaste tan fácilmente? –grité exasperado.

Mi hija nos veía gesticular haciendo bailar el iris de sus ojos en una danza de incompreensión propia de sus tiernos años. Marianne nada sabía de mí, no me conocía y en su pequeña mentecita yo representaba un peligro para su madre. Explotó en llanto obligándome a calmar mis angustias y cerrar la boca, lo que aprovechó Françoise para tomarla en brazos y sacarla del cuarto. Comprendí que nada más podía hacer para retener a mi esposa, por lo que me tendí sobre la cama que ella había dispuesto para mí decidido a recuperar energías. Las iba a necesitar si tenía que dedicarme a estructurar una nueva vida en ese país extraño, lejano y pobre.

Estaba extremadamente cansado, aterido por las últimas novedades e inserto en un mar de confusiones. ¿Por dónde comenzar?

Me dormí con facilidad y concilié un sueño profundo, pesado, total.

Desperté a media tarde gracias al calor que el sol metía en la habitación cuyas cortinas estaban abiertas. No había nadie más en la casa. Françoise y Marianne se marcharon seguramente temprano aprovechando mi inconsciencia. Sobre la mesa de la cocina encontré la esquila que mi esposa dejó para mí. En ella –siempre en castellano- me informaba que a la mañana siguiente Enrique llegaría con un camión de mudanzas y esperaba que yo no estuviese presente para evitar malos ratos. Agregó un nombre y una

dirección. Eran los datos del casero al que tendría que visitar para el asunto del contrato de arriendo.

Llené la tina del baño con agua tibia y disfruté de un largo reposo metido en la delicia líquida, aclarando mis pensamientos y dulcificando mis músculos doloridos. Cambié de ropa y preparé algo para comer. Salí luego a recorrer la ciudad procurando entender la idiosincrasia de la gente chilena y conocer el grado de avance tecnológico del país.

Santiago era una ciudad chata y extendida, con muchas casas bajas, techos de zinc y calles estrechas llenas de porquerías. En ningún otro lugar del mundo había presenciado tanta gente paupérrima pidiendo limosnas en cada esquina junto a verdaderas manadas de perros famélicos y hambrientos, tan hambrientos como sus dueños.

No obstante, la capital chilena posee un paisaje natural envidiable con la imponente cordillera como telón de fondo, lo que hace pensar en una especie de cofre gigantesco y verde en cuyo suelo el conquistador español levantó la ciudad. En medio de sus edificaciones dos cerros alzan sus moles de piedras dándole al lugar un toque de identidad especial. En medio de ellos corre un pequeño y torrencioso río llamado Mapocho, con aguas pestilentes producto del vaciamiento de materiales cupríferos de empresas minerales situadas en la cordillera, la que no está más lejana que veinte o treinta kilómetros de su centro principal, la Plaza de Armas, a cuyos costados se encuentra la catedral, el correo, la municipalidad y unas construcciones estilo francés con galerías comerciales.

Por las arterias más importantes cruzan ruidosos tranvías que transitan lentamente desde y hacia los barrios populosos. Van siempre repletos de pasajeros al igual que la locomoción de buses que aquí llaman “micros”, aunque lo peculiar en ellos radica en la insoportable escena que el extranjero debe presenciar en las horas de mayor movimiento, pues los pasajeros cuelgan de las puertas arriesgando la vida. El parque automotriz es exiguo y los modelos existentes son más bien añosos, americanos en su mayoría, pero con buen mantenimiento y limpios. Poseer un automóvil en Chile es indicio de poder económico y rango social. Todo aquí está en ciernes. Los colores favoritos de esta gente son el gris y el blanco. Pareciera que desconocen el arco iris.

Me es difícil comprender por qué un país con hermoso paisaje y sol brillante, donde el viajero demora cuatro horas solamente para ir en automóvil de la cordillera al mar, optó por colores oscuros y graves para sus edificaciones, al igual que su gente, la que viste ropas sobrias y camina con paso apresurado y rostro serio.

La avenida principal cruza la ciudad de este a oeste y se llama Alameda, aunque para ser franco no divisé álamo alguno en toda su extensión. Esta arteria se distingue de las demás merced a su anchura y belleza, constituyéndose en el corazón neurálgico y pujante de la metrópolis.

Allí, frente a una primorosa plazoleta encontré el edificio de la Biblioteca Nacional. Su construcción me recordó los bocetos que Hitler gustaba hacer para convencer a sus arquitectos que Alemania necesitaba construcciones portentosas y gigantescas. El resto de la jornada se me fue visitando anaqueles y libros, periódicos y oficinas de ese noble servicio. Leí con pasión cuanto documento relativo a la historia local pude encontrar, así como algunos periódicos editados durante los años de guerra, aprendiendo las causas del comportamiento chileno en el conflicto europeo. ¡Era un país pequeño, distante y sin desarrollo independiente, pero que se sentía grande sin que hubiese razones concretas para ello! Eso no podía entenderlo.

Regresé a casa, no sin dificultades serias para encontrar el camino, prometiéndome volver a la Biblioteca al día siguiente. Sólo allí podría conocer más de ese pueblo ignoto para la mayoría de los europeos.

Mi esposa y la pequeña Marianne no estaban en casa. Imaginé que se encontrarían en algún inmueble perteneciente al tal Enrique y que allí pasarían la noche, ya que en el armario del dormitorio principal se observaba ausencia de ropa.

A la mañana siguiente concurrí a la dirección donde vivía el casero, un hombre bajito y amable, que no puso reparos para firmar conmigo un nuevo contrato de arriendo. Estaba informado de mi existencia gracias a Françoise y manifestó pesar por el quiebre del matrimonio. Adelanté el pago del primer mes y marché hacia la Alameda para reencontrarme con la Biblioteca Nacional, pero antes comí un par de sandwiches en un local cercano, sorprendiéndome los diversos tipos de emparedados existentes, cual de ellos más apetitoso y contundente. El hombre que trabajaba en una ventanilla del local, donde se leía la palabra “Caja”, declinó recibir tres billetes de un dólar, aduciendo que sólo podía recibir moneda nacional. Intenté demostrarle que mi casero había aceptado el pago del arriendo que yo cancelé con moneda norteamericana, pero el comerciante mantuvo su negativa y debí dejarle mi reloj pulsera en calidad de fianza hasta que pudiese cambiar los dólares por dinero local.

No lograba entender la actitud de los chilenos. Habitaban un país que dependía significativamente de las veleidades norteamericanas, pero se oponían a realizar

transacciones con moneda de la nación del norte. Más que orgullo inefable, me pareció estupidez indígena.

Atravesé hacia la Biblioteca pensando en acudir más tarde a una entidad bancaria para realizar el cambio de monedas cuando, impensadamente, cruzaron frente a mí varios automóviles. En uno de ellos, un Mercury color azul oscuro, Françoise acompañaba al conductor. Pese a que su rostro reflejaba seriedad, le contradecía su mano mimosamente posada en el hombro del varón que parecía sentirse muy a gusto con la caricia. Pasaron ante mis ojos sin percatarse de mi presencia, seguramente con destino a la casa para proceder a la mudanza, aunque no distinguí tras ellos ningún camión.

Otra sorpresa me aguardaba en la Biblioteca, pero esta vez se trataba de algo muy agradable. En una pizarra, escrito con tiza, podía leerse la invitación a participar en una charla sobre “Consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en el desarrollo económico de América Latina”, y uno de los expositores era Leopoldo Castedo. El evento se realizaría a las once de la mañana de ese mismo día. Un aire de renovada esperanza se filtró a mis emociones y me pareció que el sol comenzaba a brillar suavemente en mi desastrosa situación.

* * *

Mi encuentro con Leopoldo Castedo fue magnífico.

El intelectual español había logrado insertarse con éxito en la sociedad chilena y en el mundo académico. Habló de un gran proyecto que le aumentaría sus logros, pues trabajaría junto a Francisco Encina, reputado profesor universitario, en una nueva Historia de Chile, obra que estaba cierto cambiaría los cánones conocidos hasta ese momento en el desarrollo de la investigación historiográfica en el país. Le noté satisfecho con su actual labor académica y se explayó latamente durante su exposición, la que terminó con sonoros aplausos del escaso público asistente.

Fue extremadamente amable, invitándome a almorzar en su domicilio. Conversamos hasta entrada la noche, haciendo recuerdos de España y la guerra civil, lo que arrancó lágrimas de mi anfitrión en más de una oportunidad. También colaboré con sentimientos personales al contarle parte de mi azarosa existencia en Europa, aunque omití deliberadamente las experiencias finales que hube de vivenciar. Castedo nunca supo nada respecto de mi paso por Moscú o de la insoportable saga de interrogatorios ingleses. Obviamente, de Elke y los nazis, tampoco hice mención.

- ¿Qué piensas hacer en Chile? –preguntó con su acento hispánico sonoro.
- No lo tengo claro aún. Poseo algo de dinero americano, no mucho, que podría ser suficiente para adquirir una casa o instalarme con algún tipo de negocio.
- Recuerdo que en Francia, mirando ambos el “Winnipeg”, me dijiste que eras ingeniero en minas. ¿No te interesaría trabajar en tu profesión? Este país tiene un extraordinario potencial minero que te abre excelentes posibilidades. Si te interesa, puedo contactarte con algunos amigos que se encuentran bien posicionados en el Ministerio respectivo –a través de sus gruesas gafas mi miró fijamente, como si algo hubiese sorprendido su pensamiento- ¿Dónde estás alojando actualmente? Perdona mi intrusión, pero como comentaste que deseabas adquirir una casa supuse que estabas parando en algún hotel o una pensión.

Hablamos de dinero y de bienes muebles, que en Chile eran asuntos de relevancia como en cualquier parte del planeta. Abrió enormes ojos al enterarse de la suma que yo portaba en dólares americanos, pues consideró que se trataba de una gran cantidad, contrariamente a lo que yo había creído.

- Hombre... ¡eso es quizás poco en Europa!, pero aquí, joder... es plata suficiente para comprar seis buenas casas y algo más.

Era un tipo hiperkinético, activo y concreto, por lo que me condujo de inmediato a visitar la oficina de un español que llevaba treinta años radicado en el país dedicado al corretaje de propiedades. Don Manuel Lizama ofreció varios inmuebles que se encontraban a la venta en su nómina de clientes. El comerciante mostró enorme interés al enterarse que el pago podía ser al contado y con billetes americanos. Extrañado, comenté mi altercado con el dueño del restaurante aquella mañana por el asunto de los dólares. Rió de buena gana al escuchar que debí dejar mi reloj en calidad de fianza. “Era un simple ‘bolichero’ –dijo entre toses provocadas por sus carcajadas- En Chile no se puede transar nada en moneda extranjera, pues la ley obliga a cambiar esos billetes por dinero nacional, y ello hay que efectuarlo en un banco”.

Muy entusiasmado con la idea de adquirir una propiedad, y especialmente interesado en una especie de parcela ubicada en el sector llamado La Reina- desde donde podía casi tocarse la cordillera- acordé inspeccionar el lugar al día siguiente y responderle a don Manuel mi decisión.

- No se va a arrepentir, se lo aseguro –dijo el corredor- Es una parcela de tres mil metros cuadrados, todos ellos plantados con limoneros, naranjos y ciruelos; además, posee una buena casa, amplia, de construcción reciente. Le va a encantar.

Puede que le parezca un tanto alejada de la ciudad, pero en algunos años eso será sólo un detalle. ¿Usted tiene vehículo propio?

- Todavía no –contesté.
- Lo va a necesitar si vive allí.

Me despedí de Castedo y del comerciante cuando el sol bajaba por el occidente rumbo a su lecho marino. Ellos no lo sabían, pero en mi ánimo estaba la decisión de adquirir la parcela para comenzar a estructurar mi vida en Chile. No me inquietaba en demasía el posible estado de la casa, ya que el valor de la parcela significaba sólo una tercera parte de mis haberes. Con ese dinero, en Europa habría comprado una modesta vivienda en algún barrio intermedio... y punto. En cambio, aquí, permitía adueñarse de bienes considerables.

Al momento del adiós, Castedo me informó algo que inquietó mi espíritu trayéndome viejas imágenes de odio.

- No menciones, ni en broma, que perteneciste al partido comunista francés. El actual gobierno chileno ha dejado fuera de la ley a ese movimiento. Incluso Pablo Neruda, que es hoy senador de la república, ha decidido huir del país para evitar ser apresado y confinado en una especie de campo de concentración en la zona norte.
- Algo de ello leí en la Biblioteca. El mundo no acepta mejoras en esos aspectos. Encarcelar a un artista es el prolegómeno del desquiciamiento. En Alemania, los intelectuales fueron los primeros en sufrir los insanos arrebatos de la pandilla de Hitler, y ya ves qué ocurrió después.
- Ambos tenemos sobrada experiencia en estos asuntos como para cometer nuevos errores -Castedo hablaba con el corazón abierto- Chile es quizás nuestra última esperanza para construir una vida digna... no tenemos derecho a postergar ese objetivo en beneficio de causas que son loables pero improbas.

Nos abrazamos en la despedida temporal de aquel atardecer convencidos de volver a vernos en ocasiones próximas. La Alameda santiaguina me pareció realmente hermosa con el tránsito de vehículos y sus luminarias amarillentas hendiendo las penumbras que no llegaban del cielo, sino de las cumbres de una cordillera que actuaba como escudo protector de las maldades de ultramar.

* * *

Françoise y Marianne se mudaron de domicilio aquel día. El pequeño inmueble de calle Cienfuegos era ahora mi hogar. No tenía idea del lugar al que mi familia se había trasladado, pues en la nota dejada por Françoise se omitía ese dato. Sólo recalaba mi esposa su deseo de que el destino me fuera tan favorable como a ella le había sido esos últimos meses. Terminaba la nota indicando que Enrique deseaba solidificar la relación mediante el matrimonio civil, y que Marianne mostraba positiva actitud hacia quien era ya su padrastro.

¿Se castigaría la bigamia en Chile? Seguramente estaba contemplada en el Código Civil, pero Françoise derribó mis pretensiones judiciales en la primera –y única- discusión que tuvimos a ese respecto, cuando afirmó que ella, en Francia, se había casado con un tal Bernard D'Ivry, el que seguramente no sería hallado jamás por ningún tribunal porque, simple y claro, nunca existió. Por otra parte, mi propia hija se apellidaba D'Ivry, desguazando para siempre mis débiles argumentos legales respecto de una paternidad exigible, ya que el pasaporte con el que ingresé a Chile me identificaba como Rudolf von Hayek.

Las jornadas que sucedieron al encuentro con Castedo fueron una vorágine constante, pues hube de concurrir a bancos y oficinas fiscales para solidificar mi permanencia en el país. Los dólares se transformaron en pesos chilenos, aunque mantuve en mi poder una cantidad de moneda estadounidense para entregarla a don Manuel Lizama en pago por la propiedad de La Reina. El comerciante español demostró su satisfacción ayudándome a escoger mobiliario para mi nueva casa, colocando a mi disposición un vehículo de carga a objeto de trasladarlas hasta ese lugar.

Antes de una semana, yo estaba instalado en la parcela gozando de mi adquisición, con el alma apretada por el dolor de no tener a Marianne junto a mí. Parecerá extraño, pero no requería de Françoise. Las emociones y ansiedades de aquellos meses obstaculizaban mis deseos amorosos, posponiéndolos para tiempos más calmos y ciertos.

Leopoldo Castedo me visitó varias veces en la parcela, pero siempre parecía apurado por algo; que la universidad, que don Francisco Encina, que una charla en la Biblioteca, en fin, nunca faltó un motivo para apresurar la visita y darle término con prontitud. Era un hombre muy ocupado y en verdad requerido por sus pares intelectuales. Una vez que confirmó mi estabilidad sus visitas fueron distanciándose hasta desaparecer por completo. No hubo motivos para pensar que ello fue producto de alguna discusión o problemas de índole política, ya que siempre es dable pensar que la

amistad también puede ser estragada por el tiempo y principalmente por las exigencias emanadas de intereses laborales disímiles.

En ese momento, yo trabajaba en la fundición de Werner Kleise, un hijo de inmigrantes alemanes que llegaron al país cuando Europa era defenestrada por la Primera Guerra, huyendo de las hambrunas y miserias que sacudieron Alemania en medio del conflicto bélico. Habían desarrollado su oficio en la ciudad de Valdivia; pronto se trasladaron a Santiago en busca de mejores perspectivas para su trabajo, instalando la fundición en el barrio de Quinta Normal, cercano al centro de la ciudad pero bastante alejado de mi parcela, lo que no significaba problemas para mí ya que había adquirido un automóvil americano que me permitía trasladarme cómodamente de un sitio a otro. El hermano de Walter permaneció en Valdivia, transformándose en un próspero agricultor y ganadero, pero falleció a los pocos años del traslado de la familia a Santiago, dejando como heredera de sus bienes a su única hija y a su viuda, la que también murió años más tarde afectada de neumonía. En tanto, Walter, casado también con hija de inmigrantes –una alemana simplona y torpe- pese a su éxito comercial, tenía un dolor en el alma puesto que alguna razón biológica le impedía engendrar hijos.

En mi persona vio, tal vez, el vástago que nunca pudo tener. Sin embargo, no estaba enterado de mi historia personal y siempre creyó que su mano derecha era un profesional alemán de normal trayectoria. Si hubiese conocido algo de mi pasado, la historia futura de ambos no habría sido la que fue.

Con el secreto auestas, dos veces me apersoné en la embajada inglesa ubicada en la avenida Vicuña Mackenna, a escasas cuadras de la Alameda, para entregar sosos informes que nada ofrecían a mis supuestos “jefes” londinenses, pues no había tomado contacto con el tal Hans Horowitz ni tampoco con los comunistas locales, cuyos líderes me eran absolutamente desconocidos, tanto como indiferentes.

Siguiendo los consejos de mi amigo Castedo, aprovechando la tranquilidad que me dispensaba el contar con un hogar y un trabajo remunerado, ya que mis ansias sexuales parecían dormitar en algún oscuro ángulo de mi antigua pasión, ocupé el tiempo libre de los fines de semana para recorrer los alrededores de Santiago, acercándome a las playas de la costa vecina y devorando los periódicos de la capital.

La veleidad de la política local parecía digna de mejor terreno, pues el país era gobernado, por tercera vez consecutiva, por una coalición llamada Frente Popular, la que aglutinaba sectores de izquierda ortodoxa con grupos moderados y laicos.

El actual Presidente de la República era don Gabriel González Videla, miembro distinguido del democrático Partido Radical que contó en un comienzo con el irrestricto apoyo de comunistas y socialistas. Eso había sufrido un brusco cambio, ya que el Presidente decidió alejarse de los sectores marxistas y optó por dejarlos fuera de la legalidad. Para ello obtuvo la aprobación del Parlamento en cuanto a promulgar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, tildada por los comunistas y socialistas como “la ley maldita”.

Muchos representantes de la izquierda fueron apresados y enviados a lugares de detención en una lejana localidad costera del norte chileno, iniciándose de esa laya una feroz persecución legal contra los partidarios de esas ideologías. Uno de ellos fue el poeta Pablo Neruda, que logró evadir la fiebre persecutoria huyendo a Argentina por escabrosos pasos cordilleranos utilizados por contrabandistas de ganado en la zona sur. Pese a la gravedad que todo ello podía significar para los chilenos, yo lo consideré de tono menor si lo confrontaba con el sangriento estilo de los nazis que no cejaron en sus acciones de aniquilar físicamente a sus opositores.

La derecha criolla me parecía extremadamente tibia, cercana al centro político, diferente a los partidos de esa tendencia en el resto de Latinoamérica, donde algunos caudillos asumían el poder total con las mismas garantías impuestas por los faraones egipcios, aunque con menos cerebro.

A su vez, la izquierda marxista chilena era desorganizada, pacífica, feble y sin potencia bélica, absolutamente distinta a las izquierdas europeas que combatían con armas en pos de sus objetivos. Esta izquierda criolla utilizaba de preferencia las organizaciones sindicales, transformándolas en correas de transmisión para su propio peculio político. Y ambas, derecha e izquierda, cerraban sus puertas a la participación de las mujeres en un acto de estupidez que sería subsanado muchos años después, ya que el voto femenino llegaría a ser decisivo en los comicios electorales futuros.

Me percaté de inmediato que las fuerzas armadas chilenas nunca estarían políticamente del lado del pueblo obrero y campesino, ya que los oficiales del ejército provenían de familias acomodadas y se enorgullecían por su “formación prusiana”, lo que equivale a afirmar que sus instructores de antaño fueron aristócratas barones y duques germanos y austríacos.

Los altos mandos de la Armada, por su parte, descendían de tradiciones inglesas arraigadas a partir de una guerra horrorosa que Chile sostuvo con sus vecinos Perú y

Bolivia a fines del siglo diecinueve, guerra en la que los chilenos resultaron victoriosos obteniendo dos enormes provincias norteñas, ricas en minerales y salitre.

Revisando libros y documentos referentes a esa guerra descubrí el nombre de Abelardo Núñez, “el profesor” mencionado por Neruda en Francia, responsable de la creación del servicio de inteligencia chileno. Su historia en la guerra es verdaderamente apasionante. De aspecto frágil, algo calvo y de baja estatura, Núñez supo estructurar una red de espionaje mediante su participación directa en salones limeños y oficinas paceñas, acompañado por escasos colaboradores que él mismo eligió, los cuales tenían como características esenciales la intrepidez, el desapego a la vida y fortaleza física. Núñez triunfó ampliamente en su cometido durante los cuatro años más duros de aquella guerra, entregando valiosa información a los generales chilenos respecto del movimiento de tropas y naves enemigas, tanto como su condición de avituallamiento, e influyó, positiva y exitosamente, en la oportuna y adecuada toma de decisiones militares de su país. Sobrevivió a la guerra, regresando a Chile sin recibir un solo reconocimiento oficial por su gestión. Sin embargo, medio siglo después, los políticos pusieron su nombre a la Escuela Normal de Profesores, organización de alcurnia que prepara aún a los maestros de educación primaria. Pero los militares, su oficialidad e instructores, se negaron a reconocerle públicamente los méritos innegables habida consideración que, en esencia, “el profesor” no era un uniformado ni pertenecía a sus cuadros directivos. Aún más, Abelardo Núñez tampoco pertenecía a una de las familias “bien” del país. Ello señala hasta qué punto las aristocráticas fuerzas armadas constituyen un grupo de privilegio que desea el ostracismo social, tomando distancia de la civilidad a la que considera desorganizada, irresponsable y pusilánime; a excepción, por supuesto, de los enriquecidos grupos familiares de los que procede la oficialidad. Todo aspirante a una de las escuelas matrices del ejército, la armada o la aviación, es pasado por un severo cedazo socioeconómico y político que resulta ser organismo calificadorio para su aceptación en estas especies de guardias pretorianas que celan el *stato quo* del entramado societal chileno.

No obstante lo anterior, en comparación con los países vecinos del subcontinente, Chile presenta un interesante avance en materias jurídicas, políticas y democráticas, merced a la característica ya anotada de sus representantes derechistas que difieren de las insoportables ‘cualidades’ que ostentan sus pares centroamericanos e, incluso, sus vecinos más cercanos, como Perú, Bolivia y Argentina.

Mi impresión final afirmó su argumentación en un hecho sólido. ¡Jamás las fuerzas armadas de este país aceptarían un gobierno en manos de organizaciones izquierdistas u otras de signo totalitario que no perteneciesen a sus propias filas e intereses!

Mis primeros informes a Londres destacaron esos análisis acompañados de una opinión personal, o de una aseveración concreta, que apuntó a otorgar tranquilidad a los servicios de inteligencia ingleses en cuanto a la imposibilidad de una revolución proletaria y marxista en Chile.

Esa misma tranquilidad me permitió prosperar en lo económico y profesional los años siguientes, en los que no hubo novedades dignas de ser destacadas, a excepción de mi encuentro con una sobrina de Walter Kleise, mi patrón, que llegó de vacaciones a Santiago procedente de Valdivia. Era una mujer aún joven, que enviudó tempranamente quedando a cargo de sus dos hijos y del extenso fundo que perteneció a su difunto padre, hermano del dueño de la fundición.

Poseía las típicas características de las mujeres del campo alemán, aunque había nacido en Chile, como el incansable amor al trabajo, la sobriedad, entereza y capacidad de ahorro.

No me pareció bella ni atractiva cuando recién la conocí, pero no pasó desapercibido a mis ojos la forma en que me miró con insistencia femenina, esa que habla de la existencia en el cerebro de toda mujer de una vocecilla secreta que indica a la fémina las cualidades del varón. Yo le agradé desde el comienzo y pareciera que se fijó una meta intransable: conquistar mi corazón y llevarme con ella a su feudo sureño.

Como buena europea de sangre aria, Sonia Keisler determinó los tiempos, los plazos y las formas de conquista. No deseaba perder hojas de un calendario que apresuraba su vejez en flirteos inútiles, por lo que aceleró las invitaciones a casa de su tío obligándome a dedicarle todo mi tiempo libre con paseos a la cordillera, descanso en el balneario de Cartagena y visitas a los teatros santiaguinos.

Luego de múltiples encuentros en la fundición y en casa de Walter, Sonia aceptó un sábado visitar mi parcela y almorzar allí los dos solos. No bien ingresamos a mi casa, ella se echó en mis brazos besándome por primera vez, pero de una forma que inhibió mis posibles pasiones al grado de aturdirme en la confusión. Pude reponerme con rapidez para dar paso a una tarde de sexo y amor que aún perdura luego de tantos años juntos.

Oficializamos nuestra relación frente a Walter Kleise, quien manifestó su alegría al enterarse cómo había prosperado, en cortas semanas, nuestro idilio.

- Apenas ustedes se casen –dijo el empresario- firmaremos un nuevo contrato en la fundición para que te conviertas en mi socio y podamos abrir una sucursal de la empresa en Valdivia o en Paillaco. Porque no me cabe duda que Sonia querrá que te traslades con ella al fundo en el sur.
- ¿Usted desea que venda mi parcela de La Reina? –inquirí con estupor.
- ¿Venderla? Por ningún motivo. Te aconsejo arrendarla solamente, porque esos terrenos muy pronto tendrán una importante plusvalía. ¿Y sabes qué? Hazlo pronto, ya que Sonia desea formalizar rápido el matrimonio... el que por cierto se realizará en Valdivia, en la casa patronal del fundo.
- ¿Tan rápido va este asunto? –queja inútil, pues mi habitual ingenuidad permitió a la hembra tomar las riendas de nuestra relación sin que pudiese siquiera intentar oponerme a sus designios.
- Querido Rudolf, cumpliste 40 años y Sonia bordea los 35. Ambos son personas libres, con posiciones económicas consolidadas y necesitadas de compañía. ¿Tienen algo más que esperar? Además, Roberto y Bruno, tus futuros hijastros, te encantarán. Son dos chiquillos traviesos e inteligentes que requieren con urgencia la presencia de una mano masculina en casa.

Acepté los caminos de Dios sin oponer resistencia. Nada dije de mi anterior matrimonio en París ni de mi hija Marianne. ¿Para qué? Aquí, en el fin del mundo, las leyes europeas y los avances del mundo industrializado llegaban con un retraso de diez años. Además, Françoise, por propia voluntad, desapareció de mi vida como por arte de magia sin dar señales de su actual situación, que yo suponía excelente y envidiable.

Con Sonia acordamos casarnos en el mes de marzo de 1952 y realizar la fiesta respectiva en la casa de su fundo valdiviano. Walter nos regalaría la luna de miel en Río de Janeiro. Tres semanas a todo lujo en un hotel carioca frente a la playa de Copacabana, serían suficientes para adquirir fuerzas y ánimos que se necesitarían a nuestro regreso a las tierras fértiles del río Calle-Calle.

Me dejé envolver en las tibias caricias de un futuro prometedor y en los mimos de una Sonia enamorada. El fundo en Valdivia, si bien se trataba de una propiedad enorme y fructífera en ganado y pastizales, no era el castillo de Uberlingen, ni el Calle.-Calle se asemejaba al lago Constanza, pero aseguraba un pasar económico sin sobresaltos y una vida placentera.

En febrero del año 1952, contrajimos matrimonio en una oficina del Registro Civil santiaguino y nos trasladamos al sur en mi automóvil.

El día anterior a mi despedida de la capital del país, acudí a la embajada inglesa para recibir respuesta de mis informes y comunicar al embajador que me radicaría en la ciudad de Valdivia. El representante de Su Majestad en Chile me hizo entrega de un cable cifrado proveniente del MI5 londinense con una orden perentoria: *“ubique y contacte a Hans Horowitz...urgente y prioritariamente”*.

Los deseos de la inteligencia británica tendrían que esperar un tiempo prudente, pues me encontraba ocupado en asuntos de mayor urgencia al lado de mi novel esposa.

Walter y su cónyuge, *fräu* Helga, nos acompañaron en los trámites y en el viaje. Fueron nuestros primeros huéspedes en el campo valdiviano.

* * *

HANS HOROWITZ, EL REGRESO AL MIEDO

Reconozco que fui gratamente impresionado por la belleza del lugar. El fundo era una maravilla, con amplios establos para la lechería, extensos pastizales que contenían varios centenares de cabezas de ganado que subían y bajaban colinas fértiles en un paisaje conmovedor. Y la casa patronal... ¡ahh!...la casa patronal nada tenía que envidiarle a las primorosas construcciones de la Selva Negra alemana. Por el contrario, ella bien podría servir de ejemplo para muchos agricultores germanos. El fundo se extendía hasta el pie de monte cordillerano y algunos trabajadores me aseguraron que en las cercanías de aquellas montañas podía encontrarse pumas deambulando en busca de alimento. Confieso que el paraje, el fundo y la enorme casa, provocaron mi inmediato enamoramiento. Pensé que mi ánimo sería permanecer allí eternamente, olvidándome de mi parcelita santiaguina que había quedado en manos de Walter para un posible arriendo.

Los hijos de Sonia –Bruno y Roberto- de nueve y siete años respectivamente, eran unos pillines simpáticos, sanos, alegres e inteligentes. Me recibieron tal como si me hubiesen conocido desde siempre. Se ufanaron de su manejo del idioma alemán conversando en la lengua madre durante largo rato, hasta que Sonia les indicó que era necesario hablar en castellano para no molestar a los trabajadores del fundo que

mostraban preocupación cuando sus patrones abandonaban la lengua española frente a ellos.

Los chicos saltaban de alegría fantaseando con las delicias de viajes a caballo junto a mí en las próximas semanas. Gustaban de acampar en la cordillera cuando el verano profundo lo permitía, y esperaban observar –ojalá cazar a tiros- a los pumas en su hábitat feraz. La verdad es que la idea también me agradó.

- Ni lo sueñes, amor –interrumpió Sonia- Una vez que regresemos de Río de Janeiro tendremos una tarea atroz, tanto en el fundo como en la futura fundición que deberás levantar en Valdivia.

Helga y mi esposa trabajaron arduamente en la preparación del matrimonio religioso y la fiesta consecuente. Ayudadas por una docena de empleadas, esposas e hijas de algunos trabajadores que vivían en humildes casas dispersas por la propiedad, transformaron mágicamente el decorado de la mansión patronal a la vez que disponían ordenadamente de los elementos que se utilizarían para el pantagruélico almuerzo que ofreceríamos a nuestros invitados (todos ellos amigos de Sonia y desconocidos para mí).

No participé en la confección de la lista de invitados. Era obvio que no sabía de la existencia de ninguno de ellos. Solamente solicité enviar partes de matrimonio a Leopoldo Castedo y Manuel Lizama, aún a sabiendas que debido a la distancia ellos no asistirían a la ceremonia ni a la fiesta. Pero, nobleza obliga y creí adecuado hacerlo.

Fue entonces que por primera vez revisé el listado. Un zapateo en el corazón alertó mis luces de peligro. En la lista estaba el nombre de Hans Horowitz. Sonia notó mi semblante de sorpresa y consultó la razón de tanto pestañeo. Intenté una disculpa meliflua que ella no aceptó.

- La confianza es como una copa de cristal –dijo suavemente- Una vez quebrada, no existe artesano que pueda componerla y dejarla como antes. Te ruego que nunca me mientas ni me ocultes nada, porque yo tampoco lo haré, así que por favor dime qué te ha preocupado tanto en esa lista como para cambiarte el humor.

No estaba en mis genes la adicción a la mentira o el ocultamiento de la verdad; esos pecados los tuve que aprender obligatoriamente en la *Resistance* francesa y en la *KGB* moscovita. Mi vida era otra. Nada tenía que temer de las sombras siniestras del pasado, por muy reciente que este me pareciese. En aquellos cortos días valdivianos conocí familias alemanas que, pese a estar radicadas en Chile desde tiempos de sus abuelos, en sordina y con gestos elocuentes demostraron su respeto y admiración a la obra que

Hitler logró en sus años de gobierno tiránico. A pesar de la derrota de la *wermacht*, manifestaban orgullo por la capacidad tecnológica y bélica germanas, fundado aquel en el hecho de haber visto a Berlín adueñarse de Europa. Creo no equivocarme si afirmo que los oficiales del ejército chileno que tuve en suerte conocer después, también mostraban idéntica inclinación. Si el *Führer* hubiese estado presente, con seguridad habría cambiado su drástica opinión sobre los “pueblos de estiércol”.

Sonia había puesto su dedo en mi mayor llaga e insistió con una mirada de hielo que congeló mis emociones. Con un leve movimiento de cabeza acepté la insinuación de mi esposa, tomándola del brazo para señalarle que requería conversar con ella, a solas, sobre algo importante. No más mentiras ni subterfugios fútiles. Era el momento de la verdad desnuda, después de todo se trataba de la mujer que me acompañaría el resto de mi vida y mi responsabilidad indicaba que ella tenía que compartir todo aquello que había sido parte de mi paso por este mundo. .

Nos encerramos en el dormitorio y gastamos las horas del resto del día en un diálogo franco y emotivo. Le conté todo, absolutamente todo sin guardar un mísero detalle. Sonia me escuchó atentamente y en ningún momento perdió la serenidad. Tampoco me interrumpió con preguntas inquisitivas ni expresó dudas en su semblante. Sólo me escuchó con interés, inteligentemente. Al finalizar mi larga exposición, atrapó mis manos entre las suyas y depositó un cálido beso en mis labios. Me encaró de inmediato con la única pregunta que yo no esperaba.

- ¿Eras miembro del partido nacionalsocialista?
- Fui, soy y seré siempre alemán –respondí emocionadamente.
- También yo, pero no era eso lo que pregunté –dijo ella con una sonrisa de complicidad en su rostro- Durante la guerra, debimos esconder nuestras ideas y sentimientos porque Chile optó por apoyar la causa de los aliados. Tienes que entender que nosotros, como alemanes asentados en el fin del mundo, nunca dejamos de confiar y creer en Hitler. En mi caso, creo que será bastante demostrativo para ti saber que mi segundo hijo fue bautizado con un nombre que recuerda la grandeza de la causa alemana.
- Perdona, amor, pero no te entiendo –manifesté confuso.
- Mi hijo se llama Roberto...¿entiendes? Ro-ver-to....Roma, Berlín, Tokio...Roberto...en honor al Eje y a Hitler. En cuanto a Hans Horowitz, estoy segura que él sabrá aquilatar la trascendencia que tu estadía en Chile tiene para los hermanos alemanes que sufren persecución en el mundo. Hans era muy amigo de

mi difunto esposo. Estudiaron juntos en un colegio de Osorno y después en la Universidad de Chile. Participaron también en las gestas del movimiento nacionalsocialista estudiantil de Santiago y escaparon por un pelo de la matanza del Seguro Obrero ordenada por el presidente Arturo Alessandri. No sólo estás casado con una alemana, sino que has regresado a la patria.

Me ofreció sus labios en un beso lleno de cariño y volvió a la carga con palabras que en absoluto me tranquilizaron, como era quizás su intención.

- Es conveniente que cuentes todo esto a Hans cuando él venga al matrimonio. Olvídate de los malditos ingleses. Aquí no tienen poder y son nada de nada. Te insisto, olvídate de ellos así como yo olvidaré a Françoise y a su amor árabe. Aquí serás, perdón... aquí ya eres un hombre importante y poderoso, respetado por la comunidad en general y por las autoridades chilenas en particular. Sin nosotros, el sur de este país caería en la inanición y el olvido. Este era territorio de indios ebrios e ignorantes. Ahora es una zona de excelente producción agropecuaria e industrial. Nosotros lo hicimos y continuaremos progresando en beneficio de esta república.

¡¡Me había casado con una nazi y estaba en territorio hitleriano!! Cuánto habría reído Hermann Goering de estar presenciando esa escena. Sus últimas palabras pronunciadas ante mí en Nüremberg, golpearon mi cerebro como un mazo de fierro.

“El Partido sigue vivo, Rudolf. Y continuará existiendo más allá de los siglos. El ejemplo de mi Führer y de quienes hicieron de Alemania una nación respetada y temida, seguirá brillando por mucho tiempo. Nuestra gente no ha terminado su labor, sigue trabajando en lo que es necesario, ya sea aquí en Europa o en cualquier otro continente. Nadie ha encontrado la fórmula mágica para fusilar ideas”.

Los fiscales de las naciones vencedoras buscaban prófugos del nacionalsocialismo por todos los rincones de Europa, convencidos de poder ubicar sus guaridas más temprano que tarde. El judío Simon Wiesenthal parió un andamiaje de organización perfecta destinado a cazar jerarcas alemanes para llevarlos a Nüremberg (y después a Tel-Aviv), con la diferencia que él tenía la convicción de hallar la hebra de una estructura nazi que protegía a los líderes germanos que supieron escapar de las tropas aliadas ocultándose en lugares muy distantes del antiguo escenario bélico. Hubo momentos en los que admiré a ese hebreo por su voluntarioso afán de hacer justicia a su pueblo, amén de una irreductible capacidad organizativa que puso en juego durante tantos años, con éxitos relevantes aún a riesgo de su propia vida.

Pero, ni Wiesenthal ni los ingleses y americanos tenían conciencia de los escondites verdaderos. No obstante, el “cazador de nazis” obtuvo un resonante triunfo al apresar en Argentina –y trasladarlo a Israel en una verdadera operación comando- a Adolf Eichmann, el otrora amante de Georgette Schmidt.

En la ciudad de Valdivia, muchos alemanes –hijos y nietos de antiguos inmigrantes- profesaban la ideología prohibida por las nuevas potencias sin que nadie perturbara sus tránsitos laborales, lo que permitía suponer que algunos criminales nazis supieron evadir el cerco y refugiarse en sitios lejanos de los ‘pueblos de estiércol’, donde llegaron portando identidades comunes y dineros mal habidos, contando con el apoyo y complicidad de ciertos lugareños dispuestos a arriesgarse en beneficio de los representantes de la patria madre alemana. Obviamente, Hans Horowitz era uno de ellos. Y Sonia también.

Sospechosamente, luego de la conversación descarnada que sostuve con mi cónyuge, los alemanes del sur comenzaron a tratarme con especial cariño y respeto; me contaban sus cuitas familiares y solicitaban opinión respecto de asuntos de negocio.

El día del matrimonio religioso, la capilla del fundo se hizo estrecha para recibir a trescientos invitados venidos no sólo de la región sino también de ciudades más apartadas. Castedo y don Manuel brillaron por su ausencia.

Me casé a medio día de acuerdo al rito católico adoptado por mis compatriotas desde hacía un siglo en tierras chilenas, con el boato conocido que exige promesas de fidelidad más allá de la pobreza y la mala salud. Walter y Helga parecían iluminados por la felicidad que transmitía su sobrina, mientras yo intentaba identificar a Horowitz entre los centenares de rostros desconocidos que poblaban el pequeño templo, muchos de los cuales asistían a la ceremonia atisbándola desde más allá de la puerta de ingreso.

La fiesta fue superior a lo que imaginé basándome en los preparativos observados los días previos. Sonia contrató un grupo orquestal de Valdivia, compuesto por cinco jóvenes chilenos que mostraron grandes atributos musicales ya que interpretaron danzas típicas de Westfalia, vales e incluso mambo y cha-cha-chá.

No hubo un almuerzo propiamente tal, sino que muchos mozos atendían a los invitados paseando múltiples bandejas con apetitosos bocados de variados tipos. Las gaseosas, cervezas y vinos, se encontraban en mesas especialmente dispuestas alrededor del salón principal para que los presentes se sirvieran a su gusto y según su nivel de sed.

En medio de jolgorio general, Sonia me presentó a Hans Horowitz. Era un hombre alto, atlético, con canas tenues en sus patillas. De cabello oscuro y ojos color café, el rostro de Hans resultaba agradable merced a una expresión semi sonriente que le otorgaba un

aspecto amigable. Nos separamos del ruido ambiental yendo a un cuarto contiguo que mi esposa usaba como lugar de lectura. Aislados del resto de los invitados, a solas, disfrutando de los cigarrillos que Walter me regaló en la mañana –“para la suerte y la felicidad”, dijo- tomamos asiento e iniciamos una conversación cuyo comienzo se había producido en una iglesia católica de Nüremberg.

Horowitz trabajaba como odontólogo en la ciudad de Temuco, pero poseía una propiedad agrícola en las cercanías de Parral, colindante con una extensa hacienda que pronto se constituiría en el centro neurálgico de los alemanes que todavía seguían fieles a las ideas de Hitler.

El dentista estaba enterado perfectamente de mis reuniones con Elke en Alemania, así como de mi parentesco con el fallecido Hermann Goering. Abrió el diálogo señalando que esperaba desde hacía mucho tiempo mi llegada a Chile, pues “el grupo requiere imperiosamente de sus servicios”, añadió con solemnidad.

Quería que una vez regresáramos con Sonia de Brasil, yo fuera a visitarle en su campo parralino a objeto de ser presentado a los dirigentes alemanes que se encargarían de constituir una sociedad agrícola y comercial que serviría de cubierta legal al “objetivo alma” de esa organización.

- No puedo ni deseo entregarle más detalles –apuntó- pero sí estoy autorizado para asegurarle que su labor es esencial en esta tarea que no sólo será de utilidad para nosotros los alemanes, sino también para la comunidad chilena de Parral y sus alrededores.
- ¿Usted también tiene alguna labor responsable en esa sociedad agrícola y comercial? –pregunté intrigado.
- Soy el dentista –respondió con firmeza.
- Ah, ya veo...dentista...bien...¿las autoridades locales han manifestado alguna reacción, buena o mala, al respecto?
- Oh... por supuesto. Los chilenos están positivamente expectantes con la creación de una gran empresa en la región. Por otra parte, no hay que desdeñar otro hecho significativo. Este año hay elecciones presidenciales en Chile, y puedo dar fe que el triunfador será un buen amigo nuestro, el ex general Carlos Ibáñez, que en alguna medida ha dado públicas muestras de afecto hacia la causa alemana.
- Le veo muy seguro de sus pronósticos, Hans.

- No le quepa duda que Ibáñez triunfará, conde Von Hayek. Los chilenos se cansaron de la politiquería del llamado Frente Popular y de las extravagancias románticas de los sindicatos, e imploran por un gobierno fuerte, apolítico y nacionalista.
- ¿Pero, los sectores derechistas, dueños de los capitales financieros, nada tienen que decir en esto?
- Já... la derecha chilena es cómoda, tibia y, perdone usted, bastante cobardona ya que siempre mira hacia las fuerzas armadas cuando algún problema aqueja sus intereses.
- Lo mismo pienso de la izquierda –anoté interesado en el tema, puesto que sobre ese asunto había informado antes a Londres.
- Estoy de acuerdo con usted, conde. El peligro real reside en los amplios y mayoritarios sectores medios, los profesionales, los comerciantes, los empleados públicos... ahí se anida el germen de la insurrección y los cambios sociales. Claro que esos sectores están aún bastante dormidos, pero no debemos permitir que despierten descubriendo cuánta fuerza pueden tener si se unen bajo una dirección única. Ello ocurrirá algún día. Nuestra misión es adelantarnos en la acción y tener dispuesto un entramado agresivo y poderoso que sirva a la derecha y a los militares criollos de base real para impedir lo anterior.
- Me parece loable vuestra iniciativa, no obstante sigo sin comprender cuál podría ser mi aporte.
- Disculpeme, conde, pero insisto que no cuento con autorización para dar respuesta a esa pregunta. De todos modos, ella la obtendrá usted una vez que se encuentre en Parral... después de su merecida luna de miel, por supuesto. ¿Podemos estar ciertos que nos visitará?
- Cuento con ello, amigo Hans –respondí sin alternativa de escape.

Al atardecer, una caravana de coches nos acompañó hasta la estación ferroviaria de Paillaco para abordar el tren que nos llevaría a Santiago. Con Sonia descansaríamos en casa de Walter Kleise antes de tomar el avión rumbo a Río de Janeiro.

La sonriente cara del odontólogo destacaba en medio de los otros rostros que nos deseaban una feliz luna de miel. El brillo malicioso de la mirada del dentista auguraba futuros momentos de tensión, haciéndome sentir de regreso involuntario a un encuentro operativo de los nazis en Uberlingen, o en Berlín.

DE COPACABANA A LA “COLONIA”

Las tres semanas que permanecemos en Río de Janeiro deben haber sido las mejores de mi vida.

Nunca más he visto playas como aquellas, de arenas blancas y cálidas, adornadas por hermosas mujeres en un inacabable desfile de belleza y modas del último grito. Varones de cuerpos atléticos jugando fútbol y muchos jóvenes de color contagiando a los turistas con su alegría musical desglosada del tamborileo encantador del samba, completaban un escenario de fantasía que sólo es posible encontrar en las cálidas costas brasileñas.

Gracias a las festivas calles cariocas, a la *feijoada* –un plato compuesto por frijoles negros, arroz, lechuga y carne- las escuelas de samba y las noches de bailes, pude desarraigarme temporalmente de las tensiones vividas en los últimos veinticinco años. En la cima del imponente monte “Corcovado”, a los pies del Cristo que abre sus brazos al país, me arrepentí de no haber escogido a Brasil como lugar de refugio para Françoise cuando fui consultado por Raoul Ezquerro en la fábrica parisina respecto del territorio que me parecía adecuado para la seguridad de mi ex esposa. En esos años, Brasil mostraba clara tendencia a constituirse en aliado de Inglaterra, lo que detuvo una posible elección en su favor. De hecho, el gobierno de Río de Janeiro, meses más tarde, declaró la guerra a Alemania e Italia involucrándose en el conflicto y transportando tropas a los escenarios de batallas.

Desde las alturas del monte carioca, sentí deseos de no regresar a Chile y permanecer en aquella ciudad maravillosa que ofrecía mejores garantías de desarrollo personal que las frías tierras del sur chileno.

Sonia protestó mis lucubraciones con una opinión que me molestó, aunque opté por no contestarla.

- Este es un país de negros, judíos y putas –afirmó con vehemencia- Sólo sirve para pasear y divertirse, pero vivir aquí sería una bofetada a nuestro digno orgullo.

La irracionalidad de sus intervenciones era transformada en calurosa pasión cuando llegábamos de regreso al hotel en las madrugadas. Ahí era otra Sonia. Amorosa, excitante, incansable. Entre jadeos y besos comprometía su amor eterno y manifestaba hallarse plenamente feliz a mi lado. Hacíamos planes para la futura vida en Valdivia e insistíamos en trabajar duro con el propósito de adquirir propiedades en Santiago y en

Valparaíso, lugares que me resultaban gratos y más civilizados que las fértiles campiñas sureñas. Pero, no bien dejábamos la habitación y salíamos a las *ruas* céntricas para retomar nuestro recorrido turístico, Sonia volvía a convertirse en la mujer empresarial cuyo norte estaba conformado solamente por el trabajo, el ahorro, el trabajo, el ahorro, el trabajo... y una nueva Alemania edificada en el país andino.

Al final de la segunda semana de luna de miel fuimos invitados en el comedor del hotel por un joven matrimonio portugués a acompañarles en una visita al monte “Pan de Azúcar”, colina alta –aunque de menor estatura que el “Corcovado”- desde donde se puede observar a placer la línea colorida de las playas cariocas y sus hermosas edificaciones que le dan un toque internacional a la ciudad.

Me llamó la atención que los jóvenes cónyuges lusitanos hubiesen escogido nuestra mesa para extender el convite. Sonia, en cambio, quedó encantada con la posibilidad de conocer el famoso “Pan de Azúcar”.

Mucha gente se encontraba disfrutando de la panorámica ofrecida por aquel sitio esa mañana, tanta que un guía turístico improvisado debió ordenar la fila de personas dividiéndola en tres grupos, ya que de otra manera el ascenso habría sido un completo caos. Por un azar –eso creí en aquel momento- Sonia y yo quedamos integrando grupos diferentes.

En la cima de aquel monte, otras personas esperaban a los turistas para dar satisfacción a las consultas y relatar sucintamente la historia de Río. A mí, la verdad sea dicha, me importaba un rábano conocer los detalles de la fundación de la ciudad pues el calor era agobiador y el sol caía verticalmente sobre mi cabeza. Encendí un cigarrillo permaneciendo algo separado del resto. La voz femenina hablándome en ruso despertó mis neuronas.

- Sigues siendo tan buen mozo como lo eras en Moscú.

Giré mi cabeza sobresaltado, pues escuchar el idioma ruso bajo la canícula brasileña era algo digno de sorpresa. Frente a mis ojos, tan rubia como antes, aunque con su piel tostada por el sol de mil días de playa, Analynne sonreía divertida por la expresión de incredulidad dibujada en mi cara.

- Llevo tres días tras tu pista –agregó, siempre en ruso- Recién hoy logré traerte hasta acá.

- ¿Los portugueses son tus ayudantes? –pregunté molesto, mas no inquieto.

- Hijos de camaradas alemanes. Tengo una información que date... proviene de Nüremberg.

- ¿Trabajas para “ellos”?
- Al igual que tú, querido. Aunque en tu caso puede esperarse cualquier cosa, ¿verdad? Bueno, dejemos eso, no discutamos antiguas cuestiones ya que no vale la pena. Elke ordena que ayudes a un tal Hans Horowitz y te pongas en contacto con Paul en Chile.
- ¿Paul? ¿Paul qué?
- No sé. Sólo Paul –Analyne hizo un gesto vago con sus hombros- Horowitz te indicará lo necesario. Se trata de algo sumamente importante para el futuro del Partido, pues deberás armar una organización de apoyo a los militares chilenos cuando les corresponda luchar contra los comunistas.
- ¿Eso es todo?
- No, eso no es todo. Debes cuidarte de un alemán que trabaja como espía de los soviéticos. Él anda tras tus pasos en Chile, pero aún no ha logrado ubicarte. Tiene órdenes específicas de Stalin y Krushev... para eliminarte. Sabemos que se hace llamar Gerhardt Fisher y tendría domicilio en un puerto cercano a Santiago.... San Antonio, eso es, San Antonio.
- Gracias rubia. Me cuidaré de ello personalmente. ¿Tú te encuentras bien?
- Bien y muy feliz. El sol tropical me ha sentado de maravillas.
- ¿Volveré a verte antes de regresar a Chile?
- Adiós, Rudolf –la mujer coqueteó con sus ojos claros y caminó presta hacia el grupo de turistas, perdiéndose en medio de los visitantes sin responder mi consulta y eludiendo mis intenciones amorosas, ya que en breves segundos recordé la apasionada noche de nuestra despedida en Nüremberg.

Retomé la luna de miel omitiendo mi encuentro con Analyne, pues Sonia habría reaccionado de forma impensable, anulando por completo la belleza de aquellos días pletóricos de sol y amor. Temía volver a la soledad y al abandono, quizás por ello acepté callada y sumisamente los exabruptos racistas de mi esposa, así como sus planificaciones para nuestro futuro. Hoy, ya viejo, me atrevo a pensar que también tuvo gran influencia en mi silencio el miedo a la pobreza –condición que no había conocido plenamente y que me era ajena por nacimiento- ya que Sonia poseía gran capacidad económica y no yo, pobre ingeniero venido a menos y aristócrata en decadencia, que apenas tenía una propiedad en Santiago, cuyo arriendo me habría permitido vivir sólo humildemente.

Era socio de Walter Kleise en la fundición y ello me reportaría fuertes ingresos, pero tal bendita situación dependía indefectiblemente de la solidez y estabilidad de mi matrimonio con su sobrina que era, además, la única familiar directa que lo ligaba a sus ancestros.

¡Nada nuevo en mi existencia! Como siempre había ocurrido, una vez más me encontraba a cubierto de cualquier desafortunada eventualidad económica, pero merced a la riqueza o posición social de otras personas más que por méritos propios. Conscientemente, uní a mi permanente cobardía la incapacidad para generar ingresos, lo que no se condecía con la historia familiar de los Von Hayek puesto que mi padre, tanto o más que mi abuelo, fue un destacado y exitoso comerciante. Ni siquiera había podido probarme a mí mismo como ingeniero mineralógico, pues nunca tuve oportunidad –ni intenciones, es cierto- de trabajar en el nivel profesional que corresponde a un egresado de la universidad de Berlín.

Hube de aceptar que el matrimonio con Sonia fue lo mejor que pudo sucederme, y que la suerte seguía acompañándome a pesar de todo. Mi presente y futuro se hallaban anclados en el fundo, la lechería, la barraca y la fundición que me esperaban solícitas en Valdivia. Si no trabajaba duro y asumía que en esa cualidad radicaba la solidez de mi tranquilidad, en cortos años dos fantasmas fuertes y unidos se me echarían encima cual manada de lobos hambrientos. Bruno y Roberto, los hijos del primer matrimonio de mi cónyuge, tenían derechos legales sobre las propiedades de sus verdaderos padres y ello no resistiría argumentación contraria en ningún tribunal.

Los últimos días de la luna de miel brasileña, Sonia los destinó a comprar “engañitos” (así llaman los chilenos a la adquisición de regalos para los familiares cuando andan de viaje) en diversas tiendas y locales comerciales de Río. Se pertrechó de variados artículos insulsos que esperaba repartir entre sus hijos, amigos e incluso trabajadores del fundo, siendo necesario adquirir un par de valijas para meter los regalos y viajar sin mayor incomodidad.

Al ascender en la aeronave desde el aeropuerto “Galeao” y sentir una comezón de inquietud al observar que la pista terminaba justamente donde se encontraba el despeñadero que caía sobre el océano, dije adiós a Río de Janeiro con un amargo sabor de boca puesto que tenía la firme intuición que esas podrían ser las últimas vacaciones agradables y tranquilas de mi poco gozosa existencia.

* * *

Permanecí en Santiago aduciendo que necesitaba algunos días para finiquitar el posible arriendo de la parcela, por lo que Sonia continuó viaje hacia Valdivia cargada de maletas y paquetes, acompañada por su tía Helga.

Debía concurrir a la embajada inglesa y entregar un nuevo informe, el que había preparado en mi mente usando los datos obtenidos en el sur y en Brasil. Si algo era lo que particularmente deseaba que no sucediera, decía relación con provocar un disgusto serio a los tipos del MI5 londinense por incumplimiento de mis compromisos.

Redacté el informe en el mismo edificio de la legación diplomática y lo entregué, como siempre, al secretario privado del embajador. En el documento hice referencias a Hans Horowitz y su ‘invitación’ especial para presentarme en Parral como colaborador de un tal Paul, cuya identidad y apellido desconocía. Nada dije respecto de mi encuentro con Analyne en Río de Janeiro, ni mencioné el aviso dado por la rubia que me alertó ante el posible ataque de un agente soviético llamado Gerhardt Fisher, aunque me permití obnubilar ese asunto mediante el subterfugio falaz de informar a los británicos que yo había logrado detectar en el puerto de San Antonio, frente a Santiago, la presencia y actividad del mencionado agente. Mi intención era ganar puntos en la opinión de los directivos de la inteligencia británica.

Desde la casa de Walter Kleise llamé telefónicamente a Hans Horowitz para acordar nuestro encuentro en Parral al día siguiente. El misterioso odontólogo estaría esperándome en la estación de ferrocarriles con un automóvil dispuesto para nuestro traslado a la hacienda que los alemanes habían adquirido recientemente.

El resto de la jornada santiaguina, previa a mi viaje, hube de enfrascarme en largos estudios y asuntos contables con Walter, pues el tío de mi cónyuge deseaba inaugurar prontamente la fundición valdiviana. El terreno y las primeras construcciones de esa empresa estaban bien encaminadas y se lograba observar el cuerpo grueso de la obra, con el río Calle-Calle a sus espaldas. Antes de fin de año, la fundición debía estar operando a plena capacidad, y ello impetraba dedicarse a la contratación inmediata de personal técnico, así como trabajadores de diversa índole.

Con el extenso listado de asuntos pendientes descansando en mi maletín, llegué a la estación ferroviaria de Parral bajo una pertinaz lluvia que reventó mis nostalgias de la calidez carioca. Horowitz no perdió tiempo. Me condujo por las estrechas calles de la ciudad hacia los extramuros, para enfilarse rumbo en dirección a la cordillera por caminos rurales aquejados de empozamientos de agua y sectores resbaladizos.

La hacienda era una extensa propiedad agrícola, mal explotada y con sitios tragados por la maleza y los arbustos, cuyos deslindes chocaban con las montañas de los Andes. El lugar, pese al cielo nublado y al día gris, parecía ser dueño de una belleza feraz y magnífica. Había mucho por hacer en él, pues observé trabajadores realizando labores de limpieza y algunos alemanes construyendo edificaciones de baja altura, pero sólidas y amplias. La entrada a la propiedad estaba protegida por cercas de madera y algunos perros de aspecto fiero deambulaban por las cercanías. En medio de las construcciones, un mástil soportaba la bandera de Chile y bajo ella flameaba orgulloso el pabellón germano.

Fui recibido con beneplácito y alegría por los teutones presentes, entre los que distinguí algunas mujeres de la misma nacionalidad. Bajo el cobijo de un pequeño galpón abierto por los cuatro costados tomamos asiento frente a tazas de humeante café. Un alemán de estatura normal, gafas livianas y cabello rubio, con voz y gestos autoritarios –similar a los que recordaba en ciertos jerarcas nazis- extendió un plano y atacó el punto que le interesaba, sin mayores preámbulos diplomáticos.

Dijo llamarse Paul y aseguró que los hijos de las familias alemanas del sector le trataban cariñosamente de “tío”. Era el jefe de esa comunidad y el cerebro de la organización que había bautizado con el poco atractivo nombre de “Colonia Dignidad”, en abierta referencia al nunca agotado amor por la patria de Goethe (y de Hitler, pensé socarronamente).

Sin ambages ni cuidados particulares, Paul reconoció que esa “Colonia” sería un refugio productivo para muchos alemanes que requerían abandonar la nación europea y recomponer la calidad científica y tecnológica del pueblo ario, hasta que “la patria vuelva a las manos de sus verdaderos hijos”, aseguró con énfasis. En el intertanto, pretendía alzar un complejo agropecuario y alimenticio que replicara las tradiciones alemanas y a la vez sirviera de ejemplo a los chilenos. La “colonia” respetaría las leyes locales, pero en su interior regiría una legislación propia imitando las normativas jurídicas que habían hecho de Alemania una nación respetada, admirada y temida.

- ¿Un estado dentro del Estado? –pregunté con inocencia, como si se tratase de algo sin mayor importancia.
- Algo parecido a eso –replicó Paul- Nuestros amigos chilenos están acostumbrados a cuestiones similares. Durante sesenta años los ingleses administraron a voluntad y placer las provincias salitreras del norte grande, estructurando ciudadelas donde incluso el dinero chileno carecía de valor en las transacciones comerciales. Si los

alemanes no hubiésemos inventado el salitre sintético, esos malditos británicos aún estarían allí. Además, el judaísmo internacional, a través de la estupidez norteamericana y la ignorancia de las autoridades chilenas, se ha adueñado de los yacimientos de cobre y maneja la voluntad política de los gobernantes criollos. Ahora hemos llegado nosotros. ¿Quién puede cuestionarnos? Este país es un pequeño estado que aceptó la presencia de otros Estados más potentes, ya que por sí solo le resulta imposible desarrollar las enormes capacidades naturales que ofrece su geografía. Al menos, hay que reconocer a Chile su honestidad.

- Entiendo, *herr* Paul –traté de no dejar traslucir mi preocupación- Pero, ¿cuál es el aporte que usted espera de mí?
- En esta zona los inviernos son crudos y largos, lluviosos, fríos. Necesitamos construir amplias bodegas subterráneas, con armazones metálicas y gruesas cubiertas de cemento, pero dotadas de aireación a través de ventilas que no den directamente al exterior sino mediante conductos que formen una red.
- Hum... aisladas de la lluvia y el ruido –acoté.
- Exactamente, conde Von Hayek... aisladas del agua y el ruido ambiente.
- Yo no soy arquitecto ni constructor –protesté débilmente.
- Pero es ingeniero, y sabe de resistencia de materiales, de planos, estructuras y cosas similares. Queremos pedirle que se haga cargo de la confección de los planos de las bodegas y recomiende el tipo de material que se necesitará. Eso es todo. No es mucho lo que estamos solicitándole –me miró con cara de halcón y apuntó hacia el plano extendido sobre la rústica mesa- En estos cuatro cuadrados que usted ve aquí, levantaremos edificios principales. Bajo ellos deseamos las bodegas subterráneas y sus salidas de escape...
- ¿De escape? –balbuceé confundido.
- Es una forma de explicar, nada más. Cada bodega deberá contar con ingresos normales, pero a la vez conviene poseer rutas alternativas, cual túneles, que permitan acceder hacia allá –su dedo se movió con presteza sobre el papel indicando terreno abierto, bastante alejado de las construcciones.
- Según el plano, eso significa un kilómetro o más de túneles.
- Mil trescientos metros, exactamente –aprobó Paul- ¿Puede hacerlo?

Accedí con un movimiento de cabeza, provocando la inmediata felicitación de Horowitz que estrechó mi mano con vehemencia, mientras Paul golpeó los muslos de

sus piernas con fuertes palmotazos. Ofreció más café e indagó el precio de mi contribución.

- Aunque estamos tranquilos en lo económico ya que recibiremos dineros desde Europa, actualmente nuestra caja chica se encuentra muy debilitada. Afortunadamente, no mantenemos ningún tipo de deuda por el terreno y los materiales para la construcción de los edificios fueron pagados al contado.
- Deje de preocuparse por el costo –dije, convencido de hacer un buen negocio para ambas partes- La fundición de Walter Kleise en Santiago, en la que tengo participación, le hará entrega de los materiales a bajo precio. Los planos significarán sólo el diez por ciento de ese total. Puede cancelarnos con cheques a treinta, noventa y ciento veinte días. Por supuesto, el traslado de los materiales correrá por cuenta de la “colonia”. En una semana más, le haré llegar con Hans el presupuesto final.

Walter, al recibir mi información a través del teléfono, aprobó entusiástico el convenio propuesto y se deshizo en congratulaciones a mi favor, asegurando que disponía de todo tipo de material para cumplir lo ofrecido. Por su parte, Sonia fue presa de un ataque de emociones ante la certeza que su esposo estaba colaborando con “la principal obra alemana en Chile”. Esa noche, ella me amó con furia destemplada y reiteró su cariño intachable. Con las primeras luces del día, volvió a su actitud de patrona implacable y trabajadora compulsiva.

Los meses transcurrieron en medio de labores intensas, tanto en el fundo como en la obra de la fundición. Al finalizar el año, la nueva empresa metalúrgica lanzó sus humos a los cielos sureños iniciando una faena productiva que en corto tiempo aumentó voluminosamente mis ingresos. Mientras, en Parral, la “colonia” comenzaba a adquirir perfiles de pequeño poblado alemán, pues cada mes arribaban a sus dominios nuevas familias germanas y, también, hijos de campesinos pobres de la región.

Tal como lo pronosticó Hans Horowitz, el ex general Carlos Ibáñez alcanzó la primera magistratura en las elecciones presidenciales con una fuerte mayoría de sufragios, y los alemanes valdivianos manifestaron su contentamiento celebrando el hecho con una gran fiesta en el fundo, invitados por Sonia y... por mí.

Tuvimos un año 1952 próspero y sin alteraciones. Nuestros negocios marcharon viento en popa y pronto fui considerado como gran empresario por bancos y autoridades locales.

Viajé regularmente a Santiago cada dos meses, argumentando que debía reunirme con Walter a objeto de afinar nuevos negocios e implementar la fundición con tecnología moderna. Ese antifaz me permitió seguir cumpliendo con el MI5 británico, pese a que durante largos meses no recibí instrucciones desde Londres, por lo que supuse que a Sonia le asistía la razón cuando afirmó que “los ingleses son nada aquí en Chile”.

En el mes de enero, tomamos vacaciones y nos dirigimos a Viña del Mar, llevando con nosotros a Bruno y Roberto, quienes habían desarrollado sus físicos amenazando convertirse en mocetones atléticos y fuertes. Sonia arrendó una casa en el sector céntrico de la ciudad balneario, contrató una empleada en la misma metrópolis y me exigió llevarla al Casino Municipal todas las noches. No amaba el juego, pero gustaba del ambiente que imperaba en ese sitio. “Al Casino ingresa sólo gente de buen aspecto y sólido pasar económico –afirmó con el mentón voluntarioso apuntando alto- Es conveniente que comiences a codearte con personas influyentes, porque perteneces a ese nivel”.

Una de las “personas influyentes” que descubrí en la sala de juegos la primera noche, fue a Françoise.

Bella, más que antes quizás, elegante y altiva, la antigua funcionaria de Correos de París, lucía un vestido importado de Burdeos y joyas inglesas. Le acompañaba su marido, Enrique, siempre tomado de su brazo como si temiera perderla en una multitud que no era tal. Jugaban *baccarat* en la segunda mesa y apostaban fuertes sumas de dinero. En uno de mis múltiples paseos por los alrededores, ella me descubrió. Su rostro manifestó sorpresa, pero no desagrado. Particular atención puso en la figura de Sonia y cuchicheó algo en el oído de su esposo, que bruscamente fijó su vista en mí, para retornar al juego con prontitud perdiendo mayor interés en lo que ella le susurraba. La segunda persona que vi aquella noche fue un hombre alto, de aspecto innegablemente germano, que me auscultaba desde las mesas de ruleta como si me hubiese conocido en ocasiones ignotas. Se aproximó a mi lado cuando Sonia logró ensimismarse en el giro de la ruedecilla, pues había apostado algunas fichas al número veinticuatro. Me saludó cortésmente y su presentación erizó mis cabellos.

- Encantado de conocerle, señor Von Hayek –su voz no era melodiosa, sino nasal y con marcado acento alemán- Permítame presentarme. Me dedico a la fotografía y me llamo Gerhardt Fisher.

Las luces del Casino parecieron rotar en un tiovivo de peligros y el mundo avanzó sus sombras acechando mi seguridad. Temblaron mis piernas y flaqueó mi espíritu. Las

aprensiones de antaño regresaron más vívidas y tormentosas. En fracciones de segundos desfilaron por mi atribulada memoria los eventos de Uberlingen, París, Moscú y Nüremberg. Los ojos acerados de Marolovski y la sonrisa perruna de Krushev ocuparon el espacio posible de mi esperanza imposible. Una vez más, Analyne volvió a mi mente con su risa cantarina y su figura de líneas perfectas. El aroma del perfume de Elke inundó pavorosamente mis sentidos y percibí que las garras infrahumanas de la *Gestapo* y la *KGB* se aprestaban a retorcerme el pescuezo. Un destello de ilusiones vacías me hizo pensar en Luis Buñuel, a salvo en tierras norteamericanas; pero aquel español tan querido por mí durante los años aciagos de la guerra civil, ajeno por cierto a mis avatares actuales, transportó los miedos a un lugar cercano a Granada donde Garía Lorca recibió los cobardes disparos que terminaron con su existencia.

En ese instante, mi esposa lanzó un chillido que me hizo brincar. La bolita de la ruleta se había detenido en el número veinticuatro.

Mi vida también había aparcado en un número desconocido. El de la Muerte.

Frente a mí, Gerhardt Fisher sonreía con la misma complacencia que debe caracterizar al puma cuando acorrara al venado en su coto de caza.

- Un amigo común me ha hablado muy bien de usted, lo que gatilló mis deseos por conocerle –la voz nasal resonaba como tambor en mi cerebro- Ha sido asunto providencial encontrarnos aquí.

¿Providencial? Fisher llevaba tal vez meses tras mis pasos. Por otra parte, ¿cómo supo que yo era Von Hayek si nunca vio una fotografía mía ni tampoco me conocía personalmente? Adivinando mis aprensiones, el hombre apuró una explicación que sólo sirvió para incrementar mis miedos.

- El mundo es un pañuelo, como dicen por estos lados –sonrió con extravagancia- He tenido algunos negocios con don Manuel Lizama, al igual que usted, y hace un año, o más, no recuerdo bien, le vi salir de la oficina de corretaje de propiedades junto a don Leopoldo Castedo. Don Manuel habló maravillas de usted. Y ahora tengo la suerte de encontrarle en Viña del Mar.

No iba a asesinarme en el Casino Municipal frente a cientos de testigos, pero podría hacerlo más tarde, cuando con Sonia nos dirigiéramos de regreso a la casa donde nos esperaban los niños y la empleada. Tenía tiempo, entonces, para seguirle el juego e indagar algo más respecto de sus intenciones. Mi esposa había vuelto a volcarse sobre la mesa de ruleta, entusiasmada con su primer golpe de suerte.

- Efectivamente, señor Fisher, el mundo es pequeño y nos depara sorpresas. ¿Me dijo que usted se dedica a la fotografía? ¿Tiene su estudio en Santiago o aquí, en Viña del Mar?
- Estoy de paseo en esta ciudad. Mi lugar de trabajo específico es el puerto de San Antonio, aunque debo recorrer gran parte del país a objeto de ganarme el sustento...o ganarme los porotos, como hablan muchos chilenos. Me imagino que usted tampoco vive en Viña, ya que sólo los forasteros gustan venir a botar dinero en el Casino.
- Mi domicilio está en Santiago –mentí sin desparpajo- Pero, también debo recorrer el país por motivos laborales.
- ¿Aceptaría que le invite un trago en el bar? –preguntó con afabilidad.

Sonia no puso reparos en quedar un momento a solas en la mesa de ruleta. Estaba ganando y ello le excitaba. Crucé los salones del Casino tras los pasos de Fisher echando ojeadas a Françoise que, a su vez, me miraba de soslayo por sobre el hombro de su marido. El bar bullía de parroquianos, preferentemente hombres maduros y elegantes que conversaban en sordina evitando llamar la atención con voces o risas sonoras, actitud extraña pero habitual en la gente de este país.

Tomamos asiento en una primorosa mesita ubicada en un ángulo del salón y esperamos a que el mozo nos sirviera dos copas de licor para entablar el diálogo. Gerhard Fisher experimentó un drástico cambio de actitud. La seriedad inundó su continente y los ojos claros parecieron convertirse en cuchillos filosos. Para sorpresa mía, habló en perfecto ruso.

- *Tovarich*, se nos había extraviado y la “oficina” en Moscú estaba muy, pero muy preocupada. Temíamos que los ingleses lo hubieran asesinado en el campamento de interrogación que aún mantienen en Alemania, pero la gente de Krushev logró encontrar la hebra de sus pasos. ¿Qué le ocurrió? ¿Por qué tuvo que trasladarse hasta Sudamérica?
- Señor Fisher, no tengo ningún antecedente suyo que me permita confiar en lo que dice. Hablar ruso no es suficiente aval.
- No tiene otra alternativa, amigo. Mis órdenes provienen directamente de Stalin y el propio Krushev me impele a cumplir la instrucción.
- ¿Qué instrucción? ¿De qué me está hablando?
- Llevarlo de regreso a Moscú –pronunció la sentencia como si fuera un mandato divino.

- ¡¡Usted está loco!! –alcé la voz y muchas caras voltearon hacia nosotros, inquietando a Fisher que manoteó con aspaviento tratando de callarme.
- El loco es usted, *tovarich*, que se encuentra enredado con elementos nazis en el sur –susurró con rabia contenida- ¿Cree que no estamos enterados de sus andanzas? Nadie, ¿oyó?, nadie traiciona al partido comunista, y menos aún a la central de inteligencia que lo formó.

Una idea, una decisión, azotó mi mente ofreciéndome la salida final a ese grave problema, pues Fisher demostró que estaba dispuesto a aniquilarme si no obedecía sus órdenes. Suavicé mi voz y adopté una actitud sumisa, rayana en la derrota y la aceptación.

- Siempre supe que, tarde o temprano, debería regresar a Moscú y rendir cuentas ante la comisión del partido. No me inquieta hacerlo, ya que poseo valiosa información respecto de la actividad de los nazis en Chile y en Paraguay. Se sorprendería usted de saber cuán avanzados están en sus planes, pero no voy a relatarle un ápice de ello, pues sólo le compete a los altos directivos de la “oficina”. ¿Entendido?
- Espero que así sea, por su bien.
- ¿Espera? –me mofé de su duda- ¡Si me casé con una de las principales dirigentas alemanas para lograr introducirme en su organización! Bien, basta de explicaciones. ¿Cuándo quiere que abandonemos este país?
- Lo más pronto posible. Mi responsabilidad es acompañarle hasta Buenos Aires y entregarlo en manos del representante del partido en esa ciudad.
- Mañana debo concurrir a la oficina del cónsul alemán en Viña del Mar. No puedo dejar de asistir, pues ello despertaría las sospechas de algunos y la policía iniciaría una búsqueda que podría desmoronar la huida. Le propongo abandonar Chile el próximo viernes, pasado mañana, y encontrarnos en el lugar que usted estime conveniente.
- Aquí mismo, a esta hora y sin valijas –Fisher respiró tranquilo- Le estaré vigilando... por si acaso....

Desapareció tan misteriosamente como se había presentado. Ni siquiera pagó el consumo al que invitó. Traté de mantener la calma y seguí adoptando una actitud pasiva y tranquila. Bebí el licor de mi copa sin apuro e incluí un cigarrillo que despaché con estudiada lentitud. Llamé al mozo y cancelé el consumo. Caminé sin prisas hacia la sala de juego en busca de mi esposa. Sonia continuaba frente a la ruleta. En cambio, Françoise y su marido no se encontraban en el lugar. Un chispazo de

sospechosa duda me hizo suponer que Fisher y mi ex esposa actuaban de consuno. La historia de Manuel Lizama y Castedo, que tan bien manejó el agente soviético en el bar, era una completa mentira. Fisher tenía que haber llegado hasta mí gracias a las orientaciones de Françoise. La muy pérfida no se satisfacía con la felicidad de su matrimonio, sino que deseaba verme hundido, pobre y miserable debido a mi cercanía con los elementos alemanes, y particularmente por mi relación con Sonia.

No titubeé en contarle a mi esposa lo acontecido en el Casino. Ella, hábil y lógica como era su costumbre, sin alterarse ni ponerse nerviosa, entregó la solución al problema. O mejor dicho aún, tomó las riendas del asunto con una sangre fría que podía sobrecoger a cualquiera. Regresamos prestamente a la casa y Sonia se adueñó del teléfono durante una hora, tiempo que demoró en contactarse con Hans Horowitz que le escuchó desde Temuco. Terminada su larga conversación, me arrastró al dormitorio y me hizo el amor con furiosos deseos. Abrazada a mi cuerpo, mordió mi oreja y murmuró melosa:

- No te preocupes de nada, querido. Estás protegido por tu gente. Ella se encargará del problema.

* * *

Instruido por mi esposa, el viernes ingresé al Casino cuando los relojes marcaban las once de la noche. Iba solo. Temblando, por cierto.

Me dirigí directamente al bar, tomé asiento en cualquier mesa y pedí un trago cuyo contenido no recuerdo. Otro trago... y otro... pero Fisher no aparecía. Por un momento pensé que el comunista había desistido de su plan y volvería a contactarme en otra ocasión. Deseché la idea, pues sabía que los agentes del partido de Krushev no abandonaban fácilmente una misión. Di un corto paseo por las salas de juego y regresé al bar. Un brazo en alto, en las mesas últimas, hacía señas invitándome a acercarme. Un extraño individuo –joven, fornido, de tez blanca y sonrisa fácil- insistía en contar con mi presencia.

- ¡Amigo Von Hayek, qué gusto de verle! ¿Anda usted solo, sin la compañía de la hermosa señora Kleise? Tenga la bondad de acompañarme un rato. ¿Gusta servirse algo?
- Perdone usted mi falta de educación, señor –contesté francamente sorprendido- Pero no recuerdo haberle visto antes.

- Es posible que no me haya visto, pero yo sí le conozco. Soy primo de su amigo Hans Horowitz y trabajo con él en Parral –bajó la voz, cambiando el ceño de inmediato- Su ‘problema’ está resuelto. Fisher no volverá a molestarle nunca más.
- ¿Lo... lo... lo eliminaron? –tartajeé asustado como el que más.
- No, no... –el joven rió de buena gana- Sólo una feroz paliza, algunos huesos quebrados, dos dientes perdidos y un chapuzón en el mar... eso fue todo. Lo tiramos al agua desde el Muelle Vergara después de ‘convencerlo’ que la próxima vez perdería algo más que el orgullo.
- Dios santo –murmuré- Desde el Muelle Vergara... puede haberse ahogado.
- Si no sabe nadar o si no evitó las rocas, claro... estará muerto ya, pero eso no debe preocuparle. Le aseguro que el tal Fisher nunca más intentará siquiera llamarle por teléfono. ¿Apetece un whisky? Aprovéchelo, pues esta misma noche debo llevar a usted, su esposa y sus hijos, de regreso a Valdivia. Tengo preparado el coche frente a la casa que ustedes arriendan en calle Arlegui.

No lo podía creer. Los nazis seguían operando con sus organizaciones tal cual si estuvieran en Peenemunde, Praga o París. No era Europa el lugar, pero el nombre de la ciudad comenzaba con la misma letra: Parral.

Para mi asombro, Sonia había empacado nuestras cosas, los niños se encontraban dormitando dentro del automóvil y la empleada había sido despachada con sueldo completo horas antes. ¡Eficiencia germana a todo dar!

En el largo y cansador trayecto de regreso a Valdivia, el joven salvador –de nombre Günther Franz- nos relató en detalle la forma que usó junto a otros tres alemanes de la ‘colonia’ para sorprender y apresar al agente soviético. No bien lo ubicaron en el ingreso principal al Casino, se presentaron como miembros de la policía civil chilena, deteniéndole de inmediato por no portar pasaporte al día. Fisher mostró temor ante la probabilidad de ser expulsado del país, ofreciendo un pago suculento si lo dejaban libre. Lo llevaron en un automóvil hasta las cercanías del Muelle Vergara, donde le propinaron una golpiza inolvidable, señalándole que el señor Von Hayek era miembro honorífico de la policía santiaguina. Antes de lanzarlo al océano desde la altura del muelle, le recomendaron no acercarse nuevamente a ningún efectivo policial, pues de hacerlo, la próxima ‘visita’ sería para asesinarle. “Nadie va a interesarse por un extranjero que trabaja para los comunistas y que se encuentra ilegalmente en el país –le dijeron como frase final- También sabemos que tu esposa, Rita, vive muy aporreada en Estados Unidos y que el *FBI* anda tras tus fechorías. Si continúas *hueveando* te

entregaremos a los gringos, pero sin brazos y con un ojo menos, o quizás les regalemos tu cadáver”.

Definitivamente, el “caso Fisher” estaba concluido.

Y, definitivamente también, yo estaba bien atado a los germanos de Parral. Quisiéralo o no, era miembro conspicuo de la “Colonia”. Bueno o malo, volvía a sentirme orgullosamente alemán.

LA VIDA ES UN TREN... QUE CRUZA RÁPIDO

José Stalin falleció el año 1953 debido a una hemorragia cerebral. El partido comunista soviético y sus ramas operativas –léase Komintern, Kremlin, KGB y Ejército– determinaron raudamente el nombre del sucesor: Georgi Malenkov, quien estuvo a cargo de la ‘purga’ ordenada por Stalin en Bielorusia y Armenia. Gobernaría hasta el año 1956, cuando fue reemplazado por Nikita Sergeievich Krushev.. el héroe de Stalingrado que también participó activamente en la purga comentada, aunque él lo hizo en Moscú y en Ucrania. .

No bien comenzó el gobierno de Krushev, Morolovski fue retirado de la ‘central’ y experimentó la misma medicina que gustaba ofrecer a otros. Recibió una pensión vitalicia de parte del estado y se mudó a Kiev, a casa de su hermano, donde trabaja como columnista de un periódico local, *ad honorem* por cierto, sin representar peligro alguno para el régimen comunista ya que sus escritos son severamente revisados antes de ir a la imprenta.

Un nuevo nombre comenzó a surgir en la prensa internacional, adosado al particular estilo que Krushev quería darle a su administración. Se trataba de Andrei Gromyko, un ex agente de la *KGB* al que conocí en Moscú durante mi estadía como alumno de la ‘academia’ soviética. Era uno de mis instructores y, lo reconozco, el mejor de todos.

Gromyko siempre fue partidario de una URSS fuerte, bélica y científicamente, que actuara como contrapeso del mundo capitalista y ofreciese a los países del orbe una cierta seguridad basada en el equilibrio de las fuerzas.

A poco andar, el nuevo gobierno comenzó a develar las atrocidades cometidas por Stalin, hasta que finalmente el XX Congreso del Partido Comunista, el año 1956, lo condenó públicamente por sus crímenes. Krushev fue uno de los principales críticos del gobierno

stalinista y principal instigador en el juicio político que culminó con la condena oficial a la figura de su antiguo jefe.

Los eventos mundiales se sucedieron con la misma velocidad de un tren expreso corriendo por las ferrovías en terreno parejo. Una lucha desembozada –pero siempre desmentida– entre Estados Unidos y la Unión Soviética se desató a diario. Una lucha que no incluía a los ejércitos, pero los mantenía al lado de la trinchera dispuestos a ingresar al campo de batalla. Se inició la competencia tecnológica y las armas nucleares pendían sobre la humanidad como espadas de Damócles listas para degollarla. La carrera espacial cobró forma y el espacio exterior pareció constituir una simple extensión de los dominios terrestres de los contendientes.

Alemania está dramáticamente dividida en dos grandes despojos, uno de ellos a cargo de los americanos y sus aliados; el otro, bajo la jurisdicción comunista de Moscú. La histórica ciudad de Berlín –situada en el territorio correspondiente a los soviéticos– sufre una división similar y los rusos ordenan levantar un ignominioso muro que impide la comunicación entre el este y el oeste de esa urbe.

En Valdivia, mis amigos y conocidos hierven de furor ante la desgracia de la patria madre. Pero, cargan sus dados contra los comunistas aceptando, aún a regañadientes, la intromisión americana que consideran “menos dañina” a los intereses germanos y a la historia del pueblo ario. Los berlineses sintieron en carne propia la maldad del *ghetto* que los nacionalsocialistas germanos impusieron a sangre y fuego en la hermosa Varsovia durante la guerra. Me duele reconocerlo, pero mis compatriotas debieron tragar la misma medicina social y racista que Hitler y sus esbirros inventaron para otros pueblos.

Sonia se encargó de nutrir la memoria de nuestros vecinos efectuando veladas de conversación y análisis en el fundo, las que algunas veces contaron con la participación de autoridades locales y, también, de oficiales de ejército acantonados en la región. El anticomunismo pasó a ser una forma de vida para ciertos sectores de la sociedad chilena que veían en la ideología marxista atisbos de satanismo, intenciones de exterminio global e impulso de la lucha de clases y las revoluciones armadas. Lo que más fuerza hacía en estas personas no era lo anterior, sino más bien la posibilidad de perder parte de sus propiedades a causa de cambios sociales provocados por gobiernos de tendencia socialista.

La “Colonia” de Parral había concluido sus trabajos de edificación y los planos que diseñé fueron llevados a la práctica con excelentes resultados, pues tuve la oportunidad de recorrer las ‘bodegas’ junto al “tío” Paul, constatando que los moradores de la hacienda habían ejecutado una labor de construcción digna de elogios.

Horowitz ya no vivía en Temuco y su parcela parralina pasó a manos de un nuevo propietario. El misterioso odontólogo se radicó en Santiago, contratado por un hospital a cargo de una de las ramas de las fuerzas armadas, lo que le abrió puertas en cuarteles y casas de oficiales con facilidad pasmosa. En la capital del país contrajo matrimonio –ya era hombre maduro- con la hija de un general de ejército retirado, incrementando sus relaciones con el mundo militar. Desde esa estratégica posición social trabajaba arduamente en beneficio de los objetivos del “tío” Paul, quien correspondía los favores con jugosos pagos en efectivo.

Mi vida se desenvolvía en un escenario de trabajo arduo en la fundición y en complementar las construcciones de la lechería. Sonia seguía a cargo de la producción agropecuaria y los trabajadores, mientras Bruno y Roberto asistían regularmente a clases en un establecimiento educacional que la iglesia católica administraba eficientemente en Valdivia.

El año 1959, en un trágico accidente automovilístico en la carretera, a la altura de Talca, fallecieron Walter y Helga. Viajaban hacia nuestra casa para pasar unos días de descanso a nuestro lado. Fueron semanas de intenso trajín y mucho pesar. Los bienes de Walter pasaron a nuestras manos y mi esposa estimó necesario proceder a su venta ya que resultaba molesto y oneroso administrarlos a la distancia. El “tío” Paul, gentilmente, adquirió a buen precio el inmueble de Walter, aduciendo que se encontraba ubicado en un barrio que le agradaba sobremanera, con la fastuosa mole del Estadio Nacional a un par de cuadras. La fundición de Santiago fue vendida a un empresario metalúrgico español y mi parcela se salvó de la tozudez de Sonia sólo porque estallé en cólera durante la discusión, apoyado por mis hijastros que deseaban contar con ese inmueble para el momento que ellos tuviesen que ingresar a una universidad en Santiago.

El producto de la venta de las propiedades de Walter aumentó considerablemente nuestro patrimonio financiero, permitiéndonos adquirir amplios terrenos vecinos al fundo y extendiendo la fundición valdiviana con nuevas maquinarias y productos.

Al momento de la entrada de Fidel Castro y el “Ché” Guevara a La Habana, la mañana del 8 de enero en el año 1959, junto a sus barbudos guerrilleros, yo podía considerarme un hombre rico y poderoso.

Chile era gobernado –para felicidad de la derecha criolla- por un respetado ingeniero y empresario de carácter fuerte y vida sencilla, Jorge Alessandri, hijo de otro presidente que fuera gestor de los más importantes avances sociales del país en la primera mitad del siglo. Los alemanes amigos de Sonia no guardaban buen recuerdo de ese hombre –Arturo

Alessandri Palma- ya que se le responsabilizó de la masacre efectuada por fuerzas policiales en el Seguro Obrero de Santiago, lugar en el que fueron asesinados a balazos algunos jóvenes estudiantes universitarios, miembros del nacionalsocialismo criollo. Este evento ocurrió años antes de la Segunda Guerra, pero seguía siendo motivo de discusiones y análisis en los círculos germanos.

La Revolución Cubana dio paso a la intromisión soviética en América Latina, rompiendo el pacto no escrito que determinaba zonas de influencia para cada una de las dos potencias que luchaban por el dominio del planeta. Fidel Castro declaró que su gobierno popular tenía base en la ideología marxista, y en el mismo edificio de las Naciones Unidas, en Nueva York, desafió el orgullo norteamericano. La “guerra fría” comenzó a calentarse peligrosamente.

Los ingleses, aliados sempiternos de los yanquis, entraron al baile utilizando a la diplomacia como elemento de acción. Temían, y con razón, que el ejemplo cubano cundiera como llamarada en el resto de países tercermundistas que históricamente habían servido a Londres de alacena fantástica de productos esenciales, como el cobre, caucho, estaño, petróleo, frutas, azúcar, café, trigo y madera.

El MI5 logró establecer contacto conmigo mediante un sujeto que apareció en las oficinas de la fundición portando un documento oficial emanado de la dirección de ese servicio británico. Me pidió leer el papel y memorizar las instrucciones. Luego, ante mis propios ojos, le prendió fuego dejándole quemarse sobre un cenicero.

- No deseamos informes ni comunicación alguna hasta que usted cumpla lo ordenado –dijo pausadamente- Una vez que haya logrado insertarse en el grupo que nos interesa, debe comunicarse con nosotros por la vía habitual.

Pasé noches en vela, silente y nervioso, haciendo esfuerzos para evitar que Sonia se percatara de mi ansiedad, pues Londres me empujaba a formar parte de los mismos grupos militares que nutrían la vida social de Hans Horowitz, con el propósito de recabar información irrefutable respecto de la opinión que los altos mandos de las fuerzas armadas chilenas tenían de los últimos acontecimientos mundiales. En suma, el MI5 necesitaba enterarse de la tendencia ideológica del generalato local para prever las acciones necesarias a realizar ante un eventual conflicto mayor.

La única manera de incorporarme a las actividades sociales de la alta oficialidad era a través del propio Horowitz, pero la forma en que debía concretar aquello me obligaba a caminar con pasos sólidos ya que podía despertar sospechas en el dentista, echando al tacho cualquier otro intento.

Ese fin de semana invité a Sonia a dar un paseo por la “Colonia” de Parral. La idea le fascinó y estuvo trabajando la noche anterior, junto a sus empleadas, en la preparación de *kuchenes* y *strüdel*s para regalarlos al “tío” Paul.

Fuimos recibidos con alegría por los colonos, quienes nos hicieron emocionar con las manifestaciones de cariño expresadas a lo largo de la visita. Mi esposa sintió algo de rubor por el asunto de los *kuchenes*, ya que se nos agasajó con un magnífico almuerzo en una instalación que los alemanes querían convertir pronto en hostería abierta al público. La calidad de aquella cocina maravilló mis sentidos, pues ella supo trasladarme al gran comedor del castillo de Uberlingen cuando el viejo Fritz, por instrucciones de mi madre, servía sabrosos platos de puré de castañas y venado al horno acompañado con mermelada de ciruela.

El “tío” Paul accedió fácilmente a mi ofrecimiento de instrucción en materias sociopolíticas para sus jóvenes colonos, impulsándome a describir, punto a punto, el plan pedagógico de las charlas, con objetivos específicos para cada unidad y afinar el propósito final de las mismas. Hizo algunos alcances y propuso modificaciones en ciertas materias, mejor dicho, en el contenido de ellas. Finalmente, llegamos al consenso y comprometí quedarme en la “Colonia”, en calidad de profesor, durante quince días, hasta terminar el ciclo de instrucción.

- Mi gente quedará permanentemente comprometida con usted conde von Hayek –dijo el inefable director de la hacienda- No sólo nos permitió contar con seguridad en el almacenamiento de productos, sino también abrirá las mentes de nuestros jóvenes para que entiendan adecuadamente el mundo actual y la significación trascendente de su estadía en este lugar.

Hizo un alto aparatoso y caminó en derredor con las manos cruzadas tras la espalda. Quería entregarme una información relevante –así lo expresó- la cual haría aún más importante y decisiva mi participación en ese lugar. Tomándome de los hombros me guió hacia el exterior de la propiedad por un estrecho sendero de tierra y piedrecillas que miraba a la cordillera. Nos detuvimos en un recodo donde se me hizo entrega de una confesión que alegraba el ánimo de ese individuo.

- Desde la semana próxima, esta propiedad contará con la documentación oficial y podremos iniciar los trabajos que hemos venido programando desde hace nueve años.
- ¿Cómo? ¿Significa ello que asta este momento usted ha realizado labores en un lugar que legalmente no existía como tal?

- No se alarme, *herr* von Hayek. El doctor Horowitz trabajó estupendamente los asuntos indispensables. Me refiero a que desde ahora la ‘Colonia’ tendrá existencia oficial y contará con el beneplácito del gobierno chileno. Para todos los efectos legales y burocráticos, este año será oficialmente el punto de partida de nuestro mayor aporte a la nación chilena. La prensa, los tribunales de justicia y el mismo gobierno, sabrán de nosotros a contar de este glorioso momento. Ya no estamos obligados a trabajar en el silencio. Es el instante de darnos a conocer, con orgullo y satisfacción. Y usted, por cierto, es parte vital en la historia de esta nueva Alemania que hemos bautizado en el fin del mundo

Esbozó una sonrisa plena de ironía y superioridad. Henchía el pecho porque “nunca había estado oficialmente en Chile, hasta ese momento”. En efecto, después me enteré que el ‘tío’ Paul, durante largos nueve años, había entrado y salido del país sin necesidad de documentación. De hecho, para cualquier autoridad local, Schäeffer Schneider –sus apellidos reales- recién llegaba al país proveniente de Alemania. ¡Y había trabajado clandestinamente durante un decenio dentro de esas fronteras!

Sonia debió secar sus lágrimas, presa de la emoción y orgullo porque su esposo se constituía en uno de los principales colaboradores del plan alemán en la zona centro-sur chilena. Me abrazó con sincero regocijo, solicitándome autorización para regresar a Valdivia por sus propios medios, ya que deseaba que yo permaneciera en Parral para comenzar a trabajar de inmediato en el ciclo de charlas.

- El “tío” Paul, gentilmente, me trasladará a Parral donde tomaré un autobús al sur. El lunes iré temprano a la fundición para ordenar los asuntos. Quédate tú con el automóvil, ya que lo necesitarás. No te preocupes por nada, amor, pues yo me haré cargo de todo lo necesario. Trabaja tranquilo aquí en la hacienda, pues los muchachos requieren de tu capacidad y cultura.

¡Así fue cómo me transformé en colaborador del grupo de colonos que dirigía Paul Schäeffer –el ‘tío’ Paul- con mano de hierro!

Las dos semanas que permanecí en el perímetro edificado de la “Colonia” me enseñaron que las palabras de Hermann Goering no fueron producto de un sentimentalismo barato. Los colonos seguían diariamente una rutina militar que replicaba en sus mínimos detalles el tipo de instrucción recibida, años ha, por las juventudes hitlerianas antes de la guerra, en la cual predominaban los ejercicios físicos y la concientización escandalosa de las mentes púberes para hacerles creer que la raza aria tenía que dominar al resto.

Cada una de mis charlas contó con la participación del total de jóvenes de ambos sexos que vivían en la hacienda, donde yo también tenía mi dormitorio individual. El ‘tío’ contaba con el respeto y admiración general. Todo le era consultado, hasta el más mínimo asunto. Para no desafinar en ese micro universo, opté por preparar cada instrucción con el mismo jefe, evitando de ese modo cualquiera interpretación equivocada de mis clases.

Dos veces Schaeffer me invitó a cenar en el comedor destinado a los jefes de la ‘Colonia’. La atención de los encargados simulaba exactamente el servicio doméstico militar que se ocupaba de los requerimientos del *Führer* en la “guarida del lobo”, lugar dispuesto y vigilado por las SS para su descanso y seguridad en Prusia Oriental, cuando el desarrollo de las acciones bélicas calentaban Europa.

En ese comedor, el ‘tío’ y sus asistentes hablaban sólo en alemán, mofándose de la lengua española a la que consideraban excesivamente “rococó” y válida sólo para la poesía romántica y sentimentaloides. “Idioma nada militar”, apuntó una vez Schaeffer.

Puse en juego mi experiencia de diplomático en tiempos de guerra y fui acercándome con parsimonia al punto que provocaba mi único interés en esos hombres. Utilicé para ello varias expresiones escuchadas de labios de mi esposa y sus amigos, tratando de seguir la línea de pensamiento característica de los “viudos de Hitler”, sin pormenorizar en asuntos que resultaban dolorosos para los derrotados partidarios del antiguo –y ahora prohibido- NSDP, como los resultados del juicio de Nüremberg o los éxitos obtenidos por el “cazador de nazis”, Simon Wiesenthal.

Paul Schaeffer clavó sus ojos en mi rostro repetidamente, indagando en mi alma cuánto de verdad había en mis opiniones y cuánto de falso podía tener el edificio argumental de mi posición. Era un tipo peligroso, con mucho poder en la ‘Colonia’ y fuertes lazos fuera de ella. Más allá de la fiereza de su voluntad y la férrea intención de construir los gérmenes de una nueva Alemania, había algo en ese hombre que me hacía dudar de su honorabilidad. Ese “algo” ya lo había detectado en ciertos líderes alemanes durante mi paso por la cancillería berlinesa, pero no supe definirlo con precisión en aquel instante. Me molestaba la gentileza sobre actuada, el falaz palmoteo de espaldas y las voces teatralmente puestas en escena por esos individuos, pues tales características se contraponían a sus reales personalidades que se negaban salir a flote frente a extraños como yo. Estaba metido en el lío y tenía que continuar la senda hasta su salida última.

El día anterior al término del ciclo de charlas, Paul solicitó sostener conmigo una conversación importante encareciendo mi silencio en algunos asuntos que calificó de confidenciales.

La entrevista se llevó a efecto en una de las bodegas, aislada del resto de las edificaciones y a puertas cerradas. El lugar se encontraba amoblado con una gran mesa de gruesa cubierta y varias sillas metálicas empotradas al piso. Las paredes habían sido recubiertas con una especie de material acolchado que apagaba los ruidos exteriores y daba al entorno un aire de calabozo.

- En primer lugar, conde, quiero agradecerle una vez más su noble aporte a nuestra obra y el impagable apoyo que hemos recibido de usted este año –movió sus manos para detener mis negativas a los halagos- Como también quiero impetrar su comprensión, ya que me permití solicitar sus antecedentes a Alemania. Ayer recibí confirmación de lo que ya había imaginado.

Confieso que en ese minuto sentí pavor, pues de Alemania cualquier cosa podía decirse de mí. La mirada bonachona de Paul desestibó mis temores. Parecía satisfecho de sus propias lucubraciones, ya que era un sujeto excesivamente halagado por la elevada opinión que tenía de sí mismo.

- ¿Ha oído hablar de Manfred Besson? ¿No? Pero sí conoce a Elke, su hermana mayor, ¿verdad? Manfred es quien se encuentra a la cabeza de la red alemana de reivindicación, pues Elke ha sido aquejada por una grave enfermedad que la mantiene postrada en una cama la mayor parte del día.
- ¿Y qué le informó nuestro querido Manfred? –pregunté con estudiada inocencia.
- Oh, no sea tan modesto, conde –Schäeffler tenía una actitud de lacayo, la que refrendó mi opinión de peligrosidad en ese tipo- ¿Por qué no confió en mí? Usted encontrará en la ‘Colonia’, siempre, siempre, todo el apoyo que requiera para cumplir con su notabilísima tarea.

El teutón me había dado el hilo de la madeja y sólo tenía que tirar de él para apropiarme de la tienda completa.

- ¿Por qué entonces envió usted a Hans Horowitz a tomar contacto con oficiales chilenos en Santiago y no me avisó de ello? –usé el tono de voz más duro y pausado que logré encontrar en mi interior.
- ¡Compréndame, conde, por favor! –gimoteó Schäeffler- Horowitz nunca me informó que era usted quien tenía la férula. ¿Qué puedo hacer para remediarlo?
- Nada, nada de nada –afirmé con autoridad- Deje que Hans continúe su labor en la capital, pero hágale llegar su molestia y avísele que yo iré a acompañarle en la tarea de inserción en las fuerzas armadas.
- Así lo haré, mañana mismo me dedicaré a ello.

- Eso espero, por su bien y por el éxito de nuestra misión –apunté categórico –Necesito, además, un favor personal suyo.
- Diga usted, *herr* von Hayek.
- Quiero que envíe a uno de sus hombres de mayor confianza a mi fundo en Valdivia para informar a mi mujer que estaré en Santiago los próximos días. No use el teléfono –volví a ser espía por unos minutos, recibiendo de Paul un gesto de satisfacción y entendimiento- escríble una carta exponiendo sólo lo esencial, nada de detalles, y dígle a su subordinado que debe proceder a quemar la escuela luego que Sonia la lea. Y que la queme frente a ella.
- Así lo haré, conde, así lo haré.
- Volveremos a retomar esta conversación cuando regrese a Parral, luego que haya corregido la plana al indisciplinado Horowitz.

¡La suerte, ese azar positivo que me acompañaba desde niño, puso en juego sus virtudes una vez más! Los ingleses tendrían que reconocer hidalgamente mi capacidad de investigador; quizás, me dejarían por fin en libertad absoluta. La imponderable rueda de la fortuna me colocó al frente de los alemanes parralinos con el báculo del poder en mi diestra. Nazis o no, los alemanes siempre hemos sido disciplinados y sumisos ante la autoridad, independiente de quien sea el que la ostente. Tenía a mis espaldas una organización perfectamente afinada que podía servirme de cobijo ante súbitas anomalías, y ya había presenciado la capacidad de ataque y ‘solución’ que los moradores de la ‘Colonia’ utilizaban si las circunstancias lo exigían.

Por primera vez, sentí la fuerza del poder en mis brazos y no estaba dispuesto a despreciarla. Sentado en esa silla metálica empotrada al piso, dentro de una bodega que era calabozo, oteando el respeto de Schäeffler por mi presencia, algo cambió en el interior de mi mente, algo indescifrable pero grato surgió en mí, brusca e indisolublemente, pues la sensación de seguridad en mis propias decisiones, en mi futuro, nunca llegó a ser tan prístina y soberbia como en aquel día.

Conduciendo el coche hacia Santiago repasé los perfiles de mi existencia, aceptando que siempre había llegado tarde y mal a los eventos significativos para el desarrollo de toda persona que hubiese contado con la suerte de estar en el lugar adecuado y en el momento preciso. Era hora de trastocar a mi favor los caminos del resto de la historia personal. ¿A qué podía temer? Era ya millonario –en términos chilenos- respetado y admirado por una poderosa comunidad alemana, tanto como por las autoridades locales que siempre bajaban la testuz ante quienes detentaban el capital financiero. En América

Latina, tener dinero, propiedades y un apellido que no derive de los antiguos españoles, y menos aún de los indígenas, es signo inequívoco de contar con la aprobación popular de una sociedad pusilánime y dependiente. Los chilenos sabían de ello. Fueron esclavos de los incas, luego de los súbditos de España, después de los ingleses, ahora lo eran de los norteamericanos y así seguirían siéndolo por largos decenios. Por ese motivo idiosincrásico los alemanes que llegaron al país gracias a una gestión de Vicente Pérez Rosales en el siglo diecinueve, sólo hubieron de trabajar duro para ganar la admiración y el respeto de todos los habitantes del sur del país. Yo venía hoy a guiarlos, y eso sí era poder real, político, social y económico.

¡Al diablo con los escrúpulos de aristócrata educado en el refinamiento familiar de Uberlingen! Schaeffer, Horowitz, Franz y los demás, me demostraron que en una nación subdesarrollada e incipiente era dable optar al poder sin mostrar la cara, así como lo ejecutaban tras bambalinas los ingleses, americanos y rusos en colonias que no les eran propias, manejando a las débiles autoridades locales a través de la economía alimentada con préstamos impagables, atados a exigencias mayores que beneficiaban únicamente a quienes los ofrecían.

Convencido de mis disquisiciones, enfrenté con dureza a Hans Horowitz obteniendo la inmediata aceptación de mi condición de líder por el sólo hecho de haber sido nominado como tal desde Alemania.

Esa misma semana asistí a dos cenas con altos oficiales del ejército y sus esposas, a los que me apuré en invitar a visitar el fundo en Valdivia para que gozaran de espléndidos días de descanso en los hermosos parajes de esos lares.

En pocos días pude enquistarme exitosamente en las actividades sociales y financieras de muchos generales y coroneles, agenciándome su amistad traducida en nuevas invitaciones que no eran precisamente sociales. ¿Qué preocupaba a las fuerzas armadas?

El presidente de la República, Jorge Alessandri, hacía esfuerzos considerables por incrementar la industrialización del país tratando de atraer inversiones foráneas que, sin embargo, mantenían dudas respecto de la volatilidad política de las reglas del juego económico, pues intuían que la nación caminaría pronto hacia una época de cambios significativos, respondiendo a la realidad latinoamericana que se debatía entre dos frentes absolutamente enemigos y contrarios: profundizar drásticamente el capitalismo aún en pañales en la región, o caminar tras la senda revolucionaria de Cuba y Fidel Castro.

Los plausibles planes económicos que el Presidente diseñó para el país, sufrieron una trágica detención en el mes de mayo de 1960.

Dos violentos terremotos estremecieron la zona sur dejando miles de muertos y ciudades completamente destruídas. Valdivia fue el lugar más afectado por el azote cruel de la naturaleza, pues debió soportar, junto al macabro temblor de la tierra, el aterrador castigo proveniente del océano. Un maremoto desoló los pueblos de Niebla y Corral, aislando del resto de Chile a sus pobladores, campesinos la mayoría de ellos, y castigándolos la mala suerte con el temporal de lluvia y viento que se desató de inmediato.

Fui testigo de la tragedia sureña, pero también sentí orgullo y emoción al presenciar cómo aquellos habitantes lucharon codo a codo, sin pausas, con palas y picos, con manos y mentes, para superar las consecuencias dejadas por el mayor sismo que registró la Historia en ninguna parte del mundo.

Sonia y yo colocamos a disposición de las autoridades toda nuestra capacidad solidaria, traducida en brazos de trabajadores, animales, camiones y maquinarias agrícolas. El fundo no había sufrido daños, como tampoco nuestra casa sólidamente edificada sobre una colina de suelo rocoso. La fundición experimentó la caída de un muro en la parte posterior de la empresa y la pérdida de la techumbre en dos galpones, pero pudo reiniciar su trabajo pocos días después del terremoto.

Los chilenos en general, y los valdivianos en particular, demostraron al mundo su capacidad de trabajo y fortaleza de espíritu, ya que en breves meses la nación se rehizo anímicamente de la desgracia y la productividad general del país retomó su ritmo acelerado.

No obstante, un nuevo desafío llegó abrupto y glorioso a las riberas gubernativas. El año 1962, Chile sería sede del Campeonato Mundial de Fútbol y la ciudadanía aguardaba con verdadera expectación el comienzo de las obras de mejoramiento y modernización de estadios, ciudades, parques y hoteles necesarios para recibir a los millares de deportistas, gentes de prensa y fanáticos de todo el orbe.

No era esto último lo que provocaba ansiedad en las fuerzas armadas, sino la probable ascensión al poder de un candidato socialista en los años venideros y, por ende, la cascada de cambios políticos y económicos que ello conllevaría. No existía un solo oficial de alta graduación que manifestara simpatías por la causa cubana. Muy por el contrario, para la esencia militar chilena Fidel representaba todo lo malo, todo lo

adverso, que un país “noble, independiente y orgulloso” podía encontrar en su libre tránsito al desarrollo.

Mi intempestiva aparición en sus salones y casas les vino cual anillo al dedo, ya que pudieron constatar que las comunidades extranjeras avecindadas en Chile poseían una visión similar y, además, parecían dispuestas a financiar las acciones a que hubiere lugar con tal de aguar la fiesta de los políticos de izquierda.

- Dejemos que pase esta locura del fútbol y, luego, como si fuese la única responsabilidad patriótica que tenemos por delante, dediquémonos a coordinar acciones en beneficio de la libertad –de esa manera se pronunció uno de los generales, respondiendo a mi invitación para concurrir a la ‘Colonia’ y comprobar con sus propios ojos los avances que los alemanes habían logrado en el lugar.

Tres años estuve depositando mis opiniones y ofrecimientos en el seno más noble de las fuerzas armadas criollas, ganando múltiples amigos e inenarrables socios en cuestiones comerciales, ya que hube de abrir una planta de fundición de metales en Santiago para proveer de material específico a la Fábrica de Municiones y Armamentos del Ejército, que pagaba excelentemente bien cada transacción, en las que algunos altos mandos del generalato tenían participación a través mío.

* * *

BRUNO Y ROBERTO.....

.....tal como tenía que suceder, se convirtieron en hombres de paso seguro y metas claras. Al egresar de sus estudios secundarios, rindieron el Bachillerato obteniendo un resultado que les abrió las puertas universitarias de par en par. Viajaron a Santiago instalándose en la parcela de La Reina para cursar carreras distintas que, sin embargo, les auguraban un futuro sólido.

Durante seis años crecieron lejos de los cuidados celosos de su madre, hasta que concluyeron sus estudios regresando a Valdivia con valiosos títulos universitarios

Bruno se integró como ingeniero agrónomo al fundo y Roberto, más independiente que su hermano mayor, permaneció en Santiago, ya que logró contrato en el Ministerio de Relaciones Exteriores merced a una estupenda recomendación extendida por el decano de la Facultad de Leyes y, además, gracias al apoyo irrestricto de tres generales amigos

que conversaron con el mismísimo Presidente de la República para obtener su decisión favorable.

Sonia no paraba de halagar la calidad profesional de sus hijos, así como aireaba orgullosamente la posición de su cónyuge entre la comunidad alemana y las autoridades nacionales. Tampoco dejaba de trabajar como enloquecida. Desde el fundo a la fundición, de allí a la planta de metales santiaguina, luego a la revisión de nuestras propiedades inmobiliarias que manteníamos en la capital y en Viña del Mar, para, finalmente, reposar en la parcela de La Reina donde Roberto gozaba de una envidiable vida de soltero.

En cuanto a mi trayectoria laboral, esta se desenvolvía solamente en las oficinas que debí instalar tanto en Valdivia como en Santiago para atender, junto a un equipo de profesionales que trabajaba a mis órdenes, los múltiples negocios y obligaciones derivadas no sólo de las empresas familiares sino también de los compromisos con mis nuevas amistades.

En la práctica diaria, difícilmente aparecía yo por las fundiciones o el fundo. Me agradaba sentarme a trabajar cómodamente en mis despachos y ser atendido con solícita prontitud por agraciadas secretarias y afables profesionales. Recibía la visita de representantes bancarios, oficiales de ejército, compradores y agentes de comercio exterior, tal cual lo haría cualquier empresario europeo inmerso en negocios similares.

Poco a poco, el éxito de mis empresas fue atrayendo nuevas moscas a mis territorios. Los políticos llegaron sin que nadie los llamara y decidieron quedarse junto a mí, a la espera de obtener alguna ganancia no prevista que les permitiera continuar ascendiendo en la pirámide del poder.

Paul Schaeffer, en la ‘Colonia’, con mi permanente apoyo y liderazgo financiero, obtuvo éxitos indiscutibles ya que los habitantes de la región miraban a la hacienda alemana como un verdadero “regalo de Dios”, una alternativa concreta para que sus hijos lograran mejores estándares de vida; y no eran pocas las familias de campesinos que pujaban por conseguir una vacante al interior de la empresa germana, o que entregaban voluntariamente a sus pequeños vástagos para que fuesen educados y capacitados por los instructores alemanes. Fue tanta la presión por ingresar a la hacienda, que Schaeffer decidió construir un pabellón destinado a recibir, en calidad de internos, a los muchachos y chicas que contaban con el visto bueno de sus respectivas familias para incorporarse a los programas de “Villa Baviera”, o “Colonia Dignidad”.

No había dificultades en el camino del crecimiento para la hacienda, a excepción de algunos sectores políticos –comunistas específicamente- que veían en ella un intento prepotente por rejuvenecer en el país los viejos laureles del fenecido Tercer Reich. La prensa nacional hacía caso omiso de tales protestas y, por el contrario, destacaba los logros de la ‘Colonia’ en beneficio de los habitantes pobres de Parral y alrededores, en especial la atención oportuna y gratuita ofrecida por el nuevo hospital que Schaeffer, inteligentemente, colocó a disposición de sus vecinos.

¿Y los ingleses, qué había de ellos?

Acogí las opiniones de Sonia en cuanto a no considerarlos un peligro latente si yo me transformaba legalmente en ciudadano de Chile. Además, la firme coraza que representaba “Villa Baviera” era útil soporte para desestimarlos. Con el pasar de los años mis informes al MI5 fueron raleando hasta desaparecer por completo. En ese lapso, tampoco recibí información ni órdenes desde Londres, por lo que me pareció asunto superado por la fría realidad y decidí no concurrir más a la embajada británica, para lo cual envié un último documento a mis desconocidas jefaturas señalándoles las razones de mi despedida. No hubo contestación, ni siquiera acuse de recibo.

El año 1963, Rudolf von Hayek, alemán nacionalizado chileno, era un hombre inmensamente rico, poderoso y feliz.

MARIANNE

El primer atisbo de la llegada intempestiva de una época plagada de tensiones, comenzó con la “crisis de los cohetes” que puso a Estados Unidos frente a frente con la Unión Soviética merced a la soberbia irresponsabilidad de las potencias que no se detenían en sus intentos por conquistar el mundo.

Un avión espía yanqui, el entonces famoso “U-2”, sobrevoló la isla de Cuba fotografiando el inusual movimiento de tropas y maquinarias rusas construyendo silos para lanzamientos misilísticos que apuntaban a la costa este norteamericana. De inmediato, el gobierno de John Fitzgerald Kennedy determinó bloquear la isla con naves de guerra, avisándole al resto de la humanidad que nadie podría ingresar o salir de Cuba sin el consentimiento de Washington. Hubo días de enorme tensión, pues se adivinaba el comienzo de la temida guerra nuclear que acabaría con el planeta.

Krushev, después de ciertas intentonas vanas por romper la pertinacia de Kennedy, ordenó a sus barcos regresar a las costas soviéticas. La amenaza de un conflicto nuclear disminuyó, pero la “guerra fría” incrementó sus veleidades y Cuba inició la más larga etapa de aislamiento de toda su historia.

Rusos y chinos, años antes, habían extendido su apoyo a los líderes de Vietnam del Norte, encabezados por Ho-Chi-Minh, calentando hasta el extremo la guerra del sudeste asiático luego que Francia, antiguo colonizador de la nación vietnamita, abandonara la zona vergonzosamente derrotada en Dien-Bien-Phu por los ejércitos rojos de Hanoi. Entonces fue el momento de los norteamericanos. Llamados con desesperación por los gobernantes de Vietnam del Sur que veían aproximarse desde el nortino Hanoi la catástrofe vestida de milicia comunista presta a conquistar la ciudad de Saigón, los yanquis enviaron sus armamentos y tropas convencidos que se haría una incursión rápida y exitosa para aniquilar con facilidad a los miles de hambrientos, desnutridos y subdesarrollados comunistas del norte de Vietnam. La experiencia sufrida por Washington en Corea, los años cincuenta, no sirvió de catalizador para impedir un nuevo fracaso bélico del país más rico del mundo.

Luego de la “crisis de los cohetes” en las aguas oceánicas cercanas a Cuba, que venían a agravar la fallida intentona anterior de algunos cubanos exiliados y norteamericanos fanáticamente derechistas que sufrieron una verdadera paliza a manos de comunistas cubanos en Bahía Cochinos con ocasión de la frustrada invasión a la isla, Kennedy manifestó sus deseos de “enfriar” las cosas y abandonar Vietnam en un plan de evacuación de tropas largamente estudiado.

El mes de noviembre de ese fatídico 1963, en Dallas, Texas, una conspiración derechista apoyada por poderosos empresarios del acero y ciertos militares retirados culminó con el asesinato del presidente de los Estados Unidos.

El poder de los “señores de la guerra” era incuestionable. Los “capos” de la empresa del acero y de las armas volvían a apoderarse del gobierno americano. Eran los mismos, a mi juicio (y estoy parafraseando a mi tío Hermann), que brindaban apoyo abierto a la causa judía en Palestina.

- Los hebreos han reconquistado el poder total en occidente, mientras los comunistas dominan sin contrapeso el oriente –dijo con rabia Paul Schaeffer una tarde en la que nos recibió un cálido sol en el restaurante de la ‘Colonia’- Ello indica que estamos bien encaminados en nuestra programación. Debemos, necesariamente,

unir esfuerzos con los militares chilenos que, por suerte, poseen una recia formación prusiana.

- ¿Requieres de alguno de mis atributos para ello? –pregunté a sabiendas que la respuesta me era conocida.
- Tú estás a cargo de todo y conoces bien tus responsabilidades.
- No me dices nada con eso –retruqué.
- Estamos en condiciones de entregar instrucción ‘especial’ en la Colonia a los militares que el ejército determine. Si existe alguien en el mundo que conoce perfectamente las debilidades de judíos y comunistas, somos nosotros. Tenemos una larga y exitosa experiencia al respecto. Los generales chilenos deben internalizar que nuestros enemigos históricos son los suyos también.
- Reconozco que esta es una época de cambios a nivel mundial. Uno, al escuchar la música en boga, ver películas y observar la conducta de los jóvenes, se inclina a aceptar las nuevas situaciones. Me parece que estos análisis ya deben haber sido discutidos en los cuadros directivos de las fuerzas armadas.
- Pero nunca tan profundamente como lo hemos hecho nosotros, Rudolf. Los militares chilenos ven solamente la luz más allá del túnel, en cambio nosotros... nosotros sabemos exactamente qué hay en ese lugar y cómo combatirlo. ¡Tienes que traer hasta acá a los encargados de la inteligencia militar!
- Bien, cálmate, conversaré estos asuntos con algunos generales amigos y veremos qué pasa.

Encargué a Horowitz pulsar la opinión de determinados generales para proceder más tarde a extenderles invitaciones a la Colonia con el objeto de tratar allí temas específicos, de interés mutuo y necesidad creciente.

Las primeras impresiones recogidas por el odontólogo fueron favorables a los deseos de Paul, por lo que me trasladé a Santiago dispuesto a permanecer en la capital durante un par de meses. Barrunté que los días próximos serían de reuniones secretas y conversaciones en voz baja. Había que determinar un sitio que contase con seguridades para los oficiales, un lugar no conocido por la prensa ni por los dirigentes políticos, ojalá apartado del tráfico vehicular pero cercano a los centros principales de la ciudad. Mi parcela en La Reina se prestaba magníficamente para concretar las reuniones.

Fue tan imprevista mi decisión que no alcancé a dar aviso a Roberto y aparecí súbitamente en el portón de ingreso de la parcela, siendo recibido por los ladridos de “Rex”, el fiel perro ovejero de mi hijastro, que alertó a todos de mi presencia.

Al descender del auto frente a la casa, una joven de rasgos hermosos y figura apetecible me sonrió desde la puerta, moviendo su mano en gesto de saludo. Detrás de ella, también sonriendo, pero con actitud de evidente sorpresa, Roberto me daba la bienvenida. Miré mi reloj. Las diez de la noche con veinte minutos. “Este jovencito está viviendo con la muchacha”, reflexioné, preocupado por la reacción que tendría Sonia si se enterase que su hijo regalón se había convertido en hombre. Sentí cierto orgullo machista al detener mi mirada en las caderas de la chiquilla. Era una hembra bella, atractiva, deseable para cualquier varón. Poseía una mirada cautivadora que agraciaba aún más los rasgos finos de su rostro, en los que brillaban los ojos verdes que encandilaban al observador desprevenido. Vestía mini falda y sus muslos eran sugerentes de mejores panorámicas hacia el interior. Mentalmente felicité a Roberto por su exquisito gusto, pero omití explicitarlo para mantener cierta autoridad frente a él.

Los apetitos libidinosos por la novia de mi hijastro se vinieron al suelo no bien Roberto hizo las presentaciones.

- Te presento a una colega abogada del Ministerio –dijo con evidente nerviosismo- Es una mujer brillante. Se desempeña en la subsecretaría y nos ha correspondido analizar jurídicamente el tema del uso de las aguas del río Lauca...
- Roberto, por Dios –intervino la muchacha, francamente divertida por la cháchara del joven- Tu padrastro va a pensar que estás tratando de venderle un curriculum...
- Perdona, amor –se disculpó él, asorochado- Viejo, te presento a mi polola...se llama Marianne D’Ivry...

No sé qué más dijo Roberto, ni tampoco recuerdo si hubo otras explicaciones antes de cenar un plato frío. Sólo tengo memoria para reconocer que sentí ahogos múltiples y que mi corazón se sacudió en la caja torácica con palpitaciones que galoparon por su cuenta y riesgo. Puse en juego la totalidad de mis capacidades diplomáticas para salir del paso sin mostrar vergonzosos titubeos ni manifestar sorpresas vestidas de repentino interés por haber encontrado a mi propia hija en brazos de mi hijastro. Hice esfuerzos considerables por llevar adelante una cena informal con conversaciones nada trascendentes ni profundas, rayanas en la insulsa verborrea que trataba de asuntos habituales, como saber qué tipo de trabajo desarrollaban ellos en el Ministerio, cómo se

habían conocido, cuánto tiempo llevaban pololeando (en Chile, el “pololeo” es el paso previo al noviazgo oficial, lo que no es obstáculo para que la pareja haga de las suyas), qué intenciones tenían para el futuro (pésimo tema, por lo demás, pero mi nerviosismo impidió contar con mejores preguntas), y otras sandeces por el estilo.

Marianne se manejó como pez en el agua. Inteligente, vivaz, simpatiquísima, culta y, muy especialmente, agradable en extremo; administró a la perfección sus emociones pese a haberse encontrado de golpe y porrazo con el padrastro de su amante.

Roberto, en cambio, se mostró confuso, aletargado, presa de un nerviosismo evidente, tal si supiera la magnitud del problema que estaba originando su sentimiento por la muchacha.

Tarde ya, mi hijastro sacó su automóvil para llevar a Marianne hasta su hogar. “Vuelvo en una hora más”, me dijo con actitud compungida. Me eché sobre el sofá, licor en mano, exhalando ruidosamente mis aprensiones, descansando de las tensiones provocadas por la hermosura inesperada de aquella chiquilla que pareció reconstruir la figura de una Françoise casi olvidada por mi corazón, intentando recomponer ánimos para enfrentar la segunda parte de ese drama griego que se completaría con el regreso de Roberto.

Era madrugada cuando él ingresó a la casa con paso poco decidido. Tomó asiento en el sillón frente a mí, se sirvió una copa de pisco y encaró mis dudas con un valor que agradecí.

- Encarecidamente, te ruego me perdones, me comprendas y, ojalá, aceptes mis sinceros argumentos –su voz tendió a quebrarse- porque Marianne y yo estamos profundamente enamorados, dispuestos a enfrentar cualquier tormenta, por muy intensa que sea.
- Deduzco por tus palabras que tienes perfecta conciencia de lo que significa seguir adelante con ese romance.
- Absolutamente –Roberto afirmó el tono de su voz.
- ¡¡Se trata de mi hija, hombre!! –exploté, incrédulo aún por lo acontecido.
- ¡Lo sé, viejo, lo sé! –prorrumpió en llanto.
- ¿Y lo sabe ella?
- Por supuesto que sí...
- Entonces, Marianne sabía que yo soy su padre –me costó decir aquello ya que la emoción hizo presa en mi angustia.

Roberto inició una larga explicación respecto a la forma en que conoció a Marianne y cómo, más rápido que lento, fue enamorándose de ella. Obviamente, sucedió en las oficinas del Ministerio.

Ambos eran abogados noveles, recién ingresados al servicio, por lo que debieron compartir las tediosas sesiones de instrucción en asuntos jurídicos relativos a la diplomacia, hecho que permitió un acercamiento por motivos de estudio. Ambos tenían algún grado de información respecto de la existencia del otro, aunque Marianne carecía de datos precisos sobre Roberto, pues los apellidos de mi hijastro son Friederich Klaise, por lo cual la única hebra posible radicaba en mi esposa, algo particularmente poco probatorio de su parentesco conmigo, pero posible. No obstante, fue mi hijastro quien dilucidó el asunto contándole que su madre habíase casado por segunda vez y que el padrastro era un ingeniero alemán llamado Rudolf Von Hayek.

El conocimiento de la verdad alejó a Marianne por algunas semanas, pero un cóctel ofrecido en los salones del Ministerio por el cumpleaños del subsecretario les acercó de nuevo... y para siempre. Reconocieron con entusiasmo sus sentimientos mutuos, dando inicio a un romance que creció alimentado por la adversidad y que aumentó con el paso de los meses. Françoise y su esposo nada sabían de ello, al igual que Sonia y yo. Era un secreto que debería explotar sólo cuando los enamorados decidieran contarlo, y eso sucedería luego de que se hubiesen casado en la más irrestricta soledad, pero mi abrupta aparición rompió lo programado trastocando el panorama.

Comprometí a Roberto mi silencio cómplice, recomendándole también cerrar la boca frente a su madre y a su hermano Bruno, a la espera de encontrar la manera menos burda de informarles, aunque era consciente que fuera cual fuera la fórmula usada, igualmente el drama se desataría. Yo era parte del asunto y Sonia jamás me perdonaría por haberlo permitido y callado. Pensé que una reacción similar tendría Françoise si lo supiera. Por angas o por mangas, yo era la cabeza de turco. Si no se enojaban conmigo las respectivas madres, se disgustaban los novios.

- Marianne está deseosa de hablar contigo –murmuró Roberto- Dijo que se había emocionado profundamente al verte. Además, encontró que tú eras un hombre guapo e inteligente.
- ¡Para qué más! –lancé mi última desesperación en un gemido prolongado y apuré el licor que aún reposaba en la copa como mudo testigo de aquellos avatares.

Mi hijastro me atrapó en un abrazo henchido de emociones variopintas, besó mis mejillas y marchó a su dormitorio dejándome meditabundo con sus últimas palabras. “Te quiero mucho, viejo lindo; te pasaste. Mil gracias”.

* * *

Mi hija es un arco iris de alegrías sumergidas en la desesperación. Estar con ella es una fiesta perfecta, hasta que llega el momento de recordar la profundidad del problema y la felicidad lúdica se convierte en funeral. Se amurra refugiándose en el ensimismamiento e ignora la presencia de los demás. Sólo Roberto sabe sacarla del mutismo.

Pasó un mes sin que hubiese existido un solo día en el que Marianne no hubiese estado a mi lado, ya fuese cenando o, simplemente, echada en mi regazo en la casa de La Reina.

Aprendimos a conocernos y amarnos en escasas semanas, por la premura del tiempo disponible, y estrujamos recuerdos de situaciones compartidas en formas diferentes.

Roberto se hizo sabiamente a un lado, permitiendo que disfrutáramos del reencuentro como sólo padre e hija pueden hacerlo.

Muchas veces Marianne almorzó conmigo en mi oficina del centro, y las mismas veces, abrazados como viejos camaradas, asistimos al teatro, a la ópera y al cine. Ella se negó a recibir los regalos que mi corazón impetraba. Decía no necesitar nada, que le era suficiente contar con el amor de Roberto y mi cariño de padre. Lo único que me exigió fue el juramento de mi incondicional amor por ella. “Pase lo que pase y diga el mundo lo que quiera”.

Al morir ese mes, nos reunimos una vez más en la parcela a la hora de la cena. Roberto llegaría tarde esa noche ya que estaba colaborando con el ministro en la preparación del discurso que daría el Presidente Alessandri ante el Congreso. “Se trata de la cuenta anual a la nación”, manifestó Marianne muerta de la risa por mi ignorancia. Retornó prontamente a la seriedad y su pensamiento pareció divagar por sitios ignotos. Tomó mis manos y soltó las ideas que acechaban mis reacciones.

- Roberto y yo hemos pensado que uno de nosotros debería postular a un cargo diplomático que nos lleve fuera del país, a cualquier lugar en el que podamos desarrollar no sólo nuestro amor, sino también nuestra profesión. Quizás Ecuador... o Centroamérica.
- Es una posibilidad –contesté sin entusiasmo- Pero, lejos de aquí les resultaría oneroso y nada fácil construir vuestro hogar.
- ¿Tú nos ayudarías económicamente? –preguntó sin tapujos ni vergüenza.

- Claro que sí; sólo que debería procurar la forma menos peligrosa para hacerlo, ya que Sonia es quien maneja las cuentas de todos mis asuntos. ¿Confías en tu padrastro para procurar una ayuda igual?
- No. Enrique está dominado por mi madre y no da un maldito paso sin que ella lo sepa.
- Pero, es un hombre adinerado, un empresario textil exitoso –apunté.
- En sociedad con sus hermanas, las que adoran a mi mamá y pierden los estribos con mi hermano menor.
- ¿Françoise tuvo otro hijo? –la pregunta escapó de mis labios con síntomas de alarma.
- Tengo un hermano, se llama Javier, Javier Abusleme Blanchart. Es el regalón de su padre y sus tías. Tiene doce años de edad y es todo un mal criado, caprichoso, mimado y soberbio –sonrió con ternura- Pero es hermoso y a mí también me roba el sueño. Imagínate, un chiquillo con rasgos árabes, pero con los ojos y la barbilla de mamá. ¡Un encanto! ¿Tú y Sonia no tienen....?
- No –interrumpí secamente- no tenemos hijos. Incluso tú, que sí eres descendiente mía, posees un apellido inexistente. Es que durante la guerra,....
- Mi madre me contó las razones. Eran años extremadamente peligrosos para ustedes, lo comprendo y no hago cuestionamientos al respecto –se detuvo en la frase y me pareció que deseaba expresar un sentimiento profundo, oculto tal vez en su corazón desde hacía tiempo.
- Algo quieres decirme, hija –abrí las compuertas de la sinceridad para que Marianne transitara libremente por las estepas de la confesión- Hazlo ahora, aprovecha que nada soy capaz de negarte hoy día.

Me miró con profundo cariño. Se aproximó para depositar un beso tierno y largo en mi cara. Estuvo abrazada a mi cuerpo largo rato; en esa actitud soltó su íntimo deseo.

- Papá, cuando Roberto y yo decidamos la fecha de nuestro matrimonio quiero que de inmediato me acompañes al Registro Civil. Tú y yo solos. Nadie más.
- ¿Al Registro Civil? ¿Deseas que yo sea tu testigo?
- No, papito. Deseo cambiar mi apellido y llamarme von Hayek. Porque eso es lo que soy. Hija del conde Rudolf von Hayek, oriundo de Uberlingen, en el lago Constanza, concebida en París y nacida en Chile.

Por primera vez lloramos como niños emocionados. No sería la última ocasión propicia para derramar lágrimas, pero para ese entonces las circunstancias serían

diametralmente opuestas ya que el país estaría sumido en el más impresionante quiebre político y social de toda su corta Historia como nación independiente.

EL CAMBIO SOCIAL ES MEJOR QUE UNA REVOLUCIÓN

Las características de ruritania existentes en el país comenzaron a estremecerse con la llegada al gobierno de un nuevo y audaz grupo de jóvenes políticos. Eran estos la alternativa eficaz para detener el avance de pobladores, obreros y estudiantes adheridos a la ideología marxista.

Eduardo Frei Montalva, un abogado de ideas cristianas y temple de estadista, arrasó en la elección presidencial del año 1964 obteniendo una mayoría abrumadora gracias al apoyo de la derecha que carecía de líderes.

Comenzó el período de la “Revolución en Libertad”, un programa basado en las encíclicas papales y en el pensamiento del francés Jacques Maritain. Una amplia oferta de cambios sociales inundó la nación, sin poner en riesgo la estabilidad de los capitales foráneos ni renegar del apoyo norteamericano traducido en préstamos pantagruélicos y programas de asistencia global, como fue la “Alianza para el progreso” estructurada desde Washington. Había que encantar al pueblo conquistándole el corazón, creando nuevas instituciones participativas y dando un giro al escabroso asunto de la redistribución del ingreso, pero reafirmando a la vez la importancia vital de la inversión extranjera.

Mis amigos militares no se mostraban del todo tranquilos con la nueva administración. El temor se encontraba presente en el futuro político, ya que intuían que el próximo gobierno podría caer en manos del hombre más odiado por ellos, el doctor Salvador Allende, senador socialista y sempiterno candidato de la izquierda chilena.

El partido de Frei, la Democracia Cristiana, procedía de un movimiento político anterior llamado Falange Nacional que, a su vez, se había desgajado de los sectores juveniles del tradicional y muy derechista Partido Conservador, lo que en cierta medida daba alguna garantía de ecuanimidad a las fuerzas armadas, elementos tradicionalistas y de origen aristocrático que a lo largo de la historia chilena habían manifestado apoyo preferente a los gobiernos conservadores.

En la ‘Colonia’, Paul Schaeffer se sobaba las manos pues según su enredado análisis la Democracia Cristiana –o mejor dicho, la vieja Falange- poseía perfiles ideológicos desglosados del franquismo español, lo cual equivalía a decir que ciertos rasgos del nacionalsocialismo hitleriano estaban presentes en el alma de los nuevos gobernantes.

Sonia andaba huraña, retraída y con un genio de los mil demonios. “Vamos a enfrentar una reforma agraria –decía entre dientes- ya lo verás, estos ‘beatos’ de mierda querrán quitarnos lo que nos pertenece para dárselo a los vagos y a los miserables”. Precavida empresaria, con ojos de financista, comenzó a retirar dinero de nuestras cuentas bancarias y lo depositó en instituciones foráneas, específicamente en un banco de Miami. La dejé hacer pues yo también avizoraba problemas en corto tiempo. Nuestros ingresos los dividió en tres secciones; una era para pagar las cuentas mensuales y vivir con cierta holgura; otra sección estaba destinada al ahorro en bancos nacionales, y la última iba a engrosar nuestros haberes en Miami.

Bruno aumentó su carga de trabajo, recorriendo el fundo de punta a cabo, buscando terrenos que nunca habíamos ocupado, para tornarlos productivos urgentemente, pues la avalancha de reformas gubernamentales señalaba que serían expropiados los terrenos no explotados. En dos años de trabajo incesante, mi hijastro pudo mostrar su orgullo por haber conseguido que el noventa por ciento del fundo se hallase produciendo a cabalidad.

El gobierno sintió las primeras presiones por parte de sectores de izquierda, quienes catalogaban las reformas como “agua tibia” y exigían profundizarlas. Los trabajadores de las empresas mineras hicieron otro tanto, y comenzó a debatirse en el Congreso la “chilenización del cobre”, idea que no jaqueaba a los capitalistas norteamericanos pero entregaba al país una parte importante de las decisiones respecto del metal rojo, principal –y casi exclusiva- exportación chilena que redituaba ingresos significativos en dólares al Estado.

Centenares de profesionales jóvenes irrumpieron en oficinas de gobierno, en ministerios y reparticiones fiscales. Una nueva forma de hacer política y de encarar el desarrollo se hizo presente a lo largo de la república. Cada día que pasaba, una nueva reforma, una profundización de ella o la creación de organizaciones populares para la participación, surgía ante la opinión pública.

Marianne y Roberto, abogados del Ministerio de Relaciones Exteriores y egresados del curso diplomático que dictó esa misma repartición, ingresaron al Partido Demócrata Cristiano asumiendo responsabilidades políticas al interior de su lugar de trabajo.

Se me erizaron los cabellos al imaginar las reacciones destempladas de Bruno y Sonia cuando se enteraran que Roberto –el regalón de mi esposa- pertenecía al gobierno que dictaba leyes en orden a reformar la propiedad agrícola. En Valdivia lo considerarían traidor a la familia y a la estirpe alemana. ¡Qué dirían entonces si supieran que mi hijastro se había casado ya con Marianne, y que ella era mi hija! ¡Enlazados oficialmente en una ceremonia tan humilde y solitaria, que ni siquiera yo fui invitado!

Como si aquellos líos no bastaran, un sorpresivo ataque de apendicitis me tiró sobre la camilla del quirófano y debí ser sometido a intervención quirúrgica en una clínica de Santiago. Marianne me acompañó en ese trance e hizo los trámites de rigor, mientras Roberto viajó al sur para informar a su madre. A los pocos días, apareció Sonia haciéndose cargo de la situación. Marianne, por sugerencia mía, se desatendió del asunto perdiéndose en el anonimato del establecimiento hospitalario y de la parcela, por lo que temporalmente se alojó en un céntrico hotel al que Roberto llegaba cada tarde para acompañarla hasta el anochecer, pues Sonia podía ir sorpresivamente a la casa de La Reina por cualquier motivo, pese a que la Dirección de la clínica instaló otra cama junto a la mía para que ella estuviese siempre a mi lado.

Tozuda como la que más, Sonia insistió en que mi recuperación tenía que lograrla en la ‘Colonia’, pues allí, amén de amigos y subordinados, contábase con un hospital alemán que daba plenas garantías para la atención de tan importante paciente.

Horowitz se encargó de trasladarnos en su automóvil hasta Parral. Schaeffer nos recibió en el amplio portón de ingreso acompañado por un médico y dos enfermeras. Pese a mi estado de ánimo –decaído y convaleciente- no pude dejar de observar que la ‘Colonia’ tenía un nuevo aditamento. La entrada a la hacienda se encontraba protegida por una gruesa alambrada, había guardias armados y perros tras ella, amén de postes que señalaban la electrificación de la cerca. “Ya es un campo de concentración”, pensé, recordando las instalaciones que conocí en Dachau.

Paul captó mi interés y apuró la explicación con voz severa y alarmante.

- Este asunto de la reforma agraria nos tiene con los pelos de punta. Algunos comunistas y vagabundos de Parral, de Linares y de Talca, han venido en grupos vocingleros exigiendo que la hacienda sea expropiada. Les dimos una buena lección –sonrió con sorna- la última vez huyeron como alma que se lleva el diablo... claro que el ‘diablo’ era mi gente, que los persiguió a balazos y golpes hasta la carretera. Para evitar nuevos episodios desagradables, decidimos cercar la entrada y establecer turnos de vigilancia las veinticuatro horas de cada día.

La atención en el hospital y en mi dormitorio fue excelente, por lo que logré recuperarme con prontitud e incluso subir de peso. Pronto, mis paseos por los alrededores –acompañado siempre por una enfermera de físico atlético- fueron habituales. Visité la escuela y los comedores, reconociendo que mis compatriotas habían hecho una labor impresionante. Se notaba orden, trabajo y disciplina por doquier. Pero, también había inquietud y temor en los rostros de muchos, especialmente notorio en las expresiones de los niños hijos de campesinos que se habían integrado al internado de la villa.

Iba a consultar sobre ese punto a Paul, pero un inusual movimiento de gente, armas, vehículos, órdenes y contra órdenes, guillotiné mi intención. Las puertas fueron cerradas y los guardias duplicaron su número. Un ambiente tenso se apoderó del lugar. Hans Horowitz y Günther Franz aparecieron en la hacienda junto a un grupo de diez o quince mocetones armados con revólveres y escopetas.

- El general Roberto Viaux se atrincheró en el Regimiento “Tacna”, en el Parque Cousiño de Santiago –Schäeffler vociferaba como si la rebelión militar hubiese llegado a sus dominios.

- ¿El general Viaux? ¿Cuál fue la causa? –pregunté alélado.

Yo conocía a Viaux y sabía de su capacidad e integridad, pero también estaba enterado de su posición extrema en política, pues era un nacionalista afiebrado que aseguraba a los cuatro vientos que Chile estaba llamado a ser el conductor ideológico de los pueblos latinoamericanos que impetraban sus derechos a prestigiar las raíces propias.

- Problemas económicos que aquejan a los uniformados y necesidad de modernizar equipos y armas –contestó Paul con una chispa irónica en su mirar- Es una ocasión propicia para nuestros objetivos.

- No nos vamos a meter en este asunto –manifesté convencido del fracaso en que terminaría la intentona solitaria de ese general.

- Pero, conde, muchos otros oficiales seguirán a Viaux.

- ¿Un golpe de estado? ¿Eso crees que sucederá?

- ¿Usted no?

- Conozco perfectamente la forma de actuar y de pensar que caracteriza al generalato. Hay una impresionante verticalidad en el mando, ningún oficial puede correr con colores propios. Además, los norteamericanos no están metidos en esto, puedo dar fe de ello. Sin el apoyo del Pentágono yanqui ningún golpe militar tiene futuro en América Latina.

- ¿Qué debemos hacer entonces? –Schäeffler mostró disconformidad con mi opinión, pero su acendrado espíritu germano le impelía a cumplir las órdenes.
- Lo que ya hiciste. Permanecer en estado de alerta y esperar. El gobierno saldrá airoso de esta situación y deberá agradecer nuestra neutralidad.

Roberto Viaux finalmente depuso su actitud entregándose en las manos de sus sitiadores. Fue conducido a un establecimiento militar seguro, donde se le juzgó en los tribunales correspondientes. Terminó siendo dado de baja del ejército y el asunto no pasó de ser un incidente sin consecuencias inmediatas. Pero fue la chispa que encendió el granero y algunos años después, esa misma llama, alcanzaría el polvorín.

El gobierno de Eduardo Frei experimentó nuevos incidentes, protagonizados ahora por sus propios partidarios, específicamente los jóvenes que impetraban ahondar la profundidad y extensión de los cambios, a lo que el mandatario se negó drásticamente. El éxodo de dirigentes juveniles, además de algunos parlamentarios del partido, comenzó a producirse como secuela de la discordia.

Se aproximaban nuevas elecciones y la izquierda sentíase fuerte, como nunca, para alcanzar el gobierno por la vía de las urnas. Nació un nuevo frente político, la Unidad Popular, en cuyo seno aunaban esfuerzos los socialistas, comunistas, sectores del añoso y republicano Partido Radical, e imantados por los valores izquierdistas, los sectores desgajados del gobierno de Frei –que habían dado a luz un referente cristiano llamado MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria), dijeron ‘presente’ uniéndose a la bandada.

Marianne y Roberto llevaron anclas de su propio partido, integrándose al MAPU y renunciando a sus cargos en el Ministerio. Dejaron la parcela de La Reina para vivir en un apartamento que arrendaron en el barrio de San Miguel. Eran parte del comité político de ese movimiento, en particular Marianne, que trabajaba como asesora legal de los diputados que renunciaron a la Democracia Cristiana. Roberto, siempre más cauto (y arrastrado por mi hija), logró contrato en una organización internacional dedicada a los estudios económicos y sociales.

Me reuní con ellos en el último almuerzo que compartiríamos, ya que los eventos se sucedieron trágicamente a partir de ese momento.

- Creo que es mi deber decirles que han cometido un grave error. La Unidad Popular nunca será gobierno –Marianne movió la cabeza manifestando molestia y desacuerdo, pero continué con mis apreciaciones- Y si llegara a serlo, duraría poco. La derecha y las fuerzas armadas son quienes controlan y administran realmente el

- país. Los obreros, los estudiantes y los idealistas no poseen cuadros técnicos ni recursos económicos ni contactos significativos en el exterior para alcanzar el éxito.
- Desprecias la fuerza del pueblo –contestó mi hija- Estás mostrando, precisamente, lo que queremos abolir. El odio de la clase poderosa.
 - No podré ayudarles con sus respectivas madres –era mi último recurso- Quizá, ellas habrían asumido finalmente vuestra pertenencia a la Democracia Cristiana, pero ser parte de la izquierda marxista sólo hará imposible mi tarea.
 - No lo hagas –respondió Roberto- Gracias por tu preocupación, pero está demás.
 - ¿Tú piensas lo mismo? –mi cuerpo temblaba ante la posibilidad de una respuesta que no quería escuchar en labios de mi hija.
 - Está demás, papá. Ya optamos por un camino. Estamos convencidos de la justicia de nuestros ideales y no echaremos pie atrás.

Mi presencia, al igual que el ofrecimiento de orientación, sobraba en ese almuerzo. Nos despedimos con cariño, conscientes que nuestros caminos se separaban inexorablemente en aquel punto. Ellos entendieron que mi obligación era informar a Sonia y a Bruno de todo lo acontecido con sus vidas en aquellos vertiginosos meses. “Si gustas, puedes decírselo también a mamá”, concluyó Marianne con un gesto de soberbia pintado en su carita hermosa. Françoise no estaba enterada del matrimonio ni de la participación de su hija en la Unidad Popular, pues se tragó el engaño tejido por la muchacha, quien le aseguró que por motivos de trabajo debió arrendar, junto a unas amigas, un departamento en pleno centro de la ciudad.

En Valdivia ardió la llanura cuando mi esposa y mi hijastro escucharon las noticias que entregué a contrapelo de mis deseos. Me culparon de todo, responsabilizándome del inevitable quiebre familiar y me señalaron, una a una, las torpezas de mi actitud. Bruno solicitó la dirección del apartamento en San Miguel, pues deseaba ir a Santiago y conversar con su hermano “de hombre a hombre”.

- Y sacar a esa puta de su casa –vociferó Sonia, lanzándome una mirada llena de odiosidad.
- Por Dios, mujer, se trata de mi hija, no de una cualquiera –tercié desolado.
- El que sea hija tuya y de esa francesa meliflua, no la exime de su calidad de meretriz –respondió mi esposa alzando la voz- ¡Ella engatusó a Roberto con las artimañas propias de las parisinas!

Manifesté que desconocía el nuevo domicilio de Marianne, pero Bruno insistió en viajar a la capital.

- Hablaré con Roberto en la oficina de su trabajo. Ubico perfectamente la dirección de la CEPAL, por lo que no tendré problemas para encontrarlo allí.
- Tráelo de vuelta, a como dé lugar –exigió Sonia con ojos enfurecidos.
- Primero llegará al hospital –farfulló Bruno, apretando los puños.
- Merecido lo tiene. No me he sacrificado una vida entera para que el lindo, el perla, el inconsciente, reniegue de su sangre y ahorque los valores que recibió en esta casa –dirigió la perorata a Bruno que escuchaba con atención- ¡Tráelo de regreso, cueste lo que cueste! Aquí me encargaré de él.
- ¿Piensas encadenarlo a tu cama? –me mofé de su actitud, provocándole nuevos estertores de ira.
- ¿Crees que es gracioso todo esto? Lo enviaré a reformarse. Hablaré con Paul y la Colonia hará el resto.
- ¡¡Eso jamás!! –exploté en una reacción airada.
- No es tu hijo, Rudolf. Pareces haber olvidado el punto principal.
- Roberto tiene edad suficiente para tomar decisiones por sí mismo.
- ¡¡Nadie en esta familia, ni siquiera tú, puede caminar por su cuenta y riesgo sin consultarnos primero!! ¡¡Esto no es Cuba... ni tampoco Chile!! ¡¡Aquí vive y reina Alemania!!

Bruno arribó a Santiago en pleno período de campaña electoral, encontrando calles ocupadas por partidarios de todos los bandos y un ambiente tenso que se respiraba en cada esquina. Era más alto y más fuerte que su hermano. La vida del campo, la alimentación voluminosa y natural, amén del trabajo físico, le habían convertido en un verdadero mastodonte de ciento diez kilos. Si a ello se agregaba la rabia que incubaba su corazón, sobre sus pies se alzaba una mole de granito y pólvora difícil de aplacar. Nada pude hacer por evitar el enfrentamiento, ya que Sonia prohibió mi salida del fundo bajo la amenaza de separación inmediata si incumplía sus deseos.

Me parece que manifesté en otras líneas que Dios es un juguetero genial e inefable. Lo demostró una vez más en esta ocasión.

Roberto recibió a su hermano en la oficina de CEPAL y resistió los embates verbales de un agrónomo exaltado y fanático. Los gritos de Bruno provocaron la presencia de los guardias de seguridad de la organización supra nacional. Ello fue aún peor, pues Bruno les agredió. Fue sacado a empujones del edificio y entregado a carabineros que custodiaban la sede. Esa noche durmió en un calabozo de la comisaría cercana. Fue pasado a un tribunal al día siguiente y el juez dictaminó una multa en dinero, además

de la prohibición –durante un año- de acercarse a la CEPAL. Regresó a Valdivia con la cola entre las piernas, denostando contra la justicia chilena y prometiendo tomar las armas si la Unidad Popular llegaba al gobierno.

El comentario de Sonia fue lamentable.

- He perdido un hijo y lo acepto. Roberto Friederich Kleise no existe. Nunca ha existido y si se le ocurriera aparecer por aquí, será tratado como lo que es. Un traidor, un enemigo.

Tomó las manos de Bruno entre las suyas y concluyó su plan con frialdad espeluznante.

- Mañana mismo iremos a la Notaría de Valdivia. Oficializaremos una venta ficticia del fundo y los departamentos de Viña y Santiago. Tú serás el nuevo dueño.
- No puedes hacer eso –protesté conmovido.
- Puedo y debo –rugió Sonia- ¿Esperabas que tu hijita querida pudiera tocar parte de la herencia? ¡Ni lo sueñes! Ya lo he decidido y así se hará.

Esa noche abandoné el fundo dirigiéndome a Santiago para reflexionar con tranquilidad respecto de las aberraciones que cometería mi esposa contra su propio hijo, contra aquel muchacho que ella bautizó con un nombre que le recordaba su pasado nacionalsocialista.

Me refugié en la parcela de La Reina declinando llamar a Marianne para detallarle lo sucedido. Después de todo, ella y Roberto eran los únicos responsables de la decisión de Sonia.

Un llamado telefónico a medianoche me regresó a la realidad.

AÑOS DE FURIA

“Señor von Hayek, necesitamos reunirnos urgentemente con usted. Llevamos dos días buscándole”.

La voz conocida del coronel vibraba a través del aparato telefónico. Algo grave, delicado y confidencial estaba naciendo en el ejército. Necesitaban de mis servicios y recurrían a ellos sin dilaciones.

“¿Le parece bien que nos encontremos mañana al mediodía en mi oficina del centro?”.

“Negativo. Mala hora y pésimo lugar. Tenemos premura en hablar con usted. Mejor reunámonos en su casa, esta misma noche. ¿Está solo?”.

“Sí, no hay nadie más aquí”.

“Vamos de inmediato. Abra el portón de ingreso, nosotros lo cerraremos al llegar. Ah, mantenga las luces apagadas. Llegaremos en veinte minutos”.

El rostro mofletudo del coronel era presa de la congestión originada por la angustia que escapaba de sus poros, contagiando de nerviosismo a sus dos acompañantes. Todos vestían ropas de civil, pero su condición militar no lograban esconderla con camperas y pantalones de tweed. En la penumbra del salón apenas iluminado con una luz indirecta, se dibujaban las figuras de mis visitantes como sombras fantasmagóricas de conspiradores escabulléndose de inexistentes verdugos.

- La situación del país se ha convertido en un caos que preconiza tiempos horribles para los ciudadanos bien nacidos, y muy particularmente trágicos para quienes, como usted, proceden de países desarrollados.
- ¿Qué está pasando, coronel? –pregunté alarmado.
- Amigo Von Hayek, lo que escuchará a continuación constituye un secreto tan fundamental que su vida correrá serio peligro si se le escapa de sus labios –los ojos del militar, hundidos en las cuencas oscuras, relaban el brillo del peligro en cada mirada- Dígame si está de acuerdo en conocerlo. En el supuesto que su respuesta sea negativa, me iré con mis hombres y usted jurará que nunca estuvimos aquí.
- Estoy con usted, coronel. Puede confiar en mí.
- Conocer el secreto significa participar de sus consecuencias –quien habló fue el tipo alto y delgado, de bigotes largos y rubios, dueño de un sonsonete que me pareció inglés o canadiense.
- Entiendo. Adelante...
- El último informe de nuestros expertos en seguridad indica que la elección presidencial se dirimirá por estrecho margen entre Allende y Alessandri.
- Eso se ha sabido siempre –retruqué, sin entender la gravedad que el coronel daba al tema.
- Claro que se sabía, pero los datos indican que el estrecho margen favorecerá a Allende. Lo que tanto temíamos, ocurrirá en dos meses. Una pandilla de marxistas y mentecatos antipatriotas gobernará Chile a nombre de los soviéticos y cubanos. El gobierno de Richard Nixon parece no interesarse en lo que está produciéndose en este país, así que el ejército ha decidido anticiparse a los hechos futuros y

procederá a reorganizar sus servicios de inteligencia. Para ello hemos venido. Necesitamos de sus contactos.

El coronel quería viajar a Parral a la brevedad. Había conversado telefónicamente con Schaeffer, pero el director de la hacienda le sugirió obtener mi autorización antes de efectuar la visita y la entrevista. Los informes que manejaba el militar hablaban de construcciones especiales para la instrucción de oficiales en materias de contra inteligencia. Según el coronel, los alemanes de Villa Baviera eran los mejores expertos en asuntos similares, además la ‘Colonia’ ofrecía condiciones de confidencialidad y aislamiento difíciles de encontrar en otro lugar. Una duda recorrió mi mente.

- ¿Y “Tejas Verdes” no cumple con esos requisitos?
- Esa unidad militar es conocida por la prensa marxista, la que vigila cada uno de nuestros movimientos.
- Lo mismo ocurre con la ‘Colonia’.
- ¿Se imagina el escándalo nacional que se produciría si los militares fueran fotografiados persiguiendo comunistas? Que lo hagan ustedes en Parral no constituye sorpresa alguna. Además, ya sucedió hace algunas semanas y nadie se ha mostrado escandalizado por ello.

Frente a esos hombres llamé telefónicamente a Paul Schaeffer, extendiendo mi autorización para abrir las puertas de la Villa y permitir la entrevista que colocaba a la gente de la ‘Colonia’ dentro de las estructuras de inteligencia militar.

El coronel me estrechó en un abrazo breve y desabrido. Sus acompañantes se despidieron fríamente agradeciendo mi apoyo con palabras cortas e ininteligibles. Al llegar al ante jardín donde habían aparcado el coche, uno de ellos se permitió reiterar el consejo dado por su superior al iniciar la conversación.

- Insistimos en la total confidencialidad de lo que aquí se habló.
- Descuide, ya somos parte activa de sus propios cuadros –respondí con desplante y firmeza.

Inevitablemente, mi pensamiento corrió presuroso por las calles de la ciudad hasta alcanzar los deslindes de un desconocido apartamento en San Miguel. Sus moradores, seres muy queridos para mí, eran miembros de la “pandilla de marxistas y mentecatos antipatriotas” que el coronel deseaba borrar de la faz de la tierra.

* * *

El cuatro de septiembre de 1970, los temores del coronel cobraron forma.

Salvador Allende ganó la elección presidencial por un estrecho pero decisivo margen de sufragios. Chile ocupó las primeras planas de todos los periódicos del mundo, ya que por primera vez en la Historia un marxista alcanzaba la presidencia de una nación mediante elecciones libres. Moscú, La Habana, Pekín, Hanoi y Tirana, debían estar viviendo una fiesta.

En Santiago, esa noche y la mañana siguiente, las hermosas viviendas del barrio alto capitalino parecían mausoleos cobijados en el silencio y el miedo. Los militares nada dijeron respecto de los resultados electorales, salvo expresar su incondicional apego a la Constitución y a las leyes. Palabras de buena crianza que poco indican cuando las cosas se agitan peligrosamente.

Un periódico capitalino, adicto a la Unidad Popular, publicó la entrevista efectuada a Marianne D'Ivry, asesora legal de la organización vencedora en los escrutinios. No requerí de mucho cerebro para darme cuenta que mi hija dirigía sus opiniones a mi comportamiento en el último almuerzo que terminó con la separación inevitable. “Esta ha sido una muestra clara del comportamiento del pueblo chileno y de su alto nivel de conciencia. Aquellos que aseguraban el triunfo de la burguesía basándose en una supuesta –pero falsa- incapacidad de los sectores populares para dar estabilidad y éxito al gobierno del doctor Allende, hoy deben estar golpeándose las bocas por haber afirmado una falacia de ese tamaño”.

El diario tenía circulación nacional, por lo que Sonia y Bruno podrían leerlo en Valdivia, alimentando su odio contra Marianne y reafirmando la decisión de mi esposa respecto de entregar los bienes a su hijo mayor.

Las graves diferencias que separaban a mi propia familia, eran una réplica de la división insana que aquejaba al país.

Los asesinatos políticos comenzaron a las pocas semanas intentando impedir el ascenso de Allende al palacio de gobierno. Una mañana de estupendo sol, el general en jefe del ejército, René Schneider, fue acribillado a tiros en el interior de su automóvil. Los victimarios eran jóvenes aristócratas pertenecientes a la ultra derecha chilena, y el cerebro del magnicidio fue el ex general Roberto Viaux, que solicitó asilo en la embajada de Paraguay.

Paul Schaeffer requirió mi presencia en la ‘Colonia’ a sugerencia del coronel mofletado que mostraba un nerviosismo cuyo origen yo había equivocado, pues su hiperkinesis

obedecía a las ansias de entrar en acción para derribar las estructuras de la organización política que pronto ascendería al gobierno, y no al temor por los izquierdistas.

Allende asumió la presidencia y el país, al menos durante cuatro meses, continuó su marcha habitual sin contratiempos significativos.

En marzo de 1971, la Unidad Popular inició la concreción de su programa de gobierno y los problemas fueron paridos prontamente por los bandos en pugna. El ambiente comenzó a tensionarse con severidad, especialmente en los campos y en las fábricas. En Santiago y en Concepción se produjeron las primeras ‘batallas’ callejeras con saldos inquietantes. Heridos y contusos se contaban por docenas.

Françoise se apersonó en mi oficina de la capital, provocándome un soponcio que desestabilizó las exiguas coberturas del buen manejo diplomático que aún me restaba. Su esposo, dirigente importante en la organización de empresarios que se oponía a Allende, había sido informado por agentes de la policía civil respecto del matrimonio de Marianne con mi hijastro. Los detectives no trabajaron para averiguar algo tan nimio como aquello, sino específicamente para lograr que Enrique y su esposa obtuvieran de Marianne algunos datos sobre la personalidad del Presidente que resultaban imprescindibles para completar sus análisis al respecto. Los agentes supusieron, erradamente, que mi hija obedecería los consejos y orientaciones de su madre y de su padrastro. Tal solicitud me demostró que los servicios de inteligencia chilenos eran estructuras aún en pañales. ¡Qué lejos estaban de los organismos europeos! Incluso los cubanos parecían gigantes comparados con ellos. El coronel tenía razón al querer acercarse a Schaeffer. La ‘Colonia’ de Parral podía ser la mejor escuela, habida consideración de la premura que acicateaba a todos los adversarios del doctor socialista. Sonreí al recordar las palabras de Neruda en Francia, al recomendarme leer algo sobre la historia de Abelardo Núñez, “el profesor”, que al parecer no era conocida ni considerada por los organismos de inteligencia policiales. Si Allende lograba estructurar un aparataje de inteligencia y seguridad bajo los cánones de aquellos que conocí en Berlín, París y Moscú, tenía ganada la batalla. Pero, la escasa capacidad y calidad de sus partidarios en estos y en otros asuntos, hacía difícil la concreción de esa importante necesidad. A menos, claro, que el nuevo Presidente llamara a los soviéticos para tales efectos.

Françoise no perdió tiempo en preámbulos y fue al grano directamente. Me pareció hermosa en su gravedad solemne. Mantenía la belleza de antaño, ahora mejorada por una vida sin sobresaltos y las vacaciones en su casa del balneario de Zapallar. Hube de llamar con insistencia a mi capacidad de concentración para no perderme en la luminosidad de su

mirada. Aún la amaba, y no podía negarlo, pero era consciente que me habría sido imposible regalarle nuevamente mi confianza. Como un relámpago cruzó por mi mente la peregrina idea de retomar nuestras apasionadas noches parisinas, ahora en calidad de amantes maduros. Su voz, aún con tonos franceses, con sonsonete gutural y atrayente, me sacó abruptamente de mis lucubraciones.

- Estoy enterada que Marianne te ha visitado repetidamente en tu casa aquí en Santiago, lo que me indica que ella confía en ti y comparte sus secretos contigo. Te ruego, más aún, te imploro, que converses con ella o con tu hijastro y la convenzas de retirarse rápidamente de la Unidad Popular. Enrique... mi esposo... está dispuesto a regalarles una oficina en el barrio que ellos elijan, para que trabajen profesionalmente ejerciendo sus carreras en forma liberal, ¿entiendes? Incluso, mi marido compromete sus buenos oficios para que empresarios amigos, gente de dinero y poder, contraten sus servicios. Pero tienes que convencerlos para que abandonen a ese payaso socialista que llevará al país al despeñadero –sollozó largamente y estuve a punto de correr a consolarla- Allende terminará en el cadalso, y sus partidarios en el paredón de fusilamiento o destrozados por sus adversarios.

Comprometí mi participación, aún convencido que ella sería inútil, sólo en beneficio de poder ver una vez más a Françoise, aunque sabía que me era doloroso. Intenté preguntar algo respecto de su vida junto a Enrique Abusleme, pero su respuesta fue ponerse de pie, extenderme la mano y despedirse con un sobrio “muchas gracias, Rudolf”.

Quise comunicarme con mi hija pero los intentos que realicé personalmente, así como los efectuados por mis secretarias, terminaron en el fracaso. Marianne estaba inubicable, al menos para mí. Lo mismo ocurrió con Roberto ya que según respondieron sus colegas de CEPAL, se hallaba fuera del país realizando una investigación de carácter jurídico peticionada por el propio Allende.

Desolado, regresé al fundo para intentar una mejoría en las relaciones con Sonia y Bruno. La primera noticia que recibí al ingresar a la casa, fue que los trabajadores de la fundición se habían apoderado de la empresa exigiendo salarios imposibles. “Es una toma –Bruno calificó así la situación- Los comunistas han comenzado a actuar”.

Al interior del fundo las cosas no marchaban mejor. Sonia me alertó de ciertos extraños movimientos y reuniones nocturnas en los deslindes orientales de la propiedad, a las que asistían miembros de las cofradías partidistas de la Unidad Popular local. Había indicios de la aproximación de un vendaval político que podría arrasarse con las

instituciones más sagradas de toda nación digna, como la propiedad, la familia y el esfuerzo personal. Hacía mucho tiempo que la indignación no corrió por mi sangre en la forma que experimenté aquella mañana. Las palabras del coronel revolotearon socarronas por mi cerebro y concordé en la objetiva razón que ellas tenían.

La fundición estaba con sus puertas cerradas y una decena de hombres la custodiaba desde adentro. Con gritos soeces y amenazas de apedreo me impidieron el paso. En una de las hojas del portón metálico los huelguistas pegaron la página del periódico en la que Marianne comentó el triunfo de Allende. Mis empleados, supinamente, dedicaban esa entrevista al vacío orgullo de su patrón. Toda la ciudad estaba enterada de mi personal secreto familiar; contra ello, nadie podía hacer algo positivo y la gobernación, tanto como la intendencia o la policía, se solazaban a hurtadillas con mis angustias. Ese día, me sentí otra vez extranjero indeseable en un país dispuesto a romper esquemas e insuflar a su gente ideologías peligrosas.

- ¿Qué vas a hacer? –me preguntó Sonia, quizá complacida porque los fríos hechos le otorgaban credibilidad a sus antiguos planteamientos.
- ¡Lucharé! Voy a pelear por lo mío aunque en ello me vaya la vida.
- Si eso es verdad, cuenta con nosotros.

Setenta horas después, los huelguistas de la fundición fueron sacados a medianoche por el grupo llegado de la ‘Colonia’. Golpes, macanazos, algunos disparos de escopetas y muchos puntapiés, fueron usados en la operación. Ocho trabajadores debieron ser trasladados al hospital con heridas graves, y muchos más quedaron tendidos, boqueando sangre, en los patios de la empresa. La toma había terminado. El viento nocturno arrastró los volantes que esparcieron mis amigos alemanes, y los valdivianos pudieron leer en ellos la amenaza de “Patria y Libertad” que auguraba palizas mayores a quienes osaran apropiarse de lo que no les pertenecía.

¡”Patria y Libertad”! El organismo nació en Santiago no bien Allende fue proclamado por el Congreso Nacional como Presidente de la República, y se vio enriquecido con la llegada de miles de partidarios derechistas que consideraban la lucha armada como única salida viable ante las amenazas que para sus intereses y valores católicos conservadores representaba el gobierno socialista.

Imaginé que el coronel estaría metido en ese movimiento, manejándolo desde las sombras con mano mora e implementando sus cuadros operativos con instrucción militar y armas, ya que Schäeffler fue uno de los primeros en acercarse a Patria y Libertad ofreciendo su apoyo y experiencia en la lucha callejera. El incidente de mi

fundición sirvió a la ‘Colonia’ como prueba de fuego para evaluar la capacidad de ataque de su gente, tanto como el nivel de respuesta y agresividad de sus contendores. Los eventos ocurridos en mi empresa lograron detener las intenciones de los trabajadores del fundo, quienes suspendieron las reuniones nocturnas y retomaron sus actividades mascullando impotencia. Sonia aprovechó la paz temporal para deshacerse de nueve obreros agrícolas que parecían pertenecer a la cúpula de los anarquistas. En un dos por tres, mi esposa los echó del fundo junto a sus familias, prohibiéndoles acercarse a la propiedad pues expondrían sus vidas si desobedecían la orden. Bruno, tanto o más audaz que su madre, formó un grupo de vigilantes con los trabajadores leales, les proveyó de armas y dedicó días enteros a practicar tiro al blanco en los cerros cercanos. Los terratenientes vecinos, asustados por la posibilidad de ‘tomas’ y huelgas en sus propiedades, acudieron a mí procurando orientación para formar grupos similares al nuestro. Pronto, los campos de Valdivia y Osorno quedaron cerrados a los extraños y las propiedades más importantes de la zona contaron con milicias armadas prestas a masacrar a balazos a quien pusiera un pie en sus cercanías. Los tribunales de justicia se hartaron de recibir querellas y demandas emanadas de ambas trincheras, hasta que llegó el día que los magistrados consideraron inútil ordenar a la policía efectuar diligencias para determinar la veracidad o falsedad de las acusaciones que se acumulaban por cientos en sus salas. El periplo de la violencia desatada se adueñó entonces de Chile, sus campos y sus calles. La división y el odio caracterizaron a una sociedad que venía escondiendo sus miedos y sus discrepancias desde hacía un siglo.

* * *

Cada mes, al finalizar la última semana, Sonia y Bruno visitaban la ‘Colonia’ llevándole a Schaeffer noticias frescas obtenidas en las reuniones de los latifundistas que se realizaban en el Centro Alemán de Osorno.

Con esa información, el jefe de la villa recibía al coronel la primera semana del mes siguiente.

Así se iba estructurando una red de comunicaciones y órdenes destinadas a crearle problemas insolubles al gobierno socialista. Allende no contaba con apoyos sólidos de empresarios o financistas poderosos, descansando únicamente en la débil capacidad de los trabajadores y algunos estudiantes.

Con el paso del tiempo, la producción agrícola y fabril cayó al nivel de cero. Surgió el mercado negro y el desabastecimiento de artículos esenciales fue cosa común en la rutina diaria de los chilenos. El odio y la desesperación cobraron forma física. No hubo día ni noche en la que existiese paz. Enfrentamientos violentos, a veces con armas de fuego y voladura de torres eléctricas, constituyeron las exclusivas noticias de primera plana. Los cuarteles militares eran pasto de la indignación de mujeres que lanzaban maíz a los pies de los uniformados, en inequívoco gesto con el que les acusaban de cobardía.

Al transcurrir el tercer día del mes de septiembre de 1973, Schaeffer llegó al fundo acompañado del coronel que vestía de civil, lo que no era obstáculo para protegerse con dos guardaespaldas militares que le cuidaban el físico ante posibles atentados.

Requerían mi autorización para llevar a la ‘Colonia’ ciertos equipos que debían ser instalados en las bodegas.

- ¿Para qué sirven? –pregunté.
- Cumplen labores específicas en sesiones de interrogatorios –el coronel habló sin tapujos, seguro de mi apoyo.
- Los servicios de inteligencia que administra el coronel, luego de haber conocido nuestras edificaciones durante las largas jornadas de instrucción que nosotros les brindamos, han estimado imprescindible contar con la ‘Colonia’ en los sucesos que se avecinan –dijo Schaeffer, demostrando ser parte satisfactoriamente activa de los planes del coronel.
- Perdonen ustedes mi ignorancia, pero me gustaría estar al tanto de esos “eventos próximos”.
- Las tres ramas de las fuerzas armadas se encuentran afinando el momento de sacar a Allende de La Moneda –respondió el jefe de la villa alemana.
- A mí me gusta hablar claro cuando estoy entre amigos fieles –terció el coronel interrumpiendo a Schaeffer- Don Rudolf, prepárase para un golpe de estado. Sacaremos a cañonazos a ese hijo’e puta y detendremos a todos los seguidores de su doctrina antipatriota y fracasada. Ya terminé de implementar mi cuerpo de seguridad y contraespionaje. Estamos listos para dar el gran e histórico paso.
- Perfecto, cuenten con mi inmediata autorización para llevar esos equipos a la ‘Colonia’ –hablé precipitadamente, sin medir las consecuencias que originaría mi anuencia- ¿Qué día han escogido ustedes los militares para el golpe de estado?

- Ello no está aún determinado –respondió el coronel- pero desde el día ocho de septiembre escuche siempre la radio local. Cuando en ella toquen dos veces seguidas el tango “Volver”, usted sabrá que el golpe ha comenzado. Cierre de inmediato las entradas y salidas del fundo, prepare la lista de sospechosos izquierdistas que vivan aquí o en los alrededores, y rodeése de sus hombres de confianza, ojalá armados, para batir los terrenos aledaños en busca de agitadores. Comuníquese de inmediato con Paul –miró a Schäffer casi con admiración- y espere la llegada de los soldados del regimiento valdiviano, quienes se harán cargo de lo demás. Lo importante, lo relevante para usted y su familia es que, a partir de pasado mañana, por ningún motivo deben abandonar este fundo y hagan esfuerzos por no utilizar el teléfono.

Dos conclusiones de peso obtuve con la conversación anterior. Una de ellas era que yo no mandaba ya en la ‘Colonia’, pues resultaba obvia la confianza del coronel en Paul Schäffer y su necesidad imperiosa de contar con las instalaciones de Villa Baviera para llevar adelante sus planes. La otra conclusión -y ella sí me dolía intensamente- apuntaba a la mínima seguridad que encontrarían Marianne y Roberto si permanecían en Chile después del ocho de septiembre.

Previendo posibles desaguizados posteriores, me adelanté a los estragos entregándole a Schäffer el poder total en las decisiones y acciones que debería ejecutar en Parral. Ya que yo permanecería al interior del fundo hasta el instante que aparecieran los militares del regimiento cercano y, además, mantendría cerrado el teléfono de la casa, no tendría posibilidades de comunicarme con él en los próximos días, por lo que parecía de una obvedad total traspasarle el poder y el control de la Villa y la ‘Colonia’.

- ¿Lo hará por escrito, aquí mismo? –Paul se sobaba las manos ante una noticia que venía deseando desde siempre.
- Basta con la presencia de nuestro amigo coronel y de mi palabra de caballero.

Se retiraron prestamente para dirigirse a sus respectivas responsabilidades, dejándome en un mar de dudas y aprensiones que requerían audacia y rapidez si deseaba obtener un final medianamente feliz. Miré el calendario. Era el día lunes tres de septiembre. Los hechos podían precipitarse a contar del sábado ocho. Disponía de cuatro días para salvar a Marianne.

- ¿A qué venían Paul y el coronel? ¿Tan secreta tenía que ser esa reunión ya que no me dejaron participar? –preguntó Sonia minutos después.

- Tú y Bruno no podrán salir del fundo hasta que yo les autorice –contesté con firmeza rabiosa, expresando autoridad sobre los asuntos que ella quería conocer- No salgan del fundo sin mi permiso, y desde mañana no ocuparán el teléfono, a menos que se trate de una emergencia real.
- ¿Qué está pasando? –balbuceó mi mujer, francamente asustada.
- Habrá golpe de estado pronto.
- ¡Alabado sea Dios! –Iloriqueó Sonia llevándose las manos a su boca para esconder la alegría- ¡Por fin los militares se decidieron! ¿Te quedarás con nosotros o tienes un puesto en esta batalla?
- Más rato te detallaré lo que debes hacer junto a Bruno desde mañana mismo. Yo tengo que viajar hoy a Santiago –mentí con la mayor facilidad- Me llaman a participar en algunas reuniones finales.
- ¿Dónde puedo ubicarte en caso de necesidad?
- No puedes. Es secreto.

SOMBRAS EN LA OSCURIDAD

La capital del país vivía el caos sofocante de la penumbra que antecede a la tormenta. En los rostros de los transeúntes se observaba la angustia propia de quienes deben destinar la mayor parte de su tiempo laboral a encontrar alimentos, con la certeza que estos no lograrán mostrar sus envases ya que, simplemente, las manos del hombre a cargo de su distribución no recibieron la orden para sacarlos de la bodega clandestina.

Calle tras calle encontré largas filas de consumidores esperando la apertura de un local comercial, con paciencia infinita y esperanza exigua.

En la parcela de La Reina me aguardaban noticias inquietantes. Uno de los vecinos corrió hasta mi automóvil para relatarme que días atrás una turba de mujeres y niños intentó ingresar a la casa, con el evidente propósito de proceder a una ‘toma’ del terreno, ya que venían premunidos de banderas, tablas y planchas de zinc, dispuestos a levantar una especie de campamento en su interior. Para fortuna de mis intereses, los vecinos avisaron oportunamente a Carabineros y la ‘toma’ se frustró. Pero el peligro continuaba latente.

Decidí hospedarme en un hotel céntrico, pues no quería vivir la desagradable experiencia de ser asaltado en horas nocturnas y sufrir ataques físicos. Carecía de armas y, particularmente, de valor.

El golpe de estado venía acercándose a galope tendido, por lo que bien podía soportar la amenaza durante escasos días.

¿La gente de izquierda nunca se cansaría de iniciar procesos que siempre terminaban en fracaso y muerte para ellos? La guerra civil española seguía golpeando mis neuronas cual ejemplo prístino de la inútil lucha de los populares por dar vuelta la tortilla. Estaba claro que sólo se requería obtener la lealtad absoluta de las fuerzas armadas para desarrollar un gobierno tranquilo. Sin esa ayuda, nadie podía administrar un país. Lamentablemente para la izquierda, los uniformados chilenos detestan los planteamientos ideológicos marxistas y abominan de las clases bajas, a las que conocen perfectamente merced a tener miles de sus representantes cada año en el proceso de conscripción.

Me molestaba aceptar que Marianne y Roberto, profesionales cultos e inteligentes, no se percatasen de ello. Más furor me provocaba pensar que mi hijastro y mi hija, sabedores de lo anterior, insistieran en asuntos que jamás tendrían final positivo para sus intereses. ¿Cómo explicar eso? “Es un asunto de conciencia”, respondería un comunista.

Ocupé el día tras los pasos de ambos, sin resultados positivos. Opté por dejar una carta a Roberto en las oficinas de CEPAL, previniéndoles escueta pero precisamente de los hechos que acaecerían a partir del sábado. Esa noche abordé un autobús con destino a Valdivia. Esperaría en el fundo los acontecimientos. Nada más me era dable hacer, sólo aguardar y rezar.

* * *

La campanilla del teléfono reiteró su llamado haciéndonos correr en procura de alguna información que llegaría a través de la línea. Las últimas cuarenta y ocho horas fueron de silencio y aislamiento absolutos. No teníamos noticias de los acontecimientos que podían estar suscitándose lejos del fundo. Sabíamos que los hechos estaban desarrollándose a espaldas de la opinión pública y lejos del alcance de la prensa.

- ¿Estás escuchando la radio? –María José, esposa de un capitán de ejército y amiga de Sonia, acezaba de emoción contagiosa.

El tango “Volver”, en la voz varonil de Argentino Ledesma, sonaba por segunda vez en la emisora. Le siguió el tema “Libre”, interpretado por Nino Bravo. ¡Era la llamada

para el golpe! Miré el reloj que colgaba de la pared del salón. Las once de la noche del lunes 10 de septiembre. Bruno salió presuroso hacia las casas de los inquilinos que había entrenado personalmente durante semanas con ejercicios de tiro al blanco y galopadas hacia la cordillera. Clausuraron los ingresos a la propiedad y soltaron los perros. Velaron la noche entera, recorriendo el fundo de un lado a otro para sorprender a posibles merodeadores que intentasen escapar de las persecuciones que los militares deberían efectuar en las horas siguientes. Yo me mantuve con el oído pegado a las diferentes emisoras santiaguinas que era posible captar, pero todo simulaba normalidad.

Recién en la mañana del martes 11, con el cansancio de la espera adherido a mis huesos, algunas radios de Santiago dejaron de transmitir abruptamente. Eran aquellas que se distinguieron por su apoyo al gobierno en los tres años de administración allendista. La Fuerza Aérea había disparado desde sus aviones contra las torres de transmisión silenciando las voces de los adversarios. Otras emisoras –las menos- que habían mostrado su disconformidad con la coalición oficialista, tocaban marchas militares y voluntariamente se unieron a las comunicaciones de las fuerzas armadas para propagar los Bandos Oficiales evacuados por los golpistas desde un lugar desconocido.

Sonia ordenó a sus empleados izar la bandera chilena en al pórtico de la casa y hacer lo mismo en la entrada principal del fundo. En tanto, desde Santiago, las emisoras radiaban noticias espeluznantes. Una de ellas –fiel aún al gobierno- transmitió el último discurso de Salvador Allende y debí reconocer la valentía y noble consecuencia de ese hombre equivocado. Pasado el mediodía, la noticia tan esperada por los poderosos del país llegó por el aire cruzando valles y cordilleras. El palacio de La Moneda había sido bombardeado por aviones de la FACH y Allende, solitario y sin apoyo, emulando al presidente Balmaceda, se disparó una ráfaga de tiros con la ametralladora que le regalara Fidel Castro cuando estuvo visitando Chile el año 1971.

Pronto las informaciones derivaron a los nuevos Bandos Militares, uno de los cuales erizó mis sentidos. El locutor oficial leyó largas listas de personas que deberían presentarse de inmediato en el Ministerio de Defensa “para evitar las consecuencias fáciles de prever”. En la cuarta lista, el nombre de Marianne D’Ivry acuchilló mi corazón. Nada se dijo de Roberto, pues resultaba improbable que los funcionarios de organizaciones dependientes de las Naciones Unidas pudiesen ser arrestados sin provocar la reacción internacional.

El jueves 27 de septiembre, mi hijastro logró comunicarse telefónicamente con una de las secretarías de la fundición para rogarle que me ubicara a la brevedad. Dejó un número de teléfono asegurando que estaría al lado de ese aparato a la espera de mi llamada. Pasé por mi oficina cerca de la hora del almuerzo y recibí el pedido de Roberto con el alma en un hilo.

- Marianne fue detenida esta madrugada en nuestro departamento –vociferó angustiado- Yo estaba en CEPAL, cumpliendo el turno que nuestro jefe ordenó. ¡Por favor, viejo, tienes que ayudarla porque... oh, Dios mío...porque la van a matar!
- ¿Sabes dónde la llevaron? ¿Quién la arrestó? ¿El ejército, carabineros, la fuerza aérea, quién?
- Mis vecinos dicen que fue gente de civil, aunque en la calle les esperaba un vehículo militar... del ejército parece, no lograron distinguirlo con precisión.
- ¿Y dónde estás tú en este momento?
- En CEPAL. Es el único lugar medianamente seguro, aunque todos aquí opinan que los ‘milicos’ aparecerán en cualquier momento –comenzó a sollozar dramáticamente- Si supieras qué horrores se han cometido en Santiago con miles de personas... si supieras...
- Vete de allí tan pronto puedas –rugí, presa de la angustia- Refúgiate en la parcela. Es más segura que tu actual escondrijo.

Contraviniendo las instrucciones del coronel y de Schaeffer, me lancé enloquecido a Santiago conduciendo mi automóvil. Hice un alto en la ‘Colonia’ para solicitar el apoyo de Paul, a quien debí relatar lo acontecido, confesándole la existencia de mi hija y su participación durante los tres años del gobierno socialista junto a diputados de esa coalición. El maldito bávaro manejaba ya a total voluntad la Villa y era parte activa de la programación golpista. Ante mis ojos, algunos militares bajaron a prisioneros desde los camiones, conduciéndolos a las ‘bodegas’ que yo había diseñado ingenuamente años antes. Schaeffer demoró horas en presentarse para atender mi solicitud, aduciendo que había una enorme carga de trabajo responsable que debía coordinar personalmente. Escuchó mi dramática petición de ayuda sin inmutarse ni explicitar interés verdadero. Dos oficiales de ejército irrumpieron en la oficina del jefe de la villa para despedirse, adelantándole a Paul la llegada de más contingente de detenidos en las horas subsecuentes. Los uniformados me observaron como bicho raro, pero nada dijeron y se

marcharon prontamente. Schaeffer cerró la puerta, tomó asiento y me enrostró su decisión.

- Eres un hombre ducho en asuntos bélicos. Esta es una guerra declarada por los patriotas chilenos contra los vagabundos marxistas. Tú y yo sabemos que en todo conflicto armado hay víctimas, hay bajas, hay muertos y detenidos. Lamentablemente, tu hija –cuyo nombre y accionar conozco desde hace dos años– optó jugarse la vida junto a los malditos allendistas. Ella es una mujer adulta y siempre supo qué podía esperarle si ganaba, o si perdía. ¡Y perdió, pues, perdió! Lo siento, *herr* Von Hayek, pero nada puedo hacer por ella. Los militares jamás me escucharán para atender solicitudes como esa.
- Lo único que te pido, Paul, es que llames al coronel y quizás él sí pueda ayudarme.
- Imposible. El coronel es hoy el uniformado más necesario para sus superiores –parecía refocilarse en mi angustia– Ni siquiera yo puedo comunicarme con él, pues no tengo idea de su actual paradero, aunque imagino que se encuentra dirigiendo y coordinando las acciones de seguridad interior del nuevo gobierno.
- ¿Qué harías tú en mi caso? ¿Abandonarías a tu hija?
- Si tuviese una hija, o un hijo, da lo mismo, que hubiese decidido negar su sangre, su estirpe y contrariar las órdenes de su padre, por supuesto que la abandonaría. Deberías haber aprendido de tu propia esposa. Sonia se olvidó de Roberto. Ella es el mejor ejemplo, el ejemplo más noble, de lo que acabo de decir.

Llegué a Santiago al filo del toque de queda. La parcela me significaba otra media hora de conducción hasta La Reina, por lo que me hospedé en el hotel más cercano a mi necesidad y velé aquella noche mi propia decepción. En la mañana ubiqué el teléfono de la empresa de Enrique Abusleme e inicié con el esposo de Françoise una larga conversación que se prolongó luego en la entrevista que sostuvimos en el lobby del hotel. El empresario textil, más calmado que yo, se encontraba realizando trámites desde su organización patronal para conseguir la libertad de Marianne, pero sus ajetreos no habían dado resultados y le quedaban pocas alternativas para satisfacer los desesperados deseos de su cónyuge.

- Solicité audiencia con el Ministro de Economía –afirmó finalmente– Es un viejo amigo. Perteneció a nuestra organización empresarial y se trata de una persona muy humana. Quizá, a través de él logre algo. ¿Usted qué va a hacer?

- No lo sé. Estoy en una enredadera –llevé las manos a mi cabeza en gesto de franca desesperación- Ni siquiera puedo asegurar que Roberto se encuentre a salvo en la parcela.
- ¡Chiquillos estúpidos! –explotó Enrique- ¿Por qué no se asilaron en una embajada el mismo día del golpe? Muchos políticos lo hicieron y están protegidos por la inmunidad diplomática de esas legaciones.

¡Una embajada! Esa era la alternativa que me había sido esquiva. Los ingleses podrían ayudar. ¿Por qué no, si yo trabajé para ellos durante años? Obviamente, no compartí mi pensamiento con el atribulado Enrique, pues mi participación como espía mediocre debía seguir ahogada en el secreto. En la tarde llegué a mi casa de la parcela, pero Roberto no estaba allí ni tampoco vislumbré signos que indicaran su presencia durante la noche anterior. Una idea circuló insolente por mi cabeza.

La mañana siguiente, muy temprano, llamé al segundo secretario de la embajada inglesa solicitándole una reunión urgente en algún lugar que él señalara, pues ingresar al edificio de la legación era prácticamente imposible ya que patrullas de carabineros cuidaban sus accesos, impidiendo que algunos partidarios del depuesto gobierno socialista obtuviesen asilo político.

No fue fácil comunicarme con el diplomático, ni simple convencerle que yo era quien aseguraba ser. Hube de utilizar todas las claves entregadas por el MI5 para obtener, por fin, su visto bueno cuando le aseguré que poseía un vital informe para los servicios londinenses.

- Esta tarde, a las 16.45 en punto, estaré en la Biblioteca Nacional, en la sala José Toribio Medina. ¿La conoce? ¿Sí? Muy bien. Allí le espero.

Definitivamente, los ingleses son tipos prácticos. Por ello han logrado mantener su calidad de potencia industrial pese a los avatares de las mil guerras que han sobrellevado. El segundo secretario escuchó de pie, y sin alterar su pasiva actitud, mi petición urgente. Se interesó en el informe que le entregué dentro de un enorme sobre sellado, mostrando inquietud por mi aseveración respecto de la existencia de una poderosa organización neo nazi en Parral que coadyuvaba a los servicios de inteligencia chilenos en el arresto e interrogatorio de ciudadanos posiblemente izquierdistas. Coincidió con mi opinión en cuanto a recabar mayores informaciones sobre el punto, para después abrir el tema a la opinión mundial obligando al gobierno militar a tomar cartas en ese asunto. Me impulsó a averiguar más y mejor, aseverando que al gobierno de Alemania Occidental le interesaría el tema, pues en Bonn se

trabajaba con ahínco en la develación de movimientos similares. ¿Y de Marianne, qué prometió? Pasaría la información al Comité de Migraciones Europeas (CIME) y a la embajada francesa acreditada en Santiago, oficializando el apoyo e interés del gobierno de Su Majestad. Ello evitaría por lo menos que mi hija fuese asesinada impunemente.

Las dos semanas siguientes, siempre en mi casa de La Reina, me enfrasqué en la preparación de un informe detallado que abarcó toda mi experiencia vivida en Chile, desde mi llegada al país hasta ese momento amargo que embadurnaba mi alma. No olvidé ningún nombre, evento, circunstancia ni impresión personal. Todo lo que recordaba, así como lo que había hecho, visto y escuchado, lo incorporé en el legajo de sesenta y cinco páginas que sería un verdadero dulce para los técnicos del MI5. Acompañé el documento con inserciones de mis apuntes íntimos (que seguía archivando cual tesoro indescifrable escondido en un lugar especial en esa casa), hasta completar un trabajo que consideré de colección.

Una segunda entrevista relámpago con el secretario británico me permitió deshacerme del enorme legajo y a la vez enterarme que los franceses lograron ubicar a mi hija. Estaba en un lugar llamado “Cuatro álamos”, esperando ser juzgada por un tribunal militar bajo la acusación de “traición a la patria”. Los representantes de Francia en Chile solicitaron al gobierno militar la entrega de Marianne, habida consideración de su ciudadanía francesa ‘por gestación y consanguinidad’.

- Las autoridades chilenas aceptarán la solicitud de París –dijo el inglés sin emociones- El problema radica en que usted no podrá encontrarse con ella, a menos, claro, que decida viajar a Francia. Pero esto no se lo recomiendo, pues allá aún pesa sobre su persona una orden de detención... y no creo que deba explicarle las razones, pues debe saberlas sobradamente.

Marianne abandonó Chile junto a otros exiliados en un vuelo comercial rumbo a París. Roberto le acompañó como pasajero normal. La CEPAL le consiguió pasaporte mediante un contrato de Naciones Unidas que lo trasladaba a Zurich, en las hermosas montañas suizas. No pude despedirme de ellos, pero mi corazón latió las palpitaciones de la alegría por saberlos a salvo.

NO SE PUEDE MORIR SIN SALDAR CUENTAS PENDIENTES

Nada quedaba tras de mí.

Las personas que más amaba, en una u otra forma, habían optado por dejarme nuevamente solo. En el caso de Marianne, la opción fue apurada por la necesidad de sobrevivir. Para ella, la cuestión era simple: morir asesinada en Chile, o rehacer su vida en el extranjero.

Françoise me visitó intempestivamente en mi oficina céntrica. Le acompañaba su hijo Javier. Deseaba agradecer los oficios realizados ante la embajada inglesa y, a la vez, informarme que viajaría pronto a Francia para acompañar a nuestra hija en los primeros días de su inserción en territorio galo. “Si deseas enviarle algo, una carta, un presente, lo que sea, yo puedo llevarlo”.

- ¿El viejo apartamento de Paris, aún sigue siendo propiedad tuya? –pregunté casi por azar.
- Legalmente sí. Aprovecharé mi viaje para recuperarlo. Pero, no deseo que Marianne viva en él... al parecer, trae mala suerte.
- ¿Entonces?....
- Lo venderé y entregaré ese dinero como pago previo para uno nuevo. Ese será mi regalo para Marianne. ¿Y qué harás tú en beneficio de ella y de tu hijastro?
- Algo se me ocurrirá –respondí mecánicamente.
- Por Dios, Rudolf, sigues siendo el mismo pusilánime de siempre. ¿Cuándo enfrentarás tus responsabilidades con la decisión necesaria? ¿De qué huyes ahora? ¿A qué temes?

La miré fijamente y guardé silencio durante un rato. Me dolía su dedo en mi llaga, pero acepté cuánta razón asistía a sus palabras. Javier mantenía su vista baja, tal vez incómodo por el giro que había tomado el diálogo. Françoise no me dio tregua, pues incrementó las críticas dispuesta a dar un corte definitivo a nuestra ya mínima relación.

- No me digas que deberás consultarlo con Sonia –clavó sus ojos en mi corazón- Ella no te preguntó si aceptabas desheredar a Roberto, y callaste ominosamente porque temías perder lo único que siempre te ha importado: tu maldita comodidad económica. Oh, Dios mío... ¿cómo pude ser tu esposa y no percatarme de esa debilidad que ha sido componente principal en tu existencia anodina? -hizo un alto premeditado, para aspirar el aire necesario que requeriría en el ataque final a mi dignidad- Fuiste, eres y seguirás siendo un cobarde.

Se marchó raudamente, sin darme tiempo a hilvanar excusas ni explicaciones, dejándome a solas con mis fantasmas de siempre, con esos espectros paridos y alimentados por mis propias vacilaciones.

No quería perder contacto con Françoise. Ella había sido partícipe de la etapa más productiva e importante de mi vida y, por otra parte, madre de mi única hija, de la hija abandonada por las vacilaciones del padre. ‘Cobarde’... la palabra salida de sus labios definía plenamente mi actitud, repitiéndose una y mil veces en mi cabeza.

Cobarde. Medroso. Pusilánime. Cómodo. ‘Aguas tibias’.

Me mantuve en actitud hosca y retraída durante largas semanas, alejado del fundo y asistiendo solamente a la oficina santiaguina de tarde en tarde para no abandonar responsabilidades económicas esenciales. Sonia me insistió telefónicamente que regresara a Valdivia, ya que la fundición en esa ciudad mostraba cierto descuido productivo que la amenazaba con la pérdida de clientela importante. En verdad, me importaba un carajo. No tenía deseos ni voluntad para retomar actividades en el sur, menos todavía contaba con interés en retornar a la casa patronal del fundo y compartir mesa y existencia con Bruno. En un arranque de audacia –que hoy agradezco- se lo hice saber a mi esposa, la que de inmediato explotó en una montaña de furia y soberbia.

- ¿Estás loco? –gritó a través de la línea telefónica- Gracias al esfuerzo y trabajo de Bruno este fundo aún se mantiene productivo.
- Es lo menos que él puede hacer –contesté- A fin de cuentas, el fundo le pertenece y no seré yo quien le ayude a enriquecerse más en detrimento de Roberto. Me quedará en Santiago, y si ello no te agrada, o si te molesta en demasía, ya sabes lo que tienes que hacer.
- ¡No me digas! ¿Qué debo hacer según tu particular estilo de pensamiento? –se burló mi esposa.
- Tramitar la nulidad matrimonial –suspiré profundamente, aliviado de un peso anímico que me había acompañado muchos años- Firmaré cualquier cosa que necesites para llevar a buen término nuestra separación. En lo económico habrá escasos problemas.

Sonia acezaba tras el teléfono, indignada, furiosa. Jamás esperó una reacción mía de ese calado. Cortó abruptamente la comunicación. Intentó al día siguiente conversar nuevamente conmigo, pero mi secretaria –instruida por mis órdenes- le informó que me encontraba en Valparaíso, desconociendo el día de mi regreso.

Una semana después, apareció en la parcela de La Reina a la hora de la cena. Entró al inmueble con paso rápido, tirando su valija sobre el primer sillón que encontró a su paso. Echó una mirada al aparato telefónico y me regaló una ojeada incendiaria de reproche cuando comprobó que el auricular estaba descolgado. Sin mediar palabras, se echó sobre mí, dispuesta a abofetearme.

Fui más rápido. Atrapé su mano y tiré con fuerzas hacia atrás. Sonia se fue de bruces, cayendo al piso violentamente. No hice nada más. Me paré frente a ella, con las piernas abiertas en actitud guerrera.

- Me levantas la mano otra vez y te juro que jamás olvidarás la golpiza que te propinaré.
- Cobarde –farfulló sollozando, pero noté en su rostro una mezcla de miedo, admiración y sorpresa.
- Reconozco que he sido un maldito acomodaticio durante largos períodos –mi voz salía entrecortada, gutural, poderosa- Tanto como tú has sido siempre una fanática nazi carente de sentimientos nobles. Pero, te aseguro que todo eso cambiará a partir de ahora. ¡¡Y no vengas a levantar la voz, pues esta es MI casa!! ¿Te queda claro?

Nunca antes, nadie, le había hablado así a Sonia, la patrona feudal. Tampoco nadie le había propinado un zamarreo físico tal como esa vez lo recibió de su propio esposo. Demudada, con el temor reflejado en su rostro, encucillada sobre el piso de madera, sustentada sólo por la sorpresa, vio derrumbarse su exigua confianza en pocos segundos, y comprendió que frente a ella se alzaba un hombre hastiado de los manejos ajenos, un sujeto nuevo y desconocido para ella quien, finalmente, había tomado la decisión de caminar con pies propios aún a riesgo de perderlo todo, pero sabiendo que en su caída arrastraría también a quienes le mortificaron.

- Rudolf... ¿qué te está pasando? –balbuceó, consciente que la férula cambiaba de dueño en ese instante.
- ¡¡Me harté!! ¡¡Basta ya de querer manejarme como si fuese un monigote!!

Me dejé caer lentamente sobre un sillón y cubrí la cara con mis manos, dando tiempo a mi alma para recomponer su equilibrio. Sonia se levantó con recelo, frotando su brazo con delicadeza para suavizar el ardor que le provocara mi manotazo. Su rostro estaba deslavado por lágrimas originadas no en el dolor, sino en el desplome de su autoridad. Dio algunos pasos en dirección a la cocina, pero la detuve con un grito destemplado.

- ¡¿Dónde crees que vas?! –escupí la pregunta con rabia sorda.
- A buscar un vaso de agua –murmuró con un hilo de voz.

- ¡Siéntate y escucha! –bramé, provocándole un brinco que le congestionó las facciones- ¡Ya que viniste desde Valdivia, al menos presta oídos a lo que debo decirte! Después, puedes hacer lo que se te antoje.

Desempolvé entonces mis sentimientos ocultos, sacándolos a la luz para exponerlos con vehemencia. Me daba lo mismo que Sonia estuviese en desacuerdo con ellos, pues mi decisión –por fin- transitaba las vías de la voluntad independiente. Dejé de lado las caricaturizaciones que definen a los diplomáticos en sus tareas habituales, y asumí la postura de quien necesitaba desahogar sus tensiones mediante la explicitación honesta de sus esperanzas, ideas y objetivos.

Manifesté encontrarme a gusto en mi empresa y en el fundo, tanto como mantener activo el matrimonio, pero si alguien me impelía a definir una postura política, ese mismo ‘alguien’ debería aceptar opiniones contrarias a las suyas. Mi libertad era un asunto demasiado querido y caro para mi existencia. No estaba dispuesto a alquilarla en beneficio de tranquilidades ajenas. Confesé que el actual gobierno militar chileno me producía absoluta desconfianza, pues conocía a ciertos miembros de la oficialidad cuyas acciones me repugnaban ya que retrotraían a mi mente las aberraciones cometidas por los nazis en Alemania. Era consciente que Paul Schaeffer y la ‘Colonia’, en algún momento –años más adelante- enfrentarían severos juicios y sanciones por su actual comportamiento, el que lindaba en la insania. “Siempre habrá un ‘Nüremberg’ para castigar a los genocidas”, dije con pasión.

Reafirmé mis derechos inalienables a pensar con libertad sobre esos y otros asuntos, así como enfatiqué que la fundición valdiviana, la oficina de Santiago y esa misma parcela en la que ahora estábamos, me pertenecían legalmente. Hice un perentorio alcance a las propiedades que poseíamos en Valparaíso y Viña del Mar, pues habían sido adquiridas con parte del dinero heredado por ambos luego del fallecimiento de Walter Kleise y con el aporte económico de las fundiciones. “Al menos, la mitad de esos inmuebles son parte de mi patrimonio individual, y si me arrastran a defenderlo estoy dispuesto a concurrir a los tribunales de justicia”.

- ¿Quieres que vendamos el departamento de Viña y la casona de Valparaíso? –interrumpió Sonia con estudiada mesura, temerosa de una nueva explosión de mi parte, pero esperando el momento preciso para intentar la reconquista de su dominio.
- Lo que quiero es que esos inmuebles sean entregados a Roberto. Estoy dispuesto a firmar una venta simulada si se respeta mi decisión.

- Quédate con el departamento y yo con la casa. Puedes hacer con él lo que se te ocurra.
- ¿Le entregarás más propiedades a Bruno? –pregunté amoscándome de nuevo. Permíteme aplaudir tu sentido de equidad y justicia. Muy nazi, por lo demás. Fui una víctima de aquello en mis años mozos. Perdí el castillo de Uberlingen merced a la locura de un familiar, y ahora mi esposa pretende que pierda lo único que me resta: el amor de mi hija y de Roberto. Si esa es tu decisión, puedes recoger tus cosas y largarte para siempre de aquí.

Sonia calló un instante. Mantuvo la vista en un punto lejano, ausente. Pasó el dorso de su mano sobre los ojos para limpiar las lágrimas que mojaban sus mejillas y sorbió ruidosamente sus dolores. Se acercó a mi vera, aproximó su cara a la mía y habló con palabras henchidas de orgullo.

- Lo hecho, hecho está. No volveré pie atrás. Bruno, y lo sabes, ha realizado un trabajo encomiable en el fundo, sin ayuda ni soportes foráneos. ¿Cómo podría quitarle lo que en justicia le pertenece? Roberto, en cambio, eligió un camino distante al de la familia; renunció a nosotros por un ideal criticable. Él hará su vida en tierras lejanas.
- ¿Deseas continuar castigándolo porque no piensa como tú quieres que lo haga? Abandonar el país, obligado por las circunstancias, debería ser suficiente castigo. No agregues más sanciones sólo por sentir que tu dignidad ha sido herida.
- Jamás lo perdonaré –afirmó Sonia con entereza y soberbia.
- ¿Y lo condenas a la miseria? ¿Eso deseas? ¿Verlo empobrecido, fracasado y enfermo para recibirlo de regreso como mendigo? Mientras yo viva, ello no ocurrirá.

Echó la cabeza hacia atrás y expulsó las decisiones más difíciles que había tomado en su vida. En ese momento supe que nada más lograría de ella, por lo tanto mi actuación tenía que abocarse a consolidar mis decisiones. Con voz baja, pero firme, mi esposa rindió algunas banderas pues temía quedar sola en los años de vejez que se aproximaban silentes. Pero hacía más fuerza en su ánimo la posibilidad de perder el manejo familiar que había ostentado por años.

- Te necesito, Rudolf, y aún siento amor por ti, aunque no lo creas. No quiero ni puedo perderte por asuntos que tienen solución. Reconozco que nunca esperé ver en ti la solidez que hoy descubrí; algo tarde quizás, pero siempre válida. Hemos

vivido en paz y tranquilos gracias al orden natural de las cosas en la familia. ¿Qué objeto tiene cambiar lo bueno por lo ignoto e inseguro?

- Estoy demasiado viejo y cansado para seguir aceptando vivir perseguido por la sombra tétrica de una swástica que me ha atemorizado desde mi adolescencia. Esa fuga, esa lucha inaceptable, termina hoy aquí.
- Nosotros, los alemanes de Valdivia, también hemos vivido largos años a la sombra de la swástica- replicó Sonia con un dejo de nostalgia- Tienes razón, querido. Eso es pasado. Pero se trata de valores que no puedo transar. He construido mi vida en torno a ellos, y si los tiempos han sido desfavorables a mis ideales no creas que se trata del fin del camino. Me casé contigo porque eras, esencialmente, un alemán. Pensé que junto a ti podría vivir una existencia tranquila, dentro de los márgenes que mis ancestros fijaron.
- Siempre fue ese mi único afán –contesté abatido- Quiero aclararte que nuestros ancestros fueron, principalmente, los grandes pensadores y los literatos. Tú insistes en afirmar que Alemania comenzó su historia con Hitler.
- Él nos devolvió el orgullo perdido y construyó una patria respetada, temida y admirada por millones de seres –Sonia alzó la voz a la vez que en sus ojos comenzaba a incinerarse el odio que fluía de sus entrañas- Ciertamente es que vivimos en el sur del mundo, pero también debes reconocer que en estos lugares abandonados por la civilización hemos sido nosotros, los hijos de Germania, quienes aportaron la esencia tecnológica y laboral para su desarrollo.
- Sí, nosotros y decenas de otras razas –respondí- Yugoslavos en la zona austral y en el norte pampino, españoles a lo largo y ancho de la nación, italianos en los puertos y grandes ciudades, árabes en la industria o en el comercio, y... y...
- ¿Y judíos en la banca, en las finanzas y en las comunicaciones? –se burló ella.
- Veo que será imposible continuar esta conversación.
- ¡Reconoce al menos que tengo la verdad de mi lado! ¡Los malditos judíos han regresado a sus afanes de dominio mundial! –Sonia gritaba destempladamente- ¡Roberto no quiso alinearse junto a los suyos y escogió la trinchera opuesta! ¡Tú haces lo mismo!
- Ellos no son mis enemigos. Aún más, fueron dos judíos, Raoul y Olga, quienes me salvaron de las dagas asesinas del nazismo.
- ¡Pero sí son los míos! –explotó Sonia alzando un puño- ¡Y mientras yo sea tu esposa tienes el deber de protegerme y estar a mi lado!

- Eso tiene fácil solución –manifesté con voz perentoria.

Concluí la discusión recogiendo la valija que había traído mi esposa. La entregué en sus manos y le señalé la puerta. Nuestro matrimonio llegaba a su fin. Ella se puso de pie orgullosamente, caminó hacia la salida y abandonó la casa dejándome como regalo un portazo feroz.

Los días siguientes fueron de trajín incesante. Era tanto lo que necesitaba ordenar, comenzando por mi estabilidad emocional. Sabía que los alemanes de la ‘Colonia’ unirían sus oficios a los de mi esposa y a los de Bruno, intentando ponerme en encrucijadas financieras peligrosas e incentivando en mi contra la locura de los nuevos gobernantes del país.

Recurrí al abogado que me asesoraba en la oficina y dejé en sus manos un poder notarial que le asignaba amplios poderes para representarme en los trámites judiciales de la nulidad matrimonial. “En estos asuntos, que son engorrosos y largos, usted debe estar preparado para posibles insultos, calumnias y ataques a su dignidad”, me contestó, agregando un listado de potenciales pérdidas económicas derivadas del acuerdo judicial al que necesariamente tendríamos que arribar.

No es mi ánimo detallar las enjundiosas sesiones llevadas a cabo por los abogados litigantes, pero aclaro que jamás volví a encontrarme con Sonia o con Bruno. Ellos se mantuvieron en el fundo y yo tampoco les visité ni les llamé telefónicamente. Sólo Marianne parecía interesada en mi peregrinar santiaguino, ya que mensualmente enviaba una carta desde París, ciudad en la que junto a Roberto asentó su actividad laboral.

Al finalizar el año 1974, el juez dictaminó la nulidad matrimonial. Volví a ser soltero y mis ingresos decayeron notoriamente, aunque seguí siendo un hombre relativamente adinerado.

La casa de La Reina contaba con sólo un habitante y los fantasmas de mi antiguo deambular europeo acostumbraban realizar recorridos nocturnos por mi mente.

* * *

Miles de chilenos huyen del país buscando refugio en el exterior y el régimen militar no cuenta con aprecio más allá de las fronteras, donde se ha enquistado el desprecio internacional a los gobernantes uniformados.

Poco a poco, cual río de lava descendiendo sin ruido desde la cumbre del volcán, comienzan a circular informaciones que hablan de asesinatos y torturas en centros de detención. Algunos extranjeros han caído bajo la picota de los organismos de seguridad y la vida se torna un bien prescindible para aquellos que dirigen la represión. Todo es ocultado a los chilenos. Los miembros del gabinete pretenden arrojar sobre el país el silencio que caracteriza a los cementerios. Una venda de acero cubre a los medios periodísticos, mientras millares de personas son lanzadas a los calabozos luego de ser atrapadas como ratas en sus propios hogares durante las tenebrosas noches que sustentan su terror en un interminable toque de queda. Incluso los jueces se entregan a las manos de los bárbaros, cediendo sus dignidades mediante fallos insólitos que atentan contra la población indefensa.

Por el aire circula el peor de los comentarios. La ‘Colonia’ parralina es el más conocido lugar de torturas y crímenes en la zona del centro-sur. Comienzo a temer por mi vida, ya que Schaeffer y Horowitz cuentan con suficiente respaldo oficial para ejecutar las venganzas que deseen.

El coronel mofletudo se ha alzado con el poder total y maneja a su arbitrio la voluntad del acomodaticio gobernante. Nadie en el país se atreve a levantar la voz y exigir justicia. Nadie.

Sólo la Iglesia Católica parece trabajar en beneficio de las víctimas. Un nuevo nombre surge como muralla para detener la masacre. Es el cardenal Raúl Silva. Personaje valiente, decidido, ecuánime y justo, abandona las sombras del silencio para organizar empresas que echen luz sobre las tinieblas. Es mi abogado quien trae estas noticias a la oficina. Supongo que más temprano que tarde se unirá a las huestes profesionales que asesoran al cardenal. Se lo hice saber una mañana de jueves. La respuesta me dejó confundido, sumido en cavilaciones.

- Su Eminencia no puede quedar abandonado a la suerte de la Dirección de Inteligencia Nacional. Él es la única persona que en este país tiene voz disidente, y esa voz habla en representación de millones de seres silenciados por el terror

Yo era uno de esos seres aludidos por mi abogado. Y, quizás, el más desprotegido de todos, pues a mis espaldas ni siquiera había un núcleo familiar que pudiese defenderme, ocultarme o luchar por mi integridad física. Si yo ‘desaparecía’ repentinamente, nadie mostraría especial preocupación por ello. Era, pues, el candidato ideal para el cadalso. Tomé entonces la mejor decisión de mi vida. Me acerqué a la Iglesia y solicité entrevista con el cardenal.

Hube de pasar varios cedazos antes de ser recibido semanas después por el hombre que osaba desafiar al régimen. Nos reunimos en el segundo piso de la librería ubicada al costado de la Catedral. Allí tenía monseñor Silva Henríquez espacio y confidencialidad para conversar con quienes deseaban entregar su aporte en defensa de los victimizados por la dictadura.

Obviamente, el coronel se enteró de mis paseos por aquel lugar y envió a uno de sus esbirros para manifestarme su preocupación por mi sanidad física. Redacté una esquila para el militar y la entregué a su subordinado. En ella le recordaba que éramos viejos conocidos desde los años del inicio de la ‘Colonia’ como centro de operaciones de su agencia de seguridad, que tenía escrito un documento amplio mediante el cual podría poner en conocimiento público su participación en aquel lugar, pero en honor a los ‘viejos tiempos’ ese documento estaba en poder de la Iglesia Católica y saldría de allí sólo si él lo hacía necesario.

Monseñor Silva se enteró de la visita al día siguiente. Le desagradó mi respuesta, pero entendió que yo era un hombre con escasas salidas de escape.

- Necesito una red de apoyo –manifesté pesaroso- No deseo abandonar el país, amén que existen algunas naciones donde supongo que mi nombre aún figura en las listas de personas ‘non gratas’.
- Lo que yo supongo, querido amigo, es que usted tiene bastante historia que contar –el cardenal me hablaba con la cabeza inclinada, mirándome de soslayo con evidente ironía- ¿Conoce lo que significa el secreto de confesión?
- ¿Usted me privilegiaría siendo mi confesor? –pregunté algo arrebolado.
- Al confesarse, es usted quien se privilegia a los ojos de Jesús. No tengo impedimento ninguno para intermediar con Nuestro Señor.

Al caer la tarde, con el alma despojada de abrojos, tomé el compromiso de representar –extra oficialmente, por supuesto- al cardenal en las legaciones acreditadas en Santiago; especialmente en aquellas cuyos gobiernos no eran cristianos. Monseñor se encargó de informar a las respectivas embajadas de mi responsabilidad, lo que me facilitó entablar relaciones con agregados culturales y secretarios diplomáticos.

Años después me enteré que el coronel ardió en furia al enterarse de mi participación como asesor independiente del cardenal. “No puedo tocarle un pelo a ese desgraciado traidor –creo que gritó- Si algo le sucede, los curas y las embajadas me cocinarían a fuego lento”.

En esa nueva labor encomendada por Monseñor reviví mis mejores épocas parisinas, pero esta vez mi paso era franco y se condecía con los requerimientos de mi espíritu. Trabajé arduamente junto a comisiones europeas para defender a posibles exiliados, logré liberar de las garras de los servicios de seguridad a algunas mujeres y trasladarlas al extranjero bajo la protección de la Iglesia, pero en esas actividades fui dejando de lado mis labores habituales obteniendo menores ingresos económicos. No obstante, mi alma marchaba rauda, aligerada de tanto peso inútil que por décadas la había comprimido.

Diez años sostuve sobre mis hombros la responsabilidad encomendada por el cardenal. Diez años en los que aprendí a respirar libremente y a caminar con paso propio.

Al iniciarse el año 1985, Monseñor me sorprendió con una gratísima noticia.

- Su hija, Marianne, junto a su esposo, han sido autorizados por el gobierno para retornar al país.

LA HUELLA VIAJERA TERMINA EN UN SOLLOZO

En Europa caen los muros ideológicos socialistas. Pekín se estremece con la protesta de la plaza Tiananmen y en Berlín miles de alemanes, picotas en mano, derriban a golpes de mazas y cánticos la muralla de la indignidad. Gorbachev encabeza la “perestroika” soviética y Ceacescu es apresado y fusilado en un lugar alejado de las calles de la capital rumana. Sólo Corea del Norte, Cuba y Fidel se mantienen enhiestos aireando las banderas otrora revolucionarias.

Mis temores de una balanza internacional cargada hacia un costado, han cobrado cuerpo. El capitalismo es ahora la única vía aceptada por la generalidad de las naciones. Tal vez, ello sea mejor. No lo sé.

Cambia, todo cambia, cantó la “negra” Mercedes Sosa en Buenos Aires.

La vorágine de los requiebros sociales supera en velocidad cualquier programación, y Dios se divierte observando a sus hijos tratar de ponerse al día con las consecuencias de sus propias acciones.

Yo bordeo la edad que me acerca al merecido descanso eterno, pero mantengo una plausible salud física y mental.

Hace mucho rato ya que dejé atrás y para siempre toda actividad política. Tampoco continué colaborando con informes bimensuales para Londres, pese a que los ingleses pudiesen haber necesitado de ellos durante la guerra relámpago que sostuvieron con Argentina a comienzos de los ochenta. Definitivamente, el MI5 prescindió de mis servicios al producirse una saga de eventos favorables a sus pretensiones. La caída de los regímenes socialistas europeos, así como el progresivo deterioro de la imagen y poder de la antigua ‘Colonia’ –ahora sufriende de severas investigaciones por parte de la justicia chilena- y el derrumbe de la dictadura militar del general Pinochet, colapsaron las intenciones de los grupos exaltados, de izquierda y derecha, por revivir causas ideológicas trasnochadas.

Mi vida transcurre en un apacible día a día, viajando de vez en cuando al Casino Municipal de Viña del Mar donde la última huella de mi existencia parece descansar por fin de su largo caminar.

La fundición valdiviana ya no me pertenece. Tampoco la oficina céntrica santiaguina. Pasaron a mejores manos merced a buen dinero que me permitió adquirir un hermoso apartamento en el sector oriente de Santiago, donde vivo junto a Marianne y Roberto mis últimos años en un ambiente de sosiego y entendimiento que endulza los días y adormece las noches.

Decidimos mantener la parcela de La Reina como soporte económico para nuestras tranquilidades. El arriendo de ese inmueble me permite costear algunos gustos que arrastro desde la inolvidable noche madrileña que me regaló una silla para compartir mesa y vino con García Lorca, Buñuel y Unamuno. Soy ahora un asiduo asistente a las obras de teatro y un comprador compulsivo de cuanto libro es editado en Chile.

Roberto y Marianne, al finalizar su largo periplo en Francia se unieron a una organización no gubernamental. En ella trabajan diariamente en Santiago y manifiestan ser felices. Mi hija lamenta únicamente su incapacidad biológica para engendrar hijos. Las torturas recibidas durante su detención en Chile la convirtieron en –como ella misma afirma- un palo de rosa con espinas pero sin flores. Pese a ello dice estar ‘tontamente feliz’ junto al amor de su vida, su Roberto inigualable.

La ‘Colonia’ en cambio vive pésimos momentos. Paul Schaeffer ha sido acusado por algunos colonos que lograron escapar de los terrenos enrejados de la hacienda, y sobre su conciencia penden graves aseveraciones respecto de torturas, malos tratos, autoritarismo e, incluso, violaciones de menores.

Hans Horowitz debió huir al extranjero cuando su nombre apareció en las listas oficiales de torturadores, publicadas durante el gobierno democrático de Patricio Aylwin. Tengo entendido que se escondió en algún lugar de la selva paraguaya, cercana a Brasil, donde vive a hurtadillas con el alma en un hilo, viejo, pobre, perseguido y sin futuro.

Me he enterado que en ocasiones Sonia solloza solitaria en un rincón del dormitorio. Sé que la pérdida emocional de su hijo Roberto le estraga el alma. En su fuero íntimo, se sabe culpable de la separación, pero tozuda como la que más, se niega a reconocerlo, evadiendo la autocrítica que sería imprescindible para su sanación.

No hay dudas que ella gusta vivir acompañada de dolores propios. Los alimenta, los nutre en cada jornada para evitar perderlos, cual si fuesen sus mejores familiares. No hay paz en su corazón. No puede haberla, ya que el odio es el motor que moviliza su existencia. No conoce otra realidad.

Además, Bruno ‘el terrible’, alimentó involuntariamente la hoguera de odiosidades de su madre pues debió concurrir en reiteradas ocasiones a un tribunal santiaguino para defenderse de las acusaciones que algunos ciudadanos sureños hicieron en su contra, responsabilizándole de haber colaborado con los organismos de seguridad del régimen militar. Vivió momentos amargos, y se percató de cuán brutal había sido la represión política en el país durante los diecisiete años de gobierno dictatorial. Durante el juicio y también a través de la prensa, se enteró de la trágica muerte de tres de sus antiguos compañeros de universidad, torturados y asesinados en un inmundo calabozo santiaguino por sicarios civiles a las órdenes del coronel amigo de Schaeffer. Supo también de las aberrantes violaciones sexuales experimentadas por mujeres jóvenes a manos de sus torturadores, y comprobó la veracidad de las informaciones que hablaban de los intentos de exterminio que quisieron llevar a cabo algunos miembros del gobierno militar en zonas rurales. Salió bien parado del proceso gracias al apoyo entregado por la organización patronal a la que pertenece. Hoy integra la mesa directiva de un partido derechista y probablemente sea proclamado candidato a una senaturía. Le he visto en televisión regalando loas al sistema democrático y repudiando públicamente el actuar del general golpista que dirigió los destinos del país con mano sangrienta.

Tanto él como su madre han hecho de tripas corazón y tratan de seguir viviendo con las impetraciones de los nuevos tiempos. No obstante, de tarde en tarde, afloran en sus dichos algunos retazos de la vieja postura. Son conscientes que sus arcaicos ideales no

tienen cabida en el escenario de la democracia ni de la hoy llamada ‘globalización’, por lo que astutamente derivaron hacia tendencias menos totalitarias, aunque igualmente clasistas.

Ambos optaron por casarse con la democracia, pero sin amarla.

A Sonia le aterra, aún, la posibilidad de ser mencionada en algunos de los careos e investigaciones que la justicia chilena realiza por el asunto de la ‘Colonia’. Para contrapesar tal negra probabilidad, colabora económicamente con una organización oficial que se dedica a la protección de menores en situación irregular. Cree que esa es la mejor forma de construir cobijo para su propia responsabilidad, aunque entiende que subyace la contradicción fundamental pues todavía se niega a reconocer el amor que su gélida alma experimenta por Roberto. Cuida el bienestar de los hijos de otros, mas no del propio.

Cada fin de semana asistimos con Marianne al Estadio Manquehue –centro magnífico en el que participan festivamente miles de descendientes de alemanes- para disfrutar de sus jardines y de la compañía de otras personas que nos alegran la vida. Allí buscamos aturdir nuestros recuerdos y esconder nuestras faltas.

- Este es un gran país –me susurró mi hija una tarde, observando las evoluciones que realizaba un grupo de chicas atletas del estadio- Debo reconocer que los chilenos han realizado un magnífico trabajo, algo que yo no creía posible. Costó muchas vidas y cercenó miles de esperanzas, por eso no debemos traspasar a estas nuevas generaciones los antiguos odios.

Con esa opinión, ella entregó por primera y única vez su aceptación total de las equivocadas inclinaciones ideológicas que coparon las vidas de todos durante los años oscuros. Yo le tomé la mano y besé sus mejillas, agradecido por la infidencia.

- Sí, es un gran país –murmuré emocionado.

* * *

Soy consciente que me restan pocos años –o meses- de vida. Roberto sonríe si le confieso esto, pues cree que un alemán de Uberlingen vive más que una tortuga de las Galápagos.

Moriré en Chile y aquí reposarán mis huesos.

Cuando desaparezca de la faz de la tierra, con mi cuerpo inerte se irá también el penúltimo vestigio de los von Hayek. Sólo quedará Marianne, cual espiga solitaria e infértil en un desierto genealógico.

Algunas noches de verano, sentado en el living de mi apartamento, miro por el ventanal las sombras pétreas de la cordillera y me parece ver un amplio espejo de agua oscura en cuya orilla última se divisa la ribera suiza.

Entonces lloro recuerdos y sorbo nostalgias.

F I N

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>